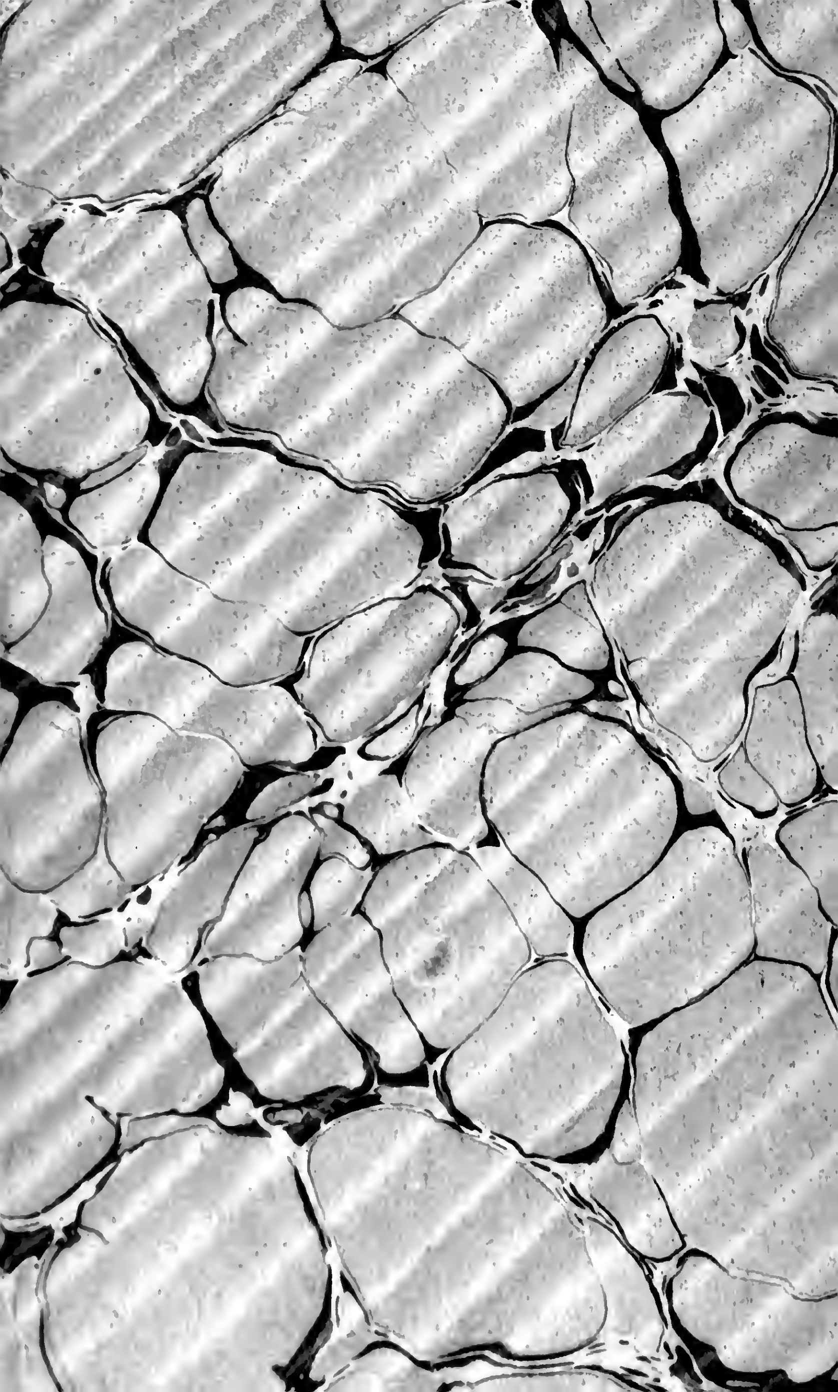
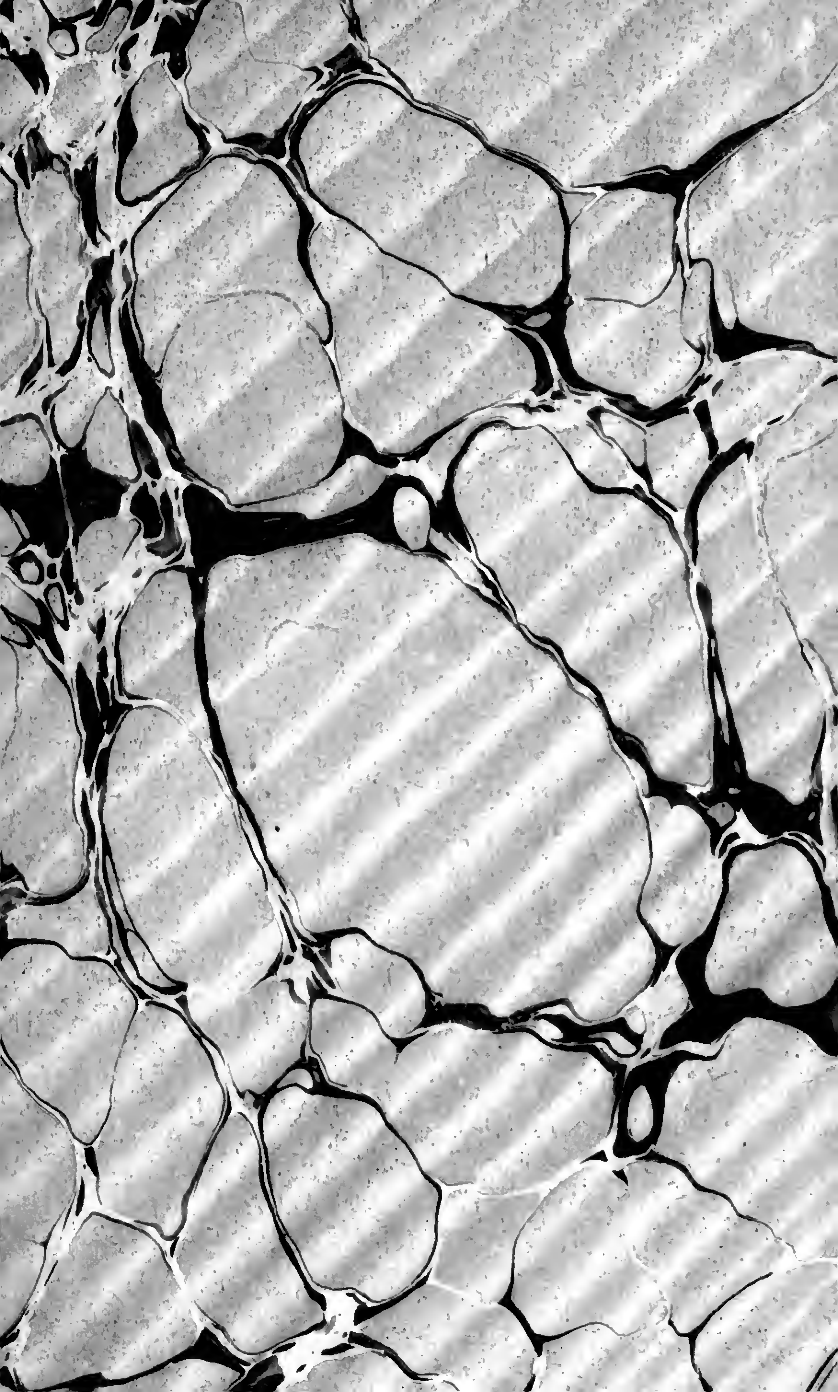






ENTRE BEIRO Y DAURO

CUADROS DE COSTUMBRES GRANADINAS

POR

Antonio Joaquín Afán de Ribera.



GRANADA

Imp. lit. y lib de la Vda. é Hijos de P. V. Sabatel,
calle de Mesones, 52.
1899.

À GRANADA

ENTRE BEIRO Y DAURO

POR

ANTONIO JOAQUÍN AFÁN DE RIBERA



GRANADA

Imp. de la Vda. é Hijos de P. V. Sabatel,
calle de Mesones, 52.
1898.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Entre Beiro y Dauro, es el séptimo libro que publico acerca de mi querida ciudad

Es posible que sea el último, y por ello consigno el más cumplido voto de gracias á cuantos, amantes de los recuerdos de Granada, me han animado constantemente para que cultive este género de literatura.

INTRODUCCIÓN.

Así como los moros granadinos ocultaban bajo apariencias mezquinas la esplendidez de sus viviendas, dando entrada á maravillosos alcázares por menguadas puertecillas y callejones oscuros, así el autor de este libro, á quien el contínuo roce con los restos de la antigua Granada le ha pegado, al mismo tiempo que el polvo de las ruinas, algo de las costumbres de aquella raza, quiere que el lector camine por las oscuridades de este pasadizo lóbrego de mi prosa, antes de recrearse en las filigranas del palacio de su ingenio, al que precede, como á las construcciones arábigas precedían los amenos jardines, copiosa colección de prólogos y cartas laudatorias, homenaje de nuestros más distinguidos literatos al escritor insigne, que bien podemos considerar todos como el patriarca y jefe por aclamación espontánea de la moderna literatura regional granadina.

Esta profusión de prólogos con que se publica la nueva obra de Afán de Ribera podrá parecer a primera vista redundante y fuera de sazón, mas a poco que se reflexione se hallará una explicación facilísima á semejante fenómeno, que es tan

natural como lo son las alegrías y las expansiones familiares. Para Granada, y muy especialmente para todos los granadinos que, con mejor ó peor fortuna espigamos en el campo siempre fértil del arte bello por excelencia, la personalidad literaria de D. Antonio Joaquín Afán de Ribera tiene excepcional importancia, y la aparición de su última obra significa un verdadero acontecimiento; porque en los años transcurridos desde que se publicó «Del Veleta á Sierra Elvira», hasta la salida á luz de este volumen, inmediato sucesor del antes nombrado, se ha operado un movimiento de concentración de los literatos granadinos, quienes si hasta hace poco se encontraban ociosos, dispersos, y tal vez caminando por extraviados senderos, forman hoy un núcleo, del que Afán de Ribera ha sido la base, que en Granada trabaja y vive, informa en el espíritu local sus producciones y ha determinado una especie de renacimiento regional en el orden literario, tal vez asomo y primera manifestación de otro renacimiento más amplio que abarque todos los órdenes de la vida en esta región infortunada, y desde luego definición vigorosa y afirmación rotunda de una personalidad intelectual que siempre tuvo esta hermosa tierra, aunque en los últimos años apareciese esa actividad del espíritu granadino como adormecida de cansancio bajo el dosel de sus antiguos y bien ganados laureles.

Disuelto aquel grupo inolvidable que hizo de nuestro *Liceo* el primer palenque intelectual de España, y supo dejar recuerdo imperecedero de

la famosa *Cuerda granadina;* idos á Madrid aquellos genialísimos escritores, de los que muchos subieron por la fuerza de sus talentos á las alturas del poder y de la gloria, mientras que otros, más débiles ó menos afortunados, desaparecieron en el oleaje de la vida cortesana, sirte de los mayores naufragios, el ejército de la literatura granadina quedó con tan enormes bajas destruído, y á la animación de los días brillantes en que Granada era la Atenas andaluza, sucedió un triste y larguísimo invierno cuyas brumas anublaron hasta no hace mucho nuestros horizontes literarios.

No quedó, sin embargo, totalmente extinguido el fuego de tanto ingenio, ni emigró con aquellos ilustres escritores la musa granadina, pues ésta, vertidas las primeras lágrimas por tanto y tan rendido amante de quienes se viera abandonada, encontró refugio y albergue en un espíritu, que, insensible á todos los estímulos de la ambición, prefirió consagrar á Granada y á las letras todos los frutos de su peregrino talento.

Gracias á la labor siempre fecunda de este espíritu genial, no quedaron las bellezas de Granada huérfanas de poeta que las cantase, ni sus tradiciones de bardo que las evocara, ni sus costumbres, sus tipos populares, sus olvidados rinconcillos que idealizan la soledad y el misterio, sin pincel que los copiase embelleciéndolos. La poesía local, la literatura genuinamente granadina, revivía de tiempo en tiempo, y alguna que otra vez las máquinas de nuestras imprentas da-

ban salida á algún libro, que como *Las noches del Albaicín, Tradiciones granadinas. Los días del Albaicín, Cosas de Granada, Fiestas populares* y *Del Veleta á Sierra Elvira,* venían á romper el prosaismo dominante, evocando ya la tradición moruna sepultada á la sombra de un ciprés en huertecillo solitario; ya la piadosa leyenda que elevó tal cruz en tal plazuela ó encrucijada, ó encendió por primera vez hace siglos la llama de un farol ante la doliente imágen de un Cristo, ó la triste con atrayente y dulce amargura de una Dolorosa en apartada calleja; ya sorprendía en la planicie magnífica de la Vega el cuadro plácido de la vida campesina, y en los patios morunos del Albaicín la fiesta alegre y bulliciosa con que se celebra un bautizo ó un día de santo; ya copiaba la tradicional romería; ya delineaba los tipos clásicos que tienden á desaparecer en el torbellino de la vida moderna, y con sóbria pincelada, en pocos trazos, los fijaba para siempre en aquellas páginas.....

No entra en mi ánimo intentar una crítica del nuevo libro, ni menos de las cualidades generales que avaloran el estilo y las obras de Afán de Ribera, porque aparte mi insignificancia para juzgar á un escritor de su valía, ese trabajo esta hecho, y más adelante verá el que leyere ese análisis con la firma del finísimo observador don Matías Méndez, siempre en funciones de crítico por impulso propio de su especial temperamento literario.

Sólo diré en justo elogio del autor de Entre

Beiro y Dauro, que le considero como el poeta granadino por excelencia. La expresión poética es, en cuanto escribe nuestro querido D. Antonio, forma tan corriente, tan espontánea, que á veces pasa inadvertida para el mismo autor, pues la producción surge ya completa y sin esfuerzo alguno, con la natural sencillez que discurren las aguas claras de los manantiales. Por esta cualidad admirable juzgo yo de tal modo al señor Afán de Ribera, y además porque al posar la pluma sobre el papel para dar forma á la leyenda, al romance de costumbres, al cuadro granadino, no se ha propuesto nunca la resolución de ningún problema, sino simplemente el recreo del lector por medio de la contemplación de la belleza que él en cierto modo crea al ordenarla y hacer que resalten á la vista los mil detalles estéticos que escapan á la observación vulgar; porque jamás entró en sus propósitos seguir los pasos de ninguna de esas sectas cuyos nombres siempre acabados en *ismo,* solo son decadentismo puro y formas de encubrir (claro que me refiero á los sectarios vulgares, y no á los verdaderos poetas, cuyas extravagancias, convertidas en regla estética han dado lugar á la perversión del gusto) con una falsa originalidad la escasez de pensamientos.

Nuestro poeta es granadino por que sus obras y su ingenio los ha consagrado á su ciudad natal, como si quisiera pagarle con el oro fino de sus canciones, el aire puro de vegas y montes, la luz ardiente del sol, la hermosura del cielo, los rau-

dales inmensos de inspiración que por todas partes le brinda pródigamente Granada.

Contra la corriente de extranjerismo que invadiendo primero nuestra literatura y después nuestras costumbres, nos ha hecho olvidar á los españoles lo que somos y lo que debíamos ser, llevándonos al espantoso estado actual, las obras de D. Antonio son la más viva y enérgica protesta; la protesta del ejemplo. Todo el patrimonio del poeta, que son sus obras, lo ha ofrecido á su patria, y firme en sus íntimas convicciones jamás fué á sacrificar antes altares ajenos.

Por eso, cuando las fuerzas literarias granadinas, que como dejo indicado estaban en dispersión, volvieron á su centro, hácia Afán de Ribera convergieron todas por propio impulso, saludando al insigne escritor como un legítimo prestigio, como el fundador y representante genuino de la moderna escuela granadina.

Entre Beiro y Dauro no será el último libro de D. Antonio, porque éste, gracias á Dios, conserva todavía una juventud de espíritu y de inteligencia que parece reverdecer á medida que los años pasan, y que ha de dar aun muchos dias de gloria á las letras granadinas.

Bien venida sea, pues. la nueva obra, y goce muchos días el popularísimo poeta la satisfacción de ver reconocidos sus méritos y desmentido en su personalidad respetable, y de todos respetada, el adagio vulgar *nadie es profeta en su tierra.*

Y mientras conserve las brillantísimas y lozanas facultades con que Dios le favoreció, no in-

terrumpa la hermosa y patriótica obra de toda su vida; continúe deleitándonos con esos admirables cuadros en que tan bien sabe reflejar la luz de este cielo y las esplendideces de estos campos, las tradiciones y las costumbres locales, todo lo que constituye la vida interna de esta Granada tan poco conocida aun de sus propios moradores, de esta Granada tan original y tan poética, que va desapareciendo empujada por las brutales exigencias de lo que hemos dado en llamar progreso, de esta Granada que habría de quedar perdida entre las sombras del tiempo para los granadinos del porvenir, sin la meritísima labor de nuestro insigne y genial poeta.

Francisco Seco de Lucena.

CARTA PRÓLOGO.

Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

Mi muy querido D. Antonio: Héme aquí, por segunda vez, sumamente honrado al cumplir el gratísimo encargo de preceder con unas cuantas líneas un nuevo libro de V., el último, por ahora, según se dice, y creo que no se ha de cumplir, porque V., mi señor D. Antonio, no puede, ni debe, prescindir de cultivar sus aficiones para honra y gloria de las letras granadinas,—y en un compromiso muy superior á mis fuerzas, no poco agotadas con trabajos, de una parte muy superiores á ellas, y de otra lo menos a propósito que darse puede, para mantener en mi pobre personalidad el sacro fuego del culto á la literatura; que abrumado entre expedientes y zarandeado de aquí para allá durante casi todo el día, y en prolijos estudios sumergido las horas en que cualquier ciudadano duerme tranquilo en su lecho, mi desventurada cabeza parece con frecuencia *olla de grillos*, cantadores hasta lo testarudos, ó retorta en que se amalgaman los más extraños y diferentes compuestos.

—¡Si hubieras nacido príncipe!...—pudiera V. contestarme, como contestaba siempre que oía algo parecido un muy amigo de V. y algo mío

también, que por sus aficiones y egoismos merecía haber venido al mundo en aquellas épocas en que había frailucos motilones y aprovechados, aunque en verdad hizo siempre cuanto pudo por imitar tan respetable clase.

Pero dejemos mi personalidad á un lado (luego que perdone la descortesía de hablar de mí), y tratemos de la bondad de V. para conmigo y del precioso libro con que va á completar la serie comenzada con una de sus mejores obras, con las *Fiestas populares de Granada*, á la que tuve la fortuna de escribir también un Prólogo, ó cosa algo parecida.

Del Beiro al Dauro, titúlase la nueva colección de tradiciones, cuentos y cuadros de costumbres, con que viene V. á enriquecer la literatura granadina, y dígole, mi señor D. Antonio, que he pasado unas horas deliciosas leyendo todo ese arsenal de historia del pueblo que V. ha coleccionado, presentándolo en modestísima forma y sin darle el carácter de estudio que en realidad tiene y no de escasa valía; porque de todo ello, en cuanto á lo pasado, se deduce un conocimiento muy completo de lo que, siguiendo modas extranjeras, se llamó hace unos cuantos años el *folk-lore español* (1) y pasó sin haber dejado otros rastros que algunos centenares de obras muy importantes pero mal comprendidas por los in-

(1) La palabra inglesa *folk-lore* quiere decir *saber popular, saber vulgar*, y comprende todo lo que el pueblo *cree* y *sabe*. No tiene exacta y completa traducción en nuestro idioma.

doctos; y en cuanto á lo presente, algo de mucho interés que revelará á las generaciones futuras, mejor que las gacetillas de los periódicos y el repertorio del teatro por horas, cuál es el carácter verdadero de nuestro pueblo, que, á pesar del socialismo, del anarquismo, de esa mentida cultura que beben sin tón ni són—como el mal vino que tanto daño hace—en los tugurios convertidos en local de comités, exprimida de unos cuantos papeles en que se defienden todas las utopias y todos los anacronismos y se predica el terror y la disolución social en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad humanas, sigue siendo honrado, caballeresco y generoso, y sólo mancha su reputación cuando las pasiones se desbordan, el alcohol amílico aprisiona entre sus garras de tul, más fuertes que de hierro forjado, las más claras inteligencias, y rueda la mesa y los vasos, y brillan en las manos esas armas horrorosas, traicioneras y viles, esas *facas* (1) con que las costumbres modernas han sustituido la noble espada española...: la famosa espada que tenía escrito con grandes caracteres la caballeresca leyenda «*No me saques sin razón, ni me empuñes sin honor*»...., en contraposición con la que se lee en las navajas, especialmente: «*Si esta vibora te pica no hay remedio en la boti-*

(1) Según nuestro sabio Eguilaz, *faca* viene de *farja*, palabra árabe; significa «hoz ó cuchillo corvo», en Cicerón, según la *Academia Española*. (Véase letra *F*, del *Glosario etimológico* de aquel ilustre literato.)

ca», á que sirve de complemento la siguiente coplilla andaluza, que encierra un poema de bárbaras gallardías amorosas, de sentimientos que debía trabajarse por extinguir:

Te quiero porque me has dado
De puñaladas;
Que de ningún cobarde
Se ha dicho nada.

En estos tiempos de naturalismo en el libro y en el teatro, de filosofías y problemas sociológicos en el taller, en la taberna, en el café y en el Ateneo; en esta época en que la novela y el drama penetran en el terreno de la ciencia para estudiar las neurosis de la humanidad, y lo mismo sirve para un discurso científico que para heroina ó héroe de escena ó de libro un caso de histerismo observado en una clínica; ahora que el arte escénico, por ejemplo, mira perplejo y desatinado el naturalismo de Ibsen, de sus compañeros é imitadores, con su filosofía social envuelta en extraño simbolismo nacido de las realidades á veces más crueles, junto al tétrico romanticismo, vago, indefinido, misterioso, triste como fatal ensueño, lánguido y vaporoso como fantástica aparición que Maeterlinck ha llevado á la escena, inspirando su obra, tal vez, en las teorías teatrales de Wagner, el reformador tan discutido de la música dramática; en estos tiempos, repito, en que un imitador de Ibsen, escribe una comedia en tres actos titulada *Les remèdes*, cuyo interés está basado en las discusiones de un médico alópata y libre pensador, con un ho-

meópata que estudia teología, modo de que se vale el autor para discutir sobre los antiguos y modernos medicamentos,—un libro como el de V. mi señor D. Antonio, sin trascendencias aparentes, sin tesis ni problemas planteados, sin otros vuelos que relatar en sentido adecuado y justo lo que pasó ayer y lo que hoy sucede, y la leyenda ó tradición que oimos referir á los ancianos y que se perpetuó de familia en familia desde la Reconquista hasta la primera mitad de nuestro siglo, en que comienzan á perderse costumbres, tradiciones y leyendas características de nuestra tierra, es un bálsamo consolador, un descanso de emociones fuertes, un consuelo cariñoso y oportuno.

Es muy difícil citar de entre los diez y seis cuentos, cuadros y tradiciones que forman este tomo, el mejor ó los mejores, como suelen hacer los prologuistas. Todos tienen carácter, todos aromas de flores primaverales granadinas, todos ese colorido poético y gallardo que dá V. á sus tradiciones y cuentos. Sin embargo, como algo he de decir en particular de esos trabajos, declararé á V. francamente, que prefiero á los otros del libro los cuadros de costumbres *Los dos ríos, La verbena de San Juan, Los mocitos de la mena, El día del Santo, En la Avellanera, El sandiar, La nueva playa, A las mollares, Otro gazpacho, Una procesión* y *Un viaje corto,* no porque sean mejores que las leyendas que completan el tomo, sino porque en ellos se manifiesta mejor que en aquéllas el carácter peculiar de V., entusiasta de

nuestras antiguas glorias, conquistas y costumbres; apegado como fuerte hiedra á todo aquello que nos caracterizaba en los sucesos de la vida; lo mismo en el hogar que en la guerra por defender la Patria; lo mismo en discretos galanteos que en difíciles circunstancias en que se ventilaba honor ú honrosos empeños; lo mismo en la boda que en el entierro, en la fiesta que en la agonía, en el templo que en el teatro.

Los chispeantes artículos de costumbres del bueno de D. Nicolás de Roda, á quien la generación á que yo pertenezco ha conocido anciano casi decrépito, artículos que se publicaban en aquella interesante *Alhambra* que el primitivo Liceo publicó para honra y gloria de las letras granadinas, y con los cuales formó un interesante tomo el autor, tienen hoy, y apenas ha pasado medio siglo, una importancia grandísima para conocer Granada y los granadinos de 1840, sobre poco más ó menos; juzgue usted si sus libros, cuajados de finas, exactas y numerosísimas observaciones, representarán en el siglo próximo—¡quién vivirá en él!—un rico arsenal de noticias acerca del pueblo, costumbres y sociedades de este siglo XIX, que bien nos ha deslumbrado con sus luces para dejarnos á oscuras con demasiada frecuencia.

La *Cuerda*, aquella sociedad famosa que tanto conoció V., y de cuyos individuos apenas restan tres ó cuatro, pudo haber hecho bastante para la historia contemporánea de nuestro pueblo, y aun algo puede hallarse en las maravillosas obras de

Alarcón y Jiménez Serrano, y en trabajos de índole artística de Mariano Vázquez, de Riaño, que aun vive, y de algunos otros; pero las realidades de la vida los apartó á casi todos muy pronto de aquí, de modo que nadie ha podido recoger con más constancia y paciencia que V., caracteres, colores, rasgos fisonómicos, arranques de pasión, notas de defectos y de vicios, de virtudes y de noblezas, todo ese conjunto de deficiencias y perfecciones que se combinan para formar el carácter de un pueblo.

Y aquí hago punto, mi querido D. Antonio, porque no quiero retardar, á los que tengan la paciencia de leer esta pobre epístola, el placer de deleitarse con las galas y primores que ha reunido V. en su libro. Desista del propósito de que sea este el último que publique, y dedique usted su fina observación, su inteligencia y su talento, en sorprender esa evolución curiosísima que en nuestro pueblo se está operando actualmente y por la que vémosle alejarse de lo que hasta hace poco tiempo ha sido su encanto, la política.

Se aleja de los comités; desconfía de las predicaciones de los cabecillas; no cree en el socialismo ni en las ideas afines... pero, ¿á donde va? Sería muy interesante un estudio social que reflejara, como V. sabe hacerlo, el carácter, la fisonomía, la síntesis de las aspiraciones de nuestras clases populares.

Es siempre de V. cariñoso y verdadero amigo.

q. l. b. l. m.,

FRANCISCO DE PAULA VALLADAR.

ENTRE BEIRO Y DAURO

POR EL

Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

El más simpático y popular de los escritores granadinos; el mantenedor más asíduo y entusiasta de esa eterna juventud de alma del verdadero poeta, que parece renovarse con los años y eludir la ley de consunsión y acabamiento que asuela todo lo que vive.

Sus facultades creadoras, son envidiables, por que nacen de un estado ordinario del espíritu arrobado en fantásticas é ideales lucubraciones, bien ajenas del encendimiento morboso y desordenado que lleva á muchos grandes poetas á dudas y vacilaciones, hijas de la pícara moda y de las exigencias de cierto público, dispuesto á aplaudir salidas de tono y virulencias de mal gusto si se acomodan al patrón establecido.

Si pudiéramos ver á D. Antonio por dentro, hallaríamos en él ilusiones y deseos propios de un corazón juvenil ansioso del placer y de los goces de la vida, quizá por desconocerla en absoluto.

Pocos escritores han resistido mejor el pesimismo amargo que caracteriza á la poesía contemporánea, inspirada de contínuo en la displicencia y prosaismo de estos tiempos calamitosos.

En el lirismo de Afán de Ribera palpita esa expresión animada y vibrante, reveladora de un alma entusiasta y generosa. No exijais, pues, á su robusta complexión de poeta la nota triste y resignada con que el vate llora sus cuitas, suspirando por una ansiada regeneración que haga justicia á sus nobles sentimientos, postergados ú oscurecidos. No tiene ese mal gusto; no dice más que lo que siente y tal como lo siente. Su dicción, franca y desaliñada, posee el gentil desembarazo de la núbil belleza; y en lo espontánea y rápida trae á la memoria la incomparable inventiva popular, que crea sin trabajo la copla intencionada ó la sátira aguda y sentenciosa, allá donde la hermosura salta á los ojos ó el achaque se trasluce.

Tan lejos se halla nuestro popular escritor de dudas y vacilaciones trascendentales, como de la vejez, á la que parece retar cada día, oponiendo á sus zarpazos despiadados el duro blindaje de su fe acendrada y de una interior é infantil alegría. Fiel trasunto de su buena salud intelectual y física y del jugo inexhausto de su fácil vena, son esos cuadritos llenos de luz y colorido, fragmentos de la propia naturaleza granadina, tan accesible y cariñosa con su fidelísimo admirador.

No busqueis en nuestro poeta la inspiración irregular y fugitiva de ciertas naturalezas desequilibradas y neuróticas, que así hacen levantar la vista y el corazón á puros ideales de belleza y justicia, como hunden y denigran la noble

condición humana, llevando la duda ó la impía negación á lo más recondito y sagrado. Hombre educado en otras enseñanzas, cree sinceramente en los altos fines á que es llamada la criatura humana, inmortal, libre y responsable en su esencia; y convencido de estas grandes verdades, selladas por el mismo Dios hecho hombre, canta la fe de sus mayores poseído de la encendida inspiración del alma creyente, que se transfigura y enaltece al meditar sobre los augustos misterios de la religión y los medios por los cuales ésta se comunica y difunde, perpetuando de modo material y visible la entrañable solicitud y amor inmenso del Supremo Hacedor.

En todas las poesías serias del señor Afán de Ribera se refleja esta hermosa cualidad, y bien claro lo pregonan sus *Odas* religiosas al *Misterio de la Eucaristía,* premiadas en públicos certámenes, y leídas con ese contagioso entusiasmo que despierta siempre la arraigada y sincera convicción. También en los *himnos* à la *Virgen de las Angustias* y en otras mil composiciones dedicadas á enaltecer las glorias religiosas é históricas de esta ciudad, brilla el mismo ardimiento, expresado siempre en estilo claro y brillante, y como tal al alcance de todas las inteligencias.

Además de tan raras cualidades tiene Afán de Ribera una incansable fecundidad. Raro es el periódico local que no se honra con poesías del preclaro vate, que rindiendo parias á menudo á la moda y al gusto del público, cultiva gallardamente esas revistas satíricas y regocijadas, que

bajo el nombre de *Chispas, Humoradas* y otras denominaciones, mantienen en constante actividad la musa de Manuel del Palacio, Felipe Pérez y muchos más. Á pesar de la abundancia desordenada de este novísimo género—por lo menos tal como hoy se entiende—son pocos los que logran condensar la nota saliente y característica de los sucesos de actualidad, sazonada con algo sentencioso y profundo, que aun oculto en el ámplio y ligero ropaje del arlequín, acuse fuerza de pensamiento y vigor y gracia exquisita en la expresión, de ordinario muy breve é intencionada. ¿Quién no recuerda las *Siluetas granadinas* que aparecen desde hace mucho tiempo en el periódico *El Defensor de Granada?* Sin que se tache mi elogio de exagerado, las hay tan fáciles y graciosas como las más celebradas, y lo mismo en el vocabulario que en la combinación métrica, campea esa franca espontaneidad que tanto seduce; porque sabido es cómo las angustias y apuros del poeta se comunican al lector, cuando un consonante se atraviesa ó un ripio oficia de salvavidas providencial que se viene á las manos y nos saca del atolladero.

Confieso, sin rebozo, que á disponer de tiempo y espacio tendría especial gusto en llamar la atención particularmente sobro muchas de las obras poéticas de Afán de Ribera; mas como acaso fuera el intento audaz y extemporáneo, y algo hay que decir del libro en que estas desaliñadas líneas aparecen, causa eficiente, además, de mi pobre colaboración, á él me atengo de buen gra-

do, tanto más, que en el flamante volumen Entre Beiro y Dauro reune nuestro eximio escritor delicados artículos de costumbres, que son, aparte de los méritos reseñados, con ser tantos, de lo más selecto y sabroso, y de lo poco que en lo contemporáneo granadino resistirá mejor la acción destructora de los años, grandes reveladores de verdades.

*
* *

Afirmaba, hace muchos años, una autoridad indiscutible en preceptiva literaria, que la mera descripción, por sí sola, constituía un género de literatura falso y degenerado, y causaba el mismo efecto en el lector de buen gusto, que una decoración de teatro, espléndida é iluminada, vista desde la sala. Los troncos de aquellos árboles parecen de verdad, el boscaje del fondo huele á romero, las cascadas se deslizan entre flores de brillantes matices: nada falta á la vista para hacer de la escena un oasis. Pero deja que caiga el telón, abandona tu luneta, pasa al tablado y verás lo que resta del deleitoso jardín, que momentos antes te trasportaba á un mundo fantástico y desconocido..... nada, absolutamente nada. Las aguas discurren por canales de hojalata vieja y mal soldada; el pensil causa lástima: cada flor es un chafarrinón imposible, cada árbol un conjunto de listones revestidos de trapos viejos y manchados.

El secreto de esto es bien fácil de explicar, así

como la analogía del símil aludido. Todo el aparato escenográfico se halla dispuesto para mirarlo de lejos, y el examen minucioso destruye, por lo tanto, la belleza seductora del conjunto. De igual suerte el género colorista y descriptivo, si no encierra más que «rayos de luna, perfumes de jazmines y heliotropos, y cantos tristísimos del ruiseñor, que allá en el silencio de la noche, etc., etc.,» convence al más lerdo de que todo aquello es puro artificio, plagio de lugares comunes, centón de frases hechas, que sólo demuestran buena memoria y arte parecido al de los tramoyistas del teatro, volviendo al ejemplo anterior.

Todo lo dicho es rigurosamente cierto, y el arte de escribir ha tenido que atemperarse á un orden razonable, en harmonía con una sociedad prevenida y despierta, propensa á echar á mala parte vanas sensiblerías. Hay añejos confites de empalagoso dulzor que ya nadie paladea. A pesar de las cacareadas decadencias, obligado tema de discusión de muchos escritores del antiguo régimen, el lector de buen gusto exige hoy del artista que le conmueva con sentimientos verdaderos y humanos, y rechaza como falsa, la hinchada y hueca melopea, torpe encubridora de la falta absoluta de pensamiento.

Estas enseñanzas de los tiempos las ha sabido practicar Afán de Ribera con buen gusto instintivo, hijo de su idiosincracia literaria y de sus aptitudes envidiables para el difícil género que cultiva, y forma la principal materia del precioso

libro Entre Beiro y Dauro. Cuida, muy mucho, el cantor de Granada, de no dejar nunca la escena sola; procura animarla con figuras de cuerpo entero, que hablan y se agitan rebosando gracia y realismo de buena ley. Aquellas comadres de puerta de calle emplean el vocabulario gráfico y pintoresco de nuestro pueblo, al ensartar juicios y fulminar sentencias sobre las novedades de la vecindad; las avispadas mozuelas del Albaicín y de los barrios más opuestos se nos ofrecen emperejiladas y vistosas, conservando cada una de ellas algo privativo y único, que denuncia á las claras su procedencia. Predomina en unas cierto lujo, aparatoso y tradicional, revelador de la casa holgada del huertano ó pegujarero ricachón; mientras otras se caracterizan por el crujir de la modesta falda almidonada y airosa, y por la profusión de albahacas y nardos, criados con especial esmero en los balcones y ventanas de la vetusta casa de vecinos.

Afán de Ribera, granadino entusiasta y convencido, conoce y se inspira en la inexhausta belleza de la ciudad de los cármenes, de la cual es pesquisidor y enamorado impenitente.

Cuentan de Young, que para dar comienzo á sus terroríficas creaciones, se retiraba á un lugar secreto y soterrado, lleno de paños negros, osamentas espantosas y aves nocturnas de mal agüero, oscilando en perenne danza, á guisa de medroso aquelarre, iluminado por braserillos de espíritu de vino y luces esparcidas acá y acullá.

Nuestro D. Antonio tiene mejor gusto. Aca-

bado su despacho ordinario, cuando llega la tarde y el sol alumbra con sus dorados rayos el pintoresco Albaicín, toma á pasos menuditos—casi siempre acompañado de algún amigo—las empinadas cuestas del histórico Barrio, saludando solícito al tendero, reclinado en el quicio de la puerta mientras echa un cigarro, y á todo el que halla á mano. Esta requisa le es de gran utilidad y le proporciona materia laborable de chismes y cuentos, sabrosos y entretenidos.

Allá, perdido en la red de callejuelas que forman la antigua feligresía de San Luis, existe un reducido huertecillo, presidido por vetusto albergue de traza moruna. En la puerta de entrada del oculto poblado, una lápida de piedra de Sierra Elvira denuncia al paseante que discurre alguna vez por aquel sitio. la presencia del hoy célebre «Carmen de las tres Estrellas».

No se comprenden ciertas delicadezas de espíritu y de observación, sin lugar apropiado y tranquilo, donde lejos del ruido y en muda contemplación, vague la fantasía á sus anchas, ajena en todo á importunos cuidados.

De ese mundo retrospectivo, que evoca el poeta en sus ratos de solaz, huyendo momentáneamente de las crudas realidades de la vida, saca el Sr. Afán de Ribera tradiciones, leyendas en verso y prosa, y rancias usanzas de la vida granadina, colocadas siempre con habilidad suma, dentro del marco que mejor las destaca. Así arraigan hondas y seguras las flores de su inagotable poesía. Fertilizadas por aguas que no

lamiesen las terreras de la Golilla y los plantíos de la Albérzana, perderían casi del todo su regalado perfume y la rica brillantez de sus matices.

Posee también como pocos escritores regionales el instinto seguro del modismo, la frase y el vocablo; por que si bien esa cualidad se consigue con el largo trato de las gentes entre quienes vivimos, necesita, sin embargo, si no es mero juego de palabra, de gran tacto y delicadeza, para segregar lo vulgar y ordinario de la expresión vivaz y enérgica que define por sí sola un carácter ó una propensión genial y privativa.

Sabrosas de lecturas y ricas hasta la prodigalidad en color y gracia de la tierra, son las colecciones de artículos, leyendas y tradiciones que contienen las obras del Sr. Afán de Ribera, *Cosas de Granada*, *Fiestas populares de Granada* y la anterior á la presente *Del Veleta á Sierra Elvira*. En estos tres volúmenes que tengo á la mano, amén del novísimo Entre Beiro y Dauro, se encierra, por dicha, mucho de lo que en breve llegará á desaparecer.

Ellos reviven las gentilezas de otras edades, las fiestas de familia en los cabos de barrio, las romerías y parrandas, al santuario ó la fuente, el trabajo manual dignificado, en tipos de manos callosas y de corazón entero y noble, las huertas y caserías con sus poblados verjeles, sirviendo de escena á sencillas y poéticas narraciones, el Albaicín, verdadero palenque de las glorias del genial escritor, que nos lo describe en cuadros románticos y leyendarios, tan vigorosos y pujan-

tes como *La mancebía del Chapiz,* ó en otros de actualidad, donde cada nombre, cada reticencia, cada dicho transparenta al observador sagaz y experimentado, amante del terruño y conocedor de la entera economía del pueblo, apegado por naturaleza é instinto á lo rancio y tradicional. Leves sensaciones, en suma, que nada dicen al indiferente, pero que en cambio llenan el alma del poeta de ardiente y generoso entusiasmo. De ahí la variedad de asuntos y materias, inspirados en algo transitorio y movedizo, como es la totalidad de la vida, llena de antinomias y sucesos encontrados y varios.

En aquellas alturas, la mujer que discurre á lo lejos, rebozada en el pañolón de vivos colores, más parece sultana fugitiva que rompe las prisiones, que joven menestrala, cambiando de postura, para charlar un rato con las vecinas. Los humos de los alfares, la soledad de tan apartados sitios, los cantos de las mozuelas que se peinan y aderezan en los pulcros corralillos, con la dejadéz y molicie propia del apartamiento y la confianza; todos los ruidos apagados y lejanos, todos los olores, desde el fragante y sensual de las flores, hasta el sustancioso de la olla podrida ó de los ajos fritos, todo parece allí combinado entre rayos y bochornos de luz clarísima, para impresionar el corazón y llenar la mente de infinitos deseos.

La costumbre de nuestro D. Antonio de incluir en sus obras artículos de diverso carácter y tendencia, además de alguna que otra poesía, tén-

gola por excelente. Quizá disguste el procedimiento y mi afirmación al severo lector deseoso de mayor unidad de plan y de estilo, en trabajos que al fin y á la postre tienen un fondo común que los caracteriza; pero á cambio de esta objeción, no falta de sentido, se logra la ventaja de conocer de cuerpo entero al patriarca de las letras granadinas, por cualquiera de sus libros.

Fiel á este sistema—seguido también en la reciente obra Entre Beiro y Dauro—y no separadas más que por el título, se leen tradiciones piadosas y tiernísimas, tales como *El dedo de plata, Las violetas rojas* y *Mis claveles,* entremezcladas con sustanciosas y acabadas escenas de costumbres de la tierra, arrancadas de la vida misma, y puestas ante los ojos en representaciones y figuras llenas de donaire y natural desenfado. *La Verbena de San Juan, El día del Santo, El sandiar, Una procesión* y otros más pueden ofrecerse como modelos en su género.

En otras ocasiones la impresión es más subjetiva: el escritor vuela á sus anchas, deleitándose en el pasado, visto á través del rosado espejo que prestan la distancia y la dulce sensación del bien perdido. Sueña despierto entonces el inspirado vate, y evoca tradiciones y cuentos semifantásticos con dejos y remembranzas caballerescos y guerreros, exornados de descripciones y atavíos orientales, casi siempre justos y pertinentes al asunto.

Como se ve, todo se halla compensado, repito, en el sistema del insigne escritor, y para mi

gusto, con buen acuerdo, al tratarse de libros de amena y variada lectura, reflejo de la inmensa gama de colores de los paisajes granadinos, y la característica convivencia de nuestros paisanos.

Y nada más. Homenaje respetuoso y plácemes sinceros al que así ama y reverencia la tierra de sus mayores, cantándola á troche y moche, y pregonando á porfía las excelencias de este apartado rincón, grande por su historia y por algunos de sus preclaros hijos; chico por su vida anémica y escasa: que no hay organismo que resista la sangría suelta de los malos gobiernos y la glacial indiferencia de todos.

MATÍAS MÉNDEZ VELLIDO.

Querido Antonio:

En las páginas de tus libros has dado legendaria vida á tu predilecto barrio de Granada, el Albaicín. Las generaciones venideras harán justicia á tus trabajos literarios, y admirarán tus humorismo y genialidades, que es difícil encuentren imitadores.

Tuyo siempre.

FABIO DE LA RADA Y DELGADO.

Mi querido Antonio: El afan innovador que, como fiebre altísima, es la enfermedad de nuestro tiempo, trabaja para borrar la fisonomía especial de los pueblos, y las costumbres que los caracterizan, matando, en ellos, el amor y la fe, para sustituir tan hermosas virtudes, con un escepticismo que todo lo hiela, y que sólo produce el hastío y la indiferencia.

Amante de nuestro pueblo granadino, artista y poeta, has condensado, has recogido en tus artículos de costumbres sus rasgos característicos, resultando cuadros llenos de vida, de poesía y de color, tanto más valiosos, cuanto que si hoy sirven para deleitarnos, mañana enseñarán á las generaciones venideras, cómo vivía, cómo creía y cómo gozaba este pueblo honrado y trabajador, de cuya alma soñadora van arrancando ilusiones y creencias tanto charlatán averiado, verdaderos Dulcamaras de la política y de la filosofía.

Se van las costumbres: pero tú conservas vivo su recuerdo con tu asombrosa intuición, con tu observación delicada, con tus descripciones fidelísimas, con la riqueza de color de tu paleta, y con la castiza expresión de la frase.

Dios te pague tu buena obra, como te aplaude y admira tu antiguo amigo

Francisco J. Cobos.

BEIRO Y DAURO.

El que con vena fecunda
Escribe ENTRE BEIRO Y DAURO.
Merece á la par que un lauro
La admiración más profunda.
El alma en gozo se inunda
Con una y otra conseja:
Él tiene entre ceja y ceja
La luz de las altas cumbres,
Y como autor de costumbres
No hay quien le moje la oreja.

AURELIANO RUÍZ.

EL RIVAL DE LA ALHAMBRA.

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

Usted nos lo dijo una noche, á la luz de la luna, en el silencioso y apartado carmen. Si la Alhambra no tuviera orgullos de sultana, con su palacio de alicatados y sus torres rojas, ya veríamos lo que valía al lado de este Albaicín, que es como su hermano mayor, más alto, más soleado, más por encima de nuestra vega...

Van pasando los días de la poesía, los días de la ilusión; ya parece ridículo sentir é impresionarse; todo lo que no pertenece al yantar ó la comodidad del cuerpo, se estima irrisorio; las vaguedades de la fantasía, que nada valen en sí, pero que han sido siempre entretenimiento y consuelo de espíritus delicados, inspiran lástima, cuando no desprecio; mas en este diluvio de prosa, flotará el arca de lo ideal, destinada de nuevo á poblar el mundo... Y siempre, siempre, sobre Epicuros, que duermen y comen, estarán los Platones, que velan y aman...

Ha brotado este desahogo lírico, mi querido D. Antonio, al empezar á escribir algo pensando en usted y en su próximo libro, ó en Granada y el Albaicín, que es lo mismo.

Yo también soy de los seducidos por la belle

za de nuestra tierra; de los que se encantan con la ingénua literatura de usted, cuyo atractivo para nosotros es el jugo granadino que la impregna; de los que hemos perdido el tiempo muchas tardes, sin saciarnos de ver, sobre las tintas multicolores del crepúsculo, las siluetas de nuestras torres, los retorcidos árboles, la caprichosa perspectiva del Albaicín.

Y usted y los lectores me perdonen, pero tengo que desahogarme; he de repetir que el inspirarse en sencillos y nimios asuntos granadinos, para hacer de ellos una literatura inofensiva y popular es de buen gusto; que el sentir la poesía demuestra sutileza de alma, y que es excelente rendirse á la fantasía y al corazón, sin ofensa de Dios, ni de nadie.

Es verdad que todo esto, y más, dije al consagrarle un largo artículo, que usted honró poniéndolo al frente de su precioso libro *Del Veleta á Sierra Elvira;* pero ahora tampoco quiero eximirme de contribuir, con otros amigos de usted y míos muy queridos, á esta empresa de la justificación literaria de su personalidad, que me envanezco de haber sido el primero en poner de relieve.

* * *

¿Y qué he de hacer ahora para no reincidir en repeticiones, sino entonar un cántico al Albaicín, el barrio predilecto de usted, su inspirador y su musa, el *substratum* de su poesía y de su

pluma? No tenemos, que yo sepa, una novela cuyo escenario sea el morisco barrio, y que por fuerza habría de resultar interesante; no tenemos tampoco un cantor del Albaicín, como existe un Becquer de Toledo; mas para suplir esto que por la pereza de los granadinos no se ha hecho (porque sólo retazos nos dejaron Alarcón, Fernández y González, Soler y Martínez Duran), están las leyendas delicadas de usted y sus cuadros de costumbres, inspirados en aquellos contornos.

Habrá, y hay seguramente, quien no comprenda que el Albaicín pueda ser bello, siendo así que es hoy un barrio pobrísimo é incómodo: mas con éstos no va nuestra leyenda; éstos tienen ojos y no ven.

A la caída de la tarde, cuando el sol acaricia los muros derruídos, los jardines abandonados, las estrechas y revueltas calles, los misteriosos conventos, las solitarias iglesias mudejares de aquella parte de Granada, surge la majestad de lo pasado, y algo invisible y etéreo se adhiere al alma, despertando en ella la fiebre de los sueños.

Allá enfrente, se ve á la Alhambra rojiza y húmeda, destacando sus torres y murallas del hondo bosque; el Darro soñoliento al pie; y por entre aquellas estrechuras, como al final de un telescopio, la ciudad amontonando sus casas en las dos colinas, y la vega á lo lejos, en neblina luminosa... Patios que fueron de palacios, con arcos cuyos colores deslumbraron los ojos, y columnas de marmol que se acuerdan de los perfumes de Oriente, yacen mudos y derruídos, refle-

jándose en la verdosa superficie de la muerta alberca, con semblante de abandono y pobreza... Los rotos ajimeces, el rumor del canto de las monjas, en conventos que se levantaron sobre escombros de mezquitas; las torres de las Iglesias, que levantan al cielo su frente erguida; los sombríos telares, donde el hijo del Albaicín, con sus grandes ojos siempre tristes, trabaja lánguidamente; aquellas pobres casas, en que la hermosa granadina contiene sus anhelos ó muere de desengaños: el fúnebre ciprés carcomido, que escuchó tal vez los suspiros de enamorada pareja, inclinando su copa para ver el jardín convertido en huerto: todos aquellos restos de una ciudad populosa y rica, sensual y alegre, que se desmoronan lentamente, sin que nadie los toque, como los huesos de un esqueleto, hablan á la imaginación con una fuerza sugestiva indecible, tienen virtualidad incitadora para el artista y el poeta, y hasta al simple granadino, lo hacen melancólico, poeta sin rima y sin lira, como el hijo del desierto...

*
* *

El Albaicín tiene dos aspectos; uno legendario y fantástico, otro actual y artístico.

Al lado de la leyenda, que allí se respira como un vaho perceptible, la realidad presente, con sus líneas quebradas, sus notas multicolores, sus lejanías maravillosas, sus arcos de herradura, sus miedosos aljibes, y las flores de sus cármenes.

Sobre las tapias, que enseñan su carne morisca por los rasguños de su camisa de cal, cuelgan las ramas de los frutales; las rosas asoman por entre las rejas, verdeguea la yerba en el suelo, y las macetas agobian los balcones.

A través de las puertas abiertas se observa la vida interior; ya el portalillo del zapatero, el ruidoso telar ó la original taberna. parecida á un bazarillo de indios; ya la humilde barbería, con igual aparato que en los pasados siglos; la limpia cocina, con sus mil cachivaches relucientes, el mudejar patio, de labrado empiedro, ó la oscura habitación de la calleja, que alumbra la sonrisa de la mozuela, como un rayo de sol...

El Albaicín de noche, á la luz de la luna, sintiendo los rumores del agua, que tienen la cadencia de una kárida árabe... lo dejo para que otro lo describa.

El barrio que fué emporio de Granada, es hoy una gran casa de vecinos; la señoril Carrera de Darro es su piso bajo: su torre ó azotea, San Nicolás; ruinosas escaleras son sus empinadas calles; el patio común la Plaza larga. Su antigua grandeza se viene abajo; muy pronto se convertirá en árida chumbera el antiguo cogollo de la ciudad; cada invierno el desastre es mayor; los viejos muros se deshacen con las lluvias como terrones de sal, y las vetustas casas, llenas de grietas, que son como las arrugas en el rostro de los ancianos, doblan la cabeza, y caen á puñados, convirtiendo en escombros coronados de yedra, los restos de su pasado grandioso.

La gente prefiere vivir encharcada, adquiriendo reuma, en las calles céntricas, en tanto que allí el sol descubierto lo acaricia y aviva todo. el horizonte se ensancha con la altura, y el aire, con el reflector níveo de la Sierra, es diáfano y purísimo.

No hace muchos días, que en un paseo por aquellos sitios. veíamos la avanzada incesante de las ruinas del morisco Albaicín, que se va del mundo sin que los *touristas* lo visiten ni los granadinos lo miren siquiera. Todo para la Alhambra, ni una ojeada para el interesante y pintoresco barrio. Los extranjeros traen ya anotado lo que han de ver: la Casa Real, la Catedral y Cartuja. No hay en sus Guías una nota que diga: «Panorama sin igual de la Placeta de San Nicolás», ó «Encanto de un barrio morisco abandonado». El asalariado *cicerone* tampoco se cuida de estos detalles; lo que urge es que el pagano extranjero afloje la bolsa cuanto antes, y vea al paso lo que encuentre, que suele ser el barrizal de nuestras calles ó la barbarie mendicante que los acosa.

Los granadinos, tan enamorados de nuestra tierra en el fondo del corazón, no tenemos para ella sino abandono y menosprecio; parecemos una familia arruinada, que mira impasible destruirse los restos de su hacienda. No se nos pidan iniciativas, ni amor que se traduzca en obras, ni sacrificio el más pequeño, ni respetos para el arte y admiración para esta naturaleza bellísima que nos rodea. Y no se achaque todo, como es

costumbre, á nuestra pobreza. Aquí no han faltado, con general asombro, caudales exuberantes para empresas utilitarias, que por castigo de Dios tal vez con el tiempo sean ruinosas, y no ha habido nunca lo más mínimo para obsequio del arte, ni para los goces estéticos.

Si la dura ley del tiempo todo lo destruye; si para el Albaicín morisco, con sus calles misteriosas, sus cipreces centenarios, y sus atractivos moriscos, ha llegado ya la hora del acabamiento. todavía las ruinas polvorientas de sus poéticas calles podrían convertirse en cármenes seductores, que darían envidia á las villas de Niza, á los palacios de Mónaco y á los sanatorios suizos. Pues pocos lugares hay en el mundo como este, donde se pueden mirar tan cerca, entre templanza y perfumes, picos perpetuamente nevados, como los del Mulhacen y el Veleta; los esplendores de dilatada vega, henchida alfombra de inextinguibles colores; el festón de montañas azules que lo cercan; bajo los pies, el apiñado caserío de la ciudad, partida en cascos, como el fruto de su nombre, y enfrente el bosque y los torreones de la Alhambra... La finca de Calderón, con ser tan hermosa, nos parecería triste comparada con los cármenes que se levantarían en el Albaicín, casi de balde; pues allí la propiedad está abandonada y el mísero propietario se consideraría feliz si algo le ofrecieran por los restos de sus desmoronadas viviendas.

Pero no; no habrá allí más jardín que el que formen los espinosos nopales; ni más flores que

esas amarillas, cuyas semillas deposita el viento en las ruinas, ni más cármenes que las negras herrerías ó los apriscos de cabras...

Pero consuélenos la esperanza; consolémonos con algún rato como los pasados en su precioso carmen de usted, donde se conserva la tradición de la amistad sincera, sin ruido de ambiciones ni enconos, y la tradición de la poesía granadina; consolémonos, en fin, con poder saborear libros nuevos del que ya ha escrito *Las noches del Albaicín,* y tantos otros, que los guardan los buenos granadinos para respirar el perfume de su tierra; que por ser refrigerante y puro, alegra y conforta, dilata y ensancha el corazón, y es tal vez el secreto de la inextinguible juventud de nuestro querido D. Antonio, decano y estímulo de cuantos rendimos un tributo de admiración á la poesía y á Granada.

NICOLÁS M.ª LÓPEZ.

Querido Afan:

Deseo contribuir espontáneamente al testimonio de simpatía y admiración que ha de preceder á su libro en prensa ENTRE BEIRO Y DAURO.

En ello me juzgo muy honrado y no vacilo en decirle que la lectura de su nueva obra me ha complacido tanto, que si todos los granadinos coadyuvaran á mi deseo, nuestra ciudad natal debía en justicia perpetuar la memoria de usted. que bien lo merece el que, describiendo de mano maestra nuestras especiales costumbres populares, es el digno émulo en esta tierra del celebrado autor de las costumbres y escenas madrileñas.

Deseándole otro libro más, producto de su oportuna y fecunda pluma. le envía su más cordial y sincera felicitación

FRANCISCO VILLA-REAL.

Sr. D. Antonio Afán de Ribera.

Mi estimado amigo:

Va á publicarse, según tengo entendido, un nuevo y último libro de usted, granadino como todos los suyos, titulado Entre Beiro y Dauro, y sin la estimable invitación de algún amigo nuestro, para que figure entre los prologuistas, cuyos trabajos han de preceder á los de V., (lo cual explica que mi nombre ande mezclado tan sin razón ni motivo, con el de tantos ilustres escritores granadinos) el asunto objeto de su publicación, por el que tengo antiguas é irresistibles simpatías, excitó de tal modo mi deseo de figurar entre ellos, que ha triunfado sin grandes obstáculos de la reflexión y la modestia; haciéndome trocar, siquiera momentáneamente, el árido campo de la literatura notarial, á que nos condena nuestro oficio, por el encantador y ameno, abierto, con la partenal y cariñosa acogida de V., en las páginas de su nueva publicación, que habrá de traernos á la memoria, al evocar su nombre, los inefables encantos de ese hermoso verjel granadino, regado por Aynadamar, donde los soñadores árabes realizaron las delicias del paraiso, que para más larga vida prometieron á su rica fantasía las predicaciones del Profeta.

Y llegado á este punto, no pudiendo sustraerme á la invencible influencia del medio en que vivo, es natural que recuerde y lamente encontrarme en el desdichado caso de aquel letrado que dictaba con gran énfasis sus escritos hasta la conocida fórmula *Digo:* de donde nunca logró salir, sino en fuerza de rumiar frases, tachar renglones y oprimirse con la manos la cabeza, la cual no produjo jamás, por mucho que apretara, rasgo alguno de ingenio.

Por fortuna para mí, cuando en tal situación estaba, llegaron á mis manos, por virtud del equitativo reparto de la edición, tres ejemplares de las *Cartas Finlandesas*, de Ganivet, en uno de los cuales leí, de una tirada, el notable prologo de Nicolás M.ª López (no le pongo Don, para distinguirlo de mi patriarcal y querido compañero D. Nicolás), con cuyas ideas me he reconciliado por de pronto, en materias literarias; no por haberme citado tan á deshora en su trabajo como bibliógrafo, aunque haya halagado mi vanidad con un título tan graciosamente otorgado, si no por la viril protesta, que yo no esperaba de su carácter sencillo, y soñador estilo, contra la centralización literaria, que nos priva á más de cuatro ingenios, por no poder pasar á la Corte, ni siquiera en calidad de Diputado, de lucir nuestros talentos y codearnos con tantas ilustraciones como han logrado reunir en Madrid el hambre y la facilidad de medios de transporte.

Mas no debemos desalentar por eso ni envidiarlos; quédense por la Corte esos escritores y

críticos famosos que distraen la atención pública discutiendo largamente el valor gramatical de una palabra, para venir á demostrar en suma, que no saben distinguir un pronombre posesivo de un relativo, y sigamos viviendo aquí en nuestra simplicidad y modestia, aun sin saber gramática, y sin protección ni auxilios extraños, que no echaríamos de menos si todos siguieran mi conducta.

Como la Iglesia, respetable no sólo por la santidad de sus fines y doctrina, sino por el caudal de su experiencia, no canoniza sus santos mientras el tiempo no ha acrisolado sus virtudes, y las Religiones se disputan la gloria de rendir culto á sus hijos predilectos, así creo que los libros no debían leerse hasta que hubiesen pasado cien años, al menos, por ellos, y sólo después de resistir esta prueba podría concedérseles el *exequatur*.

No habría entonces que buscar fuera, lo que podemos hallar dentro de casa, pues Granada ha tenido siempre elementos propios para mantener su envidiable reputación literaria á la altura á que la elevaron los distinguidos escritores que, desde el mismo siglo XV, apenas conquistada por los cristianos, hicieron de esta ciudad un verdadero centro de cultura.

En Granada fué donde nació la nueva escuela poética que crearon Boscán y Garcilaso, influído el primero, según se afirma, por el Embajador de la República de Venecia, Andrea Navajiero, que residió con aquél en Granada en el año 1526,

y el segundo, tal vez por el mismo trato y por su larga residencia en Italia, introduciendo en nuestro idioma la versificación y combinaciones métricas de la lengua toscana; cuya escuela, aunque combatida calurosamente en un principio por otros poetas, llegó fácilmente á abrirse paso. y algunos de sus más acérrimos contrarios, como Gregorio Silvestre, que había logrado comunicar su aversión al mismo Hurtado de Mendoza, del cual fué también amigo en esta ciudad, después de haber combatido calurosamente las nuevas formas, burlándose de Boscán, á quien dirigía desde aquí epístolas poéticas en aquel estilo, acabó por aceptarla y la dió á conocer en Granada, donde se publicaron sus obras (1528 y 1529) precedidas de los versos y elogios de muchos poetas de su época.

Fueron protectores de Gregorio Silvestre, y admiradores de sus escritos, según las noticias de su biógrafo Cáceres, D. Alonso de Puertocarrero, hijo del Marqués de Villanueva, D. Alonso Benegas y el Marqués de Villena, y contaba como amigos á todo lo más distinguido que hubo en su tiempo en Granada, citándose entre ellos al notable Abogado D. Luis Berri, á los Sres. D. Diego de Mendoza y D. Fernando de Acuña, al gran traductor de Paulo Jovio Gaspar de Baeza, al Maestro Juan Latino, al Bachiller Pedro de Padilla, «habilidad rara y única en decir de improviso, y á pocos inferior en escribir pensando», á Luis Barahona de Soto, que imprimió también en Granada su poema *Las Lágrimas de Angélica*, tan

elogiado de Cervantes, á los Licenciados Mesía de la Cerda y Macías Bravo, y otros poetas y hombres ilustres de su tiempo.

Desde aquella época floreciente de nuestra literatura no ha dejado nunca de cultivarse ésta, y aunque la incuria ó la indolencia de nuestros abuelos ha permitido que se pierdan muchos elementos con que se podría reconstruir la historia, quedan todavía rastros luminosos en aquellos certámenes, convocados por nuestros Prelados, como Azcargorta; en las academias mantenidas por los nobles, como el Conde de Torre Palma; en las sociedades y reuniones literarias, de las que han salido tantos escritores eminentes; en las festividades religiosas, celebradas siempre con solemnidad, hasta estos míseros tiempos que alcanzamos; en las revistas literarias, de las que son preciosos ejemplos *La Alhambra*, *El Liceo*, *El Boletín del Centro Artístico*, y tantas otras publicaciones, que han dejado fama imperecedera; y aun hoy mismo, á pesar del general decaimiento, tenemos recientes y esplendidas manifestaciones de vida intelectual, como *Libro de Granada*, los trabajos de Ganivet, las novelitas granadinas de Matías Méndez, y el que V. se propone publicar, á modo de despedida, desatendiendo los consejos de sus amigos y los deseos de sus lectores, siempre numerosos, á los cuales ha deleitado V. con sus exactas y fáciles descripciones, con sus chispeantes cuadros de costumbres locales, su animada pintura de tipos y caracteres populares, su amena y facil narración

de episodios y tradiciones, que le han dado una personalidad literaria propia y honrosamente adquirida.

Tiene V., pues, motivo para estár satisfecho de ser un escritor genuinamente granadino, sin mezcla ni adulteración de ninguna clase; simbolizando, puede decirse, un estilo y un período de nuestra literatura, como en su tiempo Gregorio Silvestre, y de que se repita hoy con V., al cabo de tantos años, esa especie de concentración que espontáneamente logró aquél celebrado poeta, agrupando en derredor suyo á sus amigos y entusiastas, atraídos por el esplendor y encanto de sus obras poéticas; y nosotros, los que asociamos nuestro nombre al suyo, aunque el mío es entre todos el último, debemos agradecerle la honra que nos dispensa, dando cabida entre las páginas de su interesante libro á esas demostraciones de simpatía y admiración, permitiéndonos contribuir, con este homenaje colectivo, á ensalzar su indiscutible mérito y perpetuar su legítima fama de poeta y escritor distinguido.

Elías Pelayo.

Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

Querido Antonio: He tenido verdadera satisfacción al saber que dentro de poco has de publicar un nuevo libro titulado ENTRE BEIRO Y DAURO.—Lo supongo tan interesante como los que le preceden debidos á tu pluma y muy digno del favorable concepto que ha merecido á los principales literatos de esta hermosa ciudad.—La colección de los trabajos que ha de encabezar la obra será muy estimable, y por si es á propósito para figurar en ella, adjunta te remito copia del párrafo que á «La Casa de las Estrellas» dedico en mi *Museo Granadino de Antigüedades Árabes*, pues por referirse á la tradicional vivienda donde se han escrito ó ideado todas tus tradiciones granadinas, me parece digno de figurar al frente de este último volumen de ellas.

Digo, pues, respecto á la referida casa en el libro antes mencionado:

«De todas las casas que se encuentran en los alrededores de la de los Moriscos y en el teatro de las primeras insurrecciones, tal vez la más rica en recuerdos es la conocida con el nombre de *Casa de las Estrellas*.

Éntrase á la misma por un arco apuntado, sobre cuya clave hay tres azulejos en forma de estrella que han dado nombre á la casa. Dicho arco lo cierra un gran portón con gruesos clavos y

característico postigo, franqueado el cual se ofrecen á la vista varias habitaciones ruinosas con restos moriscos y un pequeño patio con algunos detalles de labores en yeso.

Sobre la puerta de la sala baja quedan los claros donde en otro tiempo se hallaban las celosías y en medio de ambas hay un paño de labores de yeso con letras árabe que dicen:

La gloria eterna *(pertenece)* á Dios.
El reino duradero *(pertenece)* á Dios.

En la parte opuesta hay otro fragmento de decoración, formando antepecho de un balconcito, con labor de hojas y estrellas.

Al hablar de esta casa, apuntaremos como dato curioso, que en un sotabanco de la misma, se hallan moldes de barro para hacer trozos decorativos de muy fino dibujo, lo cual indica que tal vez habitaría en ella algún alarife ó persona dedicada á esta clase de trabajos, aunque la tradición nada nos dice sobre el particular.

Lo que sí se cuenta es que á esta casa vino á esconder sus tesoros el rey Aben Abed de Sevilla, y que sus tres bellas hijas se entregaban en el huerto á dulces coloquios. También se refiere que hácia el año 1760, un viejo avaro descubrió el tesoro y murió de alegría.

El arco que da entrada al pequeño postigo, es el mismo por donde se introdujo el Garcés del *Martín Gil* en 1578.

A la derecha de la puerta existía un gran agujero que el actual dueño, Sr. Afán de Ribera,

advirtió ser anchísima mina, cegada en el interior por escombros, pero con cabida aun bastante para albergar á un hombre.»

Hasta aquí mi *Museo Granadino*, á cuyas anteriores líneas debo añadir que la publicación del libro ENTRE BEIRO Y DAURO, será seguramente un nuevo timbre de gloria literaria para el laborioso y castizo escritor que posee y suele habitar tan famosa casa morisca.

A. ALMAGRO CÁRDENAS.

ENTRE BEIRO Y DAURO.

UN GRANADINO.

I.

Afán de Ribera, autor de este precioso libro, es un escritor verdaderamente granadino.

No lo digo tan sólo porque nació en Granada y en esta ciudad pasó largos años y en ella reside afortunadamente, sino también—y esto importa mucho en literatura—porque los asuntos de todas sus obras se nutren de la historia y vida de Granada, y á Granada ha consagrado y consagra las expansiones de su corazón, siempre joven, y las notas de su lira, siempre puras y frescas.

Afán de Ribera amó y ama, con inextinguible ardor juvenil, todo lo que se encierra y resume en ese nombre poético *¡Granada!...* Ama la hermosa ciudad, con sus barrios moriscos, sembrados de ruinas, y su barriada moderna, cuajada de edificios magníficos; los monumentos arquitectónicos, marcados con el sello de cien generaciones y el estilo de mil y mil artistas; los cármenes, que no son *hoteles*, ni jardines, ni huertas, ni *villas*, pero tienen en compendio rasgos de villa, de huerto, de jardín y de hotel; los ríos—

tres contando el Beiro—que llevan oro en sus aguas y sustancias nocivas en sus corrientes; las mujeres, que parecen «moras bautizadas», por lo que yo dije en *Soledad:*

«Que cita allí se dieron
dos razas enemigas,
mezclando tras la lucha
su sangre y sus caricias;
y mujeres, á un tiempo
cristianas y muslímicas,
quedaron para eterna
memoria de la cita...»

Y... el aire, que huele siempre á rosas y claveles; y la luz, que brilla y esplende con tonos inefables; y la Sierra, que, con la mayor altitud de la Península, separa dos continentes y dos civilizaciones; y el *Cehel*, que, anticipándose á la factoría gaditana, recibió la primer visita de los colonizadores fenicios; y el *Suspiro del Moro* en la loma del Padul, que, dividiendo dos cuencas, oyó hace cuatro siglos el último gemido de una raza y de una cultura expirante y el canto primero de un pueblo y de una cultura victoriosas...; y, en suma, ha amado y cantado, y ama y canta el poeta granadino todo lo bello y todo lo feo del pueblo en que (parodiemos á Zorrilla)

«ha vivido á su placer
y quiere su tumba abrir,
que donde vino á nacer
justo es que venga á morir.»

Há muchos años Afán escribe en Granada y á Granada pinta ó celebra en sus prosas y versos. En sus Liceos y Academias lee composiciones humorísticas ó hace representar comedias, zarzuelas y loas; en sus juegos florales conquista laureles y hace sonreir á las bellas; en el teatro Principal resucita la vis cómica de Alvaro Cubillo de Aragón ó la dramática de Mira de Mescua; asociado con el compositor y concertista granadino Mariano Vázquez, contribuye al progreso del drama lírico *(Farinelli);* cultiva con éxito extraordinario el terreno de la leyenda *(Noches del Albaicín);* penetra denodado en el campo labrado por granadinos tan ilustres como Hurtado de Mendoza y Pedro A. Alarcón *(Por un cabello,* novela); ofrece en las *Auras del Genil* una colección de poesías serias y humorísticas; presenta en las columnas de *El Defensor*, con nombre de *Siluetas,* rasgos de la vida diaria, trazados con tanta amenidad como franqueza; y pinta con amorosa delectación los usos y costumbres del pueblo granadino, sin olvidar un detalle de las fiestas y diversiones de nuestra gente.

Él vive la vida misma de sus paisanos: parte del día, trabajando en la oficina ó el taller, en demanda del pan cotidiano, y parte, recostado en una mecedora, columpiando el cuerpo y meciendo la fantasía en vagos ensueños de odaliscas y sultanas, que á veces toman realidad sensible...

¡Ah! Tiene el poeta en un rincón de su amado Albaicín un carmen, que, entre floridas bellezas,

guarda remembranzas del cantor de los *Nocturnos*. Aquel *nido* (de las canoras aves idealizadas por Longfellow, único *yanqui* amigo de Apolo); *laboratorio* (donde fabrica sus narraciones legendarias); *triclinio* (donde, sin presumir de Horacio, brinda á sus amigos un vino más grato que el Falerno), y *dormitorio* (en cuyo lecho reposa el vate lejos del ruido mundanal), ¡ay! aquel nido poético ¡cuántos ruiseñores ha cobijado y de cuántas románticas escenas ha sido cómplice y testigo!...

En aquella casita arabesca, en cuyo calado cornisamento aun se lee esta muslímica inscripción: «*¡La gloria eterna pertenece á Dios!...*», la musa de la leyenda granadina ha tejido la vaporosa tela de sus narraciones poéticas. Allí se dió calor y luz á *Las Noches del Albaicín*, á cuyas tradiciones prometió escribir un prólogo el eminente «trovador» Martínez-Hermoso Dúran. Allí se hizo lo que indica nuestro malogrado amigo en estos versos:

«En el viejo Albaicín, en las alturas,
desde donde en risueño panorama
grupos se ven de torres que coronan
su arboleda lejana:
hay un oculto carmen, que conserva
restos, tal vez, de la opulencia arábiga;
si fué jardín ó fué palacio, nadie
á conocerlo alcanza.

. . . .

Allí un poeta caprichoso lleva

antiguos sueños y leyendas rancias,
y dulce néctar el recuerdo aviva
de la proscrita raza.

. . . .

Al pie del muro, donde apoya un arbol
el recio tronco en la vejez cansada,
donde el silvestre jaramago cuelga
de la grieta que ensancha;
en medio de una línea de rosales,
pródiga la amistad, con mano franca,
planta un rosal á la memoria mía
y coloca una lápida.
Al vagabundo trovador es ese
recuerdo fiel que la amistad consagra;
no secárase nunca si pudiera
regarlo con mis lágrimas.
Mas ¡ay! quien sabe si al morir un día,
ausente para siempre de mi patria,
ya que mi tumba no, guarde esa losa
donde mi nombre graba.
En tanto, alegres de la mesa en torno,
riente el sol sobre nosotros lanza
fúlgidos rayos: Hebe todavía
con la copa no escancia.
El blanco vino de la copa aumenta
un momento la risa y algazara:
Hebe triunfante se presenta al cabo
y la copa arrebata!...

. . . .

...¡La lápida en conmemoración del poeta *macabro!* ¡La copa de vino que escancia Hebé! ¡La

vieja jardinera que blande la hoz! ¡La visión de la muerte que pasa por el festín!... todo, en estos versos escritos por Dúran en el *Carmen de las Tres Estrellas*, evoca la siniestra *pállida mors...*, que luego proyectó su sombra fatídica sobre las *Poesías* de 1882, que, con sus *Nocturnos, Delirium, Elegías, Spleen* y *Scherzos Humorísticos*, parecen una reunión de fantasmas y esqueletos que danzan al són de la marcha fúnebre de Thalberg.

Pero mientras el autor de la danza poético-macabra dormía el último sueño en un cementerio de Madrid, su amigo íntimo, el de las *Noches del Albaicín*, seguía llamando á Hebe para que escanciase las copas del vino de la «costa» y á Erato para que le inspirase odas anacreónticas, de las rociadas ligeramente con el licor de Baco y rozadas por las flechas de Cupido; porque, como el viejo de Theos, el poeta granadino no ha caído nunca en la embriaguez ni en el erotismo.

Su estilo juguetón y templado, que corresponde á un temperamento «horaciano», tranquilo y suavemente epicúreo, sin exaltaciones pasionales, corre fluido por los jardines amenos de la poesía lírica, de la legendaria y de la descriptiva, como el arroyuelo—tantas veces repetido—se desliza manso por los campos llanos y floridos, sin saltar por los despeñaderos, ni penetrar en las cavernas, ni perderse en los caudalosos ríos. Exento de pasiones, libre de compromisos de escuela, anticulterano, sencillo, modesto, enamorado de la belleza, natural ó artística, le ha ren-

dido culto con fe y esperanza inquebrantables.

En su lozana vejez, especie de juventud inagotable, no deja de frecuentar el poeta los antiguos hogares, donde, como en el templo de Vesta, arde todavía el fuego sacro de la poesía y del arte. Del viejo Liceo ¿quién queda en pie, después del ciclón que pasó furibundo por Santo Domingo?—Acaso él sólo!...

Podía otro Alarcón—si lo hubiera—escribir una poesía humorística semejante á la intitulada *¿Lloramos ó reimos?...* Y repetiría, con el mismo fundamento que en Mayo de 1864,...

«¡Qué mutación!—Antaño, oh granadinas,
os bañábais en llanto de poetas,
y lágrimas de amor, cual perlas finas,
dábais por suscrición las más discretas.»

. . . .

Pero al evocar á los poetas que enaltecieron la tribuna del Liceo, ¡ay! no podría el nuevo Alarcón repetir, ni siquiera en parodia, aquella octava:

«Aquí de *Andreu* dominó el consejo:
Moreno Nieto habló: su triste canto
alzó *Soler:* con singular gracejo
leyó *Palacio:* del concurso encanto
fué el docto *Ivon,* y de la historia espejo
González, el poeta de Lepanto;
y lucieron *Bedmar, Paso* y *García,*
y *Salvador,* - que trova todavía.»

Ya no. El Salvador de hoy es Antonio Afan de Ribera, firme, erguido, inmutable sobre las rui-

nas del Liceo ¡y de cien liceos y círculos granadinos! Aún trova Afán de Ribera, en la calle y en la Academia, entre las flores del carmen y entre los árboles del Salón, con la copa ó con la pluma en la mano, vistiendo la toga de juez ó la levita de caballero particular.

Sus «trovas» poéticas tienen ya lo menos cuarenta y cinco abriles. Al dedicar su libro de *Fiestas Populares* al Liceo artístico y literario de Granada, dice textualmente:—«Hace treinta y »dos años que en este augusto recinto de la »ciencia leí mis primeros versos.»—Y el libro de las *Fiestas* se imprimió en 1885. Luego ya es jamona la musa de Afán.

Cuando todavía mostraba vigor juvenil, se lanzaba á la escena, con el seudónimo de *Juan Soldado*, y daba á luz la comedia en un acto y en verso titulada *Corte y Cortijo* (imp. Madrid.—1854). Y no fué esta su única producción dramática. *El Laberinto* y *Tres damas para un galán*, comedias en tres actos; *La Pensionista*, zarzuela en dos actos, música de Luján; *Los Contrastes*, juguete lírico en un acto; *El Alcalde Vinagre*, zarzuela en dos actos, música de D. Antonio Segura; *El bufón de D. Juan II*, drama en colaboración con D. Pedro Mendo de Figueroa; *El Liceo en escena*, apropósito lírico, música de don Francisco de Paula Valladar; *Glorias de Granada*, loa en colaboración con D. Francisco Manzano Oliver, y alguna otra comedia que no recuerdo, acreditan la fecundidad de *Juan Soldado*, el de las *Tres Estrellas*.

Poco he visto y leído de estas obras cómicas de Afán; pero, considerando la facilidad y abundancia con que en *siluetas* y *carocas* derrama la sal, y el tono y estilo de su poesía *afectiva*, me inclino á la opinión de los que ven en Afán de Ribera un malogrado poeta cómico, chispeante y desenfadado á la manera del autor insigne de *Pancho y Mendrugo*.

Las mismas sales en grano, la misma facilidad y donosura, se notan en sus artículos de costumbres, que años hace publica en los periódicos y revistas de Granada. De 1885 es *El dos de Enero*, fiesta en conmemoración de la toma de la ciudad morisca; *San Antón el Viejo*, que recuerda las «siete vueltas» de las bien arreadas caballerías en honor del Santo, cuyo templo existió á la entrada del *camino de Huetor*; y la *Subida al Monte*, el día de San Cecilio; de 1884 es la *Festividad de los Santos Reyes*, en la cual los niños inocentes solicitan aguinaldos de los Magos y los jóvenes *echan los estrechos* solicitando una buena novia; de 1883 es el artículo *Al Señor del Campo*, recordando la devoción del Realejo al *Cristo de los Favores*, imágen milagrosa que se venera en el «antiguo *Albunest*, ó barrio de los mercaderes »judíos, frente al palacio de Muza Eben-Gazul»; de 1880 es la *Feria Real*, número del programa del Corpus; y de 1875 las quintillas en que describe Afán *El Corpus en Granada:*

Tras de la empinada loma,
larga cuadrilla se asoma

de campesinos, que ufanos
y agarrados de las manos
vienen á correr la broma.

. . . .

Detrás la yegua de un cura,
que por nada se apresura,
inquieta la oreja inflama,
al ver la mula del ama
que adelantarla procura.»

. . . .

Enumeración incompleta de artículos de costumbres, que, ampliados, ha recogido Afán en varios tomos, como si quisiera formar un museo de las cosas granadinas.

Otro carácter de nuestro poeta es su afición á las tradiciones y leyendas. No contento con pintar lo que es Granada actualmente, quiere pintar lo que fué; y careciendo de la tenaz diligencia del anticuario y del bibliófilo, suelta la imaginación y reconstruye mentalmente la ciudad granatense de otros siglos, no creando arbitrariamente el *mito* local, sino embelleciéndolo con artísticas modificaciones. Ya lo demostré en mi *Triunfo de los viejos* y no insisto más en la genuina inspiración legendaria, semi histórica, semi-fantástica, del autor de las *Noches del Albaicín*.

Y para que nada falte, el prolífico escritor ofrece una novela de asunto granadino en este libro, poético, legendario y costumbrista.

De todo un poco.

II.

Afán de Ribera no es ni quiere ser *folklorista*, aunque sea «pueblo» en el buen sentido de la palabra.

El *folklorismo* español ó andaluz (que en Andalucía ha tenido su cuna) empezó y acabó como la mula de alquiler del apólogo, corriendo muy á prisa y parando muy pronto; y en su breve existencia, que se redujo á coleccionar sin orden ni concierto refranes, coplas y anécdotas, no produjo en Granada siquiera una mala colección de chistes y cantares. Porque los «costumbristas» á estilo de Afán, toman del pueblo rasgos y frases, pero sin empeño sistemático ni carácter regionalista. En «El Sandiar», «El espejo del alma», las «Ligas de mi morena», y otros artículos, hace cantar al pueblo granadino sus amores y sus esperanzas; pero en esto como en todo, obra nuestro poeta de un modo espontáneo, sin aparato científico, ni más preparación que el oído atento á los suspiros del enamorado, las notas de la guitarra, los murmullos del arroyo, el trino de las aves, las coplas del fandango... y los latidos del corazón granadino.

Nunca se ha metido Afán de Ribera en disquisiciones filológicas y le tienen sin cuidado las opiniones de los que admiran, con Cánovas del Castillo, la pureza inmaculada y castiza corrección de la lengua castellana hablada en la región que fué reino de los Nazaritas; pero, sin estu-

diar el vocabulario ni la sintáxis de nuestro pueblo. Afán recoge en su estilo, fácil y pintoresco, vocablos y modismos del dialecto granadino.

¿Pero el lenguaje es condición suficiente para caracterizar á un poeta y clasificarlo en un grupo ó escuela determinada? Mucho vale el idioma y basta á los historiadores para agrupar en una escuela á escritores diversos, por la sola razón de emplear la misma lengua: pero el hablar en catalán ó en gallego no es nota específica tan marcada como la de usar el mismo ó análogo estilo, que, huelga advertirlo, no es la manera individual y personal, sino el estilo colectivo ó genérico que separa unas escuelas de otras. El sacerdote y poeta asturiano González Reguera escribió en *bable* los amores de Dido y Eneas, y los de Hero y Leandro, asuntos que á un «vaquero» ó campesino de las «brañas» de Asturias debían interesar tanto como á nosotros las guerras entre los salvajes del Sudán ó la Senegambia. Y si el párroco astur, dejando clásicas leyendas, no hubiera pintado en «El Ensalmador» á los amantes supersticiosos que se fian de agüeros y ensalmos, ó en el diálogo satírico entre Juan y Toribio, no hubiera clamado contra los tributos, pechos y alcabalas que agobian al labrador, insertando descripciones «realistas» (que tampoco faltan en otras composiciones), no bastaría su fabla regional del siglo XVII para merecer el título de poeta asturiano.

En el mismo siglo, y en Granada, hubo un gallego que reflejó los colores de la escuela poé-

tica aquí floreciente. Tal fué el coruñés Trillo Figueroa, que, no obstante su culteranismo, tomó del pueblo granadino, para sus letrillas, frases y estribillos vulgares:

—Solía que andaba
el mí molinó,
solía que andaba
y ahora nó.

. . . .

—Para enamorarme quiero
de las damas lo mejor:
mas de adonde pueda hallarse
aun más que dudoso estoy,
porque si es doncella, hay riesgo.
y si casada, afufón,
y si soltera, es un mar
adonde nada el amor.
y si es del prior
peor que peor.

. . . .

Si tuviera autoridad, como tengo buen deseo, yo suplicaría á los jóvenes granadinos, que en vez de imitar á los modernistas y decadentistas, sectas y modas exóticas y pasajeras, se dedicasen al útil y sabroso pasatiempo de recoger y coleccionar los modismos, cantares, chascarrillos y cuentos del pueblo. El folk-lore de nuestra provincia, á juzgar por las muestras hasta ahora publicadas en cancioneros, y por lo que se oye todos los días en la Alhóndiga, en los mercados,

en el Albaicín, y en otros centros populares, tiene que ser variado y opulento.

Como pocos folk-lores, el nuestro tiene, entre otras joyas, una que cuenta más de cuatro siglos de existencia. Gonzalo Argote de Molina oyó á los moriscos granadinos un cantar que tradujo así:

Alhambra amorosa, | lloran sus castilios,
¡oh Muley Vuabdéli! | que se ven perdidos.
Dadme mi caballo | y mi blanca adarga,
para pelear | y ganar la Alhambra.

. . . .

Marco las pausas que deben hacerse en este cantar, para ser cantable. Sin duda el historiador de la «Nobleza del Andalucía», al traducir la cantinela morisca, acomodó su letra al compás de alguna canción vulgar de su época.

¡Cuánto podría añadirse á aquel fragmento de la lírica elegiaca de los vencidos en 1492...! Mucho de los vencedores; porque, procedente de árabes ó de latinos, hay en Granada un *foklore* completo, suficiente á hartar la codicia de los «mineros» que buscan supersticiones, leyendas, cuentos, frases, modismos, coplas, bailes, chistes... etc., etc.

Todavía el romancero morisco, cristiano por sus autores, exhala perfumes de Zaidas y Zaides, Muzas y Zulemas; todavía, en la penumbra de la superstición, aparece el *cancón* relumbrando de noche en los torreones de la Alhambra; nuestra *granadina*, música y canto sencillos, de menos

floreos que la malagueña, aun perdura con sus notas de suave melancolía; nuestro cancionero, que en la Colección de Lafuente Alcántara tiene un centenar de coplas, podría con muy poco trabajo enriquecerse hasta superar en variedad y hermosura al Gallego publicado en La Coruña: nuestro refranero, rico en adagios y frases proverbiales (más feo que Picio; llueve más que en el entierro de Zafra; etc.) si se ordenara y comentara, explicaría á la vez modismos y leyendas que corren de boca en boca, despertando confusas reminiscencias; nuestra medicina popular, que ya en la obra de Sorapan de Rieros (*Medicina en proverbios,* Granada, 1616) hace curiosa manifestación, se acrecentaría con pregones como los que estoy oyendo en este momento histórico: *Manzanilla fináa de la Sierra; Brótano macho pa el pelóo...:* nuestra confitería, que goza de fama universal por los almíbares de las monjas de Santiago, las frutas confitadas, las tortas reales de Motril y los roscos de Loja, dilataría sus términos hasta dar con el berberisco *barcóc*, nada desemejante del latino *praecoqua*, ó con el árabe *alajú*, muy diferente del gaditano *alfajor;* nuestra cocina, pisto variado, guiso múltiple, donde la col se alía con la morcilla, y el arroz se combina con todas las verduras y hortalizas reales, posibles é imaginables, simbolizaría la variedad de pisos, estratos y formaciones de nuestro suelo, y la variedad de factores éthnicos de nuestra gente...; y en suma, la multiplicidad de elementos que solicitan la atención del observador me-

nos curioso, demuestran á priori la riqueza del folklore granadino.

III.

Afán es poeta festivo, que vierte la sal en prosa y verso, pero no la sal amarga de la sátira juvenalesca, ni la sal horaciana de ligero picor. Es producto de las salinas de España.

Aunque de índole popular ó vulgar, la gracia de Afán, derramada en sus artículos de costumbres, en sus coplas, «carocas», «siluetas», y otras especies análogas, no es gruesa ni muy abundante. Procede de su carácter bondadoso y festivo, que toma alegremente las cosas de la vida, sin fieros y bélicos alardes de moralista, ni catonianas asperezas de censor público. Se rie por reirse, no por enseñar al que no sabe ó corregir al que yerra.

Tiene su llano lenguaje y estilo desenfadado algo de los escritores «costumbristas» y festivos del siglo XVIII, fautores del prosaismo, sin las ambiciones de esta escuela en el terreno didáctico. Afán de Ribera no ha ceñido nunca las ínfulas de flámen ni de maestro.

No diré que Afán es un «capitán coplero», como apellidaron á D. Eugenio Gerardo Lobo, que, en la milicia, llegó al grado de «teniente general» y en las letras mereció el título de general en jefe de todos los poetas festivos y chispeantes de su época. Pero si aquel sobrenombre me permitiera aplicar al cantor de la *Calva*, lo

haría en el alto sentido con que debe aplicarse á Gerardo Lobo. Afán es un capitán de los poetas jocosos que se chancean en tono de broma; pero no satirizan gravemente, usurpando la palmeta ó el látigo, que corresponde á los maestros de la sátira ó del epigrama, géneros docentes.

La sátira, descripción hiperbólica y punzante de vicios y ridiculeces, enseña mucho al perspicaz observador de costumbres.

Horacio y Juvenal, éste con ira sangrienta, aquél con mucha cortesía, pintaron en sus exámetros las inmoralidades de Roma, sentina de las inmundicias del mundo. Pero si queremos ahondar la llaga, toquemos, aunque sea ligeramente, el *Satiricón,* de Petronio, que se rotula con exactitud *De pesimis Romae moribus.*

Satíricas y *costumbristas* hasta cierto punto son las breves composiciones epigramáticas. ¡Qué cuadros disolventes los que pasan fugitivos por las Antologías de Burman y de Meyer! Y en los mil quinientos epigramas de nuestro Marcial, espolvoreados con sal romana, olientes á lupanar, la Roma decadente se vé retratada con admirable realismo. La obra de Marcial (él lo dice) *hominem sapit...!*

Este sabor de humanidad es el que nos gusta en las obras verdaderamente satíricas.

Buscando en la antigua escuela poética de Granada Horacios y Marciales, tropezamos con Hurtado de Mendoza; Barahona de Soto; Gregorio Morillo; el Dr. Faria, y algún otro cultivador de la musa satírico-festiva.

El Dr. Faria escribió en romance octosílabo la sátira que comienza

«No me denuncien los hombres...»

El granadino Morillo compuso en tercetos un «Discurso contra los vicios comunes», reuniendo en su aljaba flechas agudas que aprovechó más adelante D. Francisco de Quevedo.

Barahona de Soto, autor del poema *Angélica* (Granada, 1586), obra del ciclo orlándico, publicó cuatro sátiras, la 1.ª sobre «guerrillas literarias», la 2.ª, especie de «paradoja á la pobreza», la 3.ª contra varios abusos y vicios, y la 4.ª combatiendo á los malos poetas.

Barahona no es hijo de Granada, pero pertenece al grupo granadino. «Algunos de mis versos (escribe el autor de Angélica) se hicieron entre las moriscas zambras y por esto pudieran ser tenidos por bárbaros.»

Hurtado de Mendoza, de genio áspero como su luenga barba, escribió con tono humorístico el «Diálogo de Caronte y Pedro Luis Farnesio»; una sátira «contra las damas»; la chispeante «Carta del Bachiller de Arcadia al capitán Salazar, autor de una Crónica del Emperador Carlos V»; la supuesta contestación del Bachiller en defensa de su libro. burla añadida á otras burlas; la carta á las damas de S. M. sobre «los catarriveras»; y epigramas punzantes, que tocan á veces los límites de la licencia... pornográfica. Era Hurtado un escritor nacido para la sátira. Pero hombre del gran mundo, diplomático, noble por los cuatro costados, y sin residencia fija en su patria,

mal pueden aplicarse al pueblo granadino los rasgos de costumbres trazados por su pluma de acero.

No puede olvidarse en esta enumeración el gallego andaluz ya mencionado, D. Francisco de Trillo y Figueroa, que, criado en el seno de la escuela granadina de los siglos XVI-XVII, se asimiló el ingenio meridional, sin perder la afición y el gusto de su terruño primero. Su humor satírico no viene de Juvenal ni de Horacio, sino de la fuente nacional, que corre suave por el romance, la cantinela, la letrilla, y otras formas líricas, procedentes más bien del Norte que del Sur.

En romancillos ingeniosos y finos, que al parecer hurta á Góngora el Bueno, como en el poema *Neapolisea* roba el cultismo á Góngora el Malo, D. Francisco Trillo Figueroa pinta costumbres y usos *non sanctos* de su segunda patria.

Véase lo que dice «A una beata, tercera muy entremetida»:

Al río, zagales,
á lavar, zagalas,
que se apaga el fuego
y se enfría el agua.
. . . .

Según indica el satírico poeta, las «señoras togadas» podían ver, desde los balcones de la Audiencia, los *toros* que se corrían alguna vez en la Plaza Nueva, si bien en Bibarrambla, y en otros lugares no públicos, se topaba entonces con mansos de larga cornamenta.

En el romance «Sirenas del Dauro», satiriza la afición de las damas granadinas á los cosmé-

ticos, que, por cierto, tenían digna representación en ciertos «papeles» de la industria local.

Hasta en los versos en que Trillo hace su propio retrato, hay rasgos de costumbres. Dice que no era «discreto ni hermoso», por más que la fealdad era en él muy superior á la discreción. «Cisne» primero y «grajo» después, tenía cabeza enorme, orejas grandes, largas narices, boca de labios gruesos y de pocos dientes, barba asperísima, corazón sin ternura, más aficionado á la piratería callejera que al verdadero amor, y amplio estómago, capaz de recibir un «jarro de Lucena», rebosando licor montillano, después de un «jamón de Rute», como preliminar de una siestecita de seis horas, entre once y cinco, que no menos necesitaba el gallego-andaluz para reposar y hacer alto en su actividad erótico-gastronómica.

Y en obsequio á la brevedad, omito aquí varios nombres, pero no el del sainetero José Vicente Alonso, á ratos bucólico, á ratos satírico. Valía más que *Amato Benedicto* (Antero Benito Núñez) autor de unas *Sátiras*. Alonso, fiel retratista de ridículos personajes, que tuvieron por salones las cuadras del presidio de Ceuta, compuso epigramas picantes y otras poesías festivas, burlescas y jocosas.

El capitán de infantería y regidor de Loja, D. José de Campos, noble relacionado con las musas plebeyas, describe en sus versos, inéditos aun, usos y costumbres de su época. Era el tiempo en que, á los golpes de la gran Revolu-

ción francesa, se derrumbaban los muros de la sociedad antigua... Campos, muy religioso y muy «conservador» (pase el tecnicismo moderno aplicado á un poeta del siglo XVIII) no sentía el ruido de los grandes y terribles derrumbamientos. y, desde su casa-palacio de Loja, se entretenía en pintar, con estilo de Benegasi ó de Lobo, ya el baile de máscaras que dió la Sra. D.ª María Guadalupe á las personas más distinguidas de Loja, ya las tertulias en que alguna señorita cantaba la tonadilla de las *Tiranas-Moras;* ya el Casino ó «Casa de Conversación» que organizó la «nobleza» para lícitos recreos, entre los cuales no contaba el poeta la murmuración ni los naipes, enderezando al grupo aristocrático de jugadores y murmuradores esta redondilla:

«Y si acaso no quisieres
que mis consejos redoble,
ó pórtate como noble
ó no digas que lo eres.»

Para el ilustre hermano de la Marquesa de Olías, la nobleza no consistía en el escudo que adornaba el portal de su casa, sino en la alteza de la virtud y en las excelencias de la educación.

Pero merece capítulo aparte (y en otro lugar se lo dedicaremos) aquel insigne lojeño que buscaba, entre las innumerables fuentes de su ciudad, la que inspiraba á los poetas helenos:

«En nuestra Loja
hay mil fuentes y falta
la de Helicona.»

IV.

«La relación de fiestas» es un rico depósito de notas y noticias de costumbres.

Las *Obras* de Juan Latino (Garnatae, 1573), después del poema *Austrias* y de otras poesías de menos importancia, contienen algunas inscripciones que figuraron en las plazas y calles de Granada, engalanadas con motivo del natalicio de un vástago regio:

Gaudeat urbs *nato*...

Sería curioso comparar estos y análogos festejos del siglo XVI con otros del siglo XVIII ocasionados por la misma causa. La «*Relación de las fiestas*» que celebró Granada por el «natal dichoso» del príncipe Luis Fernando, hijo de Felipe V, podían servir para hacer la comparación.

Los números del programa eran entonces, como antes y después, casi los mismos; pero dentro del cuadro general, resaltan líneas y colores que constituyen la nota especial propia de la época y del lugar, nota inconfundible con la característica de otro lugar y de otra época.

Estruendoso repique de campanas; «pregón de las fiestas» al son de trompetas y timbales; salvas de artillería; libertad ó indulto concedido á algunos «presos de las dos cárceles»; «toros de cuerda», lidiados en la vía pública por las valientes esposas ó hijas de los «oficiales de la Casa de la Matanza»; monedas en gran número arrojadas á la multitud desde los balcones de la Casa-

Ayuntamiento y del Palacio Episcopal; magníficas colgaduras «de sedas gruesas»; nocturna cabalgata de «capitulares y maestrantes»; grandioso castillo de fuegos artificiales, muy superior á los mezquinos de la pirotecnia moderna; «mas»carada de los oficiales del abasto, matanza y »venta de la carne»; «fiestas reales de toros» en Bibarrambla, por bizarros «caballeros en plaza». no por toreros de profesión; procesión de la veneranda imagen de *Nuestra Señora la Antigua* (y no de la Virgen de las Angustias); sermones predicados por los oradores de más fama (el trinitario descalzo Fr. Manuel de la Natividad, el maestrescuela D. Rodrigo Marín, el prior del Carmen Fr. Juan de León, etc.): y Academia poética reunida en su casa-palacio por el Corregidor Conde de Torrepalma, que, por medio de D. Francisco Ronquillo, presidente del Consejo de Castilla, elevó las poesías impresas al Rey Felipe V, mereciendo la aprobación y gratitud de S. M., según consta por carta de 24 de Enero de 1708...; tales, en breve sumario, fueron las fiestas reales de Granada por el nacimiento del príncipe Luis Fernando (25 Agosto 1707).

¡Tantum in rebus inane!...

Lo mismo en los natalicios que en las honras fúnebres de los reyes, se desplegaba antaño pomposa magnificencia, que contrasta con el pobre y frío luto oficial de hogaño: ¡cambio radical en las ideas y en las costumbres!...

Pedro Rodríguez de Ardila, poeta granadino. imprimió en casa de Bartolomé Lorenzo (1612) la

obra titulada «Honras que celebró la famosa y »grande ciudad de Granada, en la muerte de la »Serenísima Reina de España D.ª María de Aus»tria, mujer del Rey D. Felipe III, en 13 de »Octubre de 1611, con la descripción de los rea»les túmulos y los demás trabajos de ingenio.»

Ardila, en esta y en otras cosas, fué más editor que autor. Como tal, dedica esta colección, en un soneto mediocre, «A D. Gómez Zapata, »corregidor de Granada»,

«estudioso Catón, prudente Numa...»

y además inserta, de su cosecha, cuatro poesías, una en décimas, dos en sonetos y la cuarta en octavas reales. Copia versos de Juan Francisco Benavides; de Agustín M. Portugal; del L. Gregorio Morillo; del M. Salvador Chavarría; Jerónimo de la Rua; y otros cinco ó seis. Dos escriben en latín: el Lic. Gaspar de Zaragoza (dedicando el túmulo) y el carmelita descalzo Fray Gaspar de Santa María, que escribió *elegidion* (1), *epigramma* (3), *distichon* (1) y *epitaphiom* (4).

Ardila describe el regio túmulo, que tenía 9 varas de ancho y 24 de alto, decorado con tarjetones y versos, representando diez ciudades del reino de Granada. Al pie del escudo de nuestra ciudad se leía:

«Dos causas para llorar
Granada á su reino ofrece,
por el dolor que padece
y por podello mandar.»

No escasean los cronistas de fiestas y juegos públicos. Fray Juan Alegre, historiador en prosa y verso, escribió y dió á la imprenta una «Relación de las fiestas que por la canonización de »Fray Pedro de Alcántara» celebraron en 1670 los franciscanos de Granada.

Con un motivo análogo, cual fué la elevación á los altares del Duque de Gandía, San Francisco de Borja, el Colegio de la Compañía de Jesús celebró suntuosas fiestas desde 27 de Septiembre á 3 de Octubre de 1671. Un «devoto» imprimió en casa de F. Ochoa la «Descripción del solemne y festivoc ulto...»

En el templo lucían, entre otros primores artísticos, una estátua del Santo, obra de «Josef de Mora», y una «imagen de Nuestra Señora, pintura de Cano».

Sonaron, en la fiesta, cajas, clarines y chirimías; hubo fuegos artificiales y espléndidas iluminaciones; se levantó en Bibarrambla una «empalizada de ciento cincuenta varas», con adornos alusivos al místico desengaño del Duque de Gandía; predicó el magistral Vázquez de la Puerta y el franciscano Fr. Francisco del Olmo; se cantaron nuevos «villancicos»; los estudiantes representaron una «comedia simbólica del Santo»; y entre las «chanzonetas» y coplas *ad hoc* fué elogiada la siguiente, que recuerda frases atribuídas al Duque cuando vió en Granada (y en la Plaza Nueva, como Paso supone en su poema) el cadáver ya putrefacto de la hermosa emperatriz:

«Llevóse á Isabel el hado,
y dijo con gran dolor,
viendo su rostro afeado:
—Yo no serviré á Señor
de quien no fuere criado.—»

Al consagrarse en 1674 un nuevo templo á las «Angustias gloriosas de María», el mencionado cronista Fr. Juan Alegre describe minuciosamente los magníficos festejos que duraron desde el 12 hasta el 20 de Septiembre.

Repicaron alegremente las campanas; crujieron y brillaron los fuegos artificiales; hubo altares en las calles y colgaduras en las casas; fueron magníficas las procesiones; los más famosos predicadores — Ramos, Castillo, Vera, Alvarez, la Canal,—desplegaron sus galas oratorias; en «un »teatro capaz..., la compañía de Vega, con va»riedad de representaciones y músicas», contribuyó al esplendor de las fiestas; y en los ocho asuntos ó temas del Certamen, convocado oportunamente, lucieron su ingenio sutil, pocas veces aliado con la inspiración, muchos y muy conocidos poetas y versificadores de Andalucía y aun de toda España.

El Sr. D. Pedro de Soria, «caballero eclesiástico»; D. Antonio de Zúñiga, sevillano; el cronista aragonés Pellicer de Ossau; el teólogo Gómez de Balboa; el médico D. Antonio Alegre; el párroco madrileño Cepeda y Castro; el franciscano Fr. Gaspar de Monte-Rubio; el estudiante granadino Francisco de Vargas, y otros, se atrevie-

ron á celebrar las maravillas del templo de las Angustias y las grandezas de la Virgen. Y fueron premiados, no con flores naturales como hogaño, sino con pastillas de olor, medias de seda, chocolate de Guajaca, cucharillas de plata, mangas de raso de Florencia, lienzos de Cambray, pebeteros, tembladeras, frascos, sortijas, piletas, etc., etc.

¡Qué positivos y prácticos eran nuestros venerables abuelos!. .

A estas fuentes bibliográficas podría, si quisiera ser prolijo, añadir las *Antiguallas* de Garrido Atienza, libro que ya por su especialidad entra de lleno en el género *costumbrista;* y fácil me sería alargar la serie recordando á los cronistas que, como el pintoresco Mármol, trazan el cuadro fiel de la vida morisca en sus últimos años, ó á los historiadores «anovelados» ó novelistas históricos, que, como Hita, narran y describen minuciosamente las luchas más ó menos cruentas y las fiestas más ó menos pacíficas de aquellos Humeyas y Abós, que trocaban las cañas en lanzas y las sonrisas de amor en lágrimas de sangre.

Pero todo esto no pasa de material artístico bueno para los descriptores de costumbres. Garrido Atienza, con trozos de papeles viejos, pero con demasiada seriedad científica, narra ó describe costumbres *urbanas,* como el Dr. Salcedo, en el Vejamen de 1598, ó el Dr. Utrera, en el de 1694, son cronistas de costumbres *académicas;* pero ninguno de estos verdaderos historiadores describe, por modo artístico, las costumbres bue-

nas ó malas de su tiempo, como en el siglo XVII hizo ya Zavaleta y en el XVIII Francisco Santos y en el XIX Mesonero Romano.

Mesonero, *Fígaro* y el *Solitario*, fueron hace 60 años introductores de este género literario, que importaron de Francia, ignorando nuestro pasado. como lo ignoran hoy muchos primates de la política, las artes y las letras, traductores é imitadores serviles de todo lo malo que ven más allá de los Pirineos.

En Granada, un Roda (D. Nicolás), humorista que en el Liceo se inclinó del lado de los románticos, describió en buena prosa tipos y costumbres granadinas de 1840. En *La Alhambra*, tomo III, he leído sus artículos *El Zacatín*, *Mi Viaje* (á la Alpujarra), *Un domingo en Granada*, la *Plaza del Triunfo*, la *Casa nueva del Campillo* y *¿Quién enciende?*, que, con otros trabajos, reunió y publicó en un tomo. Roda tampoco se cree descendiente de Zabaleta, ni de Santos, ni de Torres Villarroel, sino de Larra ó de Mesonero, ó con más exactitud, de aquellos extranjeros donde nuestros publicistas están hace dos siglos aprendiendo á aborrecer todo lo nacional.

Roda, sin embargo, imitador ó discípulo, voluntario ó inconsciente, de autores transpirenáicos, pinta tipos y costumbres de nuestra gente; y, para terminar, recordemos que en esta legión de artistas fotógrafos, ocupa un lugar distinguido Afán de Ribera, y ha demostrado Méndez Vellido, exhibiendo sus *Granadinas*, suma habilidad en el manejo de la cámara oscura.

V.

Decía el cantor de Granada:

«Muy poeta y poco sabio
no aquilato las historias:
narro cuentos y memorias
de la historia sin agravio.
Yo husmeo, busco, escudriño
por los rincones y esquinas
las leyendas peregrinas
que oí contar cuando niño.»
. . . .

Y eso era Zorrilla y eso mismo son los poetas legendarios: sin agravio de la verdad histórica, descubren y manifiestan la verdad poética, más verdadera y profunda que la historia misma, según Aristóteles.

Afán de Ribera, con amor á su Granada romántica, con facultades inferiores á las de Zorrilla, Espronceda ó Arolas, pero igualmente enamorado de la musa que fantasea en *Margarita la Tornera*, en *El estudiante de Salamanca*, ó en las *Orientales*, sabe, sin estudios eruditos, que el mito de los griegos y latinos, á pesar de sus nebulosidades, es una verdad desfigurada ó idealizada por el tiempo, en combinación con las imaginaciones populares, excitadas por la naturaleza pintoresca, el patriotismo exaltado y la superstición soñadora.

Poco ó mucho, una frase, una anécdota, un proverbio, bastan al poeta legendario para fraguar su obra. Como la araña, teje una red de hilos sutilísimos. De *Gar y Nata*, esto es, de una

violenta etimología, han sacado algunos poetas, y hasta un historiador, el nombre de Granada, y la leyenda de una mujer que perdió á España y de una cueva donde ocultó su desventura.

Y es que Granada seduce con su belleza de tal modo, que sus historiadores tienen la amenidad encantadora de los novelistas y los novelistas se embozan en el manto de los historiadores. Hay quien cree todavía en la traducción que hizo Ginés Pérez de Hita del árabe, cosa tan cierta como la versión que de Cide Hamete Benengeli supone Cervantes en el *Ingenioso Hidalgo*. El perfume de la leyenda se aspira en las *Guerras Civiles de Granada* y en la verdadera *Historia de D. Rodrigo;* y en otras curiosas relaciones de pseudo-cronistas, que, si han poblado de visiones poéticas las antigüedades granadinas, han hecho sospechosas á los críticos las historias más verídicas y sólidamente fundadas.

La leyenda granadina se puede encerrar en tres ciclos ó períodos: uno anterior á la reconquista de Granada, otro de las guerras granadinas, que empiezan en Alhama y acaban en los riscos alpujarreños, y el tercero, posterior á la insurrección de los moriscos. En estos tres períodos, la musa oriental hace de las suyas, fantaseando sobre casos ó sucesos reales; siendo muy pocos los extraños al supuesto orientalismo de los árabes y moros, que hicieron en Granada secular asiento.

Si tuviera espacio, insertaría aquí mi estudio (inédito) de la *Novela Granadina;* pero, dejando

para ocasión más oportuna, la historia crítica de esa especie literaria, aquí tengo que recordar los *Amores de Jarifa y Abindarraez,* que se narran en una novelita histórica, acaso la más antigua en su clase, que, según Conde, el arabista, tiene fundamento histórico muy firme. En forma de leyenda romántica, de simple romance narrativo, de obra dramática y de obra épica, ha corrido por España y por el mundo la *Historia de los amores del valeroso Moro Abinde-Arraez y de la hermosa Xarifa Aben-Cerases* (título que dió Balbi de Corregidor á su poema, Milán, 1593).

Y detrás de esa historia romancesca del ciclo primero, fluye un torrente de peregrinas historias de Morainas y Mazotes, Morianas y Galvanes, Zaras y Boabdiles...

El ciclo segundo es cronológicamente muy breve y vasto literariamente. Fernández González hizo con título de *¡Dios es grande!* una leyenda cíclica que encierra el *Ciprés del Generalife*, la *Buñolera* y otras, todas referentes al período de la Reconquista de Granada, y Castelar ha comprendido el mismo ciclo poético en su novela *El Suspiro del moro.*

Sólo la toma de Granada ha inspirado todo linaje de poetas; desde Vaca de Guzmán, autor de un poema en romance heroico, hasta Zorrilla, autor de un «poema oriental» incompleto; y desde Hernando de Rivera, vecino de Baza, que narró en metro la Guerra de Granada, hasta el novelista inglés Bullwer, que escribio *Leila ó el sitio de Granada*. El *Suspiro del Moro,* hecho

histórico teñido con los colores de lo legendario, inspiró á nuestro Alarcón las hermosas octavas que le premió el Liceo, y al catedrático de Latinidad D. Celestino González su poema *Granatae Alhambra Maurique Suspirium* (1875).

El editor Zamora dió á luz dos colecciones de leyendas granadinas, que abarcan los tres ciclos. Una de ellas fué la de *Soler de la Fuente* (imp. de Sanz. 1849). La otra no la recuerdo. Pero todas han sufrido una refundición en manos del diligente escritor y fecundo literato D. Francisco de P. Villarreal, que aspira á reunir en amplia y sintética antología las innumerables narraciones de la musa granadina.

Bueno sería ordenarlas convenientemente, haciendo selección de las mejores por su amenidad y estilo, y publicarlas con notas aclaratorias del asunto, del autor y del valor literario de cada una. Escogiendo de todos los autores de leyendas, tanto en prosa como en verso, la más notable, podía formarse una colección, que fuese un album de oro de la poesía granadina. Dos ventajas ofrecen estas obras: presentar un muestrario de joyas poéticas que revelan los talentos de un grupo de artistas y fomentar el arte regional, que, sumado con otros, constituye el arte nacional, con toda su variedad y riqueza de formas.

Ya que no sea posible realizar esta obra, apuntémosla en el libro de Afán de Ribera, cuyos prólogos, reunidos, son una especie de índice y sumario de los escritores granadinos, amigos entusiastas del popular ingenio.

Miguel Gutiérrez.

MI OPINIÓN.

El Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera, ha escrito el tomo séptimo de la colección de tradiciones, leyendas y pinturas de antiguas costumbres granadinas, que con tanto éxito viene publicando.

Como sincero y fervoroso aficionado del esclarecido autor del nuevo libro ENTRE BEIRO Y DAURO, quiero contribuir, en mi limitada esfera, á la idea iniciada por distinguidas personalidades en las letras, de dar público testimonio de aprecio al que por tantos motivo lo merece.

Yo no puedo hacer prólogos, porque éstos suponen un juicio crítico de la obra, y como no soy más que un modesto aprendiz de literato, muy lejos de maestro, líbreme Dios de juzgar trabajos que sólo deben servirme de modelo y enseñanza. Mas en la necesidad que me impongo de echar mi cuarto á espadas, voy en dos palabras á decir sólo mi humilde opinión respecto al libro nuevo del Sr. Afán.

Dijo no sé que poeta, y en no sé que tiempo, porque tengo muy mala memoria para nombres y fechas y no puedo detenerme ahora para evacuar la cita, que

¡Cualquiera tiempo pasado!
¡Fué mejor!

Y estoy completamente conforme con el dicho de este poeta, en lo que se refiere á costumbres antiguas granadinas.

Eran sin duda más felices nuestros antepasados, comiendo las habas con cabeza el día de San Antón, en el camino de Huetor: tomando el sol en la romería de San Cecilio, bailando de lo lindo ante los altares de la Cruz de Mayo y obsequiando los novios á sus prometidas, en las tradicionales ferias de Septiembre y Octubre, con el gran pañolón de nueces, acerolas y pan de aceite. Y todo esto cuando las calles estaban iluminadas sólo por farolillos que ardian ante imágenes de santos, y dada la queda, la ronda de alguaciles de casa y corte no consentían andar por la calle á los trasnochadores.

Pero ya oigo la voz de la turba multa que me llama oscurantista, retrógrado y enemigo del progreso, que pretendo apagar el gas y la luz eléctrica, destruir la locomotora y cortar los alambres del telégrafo.

Poco á poco, señores, yo no he dicho tanto.

Lo que yo querría fuera que la luz eléctrica y el gas iluminaran aquellas costumbres, y que el ferrocarril y el telégrafo sirvieran para enseñarlas y transmitirlas.

La razón es muy llana: porque entonces había sencillez y temor de Dios, y por tanto más moralidad y menos delitos, mientras hoy se vive en el doblez y el engaño, lo cual junto con la indiferencia respecto á Dios, hace que en los presidios no quepan más delincuentes y se pretendan

resolver los problemas sociales con las bombas de dinamita.

Luego si el libro ENTRE BEIRO Y DAURO es una recopilación de antiguas costumbres granadinas, forzoso es concluir diciendo:

¡Bendito sea el escritor que nos recrea con los recuerdos del pasado, porque sus cuadros de costumbres antiguas son en medio de la desmoralizada sociedad en que vivimos, como ramilletes de aromáticas flores en una atmósfera corrompida!

Esta es mi opinión.

JUAN DE DIOS VICO Y BRABO.

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA

CANTOR DEL ALBAICÍN (1)

Cinco mil y quinientos trovadores,
apurando de Apolo la riqueza,
cantan á voz en cuello la belleza
del sin par Albaicín, mansión de amores.
Todo allí es poesía, todo flores,
que embalsaman del aire la pureza,
allí recuerdos de oriental grandeza,
cármenes, huertos, fuentes, ruiseñores.
¡Oh vosotros, valientes extranjeros,
que ora en el mar, ó en sendas de perdices
cruzais en pos de hermosos ideales,
venid al Albaicín, llegad ligeros,
subid... pero tapaos las narices
al andar por aquellos andurriales.

Felipe Tournelle.

---

(1) Á pesar de su carácter íntimo y regocijado, doy á luz el adjunto soneto del malogrado poeta D. Felipe Tournelle, y la respuesta que dí en otro, tratando de vindicar al pintoresco barrio. Valga como curiosidad y como tributo de cariño al nunca bastante llorado compañero. (N. del A.)

EN DEFENSA DEL ALBAICÍN.

SONETO.

Asombra que un bizarro caballero
con razón de las musas favorito,
desdeñe el arpa eolia, y toque el pito
ofendiendo sin causa un barrio entero.
La augusta sombra de Muley, severo
pide venganza del atroz delito,
y en la *puerta Monaita* queda escrito
el fallo que merece el sonetero.
¿Mas qué pudo impulsarle á lo que inventa
olvidando los tiempos más felices
que unánime la historia nos presenta?
Que para cometer esos deslices
y oler esos perfumes que nos cuenta
debe tener tres cuartas de narices.

El de las Tres Estrellas.

EL VETERANO DE LA LEGIÓN LITERARIA.

> Sucumbieron; pero las ideas de su espíritu generoso seguirán flotando en el piélago de la vida.

Me siento enorgullecido, formando parte del amable coro que entona plácemes y alabanzas en este libro al respetado patriarca de las letras granadinas; y como vá para mí unido su nombre al recuerdo de aquella brillante pléyade de escritores, oriundos de esta tierra gloriosa y fecunda, que lucían los esplendores de su genio, á mediados del presente siglo, en la imperial y coronada Villa, quiero empezar evocando la memoria de aquellos varones insignes, á quienes conocí y admiré en mis mocedades; y luego manifestaré por qué traigo á cuento tan dulce recuerdo en esta *antología* con que obsequiamos al autor de las trovas, cuentos y bocetos populares granadinos.

¡Cómo vuelan los años!

Y, sin embargo, paréceme que ahora mismo tengo ante mis ojos el aposento del afamado café de *La Iberia*, en donde se reunían en grata familiar tertulia aquellos próceres de la ciencia y de la literatura, nacidos ó amamantados en esta tierra clásica del ingenio y de la hermosura, que recordaban todos á cada momento con acendra-

do amor. El hoy encanecido viejo, que con mano trémula traza estos renglones, entonces joven cultivador de las letras, recién salido de las aulas matritenses, por su antigua procedencia de las granadinas, y por su calidad de compatriota regional, frecuentaba el trato y gozaba de la noble amistad de aquellos maestros preclaros y doctísimos. Presidía aquellas reuniones inolvidables el ínclito tribuno y prodigioso maestro de todo saber Moreno Nieto, el cual lo mismo nos embelesaba, oyéndole hablar de filosofía, de política, de literatura, de la alta ciencia, que nos asombraba con una peregrina disertación sobre las razas hípicas, si por ventura sobrevenía alguna digresión de *sport*, con motivo de las carreras de caballos; allí veía derramar su copioso raudal de sabiduría al ya reputado Aristarco en materias literarias y artísticas, Fernández Jiménez; en aquel delicioso cenáculo conocí y trabé amistad entrañable con el malogrado orientalista Emilio Lafuente, digno hermano del elegante historiador del reino de Granada; concurría también mi inolvidable maestro de letras helénicas, á la sazón empeñado en su admirable versión, que nos hacía saborear, de las oraciones demosténicas; allí conocí á Saez Palacios, á Andreo Dampierre, al fecundo novelista Fernández y Gonzalez y á otros granadinos de tan grande como merecida fama. Otras veces admiraba el saber, la vena inagotable y el celebrado ingenio de los mismos ó de otros hijos de esta patria celebérrima, en el estudio de nuestro sapientísimo maestro Fernan-

dez Guerra; otras, en fin, en el hogar respetable de mi venerado amigo el Doctor Rada, médico, filósofo, teólogo, jurisconsulto, literato, enciclopedia viviente notable de todo el saber de su tiempo.

En aquellos centros de intimidad cariñosa y de cultura nobilisima se saturó mi alma de una tal admiración y de un cariño tan intenso por todo cuanto se refería á esta gran ciudad intelectual granadina, que por ello consideré, más tarde, como el día de mayor fortuna de mi vida el venir destinado á ella en calidad de maestro; y por este amor irresistible á mi ya adorable patria de adopción, no he tenido corazón para abandonarla, ni aun por codiciables mejoramientos en mi oficio profesional.

Y ahora bien; ¿por qué estampo en las páginas de este libro semejantes impresiones y recuerdos? Los apunto en él porque á aquella generación, á aquella noble estirpe literaria pertenece el humorístico poeta anacreóntico y popular escritor de las peregrinas costumbres cristiano-moriscas de esta nuestra sin par Granada, y porque en aquella docta colonia iliberitana de la Villa y Corte empecé á oir y á estimar el nombre de este hijo acariciado de las musas, cuyas escenas del Albaicín, su centro de ventura, trazadas con pincel incomparable, han producido el deleite de sus contemporáneos, y serán sabroso manjar para las generaciones de lo porvenir; pues por estos bocetos, repletos de gracia y de donosura podrán imaginarse en venideros tiempos los rasgos más

encantadores y simpáticos de estas sociedades que se derrumban. y cuya noble y hermosa fisonomía irá borrando dolorosamente la ola invasora cosmopolítica.

¡Afortunado mi esclarecido amigo y tocayo el Sr. Afán de Ribera! Él lega á las venideras edades sus populares escritos, y con ellos un recuerdo dulce, grato é imperecedero.

Antonio González Garbín.

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA

PARA SU LIBRO

ENTRE BEIRO Y DAURO.

Pintor de unas edades que pasaron,
Has reunido, afanoso. en tu paleta.
Del espléndido cielo de mi patria
Las tintas más brillantes y serenas.
Y trazado en el *lienzo* de tus libros
El sugestivo cuadro que presentan,
Las antiguas costumbres de Granada
Y sus alegres populares fiestas.
En tus clásicos *cuadros* se respira
El ambiente aromado de esta tierra:
Ellos nos hablan con lenguaje ameno
De novias, serenatas y verbenas;
A través de sus páginas lucientes
Se miran dibujarse las siluetas
De la antigua é histórica Alcazaba.
Del Albaicín los cuentos y leyendas;
Risueños son cual los floridos cármenes
Que el turbio Dauro resonante besa,
Y tan sabrosos como el vino añejo
Que en la tallada copa centellea.

FRANCISCO L. HIDALGO.

JUICIO SIN JUICIO DE UN LIBRO.

Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

Mi querido amigo y Señor: Sé por *los que escriben* que tiene Vd. en el yunque la impresión de un nuevo libro, y como es achaque de gente de pluma el dar su juicio literario sin que nadie se lo pida, siento grande comezón porque no se me cueza en el cuerpo lo que sobre Vd., como hombre de letras, pienso, ganoso sólo de hacer justicia á sus grandes merecimientos de escritor y no á mi exhibición, declaración «de que protesto usar en caso necesario», como dicen nuestros antiguos formularios judiciales. También me informan de que Vd., acreditándose una vez más de deferente y bondadoso para con sus buenos amigos, cede el comienzo de su obra *non nata* á aquéllos para que allí consignen libérrimamente sus impresiones sobre el autor y su obra, galantería que tiene sus peligros, como verá en mi epístola más adelante, pues unos con carta de más y otros con carta de menos, todos haremos su disección literaria, que piadosamente pensando, supongo le será justa y favorable, rindiendo así tributo á la verdad. Pero es el caso, mi buen amigo y dueño, que por un cierto Diablo Cojuelo que á diario me impone de cuanto se guisa, ha llegado á mis oídos que se le preparan famosísi-

mos prólogos por esa culta pléyade de escritores y artistas de Granada que á diario derraman sus perlas literarias en libros y periódicos, por lo que creo mi labor de todo punto estéril, fiambre é inoportuna: añada Vd. á esto el que me gano los garbanzos cotidianos con Berceo y Garcilaso, con el Dante y el Petrarca, por lo que me ocurre lo que á lossacristanes con los santos: lo cual en prosa lisa y llana quiere decir que suelo ser irreverente con las letras humanas, y que como á cosa que me dá de comer ¡triste ingratitud de los mortales pechos! fuera del encasillado oficial las suelo huir como á un apestado. Por todo lo cual y para no ceder de mi primer impulso—que al fin los primeros pensamientos suelen ser los mejores—creo procedente y lo más acertado estudiar á Vd. subjetivamente, y por el hilo sacaré el ovillo de sus sales y donaires. ¡Lejos de mí cuartillas y recortes, originales ni pruebas: á Vd. me atengo, y quiera Dios que salga bien parado de mis manos!

Yo cierro los ojos y le concibo á Vd. con todo el poder de mi imaginación en tres épocas distintas: una joven, mimado de la fortuna, buscando el saber en las aulas universitarias granadinas y el favor de las musas en el Teatro del Campillo; otra recogiendo las coronas y premios de los públicos certámenes y dedicado á refinamientos artísticos; y otra, en los actuales tiempos, derrochando su ingenio en sus intencionadas *Siluetas* de «*El Defensor*» y escribiendo sus caústicos libros y artículos de costumbres con

que á diario nos refocilamos. De la primera edad sólo sé las muchas cosas que Vd. me ha contado y las que he podido completar de los que alcanzaron aquellos felices tiempos en que había España bajo un regimen menos liberal, pero más positivo que el que legaremos á nuestros descendientes; ó lo que es lo mismo, vivo de la tradición. Su segunda época, que debió ser famosa para su cultura artística, la reconstruyo, á imitación de los arqueólogos, echando mano á la arquitectura: su legendaria mansión de las *Tres Estrellas* en la cumbre del poético Albaicín, mude testigo de aquellas famosas veladas literarias á las que asistía la flor y nata de la andante poesía, con sus misteriosos alhamíes y sus discretas celosías, sus enloquecedores tiestos de flores y sus olorosos cuadros de nardos, albahacas y jazmines, sus clásicas *sangrías* y sus típicos *jallullos* de la localidad, todo envuelto en los misterios de la noche y rompiendo solamente las tinieblas un solitario arábigo candil, pendiente de aquel anfibológico *rosal* «plantado—según reza una lápida »de vedrío de Fajalauza—á la memoria del inol»vidable poeta Baltasar Martínez Dúran», mezcla de Parnaso y Tusculana, templo de las musas y mansión de Momo, corazón, en fin, al que refluían todas las oleadas literarias de nuestra morisca ciudad. En la que pudiéramos llamar *edad contemporánea* no he menester de mi fantasía: le reconozco, amigo D. Antonio, soliviantando muchachas casaderas en su saladísimo romance «El cerrojo de San Gil», advirtiendo á madres con-

fiadas en su intencionada composición «El bautizo», recetando á amantes desdeñados en su correcta «Leyenda del rosal», zahiriendo despiadadamente á las viejas en un cierto articulillo muy sonado y que levantó gran polvareda, subiéndosele á las tocas á la genial «Flor de Lis», hoy enmudecida por verse asendereada de periodistas noveles, derrochando su ingenio en cierta reunión de amigos de la que es Presidente nato, etc., etc. Si sumamos estas tres etapas, necesariamente ha de brotar el concepto que de usted tengo formado: poeta fogoso y espontáneo en su juventud; culto, religioso y profundamente observador en su edad de oro; y zumbón, intencionado y terriblemente epigramático en su vejez... (no es ofenderle: Vd. mismo se confiesa viejo y con bigotes canos en cierta donosa contestación á Flor de Lis). Usted es de la madera de los de la famosa *Cuerda*, digno continuador de los «*Cuentos de Irving*» cuya obra completa dí á luz no há muchos años con gran regocijo de Vd., émulo de Salvador de Salvador y de otros poetas locales que han brillado en las elevadas esferas cortesanas y de las que Vd. ha huído por una excesiva modestia que entiendo le ha perjudicado, escritor con moldes propios que se romperán cuando doble la cumbre de su existencia, y cual ave Fénix, renace Vd. cada día más y más espontáneo y fecundo á medida que se hunde en sus propias cenizas. Y como todo se ha de decir, yo he de confesarle que anda tildado de ciertos dejos de verdura por las personas de conciencia escrupulosa; yo en-

tiendo, por el contrario, que sus chistes de usted son velados, cultos y de tan buen gusto, que darían envidia á nuestros mejores poetas clásicos españoles que se dedicaron á espigar en campos vedados por la decencia y el decoro; ahora bien, querer pedir á un escritor satírico y de costumbres que no haya nada en sus obras que huela á realista y humano. es «pedir peras al olmo», y el que quiera condenar estas obras al fuego, comience por convertir en pavesas lo más florido y selecto de nuestro Parnaso español. En el fondo de sus obras hay siempre el principio religioso que bebió en su juventud y honró en su vida entera, y si ahora trisca por veredas más espinosas y arduas—con gran gusto de cuantos le leemos—siempre se saca de sus aceradas sátiras un fin práctico y de la más sana moral. Pretender el que Vd. se convierta en escritor de acendrado misticismo, género que no cultiva en la actualidad, vá en contra de la experiencia humana, que nos hace socarrones á medida que la cándida juventud huye de nosotros, y no son menos estimables Cervantes y Quevedo cuando escriben sus picarescos libros de finalidad moral que cuando se remontan á los principios más espirituales y supremos. Por todo lo cual, entiendo que no debe Vd. preocuparse en este sentido, y yo pido á Dios que «viva la gallina y viva con su pepita», y que no deje Vd. caminos que tan bien huella por otros de más dudoso éxito, dada la feliz y hermosa facilidad que tiene para observar y hacer fecundos los asuntos que se agitan

en nuestra sociedad granadina actual, y de los cuales la generalidad no sabe sacar esos veneros de oro á que Vd. nos tiene acostumbrados: esto sin contar con que «está ya duro el alcacer para zampoñas», que «el aconsejar á viejos es tarea tan inútil como la de despulgar perros», según reza el cuento, y que «más vale malo conocido que bueno por conocer» (si se puede llamar malo á esas sales con que Vd. salpimenta sus escritos).

De todo este diagnóstico humano me atrevo á fijar el pronóstico de su nuevo libro, que, si no miente mi Asmodeo, se ha de titular ENTRE BEIRO Y DAURO, pronóstico que no será *reservado*, sino franco, optimista y de feliz agüero. Su libro último hoy día (¡quiera Dios que no sea el postrero!), será la crema ó quinta esencia de sus cultas observaciones y satíricos donaires, digno sucesor de los que anteriormente ha publicado, modelo de literatura local acrisolado en su larga experiencia de una vida entera consagrada al cultivo de las bellas letras amenas, regocijo de las hijas de Apolo y panacea de melancólicos y atrabiliarios, y como nota genial y agradable que aquilatará su mérito, le auguro un éxito lisongero, y que se venderá «como pan bendito» en las librerías de la corte.

¿Ofendí su modestia alabando cosas dignas de ser alabadas? ¿Excité sus rencores diciendo cosas que eran mejor para calladas? A usted con sus muchas bondades para conmigo, toca el perdonar la inoportuna ingerencia y sobra-

da libertad en emitir juicios personales de este su afectísimo seguro servidor y leal amigo que le quiere y

b. s. m.,

JOSÉ VENTURA TRAVESET.

(Dr. Nothing.)

Á MI QUERIDO MAESTRO

DON ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

SONETO.

Tu libro, como tuyo ¡qué primores!
Que narrando bellezas granadinas,
Cantor del Albaicín, tú nos fascinas
Con tu prosa y tus versos seductores.
Ya que quieres mezclar zarzas con flores,
Para que nada falte ahí van espinas
Entre el ramo de rosas purpurinas
Que has hecho con bellísimos colores.
Negarme descortés á escribir nada
Sería, aunque impolítico, discreto.
Dudoso anduve, pero ya mojada
Corrí la pluma y me salió un soneto
¡Punzante ortiga, entre la flor mezclada!
Si no puede servir, guarda el secreto.

SALVADOR MONTORO.

Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

Granada.

Mi querido amigo y señor: Sea bien venido el libro que me anuncian que piensa usted publicar y deseo ver en mis manos cuanto antes para gozar con su lectura el mismo deleite que me proporcionaron todas las obras de su pluma.—La lira de los poetas es un instrumento tan socorrido, que cualquiera la pulsa sin aprender solfeo, sobre todo en la juventud, con tal de escribirle piropos á compás á la señorita de sus pensamientos, ó satisfacer una pueril vanidad ó un pasajero capricho; pero el verdadero escritor, que lo es por imperio de vocación y fe inquebrantable en la belleza y en el arte, reincide siempre satisfaciendo la necesidad de pregonar sus entusiasmos; convencido de que sólo esto sabe y quiere hacer y sin que los años le enturbien los cristales de colores por donde lo mira todo. ¡Dichoso, pues, usted que es así; que no deja de escribir poesías y hasta de verificarlas! ¡Y dichosos, también, nosotros sus lectores asíduos y los hijos de nuestra hermosa tierra granadina, que, en cada nuevo libro de usted, hallamos reproducidas las impresiones más puras y placenteras de la vida!

Habla tanto á los sentidos y á la imaginación nuestra ciudad, que es casi imposible habitarla y no verse sugestionado por ella, ni sentir unas veces la expresión de sus monumentos, de sus históricos barrios, llorando las ruinas de su glorioso pasado; y otras, la exultación entusiasta de la naturaleza que produce el incomparable cielo granadino, al reflejar en el agua de los ríos y fuentes los destellos de la Sierra Nevada, y al ostentar un sol tan alegre y amoroso que—como dijo Nicolás M.ª López—finge una sonrisa en cada grieta de los ruinosos edificios y murallones. Y, en medio de semejantes esplendores, ¿quién se desengañará del mundo? ¿quién seguirá en la vida la línea recta del trabajo ó de la ambición? Hay que hacer una curva alguna vez para pasear con usted por el Albaicín, su barrio predilecto, y el de todos nuestros poetas, aunque sea inéditos.

Me parece que entre todos los libros de usted no hay uno que no se encuentre inspirado en aquel barrio, pintoresco y delicioso; sólo que se ha fijado usted más en los personajes que en las decoraciones. La comedia y el sainete del Albaicín, es lo que representan en sus libros tipos reales de los que cualquier granadino conoce algún ejemplar: chiquillos dañinos y peleadores como cabras; el mozuelo trapisondista y sanguinario de violentas pasiones; la agorera vieja; la sensual y desgarrada gitana; la *emparedada*, especie de odalisca cuya única ocupación se reduce á hacer solitarios de baraja durante el día

y á esperar por la noche á su oculto dueño, ó arrendatario.... figuran allí revueltos con la desconocida virtud de pobres familias, pegadas al trabajo; con el puro y místico aroma de los conventos de monjas y con las extrañas costumbres de algún estrafalario y arruinado señor que acaba sus días sin salir de un rincón del escondido barrio, como el que se acuesta de cara á la pared, negándose á comunicar con las gentes. Tampoco falta, como no podía menos, la copia de muchas de aquellas hermosísimas mujeres, moras bautizadas en el Salvador ó en San José y cuyo airoso porte y rasgados ojos negros nos sorprenden y detienen en medio de la calle, hasta verlas desaparecer, dejándonos, entonces, con la vista ociosa, como un sentido inútil...

A lo mejor, todos estos personajes, sobredorados por las inagotables tradiciones del Albaicín y sus poéticas costumbres populares, cobran el tinte fantástico de la leyenda—y así los sabe usted pintar—como algunas veces, sobredorados por el rayo de luz, simulan una banda de oro los átomos del aire que, al decir de los naturalistas, no son sino esqueletos de infusorios, trozos de antenas de coleópteros, escamas de alas de insectos, células y no sé cuantas minucias por el estilo.

Y, en fin, mi querido D. Antonio, sea de leyendas ó de costumbres, del Albaicín ó de la Vega, ó de lo que usted quiera, vuelvo á decir que sea muy bien venido ese libro.—Dios lo conserve á usted muchos años en activo servicio

para que cada vez que leamos algo suyo, olvidados, por el momento, de las tristezas de la vida; alegrado el ánimo con las nativas sales y pimientas de su ingenio; recordando las costumbres y cosas de nuestra tierra, volvamos á decirle con la insaciable curiosidad de embobados chiquillos: ¿y qué más?

De usted afectísimo amigo y admirador entusiasta

q. b. s. m.,

GABRIEL RUIZ DE ALMODÓVAR.

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

Mi distinguido y queridísimo amigo: Por mi sobrino el Dr. Nothing sé que sus amigos los literatos granadinos le están dedicando sendos prólogos á un su último libro, que ha de ser chispeante, como todos los suyos; y aunque V. por su mucha discreción y modestia nada me ha dicho en concreto sobre esto, claramente he vislumbrado por ciertas *puntadas* que no ha sabido disimular ni han podido ocultarse á este su antiguo colaborador del *Almanaque de Sierra Nevada,* su vivo deseo de que figure entre los prologuistas este viejo representante de la imprenta granadina. Si es verdad que los prólogos son una muestra de afecto, no ha de faltarle á V. en esta ocasión el de la casa Sabatel; que vivo afecto y antigua amistad le profesamos todos los de la estirpe desde que iba V. muy niño á la librería de mis Padres (q. s. g. h.). ¡Y qué amistad la nuestra tan á la antigua y tan inquebrantable! Para mis Padres y Hermanos era V. *como de la familia,* cariño que siempre pagó con exquisita reciprocidad; y yo, que por la bondad de Dios he sobrevivido á todos, he respetado esta sagrada tradición mútua, pidiéndole y publicándole du-

rante veinticinco años consecutivos y sin interrupción el *Juicio del Año* del precitado *Almanaque;* y así, V. versificando y yo componiendo el Santoral y los datos del Observatorio de San Fernando, hemos venido á ser una entidad bipersonal que tenemos pactado formalmente «no morirnos nunca» para no dejar de hacer tan honorífica y profética obra literaria y astronómica.

¿Y de qué he de hablarle en este mi prólogo que sea más de su agrado, teniendo en cuenta de quien viene, que exhumarle nuestros viejos recuerdos de la niñez, echándonos algunos años á las espaldas y dejando á noveles literatos sus actualidades literarias? Tal vez con eso haga algún servicio á la historia de Granada en la primera mitad de nuestro siglo, renovando así datos que merezcan no ser olvidados, y cuyos recuerdos á V. y á mí han de ser gratos y agradables; ¡lástima que mis escasos talentos de escritor no correspondan á lo pintoresco del cuadro ni á mis buenos deseos de proporcionarle dulces sensaciones de días más juveniles para nosotros y menos luctuosos para la patria!

. . . .

No he de evocar á V. aquellos felices tiempos en que imprimíamos un folleto relatando las fiestas que tuvieron lugar en Granada al recibirse el manto que regaló la Reina D.ª Isabel II á la Virgen de las Angustias, por cuyo trabajo obsequió á V. la regia dama con una magnífica botonadura de brillantes; ni aquellos otros en que hicimos

en nuestra imprenta la lista de los alumnos de Derecho que con V. concluyeron la carrera (obra á tres colores, gran novedad en aquella época y verdadero *tour de force* de la tipografía granadina que entonces se conocía); mis recuerdos han de ser más locales y objetivos para que puedan interesar algo á esta generación presente.

¿Se acuerda V. de los colegios de nuestra primera edad? Usted estaba en la escuela de don Miguel Giménez Urbina, en la calle de la Carcel, frente á las monjas del Angel, lo que hoy es carpintería, y yo en la de D. Alejandro Avila, padre de D. Felipe, en la calle de San Jerónimo: me parece verle á V. pasar por nuestra modesta librería de la calle de los Libreros, con su cartera de badana encarnada llena de libros y acompañado de un criado. Sin saber por qué, mi Padre me ponía por modelo su figura distinguida de usted, que, aunque niño, era elevada, y yo le miraba con respeto y reconociéndole superioridad, correspondiéndonos V. siempre á nuestro aprecio y benévolas miradas con una dulce sonrisa. ¡Y qué miedo nos daba de noche, allá por los años de 1838, el oir el—«¿Quién vive?»—«¡España!»—«¿Qué gente?»—«¡Paisano!»—amenizado de vez en cuando con algún tiro de pólvora y bala de á onza disparado á algún rehacio transeunte!—¿Y del primitivo Colegio de Jesús Nazareno, en la Mesa Redonda, del cual era director D. José Antonio Giménez (con G y no con J como hoy), cumplido caballero. correcto como pocos y honra del Magisterio español? Recuerdo

como si fuera ayer mismo un suceso de este señor: tenía afición, como dicen los cazadores, á la escopeta, y cierta noche que sintió que dos hombres trepaban por su balcón (que pronto desaparecerá á causa de los derribos de la Gran Vía) no sabiendo qué medida tomar, abre de pronto las maderas y dice á los ladrones: «Caballeros, yo quisiera que fuera un pavo, pero no tengo otra cosa...» y descerrajando un tiro al aire hizo caer á la calle á los cacos, gritando, para evitar la responsabilidad: «¡Ladrones! ¡Sereno! ¡Aquí ha sonado un tiro!» Todo quedó en el misterio hasta que el mismo D. José refirió el hecho en la armería de D. Nicolás Talero, en la Carrera de Genil, de donde era asíduo tertuliano por sus aficiones cinegéticas.

¿Y cómo olvidar el «Rincón de Vagos» (corruptela de Ubago) donde está hoy la tienda de «La Perdiz», y al Tío Peso el pajarero y palomero (el que quitaba el frenillo á los gallos metiéndoles un canutico de caña en el pico y dándoles en la lengua con la uña), establecido en los soportales hácia la Pescadería? ¿Y la antigua Alcaicería con sus estrechas y mezquinas tiendas á la morisca, sus famosos perros de presa achicharradosen el incendio del 43 (cuyos estragos sufrió mi familia), la Puerta de las Cadenas, el laberinto decallejuelas de *las Camiseras,* etc., etc.? ¿Y del Tío Pedro Velázquez, decano del gremio *«de obra sudada!»* Era el Tío Pedro *el telégrafo* de la época: recuerdo un día en que acudió mucha gente á las detonaciones de los cohetes *de á seis reales*

que anunciaban la llegada de un *Posta* con noticias alarmantes de la Guerra Civil de los Siete Años—único medio rápido que entonces se conocía, y cuyos *partes* se vendían á dos *cuartos* el ejemplar,—y tuvieron que poner guardias para protejer la casilla del Tío Pedro, llamada vulgarmente «*El banquillo infernal*»; por cierto que usted se refugió en nuestra tienda temiendo que le atropellasen. La jurisdicción del Tío Pedro se extendía á la «*Acera de los valientes*», que principiaba en la esquina de la calle de los Libreros, adosada al Palacio del Arzobispo, y concluía más arriba de la imágen de las Angustias y frente á la *tienda de la Liberata*. Tenían los zapateros de viejo bien adquirido el título de *valientes*, porque sus antecesores vinieron con el ejército conquistador de los Reyes Católicos remendando el calzado de las huestes cristianas, y como pago á sus buenos servicios se les concedió, á ellos y á sus descendientes, puesto en la Plaza de Bibarrambla para que se buscasen la vida, hasta que fueron violentamente expulsados á la Plaza de las Capuchinas, en donde murió esta industria. Cierta vez y en nuestros tiempos asomóse el que era Arzobispo de Granada á la sazón, D. Blas Joaquín Alvarez de Palma, á la reja baja del Palacio Arzobispal que daba á la *casilla infernal* y dijo al decano de los remendones: «Pedro ¿por qué tiras esos cohetes tan gordos que me dan susto?»—«Señor»—contestó el filosófico Tío Pedro—«en »el teatro del mundo á V. E. I. le ha tocado el »papel de arzobispo y á mí el de zapatero de vie-

jo».—El último de estos industriales *«de obra sudada»*, Juanico Luque, acaba de morir no ha muchos días de sacristán del Sagrario, en cuyo cargo heredó á un su hermano mayor.

¿Se acuerda V. de D. José Luque *(alias Luquecillo)* su antecesor en eso de escribir los *Juicios del Año* en los Calendarios granadinos? ¿Y de Don Felipe *«Cuello de Oro»* con su capeta galoneada y su sombrero de medio-queso, tan cumplido como bien educado caballero, que se ganaba la vida leyendo la letra procesal antigua en la curia eclesiástica, y que era coleccionista sempiterno de Santorales y otras mil cosas? ¿Y de aquel hazmereir de los muchachos llamado Gelati, vulgo *«Chirlati»*, de nacionalidad italiana, que se quedó en Granada como desertor en la última invasión francesa? Era alto y bien portado, vestía levita y sombrero de copa, y por su lenguaje extranjero le hacían rabiar los chiquillos de la época —que como los de hoy eran la piel de Barrabás— y él se enfurecía gritando: «¡No hay policía en esta tierra!» Su principal industria era vender gafas, lo que debía de producirle muy poco á juzgar por su *hambre atrasada*, y era muy partidario y *amateur* —según me dijo en varias ocasiones— de *«la tortilla de huevos con albaquilla loca que le »hacía chuparse los dedos, y después una taza de »alhucema como digestivo»*.—«¡Chirlati!»—le preguntaban—«¿cuántos idiomas posee usted?»—«Ocho»—contestaba en acento italiano: «el español, el francés, el inglés, el alemán, el ruso, el turco, el árabe y el italiano, que es el de mipaís

natal».—«¿Cómo se dice *vino* en turco?»—«Vino en turco... Vino en turco... ¡Non ricordo in questo momento!»

¿Y qué me dice V. de aquel otro *tío* como de una vara de altura, negro de morcilla de lustre, picado de viruelas y horriblemente feo, mal carácter, que era el bufón de los adinerados de la Alcaicería, que le vestían con sus desechos, abrigo de época llamado *surtout* color de *ayoza* y largo que le arrastraba, su sombrero de copa y su cazolilla con algunas ascuas, gritando á los fumadores: «*¡Caballeros! ¿Quién enciende?*» á cambio de un *ochavo* y en evitación del trabajo de sacar «*los artes*» para encender la yesca, en lo que se perdía mucho tiempo? Tal era *el señor Catapé,* digno antecesor de nuestros modernos *capitalistas el «Rana» y el «Magarza».*—Del novísimo «*Churreta*» en su buena época de casaquín de paño azul y botón dorado, gabina y junquillo, y de los industriosos «*Pachichi*» y «*Ropones*» nada le diré por ser tipos más modernos y conocidos de la generación presente, así como de «*El Cojo de las esteras*», de «*Juanico Baba*», del «*Compáe Léria,* de «*Tilín*», de «*Lentegica*» y de «Jerónimo Chamorro, *servir á Dios y no á otro*». De Elías el prestidigitador y sacamuelas, sólo hablaré con respeto por su fina gracia y su claro entendimiento. Vienen á mi memoria, para terminar, las fazañas de Bravo; la obesidad de Ciprioto; los chistes del Murciano y del P. Rosas; Martín Callís; Muñoz Cansobre;... pero ¿cómo enumerar cuantos fueron ya borrados del libro de los vivos?

En nuestros buenos tiempos, amigo D. Antonio, componían la guarnición cuarenta hombres llamados *los migueletes,* cuyo uniforme era: sombrero de lana de catite, chaqueta de paño color de pasa con vivos encarnados, chaleco alto con lo mismo, canana repleta de cartuchos, pantalón compañero de la chaqueta y el chaleco (bombacho hasta más abajo de las rodillas), y bota blanca pespunteada y con alamares que cubría el zapato de becerro y defendía las piernas de las malezas del monte bajo. Si había alguna vacante, la solicitud del pretendiente consistía en lo que sigue: el Jefe le mandaba cargar un retaco de chispas con bala, y le echaban un gorrión al vuelo; si le acertaba un balazo, quedaba admitido sin más expediente ni pliego de á peseta. No era esta la sola soldadesca de Granada pues había también otra pequeña fuerza en la Alhambra formada de suizos (conocidos con el despectivo mote de los *«cagones de la Alhambra»*—con perdón sea dicho—) que habían servido en el ejército de España, considerados como inválidos, que daban sus guardias en la fortaleza y en la Alcaicería, por ser sitios del Real Patrimonio de la Corona, y eran como una continuación de la gente de armas morisca, pues servían para proteger los caudales de los *recintos cerrados.*

¿Y del arte de *hacer el fuego* en nuestra remota juventud? La primera sustancia fosfórica se presentó en un canuto de caña, donde, introduciendo un clavo, se producía roce con las aristas y se inflamaba la sustancia: de esto decían las gentes

sencillas que eran «invenciones en beneficio de los ladrones». Después un tal Melgar, que no debió ser lerdo, inventó la mezcla del fósforo con bermellón y la tira de cartulina sin cola y con nitro, y se puso el depósito en la Plaza de Bibarrambla, tienda de D. Pascual Ceña, al precio de dos *cuartos* la tira de veinte fósforos; con todo lo cual se mató la industria de los «*pernaleros*», las pajuelas, la yesca, los «*deslabones*», las pajuelas de azufre y el yesquero de lujo de la clase elevada. Una de nuestras *gracias* de muchachos sin experiencia era comprar tiras de fósforos y estregárnoslas por la cara y la lengua para asustar en la oscuridad á los más pequeños y á nuestras abuelas, diciéndoles «que éramos el «demonio y que por eso ardíamos».

. . . .

. . . .

Por los anteriores datos que corto, dejándome muchos en el tintero, para no hacerme interminable, dirá la generación presente, como nosotros decíamos de la anterior: «*¡Qué atrasados vivían los antiguos!*» Cierto que no había alumbrado eléctrico, sino linternas con velas de sebo para salir de noche de casa (si había necesidad): cierto que el paso *gigante* fué el alumbrado público con aceite, subastado en *siete mil reales* al año; cierto que el presupuesto municipal cubría sus deficiencias urbanas con diez ú once mil duros pagados religiosamente á empleados y contratistas, y que el Contador D. Juan Nepomuceno León Zegrí se llevaba las manos á la cabeza

diciendo: «¡No sé como vamos á salir este año »con un presupuesto tan elevado!» etc., etc.; pero tan bien es cierto que andábamos mejor que ahora en estos tiempos de redes telefónicas, trenes, telégrafos y otras mil maravillas de la ciencia, pues ¡oh fuerza incontrastable de los números! la carne de carnero se compraba generalmente de ocho á diez *cuartos* la libra, los boquerones á lo mismo la libra carnicera, la pescada de quince á diez y seis, los huevos, por Marzo, á dos reales á lo más la docena, el pan á ocho cuartos las dos libras (de cuya cotización viene el fatídico grito de «*¡pan á ocho!*» iniciado en el motín del 46 hasta nuestros días); ó lo que es lo mismo, que vivían pobres y ricos, señorones y ganapanes.

Concluyo, aunque nos tache de oscurantistas y anticuados la generación del día, razonando del modo siguiente: la vida actual ha arrasado cuanto vimos al nacer, desde el pintoresco traje andaluz hasta el buen humor español típico y peculiar de nuestros padres, desde la industria de los calceteros y montereros hasta la riqueza sedera, y ya no queda títere con cabeza de nuestros antiguos usos y costumbres; que el vivir hoy es imposible á fuerza de modas, política, impuestos y sacaliñas; y que si los Reyes Católicos y Felipe II levantaran sus augustas cabezas, se morirían de vergüenza al ver como nos hemos quedado los españoles sin el territorio que nos legaron y llenos de trampas.

Pero como nosotros, amigo D. Antonio, no

podemos detener con nuestras declamaciones el curso secular de los acontecimientos, no nos queda otro recurso que conformarnos, cuidarnos de año en año para seguir colaborando juntos en el *Almanaque* y cumplir nuestro mutuo y bilateral contrato; y cuando no haya otro remedio que entregar la pelleja, diremos á nuestros hijos y descendientes con acento compungido lo que aquel donoso amigo nuestro, abogado y compañero en años, al despedirse de su profesión en esta Audiencia: «¡Y con esto, Excmo. Sr., otro talla!»

Siempre suyo amigo que le aprecia,

INDALECIO VENTURA.

Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

Mi respetable amigo: Sólo á título de compañero de colaboración en *El Defensor de Granada,* como cronista artístico del popular diario, puedo honrarme uniendo mi modesto nombre y desautorizado aplauso, al justo homenaje que los escritores de la prensa granadina hacen á usted, el decano de todos, con motivo de la publicación del presente libro; el cual es de desear, que para gloria de las letras patrias y regocijo de sus lectores, no sea el último, según V. afirma, de los que ha producido su fecunda y colorista pluma.

¿Qué he de escribir en su loor que ya no esté mejor expresado por mis queridos colegas en esta introducción de ENTRE BEIRO Y DAURO? Como aficionado y cultivador de la pintura, le diré que admiro la exactitud de sus descripciones, que tienen todo el valor de la reproducción gráfica; y que, en mis ausencias de Granada, me ha servido la lectura de sus anteriores libros y de algunos de los artículos de éste, de lenitivo á la nostalgia que, como todo buen granadino, he sentido al vivir lejos de esta tierra bendita. Pocos, como V., describen de modo tan exacto y sugestivo los paisajes espléndidos que desde el Albaicín se descubren, ni los rincones seductores de sus casas y calles, comunicando al lector la impre-

sión de la sustantividad artística de los mismos, con toda la poesía y encantos que alientan en el natural; y nadie, tampoco, ha pintado como usted las típicas escenas de aquel pintoresco barrio, con toda la agudeza y gracejo propios de sus habitantes; que no en vano respira V. su mismo ambiente, residiendo á veces por aquellas alturas en el famoso y morisco huerto de las *Tres Estrellas*.

Las antiguas y patriarcales costumbres, desaparecidas unas y cambiadas otras en las mas vulgares, pero no menos interesantes, del tiempo actual, las reseña V. en sus libros con viva realidad y agradable estilo, produciendo, al par que una obra literaria de mucho mérito artístico, una fuente histórica de primer orden, en la que se marcan con certeza y claridad indubitables las notas características de la vida interna de los menestrales y artesanos, y de la clase media granadina, en la segunda mitad del presente siglo XIX; estudio amenísimo que, con el tiempo, ha de ser nueva fase y el fundamento de la historia local.

Y nada más, mi querido D. Antonio; que no me es lícito abusar del espacio con que me brinda en su libro, distrayendo á sus admiradores del deleite que han de hallar en su lectura.

Reciba V. mi pública felicitación en esta carta, testimonio de lo mucho que le quiere y admira su afectísimo amigo y atento servidor q. l. b. l. m.,

DIEGO MARÍN.

AFÁN DE RIBERA

Y LA POESÍA POPULAR.

Al ofrecerle los literatos de Granada al señor Afán de Ribera un testimonio de respeto y de cariño, encabezando con un trabajo de cada uno su último libro, titulado ENTRE BEIRO Y DAURO, impónenme deberes de amistad y de admiración, ocupar un lugar entre aquéllos con unas cuantas líneas, para que mi aplauso se una al de los demás, que aunque modesto y falto de valor, no hay otro que le aventaje como espontáneo y como sincero.

Y al coger la pluma para cumplir este deber, sospecho que los que ya lo han cumplido, habrán apurado todo género de encomios, y hecho destacar su figura en la literatura granadina contemporánea, como una de las más prestigiosas y de mayores merecimientos. Adhiérome, desde luego, á aquéllos que lo ensalzaron, y hago mías sus frases laudatorias, y así no tengo que mencionar nuevamente lo que tantos han dicho, y en cambio puedo ocupar el espacio de que dispongo en señalar un aspecto de los varios que ofrece la personalidad literaria del Sr. Afán de Ribera, porque al englobarla en un concepto general, sería repetir lo que en este libro se expone de manera brillante, y creo que aunque no hol-

gara, quizá fuese esta repetición cansada y fatigosa para los lectores.

Todos los que de él se han ocupado, hacen resaltar su figura como escritor de costumbres, cuyos artículos son fotografías admirables, llenas de gracia, de escenas del pueblo de Granada, de ese pueblo habitador de los barrios, y principalmente del llamado Albaicín, que es sin duda el más característico de élla; é indudablemente los que tal hacen, ponen de relieve la cualidad más saliente, lo que más vale, de lo que ha publicado el Sr. Afán, porque sus trabajos inimitables, están escritos con un conocimiento del carácter, de las costumbres. del temperamento, de la educación y del medio en que vive este pueblo, que asombra.

Aunque reconozca que este aspecto de su personalidad literaria sea el de mayor valimiento, y el que seguramente harán resaltar todos en sus trabajos, sin embargo, voy á separarme de él, para evidenciar otro, acaso el que le ha dado más celebridad: el que lo presenta como poeta popular.

Y no lo es solamente porque su poesía tenga ese carácter, que hay muchos que la hacen de esta índole, y sin embargo no son poetas populares; lo es también porque goza del aplauso del pueblo.

Por qué reune estas dos envidiables circunstancias, es lo que vamos á ver.

Hace poesía popular, porque, enamorado de las costumbres del pueblo, estúdiale en sus gustos, recréase en sus fiestas, admira sus noblezas,

entusiásmase con sus gallardías, analiza sus pasiones, y sírvele de fuente inspiradora de sus romances, de sus cantares y de sus letrillas, en las que se vé palpitar la vida de aquél, con sus amores y sus pasiones, con sus tristezas y sus alegrías, con sus luchas y sus victorias, con sus creencias y sus sentimientos, con su vida sencilla y tranquila, sin ambiciones y sin deseos, transcurrida entre los halagos del hogar y el cotidiano trabajo.

Reflejan sus versos ese psicologismo especial de este pueblo, dispuesto á creer todo lo extraordinario y sobrenatural, y nos lo muestra supersticioso como el árabe, abrazado á sus tradiciones y creencias, fanático por su religión y por su patria, ignorante y rutinario á veces, pero artista genial y poeta inspiradísimo siempre; melancólico y soñador, canta sus penas y alegrías con cantar tan especial, que es alegre y riente como mañana de primavera, ó triste como noche de duelo, y en el que expresa un poema de amor y de ternura, ó una vida de dolor y de infortunio.

Ríe y llora en sus manos la guitarra, en cuyas cuerdas encuentran eco sus sentimientos; por eso sus notas y rasgueos, cuando son alegres, tienen el encanto de risas juveniles, de besos y caricias, de acentos dulcísimos, de algo que anima y vivifica, como si desde el fondo de ella, un ser misterioso é invisible acariciara nuestro espíritu con promesas y cantos, expresados en el ritmo subjetivo, en el tono simbólico, de sus cuerdas plateadas.

Otras veces parece poseer todos los acentos del dolor, y sus acordes semejan suspiros tristísimos, quejidos entrecortados, frases misteriosas, ecos dolientes, tañidos metálicos que recuerdan el doble funeral de una campana, vibraciones fugaces que dejan un eco tembloroso, música al parecer incomprensible, llena de melancolía, que sólo el alma dolorida entiende y ejecuta; y es que sus notas reproducen todos los estados del alma, todas las gradaciones del sentimiento; por eso su sonido es triste ó alegre como la vida, por esa la guitarra es la lira del pueblo andaluz.

Nadie como Afán de Ribera conoce á nuestro pueblo; amante de sus costumbres, ha vivido en su mismo medio y ha pasado sus mejores días en el alegre Albaicín.

¿Cómo no, si ese barrio tiene todos los encantos de la poesía, todos los atractivos del arte? Yo no recuerdo impresión más agradable que la que experimento al contemplarlo iluminado por la luna; tiene la melancolía de una ciudad muerta, con sus calles desiertas y estrechas, con sus casas vetustas, de rejas salientes, adornadas de enredaderas y campanillas azules, con sus tapias festoneadas de jazmines; con sus murallones medio derruídos, manchados de oscuro verdín; con sus arcos árabes y sus ajimeces calados; con sus hornacinas en las que aparece una imagen deteriorada ó un lienzo borroso, iluminado apenas por un farolillo, todo esto envuelto en una claridad misteriosa, en una palidez mate, que hace destacar de las sombras las arcadas y afiligranados

arabescos de algunos patios, con sus columnas marmóreas de primorosos capiteles, las ventanas llenas de macetas, las fuentes cuyas tazas parecen llorar hilos de plata, las copas de los árboles, bajo los cuales se forma un mosáico de luz; y dominando aquel conjunto de huertos y de casas, de flores y de ruinas, vése surgir la arrogante silueta de un ciprés que parece llegar al cielo; la torre de un convento, esas torres mudejares con su esquilín de bronce, sin otro adorno que una celosía de madera y una cruz de hierro en lo alto, ó algún trozo de muralla con una almena musgosa y carcomida, á la que vive abrazada una guirnalda de hiedra...

Al estudiar Afán de Ribera los elmentos que le han servido para escribir sus trabajos, lo ha hecho de manera tan acabada, que ha trasladado á éstos los tipos más característicos, con su lenguaje gracioso y pintoresco, con sus rasgos más salientes, y los ha colocado en el medio que acabamos de describir, y como es natural, han resultado sus creaciones con un carácter eminentemente granadino, con un color local que encanta.

Por eso su poesia es esencialmente popular, porque ha sentido y expresado con relieve grandísimo el alma del pueblo.

Y al rodear su figura el aura halagadora de la popularidad, une á aquella envidiable circunstancia esta otra, que viene á ser el complemento de su personalidad literaria... ¡Circunstancia por la que suspiran los que sienten el aleteo de la inspiración y el estímulo del trabajo!

Nuestro poeta expresa en sus versos cuanto siente y piensa el pueblo de Granada. Refleja sus tristezas, llora sus amarguras, le acompaña en sus regocijos, relata sus fiestas, participa de sus alegrías; por eso, si se le preguntara á aquél por los poetas granadinos contenporáneos, contestaría que no conoce más que á uno: á Afán de Ribera.

Este carácter de su poesia es el que le ha dado mayor popularidad, y el que constituye el rasgo más saliente de su bien delineada complexión artística.

Cuanto su pluma escribe y comenta revístelo con su natural gracejo, y sus crónicas de las fiestas del Corpus, sus quintillas explicatorias de las *Carocas* que en esta época adornan la plaza de Bib-arrambla; sus cuentos y villancicos de Navidad; sus juicios del año, que aparecen en algunos almanaques, y sus ingeniosas siluetas publicadas en *El Defensor de Granada* todos los domingos, y en las que trata los sucesos más salientes acaecidos durante la semana, saboréalas el público con deleite, y celebra sus chistes y ocurrencias.

Su poesía es fluída y fácil, sencilla y sonora; afecta todas las variantes de estilo y carácter, y esta flexibilidad hace que aparentemente parezcan nacidas de otra pluma algunas de sus composiciones; pero á poco que nos fijemos en su estructura, en el giro de sus frases, en la espontaneidad de sus conceptos y en su gracejo especial, descubriremos el sello de origen: á veces

resulta algo descuidada la forma, pero compensa este defecto la belleza de los pensamientos.

Sus romances históricos y caballerecos, recuerdan por su galanura á los famosos de nuestro Romancero; relata en los primeros, hechos de armas de distintas épocas, y algunos de los más salientes de la conquista de Granada; describe en los segundos, aquellas aventuras á que eran tan aficionados los nobles españoles de otros tiempos y en las que si no ganaban á veces honra y provecho, dejaban eco inextinguible su valor y bizarría.

Pero á los romances que demuestra mayor predilección nuestro querido amigo, son á los novelescos, satíricos y de costumbres populares. En los novelescos resucita aquella generación posterior á la Reconquista, y nos la muestra aventurera y emprendedora, supersticiosa y fanática, aficionada á los galanteos y engreida de su valimiento; hácela figurar en multitud de sucesos y lances, tradicionales ó creados por su imaginación fecundísima, extraordinarios y maravillosos las más de las veces, y en los que aparecen confundidos nobles y villanos, dueñas y escuderos, acechanzas y raptos, rezos y cuchilladas, heroicidades y bizarrías; toda aquella sociedad que tanto nos seduce, que era prototipo de galantería y caballerosidad castellanas.

Sus sátiras ingeniosas y punzantes, no hieren con la mordacidad de un libelo; sólo producen un ligero escozor que pasa pronto, y hasta conviértese en saludable reacción contra aquello que

ridiculizan; tienen la ventaja de no ser personales, si no analizadoras de hechos y costumbres, de preocupaciones y de prácticas sociales. En ellas aparecen detalles de finísima observación, rasgos geniales, frases oportunas, diálogos chispeantes; en cuatro versos hace una apología, y con unas cuantas frases descubre lo cómico y risible de las cosas que satiriza; se parece á Baltasar de Alcázar en lo ingénuo y gracioso, y tiene no poca semejanza con Gregorio Morillo, famoso poeta granadino dei siglo XVI, pues al igual que en las de éste, campea en sus composiciones la facilidad y la sencillez, el donaire y la decencia.

Sus romances de costumbres populares, tienen el movimiento y la gracia de los más perfectos de esta índole; descríbense en ellos detalles y observaciones tomadas del *natural*, dándonos á conocer tipos deliciosos de guapetones y *bravateros,* de mujeres garbosas y ocurrentes, de gente alegre y dispuesta lo mismo á rezar el rosario que á beber unas cañas de manzanilla sanluqueña entre los cantos y rasgueos de guitarra de una broma, verificada en el Albaicín ó en el camino de Huetor.

Las fiestas tradicionales de cada barrio, las costumbres que en estos existen de celebrar determinados acontecimientos, los diálogos y frases más características, son expresadas con rara habilidad por su musa regocijada y sainetesca. Tienen sus cuadros el gracejo y la animación de los que describió Trueba, y posee al igual que

éste, un entusiasmo sin límites, un verdadero culto por el lugar donde nació.

A pesar del florecimiento extraordinario del romanticismo en la época en que Afán de Ribera hizo sus primeros trabajos, no influyó apenas en su temperamento ni en su estilo; bebió en los puros raudales de la poesía y de la prosa de Jovellanos,—en algunas de sus obras— y de las de Ramón de la Cruz; de Leandro Fernández de Moratín y de Mesonero Romanos; de Larra y de Antonio de Trueba.

Y al terminar estos ligeros apuntes, me permito enviarle con mi felicitación entusiasta, un ruego cariñoso: que no sea este su último libro.

MIGUEL M.ª DE PAREJA.

Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.[1]

Muy señor mío y muy distinguido paisano: Doy á Vd. muchas y muy expresivas gracias por el envío de su libro *Del Veleta á Sierra Elvira,* que en este alejado destierro me ha caído como una bendición de Dios. Su recuerdo es de agradecer por muchas y buenas razones: por lo que en sí vale, por lo espontáneo y por mi falta de títulos para merecerlo. Yo le conozco á Vd., siquiera sea sólo de vista y de nombre y por la lectura de algunos de sus libros y de los artículos que publica *El Defensor;* pero Vd. justifica su atención sólo por la lectura de algunos ligeros desahogos periodísticos, pasatiempos en que el frío y la tristeza tienen más parte que el ingenio ó las facultades que le suplen cuando se carece de él.

La última obra de Vd. que conocía era *Las noches del Albaicín,* pues hace diez años que falto de Granada y Vd. sabe de sobra que los granadinos conservamos muy vivo el amor á nuestra tierra. pero que somos muy descuidados cuando se trata de enterarse de lo que en ella pasa ó de lo que á ella se refiere. Sin embargo, en la última visita que hice á Granada hablamos Nicolás

(1) Por los autorizados juicios que le abonan y por el interés que despertará en los lectores, se publica aquí la adjunta carta del malogrado escritor granadino.

M.ª López y yo de sus obras de Vd. y él me dió noticia de esta que Vd. ha tenido la bondad de enviarme y del prólogo que él habia escrito. Sólo conocía el último de los artículos (la mancebía del Chapíz) y en cierto modo la famosa boda de Mari-huye, que la he oído al propio Jorobado. Ahora que los he leído todos, le diré que las que más me gustan son «Cerezas», «El patio de los soles» y «Mama y niñas», cuadros de costumbres que sin artificios de ningún género producen la natural y legítima *sensación* de nuestros tipos y paisajes.

Hoy está todo trastornado por el error de perspectiva que, aplicando á diestro y siniestro las ideas que rigen en política y administración, se empeña en ver en los escritores locales algo así como concejales de la Literatura en oposición á los diputados á Cortes, que son los artistas cortesanos, según la comparación; pero conforme pase el tiempo las cosas irán quedando á la altura que deben quedar y de seguro lo que hoy los críticos miran por encima del hombro subsistirá, mientras que muchos engendros artificiales de la literatura hoy en candelero no dejarán ni rastro. En todas las naciones que conozco, he visto que la literatura ó el arte en general con caracteres cosmopolitas es arte de moda, mientras que el arte fuerte y duradero tiene su raíz en la ciudad ó en el terruño. Así es que la obra de Vd. y de todos los que aman á su ciudad y demuestran su amor con hechos y no con palabras, compenetrándose con ella y conservando tradiciones, ó

lo que es aun mejor, tipos contemporáneos, que hoy existen y mañana quizás no existan ya, realizan una obra de arte y una obra de caridad. En uno de mis artículos he hecho yo alguna indicación sobre esto; no he querido citar nombres de artistas que viven; pero me da pena de que muchos jóvenes, apenas sienten que les crecen las alas se van á Madrid y pretenden sustituir el jugo de la tierra natal con colorismos forzados, dislocaciones del ingenio y demás perversiones del gusto.

Aunque tardío, por falta de ocasión, reciba Vd. el aplauso sincero, aunque humildísimo de un paisano, y créame su agradecido y afectísimo amigo y s. s.,

Angel Ganivet.

Helsingfors 4 de Abril de 1896.

Las obras viven ó mueren por el estilo, ha dicho un eminente escritor contemporáneo, y el del Sr. D. Antonio Joaquín Afán de Ribera es de tales quilates que en todo tiempo se leerán con vivo interés sus pintorescos cuadros de las seculares y alborozadas fiestas de la gente popular granadina y de sus honestos recreos y esparcimientos, con tal puntualidad descritos y tal gracejo y donaire que no parecen sino fidelísimos trasuntos de la realidad.

Su constante estudio del natural y su atenta y fina observación de la vida y costumbres del pueblo, que preceptuaba Horacio al docto imitador, han prestado á su estilo sus propios colores y matices, la estructura de la frase, de las cláusulas y períodos y hasta sus peculiares y característicos giros y modismos.

Si es más estimada una obra cuanto más perfecta fuere la imitación, como se lee en el Príncipe de nuestros ingenios, la novísima del señor Afán de Ribera, Entre Beiro y Dauro, émula de sus hermanas *Cosas de Granada, Fiestas populares de Granada* y *Del Veleta á Sierra Elvira,* merece serlo en justicia.

Leopoldo Eguilaz.

LA CENTRALIZACIÓN LITERARIA
Y LAS TENDENCIAS MODERNISTAS

Al Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

Lejos de mí la osada pretensión de criticar la obra que con el título ENTRE BEIRO Y DAURO saca á la luz pública el Sr. Afán de Ribera, para solaz y entretenimiento de todos. Esta tarea la cumplirán con mejores títulos y suceso más de uno de los ilustres literatos que deseosos de testimoniar el afecto que profesan al autor y de dar cumplida cuenta de los méritos que le adornan, han acudido solícitos á rendir con sus prólogos, cartas y opiniones el homenaje debido al que por tantos años viene siendo el espíritu que vivifica la Granada de los tiempos pasados, patentizando lo que élla fué con la narración galana de sus tradiciones y leyendas, si deleitosas por su fondo poético y caballeresco, más deleitosas aún por la forma con que el cantor del Albaicín sabe revestirlas.

La franca hospitalidad granadina que pronto confunde al extraño con el huesped, permite que adune mi voz modestísima á las que en este mismo tomo proclaman de uno ú otro modo la férvida admiración que les produce un espíritu del temple de Afán de Ribera, olvidado de si propio,

en estos tiempos de egoismo desenfrenado, para dedicarse al servicio de la bella Granada, y desentrañar el alma de esta ciudad, netamente cristiana con dejos de picardía morisca. de entre las canciones populares y los numerosos retablos callejeros en los que la piedad de nuestros mayores perpetuó la fe que animaba antiguamente las manifestaciones todas de la vida.

Vá haciéndose enfermedad endémica no sólo en España, sino en el continente europeo, una centralización literaria, consecuencia forzosa de su aneja la centralización política; los hombres de genio, aquellos cuyas almas reciben las llamaradas de la inspiración, los que por sus talentos literarios están llamados á *figurar*, que no se afanen locos en ser algo dentro del rincón en nacieron. Así como el poder viene de la capital del Estado, sin género alguno de contrarrestos, así ha de venir también la ilustración: serán los literatos provinciales eminencias y vivirán desconocidos; brillarán por los destellos de su saber, mas su luz sin esparcir lejanos fulgores, no iluminará más horizontes que los comprendidos en el estrecho recinto de la ciudad que los alberga. Y aun esto es mucho presumir, pues suele ocurrir á menudo que la comunicacion constante con el hombre de valer acaba por convertirse en desconocimiento de sus méritos, bajándole á la condición de medianía, si antes la envidia rastrera no lo ha humillado hasta el extremo límite de la nulidad. Por esto el regionalismo, no obstante su *necesidad*, va muriendo en todas partes, y esas

manifestaciones que de él se notan de cuando en cuando, como las fogaradas de una luz que fenece, no son otra cosa sino los últimos extremecimientos de su agonía. Aquí está el mérito principal de Afán de Ribera: granadino nació: granadino vive y granadino morirá, si bien esto último, y siento inefable alegría al manifestarlo, no lleva traza de ocurrir, aunque el diga otra cosa, en largos años.

La centralización á que he hecho referencia, agrupa en la capital del Estado á todos cuantos con las ilusiones juveniles, y más ó menos méritos reales, piensan de sí mismos que pueden producir grandes cosas, y esta agrupación aumentando sin cesar, acaba por adquirir una densidad enorme y siempre creciente, lo cual produce una competencia de fatales resultados para las letras. Es menester ante todo tener un nombre, es necesario distinguirse. ¿Y cómo adquirir el primero y cómo conseguir lo segundo donde nadie se conforma con el triste papel de medianía y todos presumen de eminentes? Terrible cuestión que viene á resolverse con desdoro de la literatura por medio de la novedad, sublimada, cuando no consigue su objeto, por un proceso hyperdinámico hasta las cimas de la extravagancia.

Aquellos que quieran encontrar la génesis del hoy llamado modernismo, no se molesten en buscarle otros orígenes fuera de la centralización que constriñe á las individualidades que se agitan entre las muchedumbres literarias, á tender

á lo extravagante para ser notadas. Si se me permitiera exponer mis ideas por medio de una metáfora, mostraría á los literatos modernistas una haza de la vega granadina, en la cual hubiera cargado la mano el labrador al sembrar el cáñamo. ¿Veis esa heredad? preguntaría á esos literatos de nuevo cuño, ¿véis cómo se estiran las plantas para recibir la luz del sol? ¿notáis la endeblez de sus tallos, lo amarillo de sus hojas, la poesía mustiamente delicada de sus flores? ¿apreciáis lo vano de su fruto por falta de granazón?; pues iguales sois vosotros, absolutamente iguales. En tierra feraz, abonada por el sudor de la patria toda, os habeis congregado más de los que buenamente podeis vivir; os estorbais con vuestra multitud innúmera unos á otros; ansiais respirar el sol de la gloria y estirais tanto vuestros ingenios para conseguirlo que de puros sutiles, á fuerza de adelgazar pensamientos, os haceis confusos como madejas; creeis algunas veces dar flores y las estrofas que las anuncian más bien que trovas son lamentos nacidos de desilusión ó hambre; vivís á lo sumo al día, y sin estudios sólidos ni preparación apropiada, no es de extrañar sean los frutos de vuestro ingenio fofos y y vacíos, y si llenos de algo de tonta insustancialidad. He ahí la razón por la cual no es posible que desaparezcan del campo de la literatura los delirios modernistas, mientras subsista la centralización que es su causa generadora. Por esta centralización opresora desfallece la patria de anemia, al no tener fuera del centro, ni en sus

medios, ni en sus extremos, espíritus que recojan el sentir provincial y regional, dándole vida y eficacia. Y si alguien se hubiese preguntado la relación que tiene lo expuesto con Afán de Ribera y su libro, comprenderá ahora que la guarda muy estrecha. Afán de Ribera es una protesta viva con el centralismo; despreciando el oropel de la corte, ha estimado más el vivir pegado á su tierra y junto á ella nutriéndose de la savia vitalísima del ambiente granadino, ha conseguido hacerse una personalidad literaria que dejará huella indeleble en la literatura regional contemporánea. Por su amor al rincón en que le vió nacer, por su apego á todo cuanto trasciende á granadino, sentí por él viva simpatía al conocerle por sus obras; esta simpatía la ha trocado el trato en sincera amistad, y por ella he podido apreciar aun más el cariño que guarda en su corazón para la ciudad de los cármenes.

Mas no estriba sólo su mérito en su acendrado regionalismo (dejando aparte aquel que tiene contraído como novelista y poeta), su mérito se agranda cuando se considera el papel importante del ejemplo en todas las relaciones sociales; con sus trabajos ha servido de foco de imitación, que diría el sociólogo Tarde, para perpetuar la afición á narrar las tradiciones de Granada en esta última mitad del siglo XIX, continuándose de este modo un ramo literario que tan brillante historia tiene en la literatura granadina.

Atendiendo á esto al felicitar al Sr. Afán de Ribera por su última producción, hago entusias-

tas votos porque para bien de Granada tenga siempre esta ciudad, archivo de tradiciones y estuche sin par de bellezas, amantes tan devotos como el insigne autor de ENTRE BEIRO Y DAURO.

AMANDO CASTROVIEJO.

Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

Muy querido y respetable amigo mío: Llego de gozo y legítimo orgullo héme enterado de que muy pronto verá la pública luz un nuevo libro suyo titulado ENTRE BEIRO Y DAURO, y entrando á explicarle antes de nada el por qué del gozo y el orgullo, le diré que lo primero obedece al egoismo innato en nuestro ser, al pensar con fruición verdaderamente regalona que en breve me deleitaré saboreando los clásicos cuadros que traza de manera tan magistral; y lo segundo que como buen granadino y amante como el que más de que sus típicas escenas y originales fiestas no se releguen al olvido, siento orgullo cuando veo que gracias á su claro talento, finísima percepción y gracejo sin igual, quedará perfectamente recogida la historia de nuestras costumbres, zambras y regodeos populares, con su verdadero y legendario sabor local.

Todos los hijos de esta bendita tierra, y especialmente cuantos sentimos en el alma las bellezas naturales de ella, debemos á V. profundo reconocimiento por la noble y simpática tarea que ha tiempo emprendió y que con tanta gallardía sigue; todos repito le somos deudores de que se perpetúe y perdure la historia íntima de nuestra Granada, pues sus obras son así á modo

de resumen general de cuantas consejas, tradiciones, leyendas y recuerdos andan esparcidos por todas partes, y que seguramente se perderían si no hubiese habido una mano cariñosa que, cual la de V., las recogiese y coleccionándolas en su meridional imaginación y dándoles esa bellísima forma literaria tan natural y espontánea suya, las diera á luz, ora en preciosos y chispeantes artículos, ó bien empleando su musa juguetona é inspirada con fáciles y cadenciosos versos.

El Albaicín, tesoro de nuestras más típicas leyendas, el barrio de San Lázaro, la calle Real, el barrio de la Virgen, las avellaneras, el barrio de San Pedro, el Realejo, las huertas, el camino de Huetor, todos, en fin, los de Granada, han sido puestos por V. á contribución, y de cada uno de estos sitios ha sacado lo más popular, lo más genuinamente granadino, en fin, y de una manera tan gráfica, con tanta verdad y luz, que crea V., estimadísimo D. Antonio, que su nombre siempre respetable, está en los labios de todos, y se ha hecho tan del dominio de la gente, que Granada entera saluda en V. al verdadero vate granadino, cantor de las bellezas y glorias de este pedazo de privilegiado suelo andaluz, donde parece que Dios quiso con mano pródiga repartir sus más preciados dones, y donde el arte y la poesía, han dejado por doquier indelebles huellas.

Reciba V., pues, mi querido D. Antonio, la más entusiasta enhorabuena por la publicación

de su nuevo libro, y antes de concluir séame lícito preguntarle:

¿Cuándo se decide á dar á luz sus bellísimas é intencionadas siluetas?

Quedo como siempre á su devoción, entusiasta admirador y s. s.

q. l. b. l. m.,

MIGUEL ALDERETE GONZÁLEZ.

No recuerdo qué autor ha dicho que Dios, el hombre, la naturaleza; el mundo intelectual, el mundo moral, el mundo físico, los afectos más delicados, las pasiones más vehementes, los acontecimientos de la vida, todo lo que puede interesar á la imaginación y al sentimiento, entra en el dominio de la Poesía; que ésta no tiene otro objeto que causar el placer puro de la belleza; que instruye y moraliza indirectamente; y que desde el momento en que, abandonando la libre esfera del arte, se propone por fin directo la instrucción ó la moral, pierde su esencial carácter y degenera en prosáica. He citado los anteriores conceptos porque le cuadran perfectamente á D. Antonio Joaquín Afán de Ribera. Este, nuestro ilustre paisano, poeta fecundísimo de fábulas, leyendas y cuentos, siempre ha perseguido, por modo indirecto, en sus trabajos literarios, un fin instructivo y moral, no olvidando jamás que aun la Poesía más trivial, debe ser algo más que un pasatiempo agradable, y que bajo un hermoso ropaje debe siempre encontrarse un cuerpo verdadero; y para Afán de Rivera este cuerpo verdadero ha sido siempre nuestra querida Granada, y sobre todo Granada la antigua, Granada la morisca, con sus cantos, costumbres y tradiciones. No habrá sido Afán de Ribera un poeta nacional en el sentido extenso de la palabra, pero ninguno más popular que él en Granada, por que

nadie como él ha vivido de las esencias de los sentimientos, de los recuerdos, de las glorias de la hermosa ciudad conquistada por los Reyes Católicos. Mucho se ha escrito sobre Granada, sus monumentos é historia; muchos cuadros se han pintado de costumbres del Albaicín; pero si no con tanta precisión, con más viveza que el escritor, el escultor y el pintor, Afán de Ribera con sus brillantes imágenes, con sus pintorescas descripciones y con sus interesantes narraciones ofrece al espíritu la idea de los objetos materiales, presentando los objetos sucesivamente con toda la riqueza de sus pormenores, hasta conseguir que el alma perciba la unidad del cuadro.

Los trabajos literarios del poeta granadino Afán de Ribera, tienen tanto de leyendas como de cuentos; aunque fraguados en su imaginación, se inspira en sucesos reales de carácter popular y hasta verdaderamente históricos; y como en las tradiciones granadinas, por regla general, tienen poca intervención los seres sobrenaturales, los gnomos, las ondinas, los gigantes, los dragones, las brujas, y, sobre todo el diablo, muy rara vez las leyendas de Afán de Ribera están caracterizadas por su final maravilloso y de grande efecto para herir la imaginación; y aunque no falten en nuestra ciudad, milagros y hazañas olvidados ó públicos, unidos á edificios ó calles, para, por su notoriedad, llamar la atención, esta no le sirve á nuestro escritor, sino con objeto de presentar á los lectores cuadros de costumbres granadinas.

Afán de Ribera, lo mismo que Cecilia Bolh de Faber y de Larrea, más conocida por el seudónimo de *Fernán Caballero,* en sus romances, cuentos, novelas y demás composiciones poéticas, describe con tanta gracia como exactitud los usos, costumbres y tipos de las diversas clases de la sociedad granadina, sin otra diferencia que mientras esta notable escritora se extiende á los de toda España, aunque particularmente á los de Andalucía, y se reduce á la época presente, aquél se limita á Granada sola, y con especialidad á los tiempos pasados; pero una y otro combaten sin tregua los vicios sociales, la falta de fe y moralidad, presentando siempre en sus trabajos una virtud; y entiéndase bien, que ni ésta ni los males que ha censurado, como dice un crítico de Fernán Caballero, y que yo hago extensivo á Afán de Rivera, son forjadas fantasías de la privilegiada imaginación de nuestro insigne escritor, sino realidad de la vida humana, á cuyo estudio ha consagrado Afán de Ribera toda su larga existencia.

Pero lo que más distingue á Afán de Ribera, es su acendrado españolismo, su catolicismo, su religiosidad. El escritor granadino es un verdadero español montado á la antigua; tiene todas sus virtudes y todos sus defectos; vive de los recuerdos y de las grandezas verdaderas ó supuestas de España, y si reconoce sus vicios y decadencias actuales, las atribuye á las ideas y costumbres modernas, al abandono de nuestros habitos antiguos, al extranjerismo; lo que para

los más es un progreso, para él es un retroceso, y en parte tiene disculpa; cuando la nación muere, cuando casi se rompe el lazo que estrechaba sus territorios, aniquilándose la entidad llamada patria, ¿qué de extraño tiene que el poeta que vive de las creencias, de los sentimientos, de los recuerdos y de las glorias de su país, ya que no enmudezca, arranque de su lira tristes y discordantes acentos?

Afán de Ribera es además un escritor eminentemente religioso, y sobre todo católico. Como Enriqueta Lozano, egregia escritora y poetisa granadina, en todos sus trabajos domina la idea religiosa, pareciendo en la mayoría de ellos que todo queda supeditado á lo que ésta ha sido, es y significa en nuestro país; sólo que mientras en la malograda poetisa es el sentimiento la que inspira todas sus novelas, fundadas en la moral cristiana más pura, en nuestro fecundísimo narrador de las costumbres granadinas, es la imaginación la que le hace dar color religioso á sus escritos, porque enamorado de lo antiguo, admirador de las glorias y hechos pasados, en los que tanto ha intervenido el catolicismo, reverencia á éste no sólo por ser su religión, sino porque para él representa la esencia de la patria, el factor principal de su historia y el causante de todas sus grandezas. Apegado así al pasado, viviendo en nuestro siglo, con cuyas ideas transige, y espíritu además tolerante, sus escritos se leerán siempre con gusto, aun por los que no piensan y sientan como él, porque no es un sectario, sino

un pintor de cuadros antiguos que los encuentra buenos y bellos, y tales como los siente los expone al público.

. Yo no voy á hacer la exposición ni menos el juicio de los escritos y composiciones poéticas de todo género que durante medio siglo ha dado á luz D. Antonio J. Afán de Ribera; no es este mi propósito, y aunque lo fuera, se quedaría sin realizar, por carecer yo de fuerzas, condiciones y de luces para meterme en tales honduras; esta misión la cumplirán á satisfacción otros admiradores suyos. Sus comedias, sus novelas, sus tradiciones, sus cuentos, sus odas, sus composiciones ligeras, sus artículos periodísticos, tanto políticos como literarios, sus trabajos de todo género premiados en multitud de certámenes, son conocidos y popularísimos en toda Granada; se puede decir que todos los granadinos de media centuria acá hemos aprendido á leer y á pensar literaria y artísticamente con Afán de Ribera. ¿Qué más podemos añadir en su elogio? Podría haber sido un poeta nacional y con menos modestia haberlo conseguido; pero ha preferido serlo sólo granadino, y aun menos todavía, granadino del Albaicín. Y como en el mundo moral se cumplen casi las mismas leyes que en el mundo físico, lo que han perdido los trabajos de Afán en extensión lo han ganado en intensidad. Hoy el nombre de Afán de Ribera va unido inseparablemente al del Albaicín, se compenetran perfectamente; mañana no se comprenderá el uno sin el otro, confundiéndose el recuerdo del uno con el

recuerdo de los arcos, de las calles, de los huertos, de los edificios y de las tradiciones del otro; y quien sabe, si andando los tiempos, algún poeta del porvenir no enlazará en alguna encantadora conseja los nombres del poeta y del barrio granadino!

Por último, yo, que no soy poeta, ni crítico, ni literato, sino muy prosaico, gusto ver al hombre en el escritor, ó más bien al hombre detrás del escritor, y si no sé dar la razón del mérito literario de Afán de Ribera, poeta y escritor, puedo dar muy bien la del aprecio de que goza como español, como granadino y como hombre: en D. Antonio J. Afán de Ribera, todo el mundo ha encontrado el *vir bonus* de que habla el preceptista.

Luis Sansón.

Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

Siendo su admirador no me me atrevo á ser su crítico.

Ni aun debe V. agradecerme el recuerdo, porque yo mismo, al escribir estos renglones, esculco en mi conciencia, y me dice que la vanidad es la que me los dicta, para pasar como hombre de buen sabor literario al celebrar sus obras y para que mi firma aparezca al lado de la de cuantos son gala y honra de las letras granadinas.

Gracias, pues, por la benevolencia con que me permite satisfacer estas vanidades.

Su siempre admirador y respetuoso amigo,

Casimiro Arroyo.

Exmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

Mi querido Antonio: Envíote estos apuntes, como un prólogo más para tu nuevo libro ENTRE BEIRO Y DAURO, con el que tu nobilísimo apellido va á figurar, por no me acuerdo cual otra vez, en la bibliografía española. Digo esto, porque ese tu apellido al que los genealogistas señalan como estirpe al rey de León, D. Ramiro, el tercero, antes que tu fecundia lo hiciera popular en la república de las letras, ya lo ilustraron con sus obras algunos de tus antepasados.

Un tu abuelo, el licenciado D. Andrés Afán de Ribera, mayordomo del rey, según un curioso manuscrito (1), «fué Señor de exemplar virtud y de particular Literatura». Pero si de esta literatura no conozco más que esa afirmación, en cambio, del hijo de D. Andrés, de D. Gaspar Iñigo Afán de Ribera, del hábito de Santiago, también ascendiente tuyo, sí he encontrado algunas producciones poéticas. Por cierto que ni el anónimo autor del manuscrito citado, ni tu otro abuelo D. Juan Pedro Afán de Ribera, Señor

---

(1) *Reporte | de lo perteneciente en | España | al Excelentisimo Señor | Don Perafan de Ribera | y Bazan Suarez de Toledo, y Cueva Marqués de | Villanueva de las Torres, Se-ñor de Guelago y Fonellas, | Alcayde perpetuo de su cas- | tillo, Grande de España, | Gentil hombre de Cámara | Coronel, y General de Ba- | talla de su Mag.t Cess.a Cath.a*

de Cázulas, en aquella *Descripción Geneológica de la Antiquísima, é Illma. y Esclarecida Cassa de Afán de Ribera,* que en 1780 escribió y que en tu archivo guardas, no dicen ni una palabra de las partes literarias que á D. Gaspar adornaron.

Ambos, como sabes, limítanse á decir que Don Gaspar, paje en sus mocedades del Infante Cardenal D. Fernando de Austria, hijo de Felipe III, á quien asistió en todas sus jornadas de Alemania y en el gobierno de Flandes, servidor después del rey en la guerra de Portugal, fué en último término caballero del hábito de Santiago, veinticuatro de Granada y ministro familiar del Santo Oficio. Unos curiosos folletos del siglo XVII, amplían esas noticias de tu abuelo, dándonoslo á conocer como poeta, y poeta laureado en varias academias ó certámenes literarios aquí celebrados hace más de dos centurias.

Y si los vejámenes, que, según el uso el secretario de esas academias daba al vate premiado al adjudicarle el premio obtenido, no son mentirosos, resulta, según uno, que tu abuelo era hombre flemático, de barba cerrada de mollera y de mollera sin pelo de barba (1), y conforme

---

(1) *Descripción | de las las fiestas | qve al primero, y pvrisimo instante | de la Concepcion de Nuestra Señora consagró | el Real Convento de San Francisco | de Granada, siendo su Guardian | el R.mo P. Fr. Bartolomé de Escañuela, | Lector Jubilado, Padre de su Prouincia, y Predicador | de su Magestad. | Y academia qve coronó las | Solennidades, siendo Presidente en ella | Don Sebastian Anto-*

á otro, grande mujeriego, cuya afición sintetizó el Secretario D. Nicolás Cervantes y Ervias en esta redondilla:

«Sea baxa, sea alta,
sea coja, sea muda,
todas las quiere sin duda,
mas no las quiere sin falta (1).»

Pero á vuelta de zaherirlo de este modo, concluyen los secretarios por alabarlo, pues uno de ellos, D. Sebastián Antonio de Gadea y Oviedo, cuando de D. Gaspar Afán de Ribera habla, pone estas palabras en labios de Apolo: ese sí «merece anteponerse no solo á Claudiano, mas contar con el ingenioso número de sus versos el número de mis rayos, que quando más altivos giran, enton-

---

nio de Gadea | y Oviedo. | Qve ofrece | al Reverendísimo P. Fr. Blas de Castro | y Medinilla, Calificador del Supremo Consejo de la Inqui | sicion, dos vezes Ministro Prouincial de la Serafica | Provincia de Granada | Don Nicolas de Cervantes y Ervias. | Con licencia. Impresso en Granada por Baltasar de Bolivar | en la calle de Abenamar. Año de 1662. Noveno asunto, pág. 42.

(1) *Academia | que se cele | bró en la Civdad de Granada en ocho de Diziembre | al nacimiento del Príncipe | Don Carlos, qve Dios | guarde. | Presidente Don Pedro | Alfonso de la Cueua Benauides, señor de las villas | de Almuñan, Uleylas, Tablar, Zeque, Luchena, | Vexarin, Mescua Morillo, y | Montarmin, etc: | Secretario Don Nicolás de | Cervantes y Ervias Calderón. | Celebrose en casa de Don Pedro de Cordoua | y Valencia. | En Granada, en la Imprenta Real, por Francisco | Sanchez, en frente del Hospital del Corpus | Christi. Año de 1661.* Quinto asunto, página 17.

ces más rendidos le obedecen (1).» No menos laudatorio el Maestro Salvador de Morales, al describir las composiciones poéticas que ilustraron las pinturas del decorado de la plaza de Bibarrambla en la fiesta del Corpus del año de 1661, y de las cuales composiciones fué una de D. Gaspar Afán de Ribera, dice de este modo: «En forma de academias dispuse las poesías, repartiendo nueve assuntos á otros tantos ingenios. hijos desta ciudad, y muy favorecidos de las Musas, como en tantos actos lo publican sus acreditados luzimientos. Mas suspendase mi voz en los aplausos (quando sus sonetos serán el mejor desempeño de mis ignorancias, y sus admirables primores el mayor aplauso de sus aciertos (2).»

Las otras dos composiciones que de D. Gaspar conozco, son dos romances, género en el que, en mi sentir, aparece más fluido tu antepasado. En ambos muéstrase fervoroso mariano, é hijo amantísimo de Granada. Escribió el uno para la academia con que el Real Convento de San Francisco realzó unas fiestas consagradas á la pureza de María, en el año de 1662.

(1) *Descripción de las fiestas* cit.

(2) *Adorno de la Plaza de | Vivarrambla en el día que la mvy | nombrada y gran Ciudad de Granada celebra su fiesta al | Santissimo Sacramento, con la explicacion de pinturas, | alegorias, y versos. Por el Maestro Salvador de Morales | Presbytero, vezino de la misma Ciudad:* (Al final) *En Granada, en la Imprenta Real, por Francisco Sanchez, en frente del | Hospital del Corpus Christi. Año de 1661.*

¿Quieres saber cómo lo juzgó el Secretario Don Sebastián Antonio de Gadea y Oviedo? pues de este modo:

Don Gaspar, vuestra agudeza
Hoy dá á vuestra Patria honor,
Y al celebrar su grandeza,
Es natural vuestro amor,
Que *amor es naturaleza.*

Y que este su amor expresábalo D. Gaspar á la contínua, bien lo acredita otro romance que escribió para la academia celebrada en 8 de Diciembre de 1661 para festejar el natalicio del Príncipe D. Carlos, y el cual romance, premiado en dicha academia, concluye así:

. . . .

Y en fin en Granada tiene
Aunque es Monarca de Europa,
Corona para sus sienes,
Y para sus pies corona.

Si en tu línea recta ascendente no he encontrado más que lo que dejo dicho de D. Andrés, D. Gaspar y D. Juan Pedro, y que constituye tu abolengo literario, en una de tus líneas transversales, en la de los Duques de Alcalá de los Gazules, hallo al hispalense D. Fernando Afán de Ribera y Henriquez, como autor de las *Fábulas de Mirra,* en octavas, obra que con elogio cita Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispanum*

Nova. En no sé cual otra línea, cosa que poco importa, encuentro también á tu apellido ocupando plaza en la república de las letras, en aquel D. Fulgencio Afán de Ribera con su curiosísimo libro *Virtud al uso y mística á la moda*, en el que describe y satiriza á la sociedad española, holgazana, desmoralizada é hipócrita de las postrimerías del siglo XVII y de los comienzos del XVIII, y de la que tan equivocado concepto forman todos los que no tienen presente la verdad que encierra la observación que Jorge de Manrique hizo en su famosa copla,

«como á nuestro parescer
qualquiera tiempo pasado
fué mejor.»

Aquí vendría como anillo al dedo, el que examinase si en tu Entre Beiro y Dauro has sido ó no influído por ese generalizado sentir que de la observación de Manrique se aparta, pero la labor de hacer la crítica de los cuadros de costumbres granadinas que en tu libro pintas, déjola para quienes puedan aceptar el cargo de juzgadores de tu obra, pues yo, hombre de ley, tengo aprendido que no deben dar juicio los que de sabiduría carezcan, ni los parciales por su amor ó desafecto á la persona en el juicio interesada, y respetuoso con esa enseñanza, absténgome de entrometerme á hacer lo que por ser mío no tendría ninguna autoridad, ni lo que por tratarse de tí habría de presentarse como sospechoso ante la consideración de las gentes.

Perdóname, pues, la falta de relación que tienen estas noticias con los asuntos de tu libro y confiado en que bondadoso has de otorgarme ese perdón, queda siempre tu afectísimo,

MIGUEL GARRIDO ATIENZA.

D. ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

Si mi propósito fuera más allá de rendir un sincero testimonio de admiración al autor de este libro, me adelantaría, antes que nadie, á tacharme de pretencioso y pedante. Nada, en efecto, más lejos de mi voluntad que oficiar de crítico ó de juicioso fiel de los méritos de la obra de Afán de Ribera. No me tomaría jamás la tarea de emprender semejante labor; me contento siempre con ser mero lector muy aficionado suyo.

Genuino órgano de expresión de la poética granadina, muéstrase en Afán de Ribera, sencilla, religiosa, y, sobre todo, tan sabrosamente local, autónoma y exclusivamente nuestra, que bien merece considerarse como el canto regional que, recogiendo todas las sonoridades de nuestro ambiente, lleva en sus melodías nuestra vida, nuestro sello y nuestras propias almas, lo *sui generis* de nuestra tierra.

Vivificador del genio tradicional y bellezas de esta ciudad, desgraciada por su decadencia, evoca sus genios y oriéntase con el fuego sagrado de sus hermosas tradiciones, para descubrir los secretos gloriosos ó novelescos de sus estrechas callejas moriscas, de sus patios árabes, de sus torreones vetustos, de las ocultas glorietas y

huertos del Albaicín, reconstituyendo en hermosos cuadros, de local gama, sus antiguos esplendores arquitectónicos, dando aliento vital en olvidada historia ó tierna tradición, á sultanas, odaliscas ó caballeros cristianos, ó á pintorescas costumbres, enterradas hoy por el antiartístico uniformismo moderno.

Todo lo que pueda añadir sobre esto, será poco en comparación á lo que el lector imagine, mejor que yo, cuando lea el libro que Afán de Ribera dá al público con el título de ENTRE BEIRO Y DAURO. Hay en él un conjunto de preciosos bordados en que todo es seda, pero no comprada al comercio, sino criada aquí, teñida con los tintes naturales de nuestro cielo y nuestras flores, y combinada sin exotismos.

No añadiré más á estas líneas que no quiero rebasen el límite de mi propósito. Y mi mayor contento será el que las considere el autor exclusivamente como sencillas flores, pero siempre lozanas, que prendo gustoso á su corona de poeta granadino.

ANTONIO GUGLIERI ARENAS.

Mi querido Antonio: Te conocí en los albores de la vida.

Dios te había dotado de un gran corazón, y la fortuna te permitió dar expansiones á sus generosos impulsos, y con más caridad que reflexión, diste con las dos manos cuando la suerte te regalaba con una.

Al hacer el bien sin alarde y sin misterio, jamás te oí llorar con los desgraciados: siempre éstos, poniendo un paréntesis á sus dolores, concluían por reir contigo; tan fácil y tan contagiosa era tu alegría.

Independiente para todo, ni aun para cantar obedecistes cánon, ni tomastes modelo. Has cantado por la razón por que cantan las alondras cerca del cielo: porque Dios te echó á la tierra para ser poeta de Granada.

Pasan los años, y conservas todas las energías de tu alma y toda la frescura de la fantasía; y no es porque te defiendas de la vejez, es porque la vejez no te ataca.

Llegas al ocaso de la vida y te reclinarás, mirando al cielo, con la tranquila indolencia con el sol apaga su luz y su lumbre, sumergiéndose entre nubes de oro y escarlata.

Para los egoistas y los duros de corazón, tienes un defecto imperdonable; que habiendo gastado tanta tinta y trazado con ella tantas letras, nos has hecho un solo número; pero consuélate

de la crítica pensando que ellos morirán cubiertos de céntimos y tú colmado de bendiciones.

Al terminar, reparo que recordando las excelencias que debías á Dios, he olvidado las que te han dado los hombres, y aunque tardíamente remedio el olvido.

Adios, Excmo. Sr.; te quiere hoy, como te quiso siempre, tu asíduo lector, colaborador y amigo,

FRANCISCO CAMPS.

Á MI BUEN AMIGO

Don Antonio J. Afán de Ribera,

CON MOTIVO DE SU NUEVO LIBRO TITULADO

ENTRE BEIRO Y DAURO.

Del sauce del dolor pende mi lira:
Cuando la pulso, destemplada y rota,
Pensamientos tristísimos me inspira
Y un ¡ay! de decepción es cada nota.

En otra edad de asombro y de grandezas,
Y entusiasmos y triunfos y trofeos,
De la gloria probé las asperezas,
Buscando la ilusión de mis deseos.

Vi una sombra de honor en lontananza,
Y al término llegué desfallecido;
Soy náufrago en el mar de la esperanza,
Hoja que lleva el viento del olvido.

Me alzó la vanidad breves instantes;
Quise la lucha y me sentí pequeño:
Con formas y prodigios de gigantes,
Lograron otros realizar su sueño.

Era Granada, en tiempos que pasaron,
Ciudad de nobilísimos atletas,
Que alturas literarias conquistaron,
Como sabios artistas y poetas.

Los más, de fama y de altivez el vuelo,
Llevaron por regiones luminosas;
Y algunos quedan bajo el mismo cielo,
Honrando aquellas páginas grandiosas.

Yo que no gozo de inmortal renombre
Ni ciño lauros de ideal torneo,
Me extremezco de orgullo al ver mi nombre
En los fastos gloriosos del Liceo.

Y hoy que débil mi espíritu decae,
Me levanta del polvo de las ruinas,
Mi pecho alienta y con su imán me atrae,
Un héroe de las justas granadinas.

Y si es perfume de altivez su historia,
Si sus triunfos de honor perlas derraman,
¿Cómo negar el óbolo de gloria
Que la amistad y el mérito reclaman?

Las ruinas de la Alhambra su pasado,
El Albaicín le dá sus tradiciones;
Todo un mundo de espíritus poblado,
De heroismos, venganzas y traiciones.

Vive con los aromas de Granada,
Recorre sus alcázares desiertos
Y cuelga su laud en la enramada
Y su nido en los cármenes y huertos.

Vanidad en los árabes palacios,
Dramas busca en las torres derruídas;
Vé las sombras que cruzan los espacios
Por la voz del misterio extremecidas;

Oye el ronco fragor del oleaje
Y del viento el cimbrar las enramadas;
Se inicia en el simbólico lenguaje
De los genios, los silfos y las hadas...

Y en gratas horas de entusiasmo llenas,
Guirnaldas teje de ilusión querida;
Y encanto y goces y altivez y penas,
Encauza en las corrientes de la vida.

Él vé la inmensidad desde las cumbres;
Aspira de otros tiempos el ambiente;
Razas describe, trajes y costumbres,
Llevado de la edad en la corriente.

De amor ofrece las sangrientas lides,
Rudas batallas, muros escalados;
Victoriosos los nobles adalides
Ó en cavernas del odio encadenados.

La codicia tal vez busca su presa;
Quizá la infamia y la maldad altivas,
Logran triunfos, con lazos de sorpresa,
Y virtud y beldad lloran cautivas.

Y nacen los impulsos generosos;
Toman cuerpo bellísimas creaciones,
Y se abren esos antros misteriosos
Donde afilan sus armas las pasiones.

Y provoca el desden las arrogancias;
Despecho, fé y amor, fuerzan los muros;
Y de honra y de pudor con las fragancias,
Mezclados van los hálitos impuros.

Premio entonces, de honor, por el rescate,
Al galán dá la dama virtuosa;
Ó pugnan, con el oro del magnate,
La dueña infiel y la doncella hermosa.

Por más que torpe seducción preceda,
El amor vence; noble sacrificio
Impone á la virtud, y siempre queda
Bajo sus plantas el reptil del vicio.

Con los arrullos del placer renacen
Perlas y rosas al hogar robadas;
Y la bravura y la lealtad deshacen
Del odio y la traición las emboscadas.

Discurre así, con surcos de ilusiones,
En grata variedad, por campo ameno,
Con la historia enlazando las ficciones,
En panorama de delicias lleno.

Ó bien dibuja, en cuadro esplendoroso,
Formas de excelsitud y de hidalguía,
Bañadas con el tinte religioso
Que el cetro de Isabel engrandecía.

Él sorprende secretos del destino,
Cumple de la esperanza los afanes,
Y en horas de ilusión le abren camino,
De nobleza y de fé los talismanes.

Busca en las huellas del honor y el oro
Lucha y sangre: como águila orgullosa,
En las almenas del alcaide moro
Y en el castillo señorial se posa.

Todo en esta ciudad, cuyos anales
De huríes y monarcas y guerreros,
Le brindan, en palacios orientales,
De inspiración riquísimos veneros.

Aquí, en Alora, en Ronda y en Alhama,
En cien pueblos de heróicos defensores,
Abriendo brechas, esculpió la fama
Timbres de nuestros ínclitos mayores.

Fueron aquí los choques formidables,
Y el rencor de las razas nazaritas,
Y de Aixa los celos implacables
Y de Zoraya las inmensas cuitas.

Aquí los gnomos, genios invisibles,
En las cámaras regias presidieron
De angustia y de dolor dramas terribles,
Que al débil Albo-Hacen estremecieron.

Y aquí, envueltos en sombras de asechanza,
La impiedad, la calumnia y el ultraje,
Exprimieron la hiel de su venganza
En los jefes del bando abencerraje.

Y sus rudezas extremó la suerte;
Y del furor se oyeron los rugidos,
Con los tristes clamores de la muerte
Y los ayes del viento confundidos.

Noches de sangre, de ansiedad y llanto,
La Alhambra cubren; y amarguras brotan
Allí, donde el misterio y el encanto
Raudales tienen que jamás se agotan.

Ella es mansión de plácidos albores,
Mágico eden, idealidad suprema,
Donde cantan sublimes ruiseñores
De Isabel y Boabdil el gran poema.

Aquí el trono rodó del Islamismo;
Y fueron, fortalezas y alminares,
Joyas donde grabaron su heroismo
Los Fernández de Córdoba y Pulgares.

Hoy que la fama del valor decrece
Y honda pena los ánimos contrista,
Él, con orlas de orgullo, nos ofrece
Galas que enalteció la Reconquista.

Sus romances históricos, sus cuentos
De sabor andaluz, todo es riqueza,
En forma y variedad de sentimientos,
En tipos y en relieves de pureza.

Con aroma y color, luz y armonía
Y en lazos de esperanzas y de amores,
La maga del encanto y la poesía
Vá en sus leyendas derramando flores.

Dulce, como la luz de la alborada,
Como flota en el mar la blanca espuma,
Él deja, en los oasis de Granada,
De sus recuerdos la brillante suma.

En sus triunfos mi mente se recrea
Y á las delicias del encanto cedo;
Mas nunca, en las regiones de la idea,
Coger sus flores ni seguirle puedo.

La luz del porvenir su frente baña;
Puro ideal su espíritu sublima;
Yo inmóvil quedo al pie de la montaña,
Cuando él escala del honor la cima.

Bordando van, la tradición sus huellas
Y los génios la fúlgida corona
De honrosos lauros y guirnaldas bellas,
Que ENTRE EL BEIRO Y EL DAURO colecciona.

Mientras su gloria placidez derrama,
Yo, en vez de pensamientos delicados,
Sólo dejo las líneas de su fama
En ligeros apuntes mal trazados;

La historia de sus triunfos incompleta:
Otros darán, en búcaro de honores,
Al escritor festivo y al poeta,
De dulce inspiración fragantes flores.

LUIS AGUILERA SUÁREZ.

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO JOAQUÍN AFÁN DE RIBERA,

CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE SU LIBRO

ENTRE BEIRO Y DAURO.

En el precioso ramo de flores que sirve como de portada é introducción á tu escogida y selecta colección de artículos, no puede faltar una, que será la más humilde de todas, por ser mía, pero que no debo dejar de ofrecerte como expresión del antiguo é invariable afecto que nos une: la de la gratitud; recordando que los primeros pasos en mi breve vida literaria, los dí guiado por tu talento y tus consejos, cuando me invitaste á formar parte de la redacción del periódico político que dirigías, *El Porvenir de Granada;* tú me alentaste en el principio de aquellas tareas, más bien literarias que políticas; juntos recibimos las medallas de oro ofrecidas por el Excelentísimo Ayuntamiento de nuestra querida Granada, en el primer Certamen celebrado con motivo de las fiestas del Santísimo Corpus Christi en 1857, y tuyo fué el primer testimonio de amistad que recibí conmotivo del estreno de un ensayo dramático que me atrebí á escribir algún tiempo antes, con el atrevimiento propio de los pocos años.

Aunque yo abandoné aquel ameno campo,

cuando se hizo incompatible con mis atenciones de funcionario público, y más tarde con mis trabajos forenses, tú has tenido la admirable perseverancia de continuar cultivándolo con gloria para tu nombre y para las letras granadinas, siendo elocuente demostración de esta verdad la colección de escogidos artículos que vas á publicar, añadiendo un nuevo lauro á la corona de eminente literato que hace mucho tiempo has conquistado, por lo cual te felicito con todo el entusiasmo que me inspira nuestra antigua y cariñosa amistad.

José Sánchez de Molina.

DON ALFONSO GARCÍA-VALDECASAS,

Doctor en Medicina y Cirugía, y Secretario general del Liceo Artístico y Literario de esta capital.

CERTIFICO: Que en el acta de la sesión celebrada por la Junta central de Gobierno de esta Sociedad, en primero del actual, aparece, entre otros, el particular siguiente:

«Aseguida el Sr. D. Plácido M. de Vargas, dió lectura de la siguiente proposición: «Ha llegado á mis noticias que está en prensa un nuevo libro titulado ENTRE BEIRO Y DAURO, original de nuestro consocio el popular poeta y Presidente de la Sección de Literatura, Excelentísimo Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera.

También me consta que los escritores granadinos, rindiendo un justo tributo de cariño y consideración al cantor de las leyendas y costumbres de la ciudad, le han dedicado encomiásticos artículos que van como prólogos del libro, que aparte de su indisputable mérito, será un recuerdo histórico de grande valía.

Creo, pues, que el Liceo, tanto por los merecimientos contraídos por el au-

tor, cuánto por ser esta la Sociedad que tan brillantes timbres literarios ostenta, debe figurar también en la citada obra, y para ello propongo á la Junta, que conste en el acta la satisfacción y orgullo con que vemos los triunfos conseguidos por nuestro querido consocio, y que se le remita copia del acta con este acuerdo, por si cree debe unirse nuestro cariñoso testimonio al de sus demás admiradores.» La Junta aprobó unánimemente la proposición y acordó se libre certificado de la misma».

Y para que conste, cumpliendo dicho acuerdo, extiendo la presente certificación, con el B.° V.° del Sr. Presidente general, y lo firmo en Granada á dos de Diciembre de mil ochocientos noventa y ocho.

ALFONSO G.ª VALDECASAS.

B.° V.°

El Presidente,

PLÁCIDO M. DE VARGAS.

EN LA ANTECÁMARA.

—¡Mil rayos! ¿quién será este otro?

—A dónde vá V.?

—¡Cielos! ¿Me habré extraviado? ¿Por ventura no es este el libro Entre Beiro y Dauro de Don Antonio Joaquín Afán de Ribera?

—Sí, por cierto.

—Gracias. Ya empezaba á sofocarme creyendo que me había perdido. Vengo sudando.

—Siéntese usted cómodamente y, entretanto, vaya partiendo las hojas.

—Bien. Descansaré un momento.

—¿Y qué? ¿Deseaba V. conocerle?

—Sí, señor; ya me han detenido varios porteros que han excitado mi impaciencia con sus eruditas apologías, y venía deseando encontrarme con él.

—De seguro que tan luego como le conozca V., se hará entusiasta amigo suyo.

—¿Y está V. aquí también de portero?

—Sí, señor; de ugier de cámara, para servir á usted.

—¿Y qué tal? ¿es buen empleo?

—Sí, señor; honrado por lo menos; también tiene sus gajes...

—¿Y hace mucho tiempo que está V. aquí?

—No, señor; hace poco que estoy en la casa;

solamente desde que se hizo la obra, pero hace mucho que conozco al amo.

—Tengo entendido que es un excelente y cultísimo caballero.

—Superior y excelentísimo señor.

—Los compañeros de V. me lo han celebrado mucho.

—Ignoro lo que le habrán dicho; pero desde luego ya verá V. si llevan razón. Son porteros discretos é ilustrados.

—¿Es alegre y festivo?

—Tiene de todo. También se compadece y se irrita. Ya notará algunas veces que, al través de su risa, se descubre una amarga ironía.

—Hombre; es V. un ugier poco expansivo.

—Francamente, como ya viene V. bien instruído, y está ya tan cerca de lo que desea conocer, temo, á la verdad, molestarle. Conste que si así no fuera, tendría sumo honor en echar un párrafo con V.

—Sin embargo, cuando me encontré con V., desde luego supuse que no estaría empleado aquí en balde, é hice intención de descansar un rato.

—Pues por mi parte ya comprenderá V. que yo aquí solo he de estar deseando encontrar á alguien con quien conversar.

—Dice V. que su amo unas veces se manifiesta alegre, otras irritado, otras compasivo, y algunas irónico. Perfectamente.

—Desde luego puedo anticiparle que pasará usted un tiempo agradable. Menester es que vaya V. adquiriendo agilidad intelectual. El Al-

baicín tiene que recorrer. Tendrá V. que dar saltos de cuatro y de seis siglos. De pronto se encontrará V. en una refriega de cintarazos y estocadas; de allí saltará V. á un bullicioso baile de gitanos, y á lo mejor se quedará encantado ante las visiones de un drama fantástico. Cuando más descuidado se halle V., se deslizará sobre un romance, más romance que los mejores de Góngora, deleitándose con las aventuras trágicas de algún héroe moro ó cristiano; ó se encontrará enmedio de una leyenda de alguna casa sombría y misteriosa del barrio, de las que aun subsisten, á despecho de las inclemencias del tiempo y de los hombres. Ya verá V. con qué llaneza y sencillez, y con qué sobriedad compone, dice y desarrolla, ya en estilo grave, á veces salpicado de genialidades epigramáticas, ya en estilo suave, poético ó caballeresco, según las situaciones, las épocas y los personajes. Y luego...

—Bien; ya he descansado bastante.

—Un momento más, señor, porque me deja V. con la palabra en la boca, y la verdad es que no me parece bien que me vuelva V. la espalda de esa manera. ¡Cuando ya me cruzaba las manos sobre los faldones de mi casaca y estiraba mi pescuezo, y echaba atrás la cabeza con toda la adusta altivez de los ugieres! Estaba por impedirle á V. la entrada.

—¿Qué tiene V. que decir más?

—Lo mejor.

—¿Lo mejor? Pues lo mejor, señor ugier, me lo dirá él mismo.

—¡A ver! ¡Ya, ya! ¡Métase V. á ugier para que en el momento más brillante, se vuelva la hoja con el más profundo desprecio! ¡Cuando ya estaba engolfado en la inefable tarea de criticar!

—¿No ha tenido su amo otra persona que elegir? ¡Vaya un portero parlanchín después que he tenido la bondad de entretenerme con él!

—¡Señor!

—Anúncieme V.

—¡Señor D. Antonio! El señor don... ¿cómo se llama V.?

—¿Y á V. que le importa? Anuncie V. á... al curioso lector.

—¡Señor D. Antonio! ¡El curioso lector!

Una voz interior:

—Que pase.

—Señor curioso lector, puede V. pasar. Cuidado, señor, no vaya V. á tropezar con mi firma. Adelante, señor, y V. dispense, señor; mil perdones, señor, por...

Enmedio de una profunda reverencia, la frase se pierde en el soplo de un suspiro de satisfacción escapado del curioso lector y en el rumor de una hoja que se vuelve.

Rafael Gago y Palomo.



ENTRE BEIRO Y DAURO

Á LOS RÍOS.

Gran fiesta la del 25 de Julio, día del Señor Santiago, Patrono de las Españas y uno de los santos más queridos del pueblo de Granada y de los comarcanos, que se quedan con la boca abierta contemplándolo en la Catedral. montado en su hermoso caballo blanco y pisoteando los moros que venciera con su flamígera espada.

Porque eso de que no matemos musulmanes ni veamos corridas de toros, por más que trabajen los filántropos chiflados con su fraternidad humana, y los asustadizos de los cuernos, que parece los tienen de contínuo en la frente, es y será tiempo perdido mientras haya «Toma de Granada», por un lado, y percales y pañuelos de Manila por el otro.

Así es, que con el plausible motivo de celebrar tan memorable defensor de la fe de Cristo, los gremios de los distintos oficios, que entonces se llamaban artesanos y no artistas, y lo tenían á mucha honra, se reunían para formar un campo, sirviendo de base del costo, la cantidad en metálico con que contribuían los nuevos oficiales elevados á este rango desde el de aprendices.

Á mediados del siglo, á pesar del desquiciamiento que se iniciaba, no se conocía el socia-

lismo, ni el anarquismo, ni tantas otras ventajas de la civilización moderna, con las que están los trabajadores muy ilustrados, pero sin pan y sin jornales. Por aquel tiempo respetaban á sus maestros, no sabían las frases de «burguesía» y «comité», pero comían y estaban contentos, y acudían en sus fechas oportunas los zapateros á rendir culto á San Crispín, los carpinteros á San José, los del arte del cáñamo, fuente de riqueza hoy desconocida, á San Lorenzo, los plateros á San Eloy, y así todos los restantes.

Los sombrereros habían elegido para el suyo á Santiago, y como agrupación numerosa llevaban la bandera en el festejo.

El sitio escogido para solazarse eran los ríos, con preferencia el Dauro.

La noche antes quedaban terminados los preparativos, y desde bien temprano se dirigían los unos al cauce del ya dicho, bajando por el carmen de la Fuente, y los menos al Jenil, atravesando el barranco de la Zorra, á buscar el Martinete, y de allí al nacimiento de la Culebra, cuya agua dicen los inteligentes iguala en pureza y salubridad á las mejores de la Granja.

La broma podía dividirse en dos partes. La líquida y la sólida.

Con una particularidad: que el bello sexo estaba excluído de acompañarlos. Y la razón parecía muy obvia: como lo primero era combatir el calor, muchos hacían de Adanes en los remansos; porque es necesario conste que todas las diversiones se tenían en el cauce, no permitién-

dose la entrada en ninguno de los cármenes ribereños.

Principiaban por los «aguadillos» con el rico aguardiente de uva (que entonces no se estilaba el amílico alemán), y con la frescura del agua de los nacimientos de los bordes, se lo sorbían que era un contento, poniéndose calamocanos y achacando la soñarrera que les entraba á lo intempestivo del madrugón. Pero aun así eran devorados los fiambres y la mayoría de las prevenciones, teniendo que salir los aprendices á renovar los artículos consumidos. Había su poco de guitarreo y su mucho de juegos hidráulicos, y descalzos y en mangas de camisa pillaban ranas y aun liebres, estampando su rostro en la arena, hasta la hora sacramental del medio día, en la que, en un lebrillo monumental, fabricaban el plato del día, el gazpacho de ordenanza.

Combatidos los humos de la bebida blanca con este antídoto, la atención se fijaba en los cocineros, que con blancos delantales y gorros de papel rodeaban la caldera que, colocada en trípode de piedras javalunas, esperaba lo contenido en los capachos, cuya revuelta confusión había de resultar luego un sabroso y sazonado condimento.

¡Qué de puyas á los cocineros! ¡Qué de ofrecerse todos á reemplazarlos! Unos movían el cucharón, que semejaba un alfanje. Otros recogían y echaban las ramas secas, queriendo que se cociese por ensalmo. Quien, con el pretexto de probar el guiso, se engullía más de la parte que le co-

rrespondiera. Pero, en fin, sosegados los ímpetus estomacales, obedecían al veedor, porque cada grupo tenía su presidente.

Así trascurrían las horas, unos secando el mojado traje, otros jugando á la «malilla» el pago de la «espuela» ó despedida, y los más recostados á la sombra oyendo las valentías de un licenciado, que siempre había uno, destinado á mentir á diestro y siniestro.

La voz potente del principal guisandero llamaba á «¡comer!», y acudían como lobos, armados con sus cucharas de palo y la rosca de á media hogaza enganchada á la muñeca, á emular las bodas de Camacho con un apetito de gargantuas. Echaban la culpa de esta hambre canina á la finura de las aguas, pero de esto había mucho que discutir. En el primer descanso se sacaban las botas de vino que quedaron puestas á enfriar en hoyos de arena á la sombra de los avellanos, y con aquellos repetidos sorbos los comestibles quedaban reducidos á cero. Terminado el festín, las expansiones amistosas tomaban cuerpo y los brindis corrían de reunión en reunión desde la Teja á la Cruz Torneada, en el Darro, y desde el Molino hasta la Alameda, en el Jenil.

Pero como no se hablaba de política ni de emancipación, sino de la tarea del día siguiente y de las excelentes dotes culinarias del planchador Frasquito ó del ebanista Doroteo, se marchaban á sus casas, bien esparcidas las tinieblas para encubrir los desperfectos en las vestiduras, y se acostaban sin pegar á las mujeres, antes

bien, llevaban su galantería hasta ofrecerlas en un papel de estraza la más suculenta tajada, y otros á sus pequeños los clásicos bizcochos de San Carlos, que los angelitos recibían colgándose del cuello de sus padres.

Hoy apenas se recuerdan estas costumbres; los oficios están todos en decadencia, y los olores de la dinamita ahogan los dulcísimos perfumes de la religión y de la patria.

MIS CLAVELES.

I.

Aromática rosa de Alejandría, pura y blanca azucena de los valles, nardo de embriagador perfume, heliotropo de amores emblema, matizado geranio, encarnado alhelí de los jardines, y tú, humilde violeta de los prados, perdonadme si pospongo vuestra hermosura, si os coloco en mi entusiasmo por bajo del clavel galán, del ídolo de las andaluzas, del popular símbolo que con tan múltiples colores denota las más dignas pasiones humanas.

Podré tolerar que haya «reina de las flores», pero el trono le corresponde al clavel, tan oloroso como la primera, el mejor y más duradero adorno de los ramilletes, el consuelo de la joven trabajadora, que se complace en arraigar fragante y lozano entre los pequeños, prefiriendo la graciosa maceta que adorna las ventanas de los barrios extremos, á el «parterre» con invernadero de los palacios señoriales. Ni los rigores de la nieve, ni las brisas del estío inclinan su tallo, y ya doble por el cuido del jardinero, ó sencillo por el sólo impulso de la naturaleza, los bordes de los arroyuelos que esmalta, le prestan su rocío, y los cielos le bendicen porque es la

«flor del pobre», y el más grato adorno de los cabellos de las muchachas de mi tierra. Pues no digo, si en apiñado haz te colocan en esos pechos que modeló Venus al rayo del Sol del Mediodía: es seguro que por obtener un ramo en que se conserven los latidos de aquellos corazones saturados de pudor y de inocencia, diera su vida el más empedernido galanteador.

II.

Me prometiste, bella Laurita, regar diariamente á la puesta de la tarde, el búcaro en que se ostenta la planta de claveles disciplinados que anhelabas, y para que no te olvides, pues las jóvenes tienen esa ligera falta, sabe que esas hojitas tornasoladas, como mosáico de variados colores, juntan en sí la insignificación de los demás, y puedes en tu alegre imaginación pensar en el que apetecieras que te ofreciere el hombre para quien guardes ese latido primero, que es la dicha del mundo, luz de esperanza en la noche de la vida, y que al recibir «el clavel encarnado», las sensaciones de tu corazón te dirán que la flor significa amor vivo y puro.

Si contestas, que no sea con «el amarillo», pues el desdén sienta mal en las damas; si acaso, con un «blanco», símbolo de la pureza de sentimientos.

Es posible que tu prometido te mande otro rojo», mientras más subido de tonos mejor. Es pequeño, pero llena un nombre. Se llama «clavel

de Iberia» y te dirá:—Soy de lo mejor de Castilla, hidalgo y amante consecuente.

No te figures que la poesía está olvidada en mi flor predilecta. En los bosques umbríos y solitarios, como buscando la inspiración en el retiro, brota el «clavel del Trovador». Es símbolo de fineza y amistad desinteresada, y sus pequeñas hojas de pálidos matices, guardan siempre las perlas del purísimo rocío de la aurora, sin que pueda evaporarlas el Sol, que no atraviesa los espesos ramajes que sirven de dosel á la planta.

Y existe también «el clavel de oro», prenda la más codiciada de los artistas, que manejan los pinceles y el cincel para obtenerla, copiando en sus lienzos y mármoles las obras con que el Omnipotente engalanó el Universo para muestra de su infinito poder.

Y ese precioso «de flor de granado», intermedio entre el rosa y el rojo, más vulgar, pero más bello si cabe que los otros, denota valor temerario, tanto para acometer las empresas guerreras, cuanto para abordar las más difíciles de la diosa de Chipre.

Guárdate, pues, de recibirlo sin las debidas precauciones, que pudiera ser que sus pistilos se convirtiesen en espinas.

¿Ves ese clavel magnífico de hojas encarnadas y blancas? Señala la más principal de las virtudes, la Santa Caridad. Formado con los rayos de fuego del astro del día, y con la nieve de la inocencia, imita á la hermosura de la rosa gigante y al esplendor del lirio de la pureza.

Contempla ese otro ejemplar de débiles tintes sonrosados. No deslumbra, pero resiste al hielo, y casi se iguala con la eterna siempreviva. Es el «clavel de la India», representación de la amistad eterna, y de él se dice *soli amor postremum*.

Pero, sobre todo, el que está siempre fijo en mi mente, al que pido alientos para mis cantos granadinos, es ese que entrelaza sus pétalos, unos amarillos y otros encarnados, y que se nombra «clavel de bandera española», de esa insignia famosa que enarboló la Cruz bendita en las torres de la Alhambra, y se meció victoriosa con los marinos vientos del golfo de Lepanto.

Y ahora oye una tiernísima leyenda de esta flor, para concluir.

III.

A fines del pasado siglo, en la parroquia de nuestro Patrono San Cecilio, existía en «el Caidero del agua», una modesta habitación de un solo piso, limpios en extremo su interior y su fachada. Vivían en ella dos hermanas, bien diferentes en el físico y en la edad. Figuraban más bien como madre é hija. Toda su fortuna consistía en la casa, y en dos telares para fabricar cintas de seda, y en una acrisolada reputación de honradez.

Todo lo que la naturaleza había negado á Jacinta, la mayor, había concedido á Dolores. De blanco cutis, de cabellos castaños, y de talle y formas seductoras, tenía el privilegio de poseer

los ojos azules más dulces y expresivos. Poco amiga de bailes y devaneos, salía los días festivos á misa y á otros sitios, sólo en las grandes solemnidades. Hábil trabajadora y pulcra para su persona y haciendas, era modelo de las de su clase, pero no envidiada por su modestia y sencillez.

Con razón le llamaban una perla á la Dolores.

Por eso sin duda, el hijo único de un acomodado alarife, mozo de veinte y cinco abriles, robusto y sonrosado como un angelote, había ganado su voluntad y la promesa de ser su esposa. Ambos jóvenes ahorraban para completar su equipo, y ya se señalaba la próxima Navidad para la celebración del matrimonio. Dolores, devota pero sin fanatismo, no dejaba pasar un viernes sin arrodillarse ante la sagrada imagen «del Cristo de los Favores», que bajo una techumbre de estrellas y un muro de árboles seculares se ostenta en el campo llamado del Príncipe, pidiéndole el «favor» de ser feliz y hacer dichoso á su Rafael.

Prestaba desahogo á su casa un pequeño huerto con un pilón del que brotaba agua cristalina para usos domésticos y riego de dos paratas de florecillas y verduras.

Pegada á la mampostería de aquél, brotaba frondosa una matocada de claveles blancos del tamaño de una peseta, pero de los que siempre había en todas las estaciones.

Dolores cortaba los mejores y en un manojito los ofrecía al Santo Cristo, sujetándolo con una

chamberguilla á los pies de la sagrada efigie.

En una de las tardes que cumpliera su promesa, la vió D. Jorge de Alsina, rico mayorazgo que volvía de la Corte de hacer sus pruebas para el hábito de Santiago.

La belleza de Dolores le deslumbró, y sin acordarse de las exigencias de su elevada clase, ni de la desigualdad de sus fortunas, llegó, después de tentativas de todas clases, hasta á ofrecer su mano á la artesana.

Dolores no aceptó sus ofertas, guardó el mayor silencio para su prometido, evitando todas las ocasiones de encontrar á aquél.

Pero la pasión de D. Jorge aumentaba cada vez, como ocurre siempre que el amor es contrariado, y ya que no lograba vencer la rectitud de la tejedora, se dispuso á cometer un crimen. Como todos los que poseen oro que malgastar, tienen siempre una corte servil de aduladores, uno de sus sirvientes, con quien se consolaba de los desaires que sufría, le manifestó que podía contar con tres camaradas suyos, hábiles en todo género de aventuras y duchos en burlar á la justicia.

Bien pagados, le añadió, robarían á la muchacha, conduciéndola al sitio que se designara. Aceptó el mayorazgo la oferta, y verificada una entrevista con los rufianes y satisfecho el precio, éstos pusieron por única condición que D. Jorge había de acompañarles, aunque fuera de lejos, en su reprobada aventura. Desde entonces, tres hombres de mala catadura, envueltos en las som-

bras, rondaban la casa de la joven, enterándose de todos sus pormenores y salidas.

En la noche del primer viernes después de celebrado el convenio, Dolores, cuya tarea había sido más larga, no quiso dejar de concurrir á su devoción, y aunque habían ya dado las ánimas, dispuso que la esperasen en su vivienda su prometido y su hermana, puesto que la ausencia iba á ser de pocos momentos.

La oscuridad era grande y el Campo del Príncipe solitario. Los cuatro farolillos de la imágen lanzaban una luz opaca, y casi á tientas la joven se dispuso á colocar á los pies del Cristo el manojito de los blancos claveles.

Entonces tres hombres fueron á sujetarla, estimulados por otro que se encontraba á corta distancia.

La joven conoció por instinto el peligro que la amenazaba, y agarrándose al pedestal, con voz salida de lo íntimo de su alma, gritó:

—¡Santo Cristo de los Favores, defendedme!

Y caso extraño. Un rayo de luz irresistible hirió el rostro de los malvados, que, locos de terror, abandonaron la presa huyendo separadamente, mientras D. Jorge caía de rodillas haciendo la señal de la cruz. La joven cayó desmayada sobre el pavimento donde la recogiera su familia que acudió presurosa al notar su tardanza en la vuelta.

Dolores estuvo algunas semanas enferma, y al reanudar su piadosa tarea, se encontró que sobrenaturalmente los claveles depositados en la acia-

ga velada estaban tan frescos y lozanos como si se acabaran de separan de sus tallos.

La fama de este nuevo «favor» del famoso Crucifijo cundió por toda la ciudad, más comentado aún al enterarse que el rico mayorazgo había entrado de novicio en el convento de Misioneros para Ultramar.

Un año después, Dolores, acompañada de su marido y de un robusto niño de dos meses, depositaba su acostumbrada ofrenda, pareciendo que al elevar el angelillo sus manos hacia la imagen, ésta sonreía como agradeciendo el obsequio.

Aun en la época presente de descreimiento é irreligiosidad, el que esto escribe, que tiene á ventura llevar públicamente la banderola en la solemne fiesta anual del 3 de Mayo, ha notado que entre los floridos adornos con que los fieles engalanan el venerado simulacro, se destacan siempre los manojos de claveles blancos, recuerdo fiel de pasados sucesos.

LA VERBENA DE SAN JUAN.

I.

Aparte del prestigio de que goza el Bautista en nuestra Santa Iglesia Católica, como ungido del Señor y discípulo predilecto, hay que convenir en que la popularidad de San Juan es muy grande, no sólo en España, sino en otras naciones, incluso entre los infieles. En nuestra ciudad, los Juanicos rivalizan con los Antonios, superándoles en cuanto á la bondad y dulzura que á este nombre se atribuye.

¿Quién no ha visto en las procesiones del Corpus y de la Octava aquellos niños tan blancos como rubios, de rizadas melenas, cubiertos con su túnica de lana y llevando un inocente cordero, haciendo las delicias de las madres embebecidas de tener un vástago que pudiera semejarse á tan hermoso Santo?

Verdad es, que por eso del borrego y de los vellones, salen aquellos motes de Juan Lanas, y de mi Juan-Juan, y otras frases algo picarescas, pero nadie en los tiempos que atravesamos está libre de lenguas maleantes y de equívocos de canela y clavo.

Ello es que San Juan es digno de toda alabanza, y que como afirma el adagio, «por las víspe-

ras se sacan los Santos», parece natural que se celebre á este su día anterior, ó mejor dicho, su noche, con la tradicional verbena, costumbre y uso que ya se va perdiendo en el torbellino de progreso y de reformas que nos enloquece.

II.

Hasta la mitad del siglo, la romería se verificaba por las tardes en las huertas de los callejones de Gracia, y el lavatorio en los bordes de la acequia Gorda; pero desde que se establecieron los paseos del Salón, y la anchurosa taza de la fuente de la Bomba, con su elevado surtidor, dando nombre al más hermoso paseo granadino, el público escogió este sitio como más adecuado para la diversión y las autoridades coadyuvaron embelleciendo la velada con cuantos medios estaban á su alcance.

En vez de la luz que hoy lastima y no alumbra, preciosos arcos de faroles á la veneciana, pendían de los seculares árboles del arrecife formando vistosas colgaduras y caprichosos juegos, mientras los chorros de agua de las demás fuentes, refractando los rayos de la luna, y las frondosas ramas de las alamedas, formaban un poético conjunto que causaba admiración á los propios y envidia á los extraños.

Y en los jardinillos se multiplicaban también las luminarias á menor altura, como para que las flores asombradas del inusitado resplandor, alzaran su tallo, y alentadas con las frescas auras de

la noche, vertieran sus aromas perfumando la agradable fiesta, pura como el fulgor de las estrellas, y dulce y serena como noche de verano al lado de las corrientes del plateado Jenil.

III.

La música «de la tropa» tenía por gala amenizar la velada en primer término, y la del Hospicio se colocaba al final del paseo, para que todas las clases sociales tuvieran su rato de esparcimiento.

En el Salón infinidad de sillas, que aún no tenían el privilegio de ser duras como el hierro de que se construyen, cubrían las dos calles, desde tronco á tronco, con su apéndice de otras colocadas por delante que molestaban grandemente á los transeuntes, y que bajo pretexto de evitar humedades á los pies de las doncellitas, las ocupaban los novios, haciendo llevar la «cesta» á los que por desgracia se colocaban á los costados, murmurando de las futuras suegras, que dormían «el sueño de San Juan», tan adecuado al caso, y que no despertaban sino cuando las niñas les ponían en la falda los cartuchos de dulces y almendras de las mesillas arropieras de la entrada, que «los primos» adquirían, tanto como obsequio, cuanto por dar un vistazo á las demás tertulias, pues sólo este pretexto les era valedero para abandonar la prometida, entre las cuales predominaban sin discusión las máximas de la habladora Julita Lechuga, que afirmaba

que los novios debían estar sujetos con alfileres á las faldas.

Esta festividad es siempre muy apetecida por las mujeres, pues con el claro oscuro de las sombras y de las iluminaciones, se figuran que los defectos físicos son menos notados y que los zurcidos de los trajes no pueden ser tan visibles como cuando los matiza el brillante sol de Andalucía.

Pero donde estaba lo típico, lo popular, era en los alrededores y en el círculo del pilón de la Bomba.

Además de los ecos de la música más ó menos marciales de los asilados, no faltaban orquestas improvisadas de guitarras y bandurrias, que agrupadas en los asientos de piedra esperaban la hora solemne para experimentar el milagro, refrescándose en los claros arroyuelos que se deslizan en las cunetas que separan los arrecifes.

De todo había, sentimental y amoroso, pues mientras Pepa la bordadora cantaba:

De San Juan quiero la palma,
de San Francisco el cordón,
de San Antonio su niño,
de mi amante el corazón.

Dolores, la del cabo del resguardo, decía:

Día de San Juan alegre
día triste para mí,
porque se llamaba Juan
el amante que perdí.

Y otro, entre hortelano y galanteador, gritaba:

La mañana de San Juan
cuaja la almendra y la nuez,
así cuajan los amores
cuando dos se quieren bien.

IV.

Pero no dejemos la Bomba, por más que no se pueda hechar un alfiler en la apretada muchedumbre que la rodea.

Bien es verdad, que la inmensa taza reunía grandes encantos.

El chorro, que en forma de palma se remontaba á las nubes, cada vez que el viento la impelía á un lado, salpicaba á la multitud en forma de regadera, produciendo grandes aspavientos en las hembras, y la galantería de los mozalvetes que, con pañuelos de seda de cuadros, trataban de enjugarlas el rostro, permitiéndose á la vez ciertas intimidades que les valían sendos pellizcos de las guardianas de aquellas nereidas con coletillo.

¿Y la cantidad de agua allí reunida? ¿Qué matemático calculará los rostros que pudieran lavarse en aquel receptáculo algo turbio, pero que procedente de la nieve de la altísima Sierra, conservaba la virtud prolífica de que habla la antigua tradición?

Mientras la taza se rebosaba, los bajos de las que la ceñían iban perdiendo las fortalezas del

almidón y poniéndose los faralaes con más arrugas que un papel de estraza.

Otra cosa hubiera sido, de acceder un año el municipio á la petición de los célebres compadres Pachichi, el de las empanadas, hechas de todo, menos con dulce, y Ropones, el vendededor de palillos de enebro y de otros artículos, que siempre en amistosa compañía eran los mejores discípulos y adoradores de Baco. Cuentan que echaron un memorial á un señor corregidor de no muy buenas pulgas, afirmando que la manera más propia de celebrar la verbena, sería llenando de vino de las caserías el tazón de la Bomba, en vez del agua útil sólo para las ranas, y que si el Santo había de verificar la transformación, mejor lo obtendría el agraz de parra vieja, que no con ese líquido incoloro, al que profesaban el mismo horror que los perros hidrófobos. Pero la autoridad tomó á burla sus pretensiones, y con tres ducados de multas pagaron su desenvoltura, cumpliendo la pena en el arresto, lamentando que por esos desprecios al mosto mandaba el Omnipotente la plaga de la filoxera, que tanto les entristecía.

V.

Y volvamos á la fuente, donde Teresilla, la lavandera, que estaba allí desde las diez á ver si al zambullirse le crecían las narices, de cuyo

órgano sólo tenía un adarme, le cantaba á Juanele su prometido:

Dentro de mi pecho tengo
un canutero de plata,
y dentro del canutero
un Juanico que me mata.

—Mira, Sinforosa,— decía la tía Dolores á su chica.—ensánchate que está ahí la Calandria con sus nueve hijas y todo el caldo será poco para remojar esas caras de cenacho granadino; que feas vienen y más feas se irán, aunque todos los santos se las bendigan.

—Oigasté, señora—le interpeló una peregilera que vendía mastranzos por yerbabuena á las criadas inocentes.—Tiene usté razón en lo que dice, pero su niña gasta unos hoyos de viruela que necesitan de una espuerta de medios y otra de mezcla para taparlos.

—¿Y la suya? Si parece su cara un potaje de lentejas de puro pecosa.

—Vaya, paz.—añadía una vieja entrometida. —Yo no vengo al pilón á recobrar la hermosura como vosotras, que cuando los primeros trances me llamaban la buena moza del Realejo, sino que lo hago por devoción, y si acaso, por aliviar esta torcedura del ojo derecho que me impide ver á mis anchas al padre predicador en la Cuaresma.

—¡Ay! ¡ay!, que me atraviesan el pecho,— exclamaba enfrente una forastera que tenía á cada lado una muchacha, á porfía de horrorosas,

y llegaba de Churriana á ver si en sus vástagos producía efecto el lavatorio.

Y era, que una traviesa costurera, con mucho disimulo, le había aplicado en las nalgas un alfiler de á ochavo, para que agobiada por el dolor la dejase el sitio, que buena necesidad tenía de encontrarlo, pues era más negra que las alas de los aviones, y con una cicatriz en la frente ganada en buena lid al caerse de un cerezo gordal, adonde se subiera sin permiso del labrador.

Y en estas y las otras, esperaban las campanadas, que no podían correr tanto como sus deseos, burlándose de D. Anacleto, un obrero molinero del Puente Verde, que acudía como vecino á hacer gala de un enorme reloj con tres cajas de plata maciza, pero que daba la hora como el famoso de Pamplona.

—Pronto es la media noche, muchachas, decía, haced la intención y á la primer campanada buenos frotes en el cutis, que ni Venus ni toda su gente tendrán mejores caras que las vuestras el próximo día de San Pedro.

De repente se oyó un ruido espantoso. En medio de la fuente cayó un enorme bulto negro, salpicando á todos los espectadores, cuyos chillidos hicieron aparecer á los del orden, resonando la bronca hasta en los colocados á la entrada de la Carrera.

Y fué que un truhán gitano, poseedor de un amaestrado perro de aguas, le había lanzado una china al medio de la taza, y dando un salto colosal desde las fornidas espaldas de un aserrador,

chapuceó de lo lindo. y al salirse sacudiéndose como una regadera, puso algunos pañuelos de Manila como torciones.

No todos los devotos de la tradición estaban en la calle. También en las casas se esperaba la media noche para la ceremonia. Había señorita que tenía la zafa puesta al sereno y tres simbólicas hojas de «maro» dentro, aguardando el toque para frotarse.

En otras estaba prevenido el huevo de gallina negra y la fuente de pedernal blanco de las ollerías, para estrellarlo á la primer campanada, y ver si el «barco» que forma se dirigía á poniente ó levante, indicio claro del feliz término y futuro matrimonio de la joven casadera.

Pero aunque «quien espera desespera», todo al fin concluye en el mundo, y al sonar las doce, aquello era el delirio alrededor de la fuente y en los arroyos de los paseos.

¡Qué frotamientos de cara, qué salpicones, qué meter en las ondas los brazos y hasta el pescuezo, qué refrescarse en los charcos, y qué empujones y bulla por lograr el conjuro antes de que cesaran las campanadas!

Porque es de rúbrica que el milagro sólo se verifica en el intervalo de los doce aldabonazos, así es que, la que se retrasa, permanece fea hasta otro año. Es de advertir, en honor á la costumbre, que hermosura seguramente se obtiene, puesto que los colores salen al rostro á fuerza de fricciones, y las hembras que no son muy pulcras al menos tienen otro semblante después del lavatorio,

VI.

Las músicas entonan sus marchas de despedida, empiezan á palidecer las lucer de los farolillos, y la numerosa concurrencia se dirige á sus moradas, alegres ó tristes, según les ha ido en la fiesta.

Porque no es todo satisfacción en la verbena.

En las aristocráticas sillas, también hubo bastante número de feas, que del cansancio ó del trasnoche llevaban la fisonomíapeor que al comienzo, renegando por ello lasmamás de las afirmaciones tradicionales.

Y á D.ª Sempronia se le había perdido su Dolorcitas, y aturdía los jardines pidiendo justicia á cielos y tierra. Y otras novias estaban pesarosas de no haber hecho lo mismo, mientras en lo más oscuro de los paseos laterales los agentes de la autoridad repartían sablazos á los aficionados al tinto, que con su embriaguez querían protestar de aquella «fiesta del agua».

VII.

Las tinieblas concluyeron por apoderarse de los encantadores sitios, la brisa de la madrugada empezó á mover con más fuerza las hojas de los árboles, y el saltador de la poética fuente siguió elevando sus cristalinos raudales, que al reflejar el primer rayo de la naciente aurora, semejaba una dulce sonrisa con que la naturaleza saludaba el hermoso día de San Juan.

EL DÍA DEL SANTO.

¡Y cómo no celebrar los días de D.ª Cabezita, esposa de D. Saturio, el más encopetado veterinario de la *Fuente Nueva*, allá cuando un señor corregidor de feliz memoria quiso convertir el cascajar del Triunfo en un jardín, pero sin agua!

Pues claro que el festejo era de rúbrica. Y almas Noches Buenas han pasado.

Como que hacía siete años desde que en 1840 se colocó una cruz señalando el paraje en que habían ajusticiado á una mártir, por cuyo triste suceso llevaba el veterinario corbata negra «ad perpetuam», en señal de duelo y como símbolo de sus aficiones liberales.

No tenían hijos, lo que daba ocasión á reyertas en el matrimonio, pues el esposo había agotado en balde todas sus recetas sin conseguir jamás el apetecido objeto.

La pobre señora sufrió como una mártir todos los medicamentos, principalmente los caseros, estando á punto de volverse hidrópica, cuando le hizo beberse el cónyuge en una semana siete cántaros de agua de la fuente de la plaza de Atarfe, de la que él mismo para mayor seguridad presenciaba el envase y conducción. Otra vez la colocó una bizma mular en la cintura, convir-

tiéndola en otro San Bartolomé por las desolladuras. Pero todo inútil. No se despertaba la virtud prolífica, y fué menester renunciar á toda esperanza de sucesión.

Pero, «á quien Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos», y éstos sí estaban en abundancia en la tienda.

No eran las seis de la mañana cuando la «murga» de aquella época, en la que sobresalía el hoy rehabilitado tambor, resonaba con formidable estrépito en la puerta, juntando curiosos y vecinos.

Fué necesario franquearla, y ya en el patio, pues como 9 de Septiembre todavía se estaba en los bajos, se dió principio á las prevenciones compradas la noche antes, y sobre todo á un amplio tonel de aguardiente de la Costa, que prestó tales alientos, sobre todo á los músicos, que se descarrilaron sonando una marcha patriótica que cortó en flor prudentemente la beneficiada por miedo á un sacristán, vecino inmediato, que fué sargento de realistas, y guardaba las de Caín á D. Saturio.

Calmado el tumulto, y no sin haber roto tres copas los nueve sobrinos, que acudieron al primer redoble, se fueron los madrugadores dando lugar á que se corriera el toldo, se peinara la dueña, y los tertulios de más confianza llegaran á tomar los buñuelos, en cuya fritura era una notabilidad D.ª Cabezita.

Con estas y con las otras y los brindis en el almuerzo, el veterinario se fué á la tienda á tomar

las once con sus íntimos, poniéndose bastante alumbrado, hasta el punto de querer aplicarle la unción fuerte al mozo, en vez de al caballo que llevaba cojeando. Y hasta se atrevió á proponer á sus comensales ir á media noche al «monumento de la Mariana» á poner un letrero que dijese: —Muera la tiranía.

No fué secundado en sus proyectos, y el oficial del herrador con mucho acierto entornó los postigos y llevó á dormir la siesta del canónigo á su principal, que lo necesitaba sobradamente.

Mientras, D.ª Cabezita no estaba ociosa. El dirigir la comida y festejar á las que la felicitaban le ocuparon bastantes ratos; pero no obstante tuvo lugar de recibir en una apartada despensa á una gitana del «Barrichuelo», por nombre *la Pirula*, que echaba la suerte con la baraja y vendía filtros para todas las necesidades. La embaucadora tenía seis hijos y le era preciso engañar al género humano.

Aprovechando la ocasión de la festividad del Santo, la bohemia le traía un paquete de polvos de hechizo, los que tomados en un vaso de asa, con agua del Pilarillo, al primer toque del alba, producirían el efecto de concebir un robusto niño; pero tan saludable que á los cuatro años levantaría en peso el yunque de machacar en frío de la tienda.

Con tan agradables palabras sacó á la buena señora un duro columnario de propina y una cesta con provisiones para poner una olla á los gitanicos.

A las cuatro de la tarde, una hora después de la acostumbrada, en atención á los preparativos de la solemnidad, se abrió el comedor, que habían cerrado con triple vuelta de llave por miedo á la gente menuda.

Los convidados eran catorce, sin los párvulos, de modo que la mesa más bien parecía un enorme tablado. Se habían reunido todas las de diferentes usos, y con travesaños y parejuelos sujetas, pudo organizarse aquel festín de Baltasar. Blancos manteles de lienzo casero las cubrían, y sobre ellos grandes platos con apetitosos manjares, siendo de notar dos pirámides de ruedas de pescada frita (pues se había comprado una carga), y dos lebrillos vedriados que se estrenaban llenos del clásico arroz con leche.

Una enorme sandía del Soto, de más de arroba, partida en rajas, servía en medio de ramillete, atrayendo las miradas de los párvulos, que le daban avances inesperados con el pretexto de recoger las pepitas. No faltaban panzudas botellas de vino del país, y otras de «rosoli y perfecto amor», que se guardaban para los postres.

Sentados los concurrentes, un señor sacerdote echó la bendición, pues aunque D. Saturio no era amigo de la gente de iglesia, la señora en esto no mondaba nísporas, además de que don Restituto era de los de manga ancha, no prodigaba los latines, y tomaba sus *palomas* de anisado en la estación calurosa, por supuesto, después de haber despachado el confesionario.

Lo que no se pudo saber es si el albeitar res-

pondió á las preses «del benedicite», pues lo hacía tan entredientes, que bien podía decirse que no le pasaba de aquéllos para adentro.

Servida la suculenta sopa, cubierta con el menudillo de la media docena de gallinas sacrificadas, se oyó de pronto un grito y ocurrió el primer percance.

Rafaelillo, de cinco años, y sobrino de la señora, era además de travieso muy goloso. No quitaba ojo del arroz con leche, y tanto se absorbió en su contemplación, que de cabeza cayó en el lebrillo sacando una careta por rostro.

Hubo pellizcos y llanto, pero los de su edad se embaularon los salpicones, y todo quedó de nuevo limpio y tranquilo.

El asado de aves sirvió para nuevos brindis en honor de la beneficiada, por su condimento y presentación, entre doradas patatas y lonjas del añejo, y consumido, menos los caparazones, tocó el turno á los obeliscos de pescada, que al repartirla añadía el anfitrión, que era «de á corzo» y blanca como la nieve.

Tan apetitosa debió parecerle á otro de los sobrinos, que se engulló una rueda con la raspa.

Aquí fué Troya; el chicuelo estaba á punto de ahogarse, todos se levantaron asustados, el veterinario quería hacerle una incisión en el pescuezo, como si dijéramos, degollarlo, mientras la madre de la criatura le daba terribles puñetazos en la espalda.

Se solucionó el conflicto saliendo el manjar por donde había entrado, y tranquilos los ánimos,

se dió fin de aquella enormidad de manjares.

Los licores hicieron su efecto, y fué preciso ir á orearse á las huertas cercanas, no sin quedar solemnemente comprometidos para la fiesta de la noche, que era una «representación de jugueteros», tan en boga en aquella época.

Bien oscurecido se llenó el patio de sillas formando calles, y en el cenador del frente se formó con cortinones una especie de anfiteatro, cuyo vestuario y salida de actores era la puerta de la sala baja que comunicaba con la trastienda.

Como preámbulo hubo su orquesta de guitarras con acompañamiento de flauta y violín, que tocaba despiadadamente un ciego, organista de San Ildefonso, que llamaban Tobías, y que con el arco despeinaba al flautista que se había rizado el pelo para la función y que amostazado dió con su instrumento al agresor, suspendiéndose el concierto entre la hilaridad general.

De repente se abrió la sala y aparecieron en mangas de camisa y enharinado el rostro como los payasos, *el Mesica* y *Félix,* el del puesto de pescado frito, actores de fama. ó sean los primeros galanes de aquel arte.

Eran hombres de edad, bastante marrulleros, y de no sanas intenciones en palabras y obras.

Fueron acogidos con estrepitosos aplausos, y en menos de una hora, y vistiendo trajes á cual más ridículo, representaron los pasillos de «El Sordo y el Arriero», «D. Sancho y D. Crispín», «Juan Ranas y Antón Rapado», «El payo de la carta», y otros de igual índole.

Con qué fruición escuchaba el auditorio los disparates y equívocos añadidos por los actores, sobre todo al relatar las trampas de D. Sancho. y los inconvenientes del matrimonio que comentaba el Antón Rapao.

Sobre todo, el sermón burlesco que predicó el tío Féliz, hizo desternillarse de risa á todos, y abrir el apetito la relación de los manjares que se había cenado el bueno del cuaresmal.

Para sainete, hicieron otra clase de juegos que á poco degeneran en tragedia.

Un compadre de los actores á quien conocían por *El Mayor*, salió á escena vestido de arlequín y con una enorme peluca, asegurando que entre varios inventos de él sólo conocidos tenía en uno el poder clavar en la pared con tres papeles al mozo más robusto que se presentara.

No faltó un infeliz que quiso servir para el experimento, y subido sobre un jergón de paja, adminículo necesario para el juego, se dejó colocar contra el tabique con los brazos y piernas en cruz. El inventor, después de varios refranes y dicharachos, hizo como que le ponía unos parches en las extremidades, y al anunciar que iba á quedarse colgado, le dió un fuerte palmetazo en las corbas que le hizo caer de espaldas, entre unánimes carcajadas, mientras el Mayor se escondía á escape cerrando la puerta.

Se levantó el mocetón mohino y achichonada la cabeza, pudiendo convencerle sus amigos de que tales bromas eran admisibles en aquellos espectaculos.

Como á la humanidad gusta siempre burlarse á costa de sus semejantes, no faltó quien preguntara si no se hacía «el juego del galápago».

Miraron el cielo abierto los mal intencionados histriones, y convencieron á un medio simple, que hacía de aguador en la Fuente, á que se prestara á representar el conchudo animalejo.

Extendieron un ancho cobertor en el suelo, y se entraron en el vestuario con el mozo. A poco rato se vió aparecer á éste, andando á rastra barriga, y llevando encima perfectamente atada al pecho y vientre una enorme artesa, cebadero de la matanza de D. Saturio.

No tenía fuera más que la cabeza y las manos y pies, y el juego consistía en que el Félix vestido de cartujo y con una caña en la mano, tocaba suavemente en la cabeza al fingido galápago, que al instante había de meterla debajo de la cobertera.

Todo iba bien. El sencillote dió dos vueltas sobre el cobertor, y las frases chuscas del galapaguista amenizaban el paseo, cuando de repente salieron los otros jugueteros y volcando el artesón se vió al infeliz en traje casi de Adán sin poderse salir de las ligaduras, gritando espantosamente. Entonces para hacerle callar le taparon la boca con una pellada de gacheta, retirándose á su escenario y de allí á la calle, escapando por la puerta falsa.

Cuando lo desataron y vistieron, sacó una navaja, y sin conocer amigos ni enemigos, quiso embestirle á todos, teniendo que llevárselo la ronda.

Sin embargo, una mozuela á quien solicitaba en casamiento, y de la que recibía sendas negativas, sin duda al contemplar sus formas esculturales, cambió de opinión poniendo mejor cara al pretendiente. Y hé aquí cómo se verificó lo del refrán «no hay mal que por bien no venga».

No aconteció lo propio á D.ª Cabecita. A pesar del cansancio de tantos festejos no olvidó el encargo de la gitana, y á la hora convenida se tomó los polvos, que fueron tan eficaces como aquella famosa medicina de Fernando, «que desde la botica venía curando», y así á los pocos minutos se le desarrolló tan terrible cólico, que puso en conmoción al barrio, y trastornó de tal suerte al veterinario, ya de por sí maduro de tantos brindis, que agarró en la tienda toda su artillería punzante, y «ayudó», no sólo á su esposa sino á cuantos acudieron á socorrerla.

La relación de lo ocurrido en aquel famoso día de Nuestra Señora de la Cabeza, sirvió de solaz muchos años en la parroquia, y aun se afirma que con nombres supuestos se compuso sobre ello un curioso romance, que se vendía entre otros en el muro del exconvento de la Trinidad, por bajo de la famosa imprenta allí situada y de la que salieron tantos de su género, que los años y la moda se han encargado de hacer olvidar.

EL SANDIAR.

Pasemos el Jenil por el magnífico puente de siete ojos, aunque bien pudiera atravesarse el cauce á pie enjuto, tal es la carencia de agua que en él se nota. Dejemos el convento de los Basilios á la izquierda, y recorriendo un tramo del paseo del Violón, que no llorará por falta de polvo, entremos en el callejón del Angel, y bordeando á mano derecha la acequia de Arabuleila, saludemos con respeto al renombrado ventorrillo de Torremocha, llamado así, no porque tenga ni tuviera torre de ninguna especie, sino porque tal lo designa la voz popular desde hace medio siglo.

Y este respeto de nuestro saludo, tiene su explicación, pues es tan de cuidado el paraje, por la grande concurrencia de bebedores y desocupados, que no pasa día sin que la justicia y el orden público tengan que intervenir en los alborotos del amílico.

Pero tampoco á este centro nos vamos á dirigir, sino á su frente y á gran distancia, á una de las más fértiles hazas de la encantadora vega granadina, enclavada entre las jurisdicciones de los pueblos de la Zubia y los Ogíjares, desde la

que se divisa la nevada Sierra y los frondosos olivares que arraigan en su falda.

Y esperemos que el reloj de la Virgen señale con más ó menos exactitud las seis de la tarde, pues aunque dicen de Agosto que «frío en rostro», por aquí no reza el adagio, y es preciso contar con la luna llena para esa expedición campestre; sobre todo, si ha de presidirla doña Presentación, que como está hecha una bola de carne, de la pesadumbre de su viudez, se ahoga cuando Febo la tiende una cariñosa mirada.

Se divisa en un extremo del haza, término de nuestro viaje, una choza de guarda. pero más anchurosa que las de costumbre.

El dueño de la finca, rumboso labrador de una huerta cercana, huérfano y bastante acomodado. pretendía á la hija de D.ª Presentación, cuya familia le había puesto los puntos para enredarlo en los lazos de himeneo.

Así es, que aceptaron con júbilo el convite y el paseo, y de ahí la especie de procesión que á la choza se encaminaba para la ceremonia de principiar el fruto de las sandías.

Bien dicen que de gustos no hay nada escrito. A los altos les gustan las pequeñas; á las gruesas los alfeñiques, y á los francos y dicharacheros las románticas y las ojerosas.

Y eso acontecía con Paco Terrones, que se cargaba sin ayuda un costal de fanega y media de trigo, mientras Pepita, su futura, podía muy bien bañarse en el cañón de una escopeta. Cosa que disgustaba en extremo á su mamá, pues

siendo el reverso de su físico, daba lugar á hablillas inconvenientes, recordando la ausencia en Filipinas del difunto esposo, y cierto mechón de cabellos muy parecidos á los de un fabricante de jabón, protector de la desconsolada viuda.

El grupo era numeroso. Doña Presentación y su hija, dos sobrinas casaderas de buen rostro y desenvuelto empaque, una de ellas, novia de un oficial de pluma que atormentaba con su guitarra los oídos de todo el vecindario.

Le llamaban de mote Garrapato, y á su futura la Úrsula, y tenían esperanza de casarse, á causa de su pobreza, allá para el día del Juicio.

La tía Rita, entranta y salienta de la casa, era de las invitadas, en recompensa de haber arreglado los amores del labrador. No quiso ir sola, y además de sus tres chiquillos, llevó cinco mozuelas, costureras de ejercicio, pero que movían más la lengua que la aguja. No las acompañaba rabo, por prohibición expresa del que convidaba, que manifestó no tener deseo de llevar cestas de pretendientes extraños. Se exceptuó al escribiente por lo del parentesco, y á D. Nicanor, el industrial, por estar indicado ya para futuro padrino.

Apenas los vió aparecer el guarda del sandiar, cuando le dijo al Paco:

—Mi amo, ya está hecha la vendimia.

Llegaron al chozón, donde el enamorado labriego había extendido sus mejores mantas y una almohada para la suegra.

Las mocitas quisieron ir á cortar por sí mis-

mas la fruta, pero estaban regados los surcos, y se volvieron á escape á quitarse el barro, haciendo manifiesto de los países bajos, con grande fruición de Garrapato, que les sirvió de ayudante, obteniendo dos formidables pellizcos de su amada por meterse en ciertas honduras.

Los chiquillos no cesaban de gritar:

—¡A comer, á comer!

Entró el guarda con un esportón de las más maduras, y colocada en fila la concurrencia se dió principio al sacrificio.

Paco, galante en demasía, destapó una cesta llena de tiras de jamón añejo, que puso los dientes de á vara á los hambrientos, y le valió un apretón de manos de su novia, que ya soñaba en desterrar su anemia con los suculentos manjares del hortelano.

Tampoco faltó una enorme bota de vino, y Garrapato, que se echara un sorbo profundo, determinó que se empezara la raja de las sandías, escogiendo cada mozuela la suya, y que se nombrara reina de la fiesta á la que con mejor acierto eligiera la más colorada.

Con alborozo fué acogida la proposición, y eran de admirar los cálculos y comentarios que antes de apartar las suyas se formaron.

El guarda rajó primero la de Pepita, pero ¡cruel desencanto!, resultó de color de acelgas.

—Pero está muy dulce,—exclamó la madre, que no permitió que su vástago quedase desairada.

La repartieron entre los chiquillos, que se la-

varon la cara por roer la cáscara, y Úrsula presentó la suya, que fué roja como un tomate.

Como el jamón estaba salado, suplió el efecto del agua la sandía, y en pocos minutos la espuerta quedó desocupada. Aquello era devorar tajadas. Don Nicanor y la viuda hicieron apuesta de cuál más comía, y quedó triunfante el sexo femenino por una mayoría de media arroba. El escribiente parecía hinchado, y las mozuelas, después de corretear y tirarse las pepitas, se dieron por vencidas. Paco, ya puesto á gastar, todo le parecía poco. En fin, D.ª Presentación declaró que no podía más, por ahora se entiende, y como las niñas pidieran un ratito de fandango, Garrapato sacó la guitarra y se colocó en postura académica.

Ya el sol se había ocultado por completo, pero la luna alumbraba sobradamente el campo, y frescas brisas hacían delicioso el paraje.

Paco quiso cantar una copla en honor de su adorada, que con el buen alimento le salieron los colores al rostro y estaba más pasadera.

Pepita, Pepita, Pepa,
Pepita y no de sandía,
Pepita que me has robado,
Alma, corazón y vida.

La satisfacción no cabía en el cuerpo de la vieja ante tan terminante requiebro.

La romántica puso los ojos en blanco de gusto, y á poco se desmaya en los robustos brazos del

labriego, que se permitió abrazarla y á poco le clava el corsé en las costillas.

Ursula no quiso ser menos y salió por todo lo alto.

La camisa de mi cuerpo
Ya no se enjuga con sol,
Que se seca con el fuego
De mi amante corazón.

No pudo contenerse Garrapato de la alegría al escucharla, y dió una vela sobre el enarenado piso de la choza, yendo á caer sobre la espalda de la tía Rita, que se levantó á embestirle dando alaridos.

Intervino Paco con una rueda de la bota, y las mozuelas por falta de parejas hicieron de hombres y mujeres en el más salteado fandango, bien necesario para ayudar la digestión de tanto como engulleron.

El guarda, que con los repetidos tragos se había civilizado, trajo como sorpresa una enorme sandía, que sin duda escondió para algún obsequio, y que sin disputa tendría sus cuarenta libras.

Como lobos se precipitaron á ella, y una de las mozuelas cortó un pedazo del corazón dándoselo al Paco, que también alegre, se permitió echárselo á la boca, causando un ataque de celos á Pepita, que se separó de su lado con gran enejo.

La tía Rita, que estaba durmiendo á uno de

sus vástagos, se echó, para estar más blanda, encima del jabonero, quien á pesar de los señajos de D.ª Presentación, la acogió con cariño, pretextando que todo era disimulable en el campo.

Ya daban fin de la enorme sandía cuando algunos chinos vinieron á caer en el corro. Paco estaba ocupado en desenojar á su amada, y no le hicieron alto; pero las cinco mozuelas se miraron de reojo, y una dijo á las otras:

Preciso es que Periquete nos esté divisando desde el ventorrillo. Ya nos prepara la noche por haberle dado esquinazo.

Se repitieron las pedradas, pero el guarda, que no era sufrido y se olió el guisado, cogió la escopeta y á los pocos minutos se escucharon unas voces y después unas carreras desatinadas. Los amantes postergados se convencieron de las razones del guardián, y antes que recibir una perdigonada prefirieron tomar las de Villadiego.

Como ya no les cabía más en el buche, se terminó la fiesta, dirigiéndose á la ciudad del brazo los novios y D. Nicanor cargando con la madre, que iba hinchada como un globo, y las mozuelas acarreando los chiquillos, pues la tía Rita llevaba á cuestas el esportón con las cáscaras, afirmando que le parecía cargo de conciencia no llevarlas para un cerdo que criaba á escote con una vecina de su calle.

El de consumos quiso examinar el bulto y se armó tal baturrillo entre unos y otros, que los desperdicios se quedaron en la puerta del fielato, y se fueron Carrera arriba renegando del Go-

bierno que en nombre de la libertad decomisaba hasta las cáscaras.

Por fin llegaron á sus respectivas viviendas; pero á D.ª Presentación la ida al sandiar la puso á las puertas de la muerte.

La indigestión que le produjo su glotonería fué tal, que le daba un síncope cada vez que escuchaba pregonar á los vendedores:

—«A dos cuartos y rajás; como la sangre, á las del Soto».

A LAS MOLLARES.

I.

Se acerca el día de San Miguel, el hermoso arcángel que tiene á sus plantas encadenado al diablo, aunque tanto de carne y hueso anden sueltos por esta ciudad que se honra de tenerlo por Patrono: y es necesario que los que poseen nogales preparen su fruto para venderlo en la renombrada feria del alto cerro en que sitúa la elevada ermita: y que los voceadores de la mercancía falten á la verdad con los gritos de «á las del Castillo», atribuyendo á aquella población del reino de Jaén, lo que es producto de las huertas bajas de la vega, y sobre todo del famoso callejón de este nombre.

Y como hasta hace pocos años no se ha perdido la importancia y lo característico de la romería, era á mediados del siglo una fiesta preparatoria «el avareo de las nueces», producto que se destinaba por los hortelanos para pertrecharse de ropa de abrigo contra los rigores del próximo invierno.

Sigamos á aquellos cuatro jornaleros que parecen van á un encierro de toros, según las lar-

gas varas que llevan al hombro, más crecidas aún que las de los reconocedores de ganado.

Atraviesan la placeta de Gracia (que maldita la que hoy tiene), la de «la Cruz de los Carniceros», y entran en «la Huerta Grande», donde ya los esperan el dueño y su familia con los mozos de la labor.

Son las nueve de la mañana. Hay que esperar que se disipe el rocío á impulsos del claro sol y del aire puro.

Aunque empieza el otoño á teñir de amarillo la arboleda, no hay hojas secas en el suelo, y el panorama que se descubre con la ciudad al frente y las elevadas sierras que la circundan, llena de alegría alma.

La plazoteta está cubierta con las sábanas de la era para recoger el fruto.

El labrador y su esposa, con las tres gallardas hijas, que atraen en todas las festividades la atención de los concurrentes por su bellísimo rostro, están prontas á la faena.

El benjamín de la casa, chicuelo de nueve años, que era de la piel de Barrabás, capitaneaba la gente menuda de las cercanías.

Se suben los inteligentes á los enormes árboles.

Golpean las nudosas ramas y caen entre hojas y retoños tiernos el sazonado fruto, cubierto, sin embargo, con las dos cáscaras que lo cubren.

¡Bien guardados se encuentran los cascos!

¡Cuántos celosos quisieran tan apretadas cárceles para encerrar en ellas á las golondrinas

errantes que se les huyen burlando sus amorosas ansias!

Pero no todas las nueces caen en el blanco receptáculo.

Al ramal de riego que circunda el sitio, caen no pocas, que son pescadas por la turba infantil, que se tiran al agua y las pescan con tanta destreza como los buscadores de corales.

Las mujeres separan las que se parten en la caída, poniéndolas en un lado, y las que conocen que son mollares en otro.

Los chiquillos, que no pueden estarse quietos, las machacan entre dos piedras, y de camino se magullan los dedos, dando terribles gritos, mientras los otros, que quitan á mordizcos la envoltura verde, se ponen el hocico bronceado.

Al caer la tarde se termina la faena y en un rincón del granero se extienden las nueces recogidas para que se oreen.

Allí vienen á adquirirlas los feriantes, contratos que se celebran con las mujeres de la huerta, como más listas para que no las engañen en la cuenta de los millares, que con vertiginosa rapidez recogen con ambas manos, sin temor de mancharse la conciencia, apoderándose de los bienes ajenos.

II.

No termina con esto la ceremonia.

Lo mejor se reserva para la noche.

Las nueces mollares, que se abren con una

ligera presión de unas con otras, están colocadas en dos enormes azafates enmedio de la gran mesa de cocina, en la que se obstenta un belón de cuatro mecheros, como presidiendo.

Los comensales, que son los colonos inmediatos, y los novios de las niñas, llegan casi á la vez y ocupan las sillas de enea basta, y alguna otra de cordel, porque no son bastantes las de la sala.

El sillón de baqueta es para el casero, que hace de patriarca en la festividad.

Con toda ceremonia se levanta Toñuelo, el novio de la Ritica, que ya está consentido y aceptado, pues hubo su correspondiente petitorio y esperaban las amonestaciones, y acercándose á la mesa vació un gran pañuelo de seda de colores que contenía envueltos en papeles de estraza hasta una docena de bollos de aceite.

Los otros galanes, obtenida antes la venia paternal, repiten la operación, y después dejan los pañuelos desocupados en las faldas de sus prometidas, como obsequios de rúbrica sancionados por la costumbre.

La tía Juanica había añadido al festejo un lebrillo de torrijas nadando en miel blanca, y su esposo sacó dos tonelillos repletos de aguardiente de Ohanes, que abría aun sin necesitarlo el apetito.

No puede haber función popular sin el correspondiente fandango. Toñuelo era de primera fuerza en la guitarra, y otro de los pretendientes en la bandurria, y se organizó una fiesta que dió bastante que hablar en el Pago.

El prometido rompió campo, entonando la siguiente copla:

La mañana de San Juan
cuaja la almendra y la nuez;
así cuajan los amores
cuando dos se quieren bien.

Y miraba á la suya y ésta le correspondía, y se encendió el tasco, y para cada nuez se engullían dos torrijas, y para cada dos torrijas, cuatro copas del anisado.

Júzguese si se pondrían en sazón.

Hubo un momento de tregua, y el señor José, el protagonista, á quien los traguillos habían desatado la lengua, reclamó silencio y dijo:

—¿Veis esta nuez que parece una manzana y es tan suave como la manteca?; pues es la primera que recojo de ese arbolillo, que Dios bendiga, y que plantaron mis manos pecadoras hace once años.

Dios me había dado estos tres soles por hijas, y perdonen la alabanza, pero deseaba un varón con todas las veras de mi alma.

Y vino al mundo ese Pepillo, que andará por ahí fuera enredando, y el día de su bautismo sembré un retoño de ese mollar de junto al trigo, y ya veis, se va criando con la misma robustez que el muchacho.

Desde entonces soñé en adquirir en propiedad esta huerta para que mi última mirada fuese para el plantío, y no he vuelto á malgastar un

maravedí, y me quité de reuniones y de jugar á la ronda.

Ya sólo me queda un plazo que pagar, y como el maiz valga lo que promete y las vacas salgan adelante con las crías, el tío José será propietario de la Huerta grande, y encenderá todas las noches por su mano la luz delante de ese nicho, donde se encuentra la efigie de mi santo tutelar, á quien le deberé la consumación de este milagro.

Poco faltó á la concurrencia para echarse á llorar al oir al anciano labrador, y hubo sus pucheros en la madre y las hijas, cuando horrible estrépito vino á distraer la atención de todos.

Sin darse cuenta de ello, rodó la mesa, se apagó el velón y los restos del festín se esparcieron por el pavimento.

He aquí la causa: Pepe, que estaba más consentido de lo que debiera, se le ocurrió jugar al toro á aquellas horas, y sin encomendarse á nadie, y aprovechando la ausencia de los gañanes, soltó un novillo de veinte meses, que empezó á retozar en la era, y acosado después por los perros, equivocó la vivienda y se entró en la cocina, como Pedro por su casa, derribando cuanto hallaba, y dando á sus amos el susto del siglo.

Si para unos fué motivo de disgusto aquella corrida de noche, para otros no les iría tan mal en el barullo, pues á las novias, que se refugiaron por instinto con sus parejas, se les oía decir con fruición semanas después:

—¿Por qué no soltará Pepe el novillo?

OTRO GAZPACHO.

Mi querido *Popular:*

Cuentan de un extravagante, que molestado por las contínuas acometidas de un mendigo, que no le dejaba á sol ni sombra, sin hacer caso de la respuesta «perdone hermano», ideó la frase más cruda que pudo salir de energúmena boca; y consistió en decirle: «Dios le abra las ganas de comer».

Pues semejante crueldad usa usted con nosotros, insertando tantas y tan apetitosas recetas de gazpacho, que con el calor que experimentamos resultan como miel sobre hojuelas, y hasta me figuro que los segadores que se abrasan en la Vega, echarán algún pedazo del periódico en el sencillo brevaje que preparan para refrescar sus fauces, por si le presta algún sabor de aquellos infundios culinarios.

Y como todo lo malo se pega, he aquí que yo, metiendo mi cuarto á espadas, doy la norma de una nueva composición por si hay hay quien se atreva á fabricarla.

Se escoge un sitio agradable, como por ejemplo, la plazoleta de un aseado huerto del Albaicín, á la hora en que la tarde declina y empiezan las brisas á suavizar el caluroso ambiente.

En un barreño nuevo, vidriado en las fábricas de las ollerías del camino de San Antonio, y en cuyo fondo y bordes se dibujan pájaros y flores inverosímiles, se echarán dos cántaros del agua pura de la fuente de Alfacar, tal como debiera venir al «Manflor», si no la enturbiaran, distrajeran y saquearan los acequieros y caciques. Enseguida un puñado de sal de la que encierra el hoyo de la barba de una morena de las «Cuestecillas», después un ajo de las inmensas ristras conque bendice á su conyuge el maestro zapatero Lesmes, al despovorearla con el tirapié, y de vinagre un poco, del gesto de una suegra que en aquellos sitios hace el papel de fantasma.

El pimiento colorado, y de lo más rojo por señas, se sacará de la lengua de una rubita de la Plaza Larga, que ni los de Rioja le igualan en lo carnoso y picante.

El aceite se volcará, no gota á gota, sino por cuarterones, vaciando algo de la oculta bodega de la casa de un sacristán de una iglesia renombrada, y que por pura conciencia lo clarifica antes de quemarlo en las lámparas, olvidándose, por supuesto, de saldar matemáticamente sus cuentas, ateniéndose á aquello de «dos de luz y de luz dos».

El pepino se cogerá de los arriates que cultiva cierto concejal, tan aficionado á esta fruta, que al verlos tan tripones y retotolludos, los cree nacidos á su imagen y semejanza.

Los tomates, porque deben ser varios, se tomarán del puesto de una viuda del barrio, que á

fuerza de alcohol ha logrado que sus carrillos compitan y aun superen en colores á su fruta favorita.

Y vamos á la yerba buena. Esta es indispensable adquirirla de las albarradas del patio de Juana, que la cría entre los intersticios de las piedras, con el famoso perejil del que se dice:

«El perejil de Juana
tiene tres nombres:
perejil y fandango
y engaña hombres.»

Por último, los cuscurros se tomarán de aquellas famosas roscas de flor, tan blancas como sabrosas, de harina sin mezcla de yeso, como hoy se estila, y de masa movida por manos humanas, y no por máquinas que menean cuadrúpedos, y cocidas en el horno de la Charca, aquel especialista en «jayuyos», manjar único para las bromas de la media noche, y recurso de siempre en las cenas y escapatorias amorosas.

Ya reunido todo, queda por resolver el instrumento, pala ó cucharón con que ha de agitarse, así como la forma, madera ó metal de que se debe construir, y como no es justo que yo lo haga todo, ni soy útil para el ejercicio de mover caldos, dejo este cabo suelto para que un curioso lector ó un sabio cocinero lo averigüe y se sirva hacerlo público y notorio en bien del arte y de la gastronomía.

Es suyo, amigo Director.

El de las Tres Estrellas.

UNA PROCESIÓN.

Á mi querido amigo Matías Méndez Vellido.

I.

¡Que viva mi barrio! Con sus santos del Albaicín, sus dos parroquias, sus dos conventos, sus nueve iglesias, sus diez y seis aljibes, sus calles estrechas, sus plazoletas irregulares, y sus huertos, donde aún florecen los legítimos rosales de Alejandría que plantaron los moros de Baeza.

Y al que no le guste, que no suba ni por el camino de San Antonio, ni por la cuesta de la Alhacaba, ni por la de San Gregorio, ni por la del Chapiz, ni por el collado de los Almendros, ni por las laderas de Valparaiso, sino que vaya á disfrutar en el Paseo del polvo cuando no riegan, y de la humedad cuando lo refrescan, y á hacer empleo de quinina para las tercianas que suelen regalar los «Jardinillos», á causa de los efluvios del plateado Jenil.

Y vivan sus tradiciones nunca agotadas, y sus torreones que los siglos no han podido aún destruir, y sus puertas famosas, desde la de Bib-Monaita á la de Bib Guedaix, y su Alcazaba, y su palacio de Aben-Habuz, y el encantado Eden de Dar-la-horra, y sus espinosos nopales, que recuer-

dan las arenas africanas, y sus ricos y variados frutales, muestra de la flora de todos los países y de todos los climas, que arraigan en este paraiso que refrescan los vientos de Sierra Nevada y templan las auras de la volcánica Sierra Elvira.

Y las cristalinas corrientes del nacimiento de la «Fuente Grande», que dando vida á dilatadas campiñas, llegan al «Manllor», á repartirse, surtiendo al populoso vecindario, á quien las aguas saben á mieles, y que mira la acequia de Aynadamar y la estiman como un brillante más rico que los celebrados de Ofir y de Golconda.

Con que quedamos en que viva mi barrio, y á otra.

II.

Un tambor de ignorado regimiento, con uniforme semejante á aquel famoso de *la Pava*, marcha, redoblando, seguido de una turba de chiquillos, y de dos aprendices de cohetero, que de vez en cuando disparan sus truenos, algunos en las mismas lamidas cabelleras de los acompañantes.

Es *la pública*, el anuncio de que al siguiente domingo, saldrá una solemne procesión que recorrerá los mismos parajes, y para que el piadoso vecindario se prepare á aljofifar los portales de sus casas, á fregar el cobre para que brille como los soles, á encalar las paredes y á barrer las calles en honra y honor del *Santo Cristo de la Luz*, que después de dilatados años de clausura y ensalzando un milagro acaecido recientemente,

deja por breves horas su precioso camarín, para ser aclamado con entusiasmo por un pueblo que no puede olvidar nunca que su Santa Patrona, en la Carrera, y el Arcángel San Miguel, en el cerro, lo defienden y amparan al cobijarse bajo los sacrosantos pliegues del estandarte de la fé católica.

Y es que todos saben que en la iglesia de San Luis se venera y guarda un tan preciado como antiguo tesoro. Que en el siglo XVI fué erigida en parroquia, y que al proponerse los entonces muchos y ricos feligreses construir una más espaciosa sacristía, el Todopoderoso recompensó sus afanes con la más apetecida recompensa.

Y la tradición nos lo afirma, y así llega á nuestros oídos, transmitida de generación en generación.

Trabajando para abrir los cimientos en el lugar que hoy ocupa el arco de la capilla mayor, al descubrirse una profunda mina, se escuchó salir del fondo de ella un eco que decía:

—«Cavad, cavad, y hallareis la luz.» Y así lo hicieron los atónitos trabajadores, hasta que repentinamente se les apareció un crucifijo iluminado por maravillosa lámpara que deslumbró su vista, cayendo de hinojos ante el portento.

Dichosa época y dichosa Hermandad, que el pasado siglo y año de 1733 se constituyó para anualmente tributar homenaje á *esa luz* que ilumina el mundo y que antes y ahora subsiste para consuelo y regocijo de las naciones católicas.

III.

Las nubes que impidieron el domingo anterior la salida anunciada, huyeron para dejar el paso á la más serena y hermosa tarde, de las que Junio dá gallarda muestra en la oriental Granada. Antes de extinguirse los rayos solares, el alegre repicar de las campanas anunciaban el principio de la fiesta. Fueron poblándose calles y esquinas de bellísimas jóvenes acompañadas de sus madres, haciendo como que las guardaban, pero escapando siempre de su vigilancia las señas y cuchicheos de los mozuelos imberbes, que con los sombreros de colores rabiosos echados á la coronilla, y las panojas junto á las orejas, la daban de sultanes del barrio, repuchándose y haciendo desaires, sin comprender que están predestinados á servir de mansos corderos en muchas ocasiones.

¡Y qué trapío y qué andares el de aquellas hembras!

Más ruido que el tren movían con sus blanquísimas enaguas, oreadas en el lavadero de Santa Isabel, y tan tupidas de almidón, que les servían de barricadas á los achuchones. la mayor parte adrede, de los atrevidos concurrentes.

Y ya no están en alza los pañolones de Manila. La moda de las chaquetillas de telas baratas y bonitas los sustituye, y adornadas con encajes de hilo, descubren mejor el cuello, y la redondez de las formas, y la leve cintura, y los airosos

brazos que se mueven á un compás que dá gana de enredarse entre sus círculos.

Y como el piso es desigual, y al regar las puertas se forman pequeños charcos, es necesario remangar las faldas, ¡y qué raciones de vista se reparten! con unos zapatos de color y unas hebillas, encerrando unos pies como piñones, honra y galardón de esta tierra andaluza.

Me aseguran que un inglés apuntó en su cartera, que las granadinas andaban con las manos.

Con unas «castellanas nuevas», oscuras sí, pero con unos ojos más negros y un cabello rizado y repleto de claveles, que dán, no la hora, sino todos los repiques del reloj de la Catedral. Y allí está Clarilla la cinchera, cuyo novio envidia al burro que se adorna con lo que teje, y Teresa la ribeteadora, siempre amenazando con las tijeras que le penden de la cintura, aunque dicen que para cierto parroquiano no tienen punta, é Isabel la del pelo rubio y el cútis moreno y Pepa la del lunar en el carrillo izquierdo, que tiene más mozos enfermos que el trancazo.

Y cómo se agarran del brazo y corren y juguetean de esquina en esquina, á guisa de bandada de palomas para la que no faltan perseguidores gavilanes de americana y hongo.

Y la gente de la ciudad, que sube en grandes masas á presenciar el cuadro.

Ellas, con esos sombreros que debiera prohibir el bando de buen gobierno, y ellos haciendo de calaveras, sin comprender que las uvas están verdes.

Y echan sus piropos, y las albaicineras les hacen *fúz*, como los gatos, y á otro enclenque que se permitió cuadrarse con Lolilla, que no sabe el «padre nuestro», pero sí todas las picardías inventadas desde Adan á la fecha, se ganó esta respuesta:

—Miren el fideo. Hijo, si parece usted un cigarrón. Si le ato las piernas con un fleque del pañuelo vá á ir dando saltos hasta Cartuja.

Pero suena un señor cohete, un trueno gordo como si dijéramos, señal verídica de que sale la procesión, y á correr y á pillar sitio, y uno de los más cómodos es la placeta que adorna un álamo secular á la entrada del camino de la Ermita.

IV.

Siguen los disparos, y aparecen los batidores de la guardia civil. Bastantes fieles con velas, preciosas niñas vestidas de blanco, adornado el cirio con ramitos de flores, ángeles hoy en la tierra, y madres y esposas que se ganarán mañana el cielo por sus virtudes, y sigue alegre banda de música, y aparece en andas entre rosas una virgencita que encanta la vista y ensancha el corazón, y después entre clero, autoridades y guardias, la Santa Imagen, el Cristo de la Luz, pendiente de un madero en cuyo suplicio redimió la humanidad. Y todos se arrodillan conmovidos, y los labios se deshacen en alabanzas, y los párpados se llenan de lágrimas verdaderas, porque nadie las obliga á brotar, sino que salen

al público, porque rebosan en los pechos cristianos.

Aumenta el gozo, redobla el júbilo, y mientras las mozuelas y sus acompañantes corren á verla de nuevo en otro paraje, los más formales hacen el cortejo marchando detrás toda la carrera.

Y pasa por «las Ollerías», donde habita la devota que costea la festividad, y recorre las calles afortunadas que adornan colchas de todos colores y tamaños y tapizan flores y verduras.

Y entre los vítores de la muchedumbre penetra en su iglesia la procesión, los grupos se deshacen, los devotos satisfechos tornan á sus hogares, y á poco los campanarios anuncian la llegada de la noche, con la oración del «Ave-María».

V.

Pero no concluye aquí el festejo. En algunas casas formaron altares y hay que celebrarlos con un poquito de tertulia y algo de música. Mas se vá perdiendo mucho de lo característico. El acordeón, ese abejorro extranjero, sustituye á la melodiosa bandurria y á la chispeante guitarra, y la polka y demás *bailes de sociedad*, quitan su puesto al fandango, y apenas si un par de palillos vienen á recordar los encantos de las antiguas rivales de las almeas moriscas.

Y ya se vé, como por mucho que afinen los artistas bailadores no usan guantes, por aquello de «palas para las reses», sucede que la limpia mozuela que valsa con sus trapitos de cristianar,

saca en la cintura un parche de cerote de los dedos de su pretendiente, cuando no un pisotón de Perico el albañil que se empeña en llevar el compás con los botillos afirmados con tachuelas.

Así hay madre que le dice al oído á su hija:

—No bailes con el Mendrugo, que no se ha lavado desde que lo bautizaron.

Sobre si se juntaron más de lo conveniente los cuerpos en algunas parejas, hay novio que maldice de los adelantos del siglo, y de Teresa, moza de servicio en una casa de siete estudiantes, que fué la autora y maestra de más de cuatro menestralas, que antes no podían dar una vuelta sin marearse.

No en todas las casas del barrio ha entrado la moda. Solo permiten que pongan las sillas en la puerta, y si acaso, que con una mujer mayor de centinela vayan á ser obsequiadas por sus pretendientes en los puestos de la Plaza Larga, con la arropía de primeros del siglo y los garbanzos que fueron balines cuando el ataque del Barro.

Y en los grupos que forman los mozuelos en las esquinas hay tambien sus conversaciones edificantes.

Quién jura no arrimarse más á su prometida, porque hizo señas á un caballero respetable, sin comprender que lo acaricia para compadre.

Otro reniega de su amada, porque tiene un primo que no la deja ni á sol ni á sombra, y que cuando la reprende le responde sonriendo:

—¿Y qué vamos á hacer, si es de la familia?

VI.

Las tinieblas se extienden; la luna se oculta tras la montaña del Sol y del Aire, y el sueño, ese bálsamo consolador de los mortales, obliga á que todos busquen el natural descanso, para adquirir fuerzas al día siguiente.

Solo algún impenitente trasnochador á quien Cupido flechara más de lo oportuno, expresa sus deseos bajo las ventanas de su bien querido.

«La luna se vá poniendo
por cima de tu tejado,
á mí me vá dando sueño,
quién estuviera á tu lado.»

ESPEJO DEL ALMA

> «Si te miras al espejo
> verás con admiración
> que los ojos de tu cara
> espejo del alma son.»

I

No hace muchas tardes, al pasar por la calle de Oidores, una de las más antiguas y renombradas del pintoresco Albaicin, de una reja entreabierta, desde la que se descubría un huerto morisco, salió una voz llena de melodía y de encanto, que entonaba el siguiente cantar:

«Los ojitos de mi cara,
¿quién los compra? que los vendo;
tan pobre me voy quedando,
que hasta los ojitos vendo.»

No los ojos, sino el rostro y sus alrededores, hubiera comprado yo, al escuchar aquellos sonidos celestiales que me recordaban á la mozuela más linda de la parroquia del Salvador.

Como soy de casa en el barrio, empujé la entornada puerta, hallándome que la reunión se componía de una tocadora de guitarra, doncella rancia y muy de mi conocimiento y de cuatro

muchachas, que al verlas se trastornaban los sentidos.

Es costumbre en aquellos parajes, reunirse las chicas que no les gusta derramar baba con los hombres, pero sí disfrutar á solas de sus cantares y de sus bailes, y *á rata* por persona, comprar sus confites y algunas copas de licores, dulces al paladar, divirtiéndose alegremente sin que nadie pueda molestarlas ni con censuras ni exigencias.

Pocas eran en número, pero allí las había rubias, morenas, de pelo castaño, y de rizos negros como la endrina.

De todos los tipos, si más hermosa la una, más bella la otra.

Les expliqué mi atrevimiento motivado por la proposición de venta que de sus ojos hacía la cantadora.

—Es un decir, me añadió, podrá ser que no haya quien me compre; pero aún no he anunciado la subasta.

—Al diablo llamaría con dos tejas desde «El panderete de las brujas en la golilla de Cartuja», por tener caudal bastante para ser el único postor.

—Usted el mismo de siempre, pero ya que ha venido y sabe que no admitimos á nadie en nuestras bromas, tome asiento, y puesto que la copla á aquellos se refiere, díganos su opinión sobre los colores de los ojos. Ya que es tan entendido en usos y costumbres femeniles, es fuerza que en su amabilidad satisfaga nuestros deseos.

—Es asunto peliagudo, niñas de mi corazón, pero si me ofreceis ir por la respuesta á la Glo-

rieta encantada de «Las Tres Estrellas», los Gnomos que se ocultan entre las grietas de los paredones arábigos, darán exacta noticia de los colores y de sus poseedoras.

—De eso hay mucho que hablar, pues aunque el *Duende del huerto* no se ha comido á ninguna mujer, que sepamos, no se gana mucho con recorrer los arriates de alelíes y de violetas. Conque á darnos la respuesta pedida y le brindo con un traguito de rosolí que aclara mucho el entendimiento.

Tuve que ponerme á reflexionar. En el pequeño grupo estaban representados los principales.

María los tenía negros, pero ¡qué rayos lanzaban! Cohetes incendiarios para hacer yesca el corazón más empedernido. Pepa, azules: ¡qué dulzura! ¡qué suavidad! ¡qué tinte de cielo! Y Luisa, garzos, con una expresión y un tamaño, que estrellas hay en el firmamento con menos resplandores.

La cantadora, Dolores, los tenía melados. ¡Pero qué miel! Ni la de la Alcarria, ni la legítima de caldera... cuando la había.

Yo no disputo sobre gustos: pero los ojos de esa clase, siempre han merecido mi predilección. Para eso, si el de la derecha tira un poquito á verde, formando una esmeralda mejor que las de todos los anillos arzobispales.

—No creas Dolorcitas,—añadí,—que ignoro algunas coplas adecuadas. Y si nó reflexiona sobre ésta:

«A los ojos de tu cara
les tengo que regañar,
porque no miran á tiempo
á quien deben de mirar.»

—¿Pero es que pretende que todas las miradas se fijen en usted? no vamos á tocar ni á centimillo.

—Escucha mi respuesta, morena de los siete soles; aunque siempre has de estar á los quites,

«Todos los ojitos negros
los aprisionan mañana,
para que á tí no te prendan
échate un velo á la cara.»

—No está mal el consejo; pero no olvide, que yo sé lo de...

Deje el alma que es libre
señor alcalde,
deje el alma que es libre
y el cuerpo guarde.»

—¿Y para los míos? repuso la rubia.

Los ojos azules
parecen un cielo:
si enojos los nublan,
ya son un infierno.»

—Vamos, puede pasar, pero usted guarda todos sus primores para los que significan esperanza. Y quién sabe, si Dolores será caritativa.

—Eso es ya meterse en honduras, chiquilla,.

exclamó la que tocaba echándola de maestra. Dicen que las de tu pelo son algo paradas; pero tú figuras como la excepción de la regla.

—En siendo con buen fin: repuso la aludida.

—Ya se ablanda. ya se ablanda, contestaron entre risas las tres restantes.

—¡Jesús, que no puede hablarse aquí, ni en broma!

Siga usted explicándonos sus opiniones; que de hacerlo así, de otros cuidados ya habrá lugar más adelante.

—Convenido, diré lo que aún me resta de este *visible* asunto, mas oidme una copla que no ha de quedarse en el tintero, aunque sea antigua; y valga por lo que valga y entiéndala quien la entienda.

Dice así:

¡Ay ojuelos verdes
ay los mis ojuelos,
ay hagan los cielos,
que de mí te acuerdes!

Un palmoteo nutrido, y el ponerse Dolores colorada como un madroño fué el éxito que obtuvo mi cantar.

Despues proseguí en esta forma:

II.

En los ojos hay algo que considerar además de sus colores, principalmente el tamaño y la expresión. Los hay saltones como de borrego á

medio morir. Chicos, pero relucientes como aceitunas curadas. Dormidos, que son la gachonería en ejercicio. Entornados, que parece que no divisan, y ven más que las águilas. Los llamados árabes, prototipo de la hermosura bíblica, y por último los atravesados ó vizcos, de cuyas visuales nos libre Dios.

Porque figuraos una mujer vizca, y suegra por añadidura, amenazando al yerno que llegó al alba á su domicilio conyugal; y si existe mal de ojo, ese tiene de ser el más culminante ejemplar.

No creo en tamaña epidemia, pero no es floja la que producen algunas miradas que atraviesan el pecho como un puñal buido.

Y sabed por último, niñas de mis ojos, que estos tienen sobre la lengua la ventaja de hablar sin ruido, y de no equivocarse, pues no pueden modular frases mentirosas como efectúan algunos labios femeniles.

Hace siglos se escribía:

«Ojos, decídselo vos
con mirar,
que tambien sabeis hablar».

III.

Empezaba á oscurecer y era necesario terminar la huelga, pues ya las madres las llamaban desde los balcones inmediatos.

—Tome usted, me dijo Dolores, en premio de habernos complacido con tanta bondad. Y cor-

tando de una maceta un clavel disciplinado, me lo alargó ruborizada.

—Le voy á pedir al Cristo de la placeta de San Miguel, que se vuelva el clavel un clavo, añadió la burlona de la morenilla.

—No es menester tanto, la respondí. Lo que ha de clavarse, ya tiene el agujero hecho, mas tened presente mi despedida, y hasta otra reunión, y que sea pronto.

É indicando á la tocadora que preludiase una malagueña, recité mirando á la muchacha:

«Porque te quiero me dicen,
que estoy loquillo perdío,
si aquel que quiere está loco,
dime quién tiene sentío».

LAS LIGAS DE MI MORENA.

Por desgracia mía, no tengo mujer de este color ni de otro alguno á quien pueda aplicarse el epígrafe, pero sí recuerdo perfectamente que así se titulaba una famosa canción que hace muchos años entonaban las señoritas con acompañamiento de guitarra, haciendo las delicias del auditorio, antes qne se hubiesen vulgarizado tanto los pianos, y sustituído en las reuniones de confianza al clásico violín el jaquecoso acordeón.

¡Y qué canciones las de aquélla época!

Lágrimas como puños brotaban de los ojos de los sensibles oyentes, al escuchar la de

«Abenamar al partir de Granada
el corazón traspasado sintió»,

ó la de Chactas agonizando,

«Sin mi Atala no puedo vivir»,

y en cambio, qué alegrías con las barrumbadas del contrabandista.

«Con mi jaca é terciopelo
mi trabuco y mi puñal»,

y las risotadas sin límites con las coplas de las «Caleseras» en las que algunos chuscos entremezclaban á la letra tales diálogos con las mulas y las pasajeras que se mareaban, que era me-

nester taparse los oídos, porque los conceptos pasaban del color del verde botella.

Pues bien, de aquellos mejores tiempos, era la favorita la de

«Las ligas de mi morena»

porque existían entonces morenas y ligas.

Hoy no quedan de las segundas. Solo hay de las primeras, aunque tengan que buscarse con un anteojo, merced á los polvos de almidón y al agua de Barcelona.

Lo digo y lo sostengo.

No hay ligas. Y pudiera añadirse, ni pantorrillas.

¡Cuidado con emplear en ese adorno femenil la goma y hasta el cautchout!

También con ellas concluyeron los tirantes.

El progreso cunde mucho, pero le aventaja la economía.

Aquellas prendas bordadas con tanto primor y arte, con la legítima seda murciana, con sus rosas encarnadas, sus capullos verdes, ó imitando pámpanos frondosos y uvas en racimos, costaban bastante dinero, ya por el trabajo, como por los avíos.

¿Y cuando llevaban las cifras con las iniciales del poseedor?

¡Qué letras góticas!

¡Qué corazones traspasados, y qué gotas de sangre algo disimuladas, pues hasta la ponían azul, si se trataba de la aristocracia!

Pues lo propio ocurría con las ligas.

Eran modelos de paciencia y de buen gusto, con sus borlitas en las puntas, sus estampados en el centro, y sus ribetes de distinto color.

Porque en esto de los colores, había mucho que entender, y algunas jóvenes demostraban sus enojos ó sus esperanzas, en llevarlas verdes, celestes ó amarillas.

Y vaya si tenía faena eso de colocárselas.

Era dicho popular tratándose de una moza de rumbo, designarla con la cualidad de que «aquella sabía atarse bien las ligas.»

Al presente, como las más son unos ajustadores como los que ponen en los paquetes cuando se compra papel de escribir, no se necesita n maña ni ciencia.

¡Pero entonces!

Existían mujeres tan retrecheras y oportunas, que al ponérselas graduaban el tiempo y la ocasión en que habían de caérseles.

¡Y qué compromisos!

No para ellas, que con el mayor desparpajo en un portal cualquiera hacían su operación; sino para los mirones á quienes se les caía la baba contemplándolas.

¿Y las resultas?

Salían bodas y enfermedades.

El cantar lo dice refiriéndose á un señorito averiado:

«Al pasar el arroyo
te ví las ligas,
y estuve una semana
tomando quina».

Las de novia, eran uno de los accesorios en que más se esmeraban las madres casamenteras.

Pero no se aceptaba el obsequio de manos del prometido.

Eso nunca.

Por aquello de si

«amor con navaja
no cuaja»

tampoco debían proceder del futuro, porque así mismo,

«lo que la pierna ata,
si se regala, mata.»

Entiéndase que estos primores eran para las de cortas primaveras, que en las mayores de edad, había hasta cordeles y tomisas. Tanto, que algunas viejas las usaban de bendo, afirmando que eran una gran medicina para el reumatismo.

De la importancia de las verdaderas ligas, no hay que hablar.

Si á la favorita de un rey, no se le habiera caído la suya en Lóndres, no existiría la famosa órden de la *Jarretiera*.

Comprendo que en otros tiempos se afirmara que algunas hembras usaban de un puñalito en la liga.

Ellas son capaces de eso y de mucho más.

¿Y quién no se dejaba pinchar por un arma que exhalaba un calor tan agradable?

¡Pero ahora! ¿dónde se van á colocar la herramienta?

Si les llegan las medias hasta debajo de los so-

bacos, y por apéndice se usan pantalones interiores que por más que adornen los extremos con encajes, es una indumentaria que para estar viable necesita ocho mudas al día, no fuera mal trabajo buscarse el cuchillo; y tendría que decir á su contraria, lo que el cristiano del cuento;

«aguarda moro,
que coma mi jaco.»

Ya se acabaron los sandungueros revuelos que daban las mozuelas á sus enaguas, saltando las aceras de las calles, y las provocaciones, que en las mudanzas del fandango, ponían el alma en un hilo á los tocadores que al verlas equivocaban los acordes y en vez de sonar el *dó*, resollaban por el *mí*.

Hay vestidos largos, botillos hombrunos de becerro, y la niña que no se coloca sombrerillo, cree estar desairada entre la concurrencia, aunque tengan por todo oficio el de maritornes.

Más vale así.

Huyeron las tentaciones, pero impera lo positivo, esto es, á estilo de ciencia mercantil, precio, oferta y ajuste.

Y ya no se podría decir como hace siglos, Juan de Salinas:

«Cubrid las ligas, amiga,
sin meterme en tentación,
que yo no soy gorrión,
para que me armeis la liga.»

HIGOS Y VENDEDORES

No es posible idealizar el tipo.

Por más que los poetas románticos, quieran conseguirlo, el higo, siempre será un idem.

«Las chumberas», hasta el nombre es atravesado, no pueden ser esas mozuelas sonrientes que nos describen, y si acaso se escurre alguna, dura lo que la flor de un día, pues apenas se muestra, pasa á ocupar más importantes destinos.

La generalidad son viejas y gitanas.

La mercancía no es apropósito para elegantes.

El traje se lo desgarra la canasta y el cenacho de los desperdicios; y cualquiera puede intentar una caricia en aquellas manos claveteadas de pinchos, y en aquel cuerpo que se defiende como los puercos espines.

El fruto será dulce, pero se puede perdonar por no mondarle la envoltura.

Tienen además que ser mujeres de trapío, pues desde cogerlos con tenazas, hasta expenderlos en pública licitación en la vía, ó á pregón por las calles, se necesita *reaño* para solucionar tantos inconvenientes como se presentan, desde el guardia municipal que las persigue, la cabra que sin el bozal de ordenanza las acomete, y la caballería mal conducida que atropella el puesto y la

dueña, moviéndose un tiberio que no es fácil describir.

Y luego que son necesarias fuerzas y costumbre de trabajo para ello.

Bajan con la carga en la cintura desde las Cuevas, y suben con el remanente para el cerdo (vean ustedes qué poesia), que es el obligado huésped de las expendedoras de este fruto.

¡Y que no abunda!

Y eso que su digestión tiene sus contras y no pequeñas.

Suele constituir *unas detenciones arbitrarias*, que necesitan para resolverse más ayudas que las que se dan con espuelas á caballos resabiados.

Cierto que los higos, (siempre es mal sonante el nombre), son apetitosos.

Principian los de la Costa, entre los que descuellan los famosos de *Cantalobos*, y los del río de Almería, cada uno como una alcachofa, y que necesitan para diluirse toda el agua de la fuente del Avellano, ó un repleto barril de Anis del Mono; y ya concluidos aquellos, entran «los de Jesús del Valle» y los «del Camino del Sacromonte», con los que no pueden rivalizar los de «los Huertos de las Vistillas de San Cristóbal y de la Alhacaba», que en terreno cascajoso no aguantan los hielos de diciembre, eternos enemigos de las pencas, *nopales*, que llamaban los moriscos, que también los árabes gustaban de higos.— ¡Pues no habian de gustarles!

Ello es, que sus productos socorren muchas necesidades de la pobreza, y terrenos de por sí

de escasa valía, producen en años templados mejor rendimiento que el más fértil cortijo de la Vega.

Y así como para la venta de éstos, el *sexo débil* es el dedicado, los que tienen la cáscara más suave, y siguen á los primeros, son hombres los *industriales*, pero notabilísimos en sus bocas y en sus voces.

Aquellos se compran por pilas ó por unidades.

Estos por libras.

¡Pero qué balanza y qué pesas!

Casi como la de Astrea, salvo la comparación.

De ocho onzas quitan tres.

No es mucho.

Para los usureros esta rebaja sería perder su tiempo y sus monedas.

—«Negros y rayaos», dicen aturdiendo los oidos.

—«De Santa Isabel los buenos», exclama otro competidor en la esquina opuesta.

Porque en esto, como en todo, hay gustos y diversidad de pareceres.

Los negros en verdad que son como almíbar, y tienen una gotita de ella en su base, y son de delicado paladar, pero los *Isabeles blancos*, seducen por su apretada carne, y ya por su denominación ó por razones que ignoro, son los preferidos en Granada.

Y tanto es así, que las hembras á quienes pusieron Isabel en la pila, se dan un tono y se *repuchan* de tal modo que no parece sino que tienen una higuera de aquel nombre en sus corrales.

¡Y cuidado si hay clases y variaciones de castas!

Por supuesto, todos higos. ¡Pues no faltaría sino que faltase!

Veamos si me quedan algunos en el tintero.

En la ciudad se conocen:

«Los negros.

»Los blancos.

»Los jayuelos.

»Los de pata de mulo.

»Isabeles.

»Albanes.

»Rayaos.

»Castellanos.

»De pasa.

»Papuecos.

»De sopa en vino.

»Verderones,

y alguno que otro de arbolillo injerto, que vienen á ser, entre su merced y señoría.

Me parece que hay donde escoger, y no pueden tener disgusto los aficionados.

Pero el pregón de más gracia, es cuando las nubes se septiembre se descuelgan con unas chaparradas, y entonces vocean:

—«Bendito sea mi higo; que le ha llovío.»

Porque es necesario comprender que es una fruta tan ardiente, que produce boqueras á los que la catan sin precauciones.

Y como sucede en este pícaro mundo que lo exterior seduce, porque no se profundizan sus cualidades, la frondosidad de las higueras, dá

mala sombra, y su madera es tan quebradiza é irresistible, que buenas costaladas cuesta, á los que se suben sin sogas á verificar la vendimia.

Y no hago memoria de los *secos*, porque son de industria diferente, y esa denominación *de pasados*, quita las ilusiones á todos los que anhelan lo verde, y lo

«dulce y sabroso
»más que la fruta del cercado ajeno.»

Concluyo, porque esto de los higos, es comida tan delicada, que entre los espinosos y los de cáscara suave, resulta:

Que aunque se gasten cuidados,
es conveniente olvidarles,
que unos pinchan al tocarles,
y otros después de tocados.

TIEMPOS PASADOS.

I.

Escucho las voces de los vendedores, que por las calles de Granada, pregonan las primeras «cesticas de fresa.»

La aromática fruta encanto del paladar y del olfato, y recreo de la vista, anuncia la próxima llegada del mes de las rosas.

Ella florece á los rayos del sol de la primavera, y se marchita y se agosta ante los ardores del estío.

Cuando la aurora ilumina los campos con la suave luz de la mañana, los caballones de tierra donde arraigan los fresales, parecen sábanas de verdura esmaltada de botoncitos de fuego.

Aunque se oculta bajo las tupidas hojas de su planta, el encendido color la descubre.

Agria un día, madura al siguiente, desaparece para dar lugar á nuevos brotes, ofreciendo abundante cosecha.

Como las violetas perfuman los bosques, la fresa embalsama el viento de los prados, que al mecer los tallos de los cañamares. satura de agradables efluvios el ambiente de las madrugadas de Abril.

II.

Hace más de medio siglo se cultivaba con el mismo esmero que al presente.

Entonces estaba en su vigor la competencia de la que se criaba en los cármenes de la Alhambra, con la de las huertas del pago del Jenil.

Las primeras aducían en su abono, el riego con aguas potables, limpias y claras, y las segundas, la feracidad de sus terrenos y el mayor tamaño y carnosidad.

Ambas eran de riquísimo sabor, por lo que no cesaba su consumo.

En aquella época se conservaban costumbres patriarcales en las familias, y así como la tarde de San Juan Bautista bajaban á los callejones de Gracia, á la fiesta de las cerezas, así en los días feriados, muchas personas pudientes, llenaban todas las plazoletas de los predios rústicos, que desde la Cruz de los Carniceros, hasta el Molinillo por un lado, y por el otro al fin del callejón de los Nogales, formaban el núcleo de las hazas que ostentaban el sabroso manjar tan codiciado como apetitoso.

Tomar el postre al aire libre, teniendo por techo del comedor, el firmamento, era uno de los goces con que se deleitaba los buenos moradores de la Ciudad.

III.

La familia de D. Ruperto Cabanillas, era una de tantas.

La esposa D.ª Magdalena soñaba en la merienda, y su hija Candelaria en el paseo, y en el teniente de carabineros, su novio y acompañante.

Dieron las cinco de las tarde.

Salió de la calle de Jardines el matrimonio y comparsa, dirigiéndose á la huerta «del Molinillo,» donde eran conocidos los labradores.

Por el camino no ocurrió novedad. Juanito y Diego, los vástagos menores del consorcio, solo de vez en cuando tiraban algún pelotazo á los vallados, lo que la criada Cecilia les reprendía, sin éxito por supuesto.

Los novios iban delante de D.ª Magdalena, y D. Ruperto cerraba la marcha.

Llegaron á la heredad á la media hora de camino.

En la placeta cubierta con un frondoso emparrado, se hallaba colocada una mesa nada corta, ostentando un mantel, menos blanco que tupido, y que era de los fabricados con el lino que se criaba en los marjales de la finca.

Desde el mencionado sitio, salía una vereda á las demás hazas del predio, formada por hileras de frutales, y á cuya izquierda se descubría la plantación de la fresa.

Doña Magdalena, á quien su obesidad no la

permita largos viajes, se sentó enseguida en unión de su esposo.

Candelaria y el teniente se dirigieron á recorrerla, y los chicuelos empezaron á jugar por los alrededores bajo la inspección de la famula.

La casera le preguntó las libras de fresa que se cogían, y la señora le contestó:

—Tenemos apetito, y no hemos de quedar mal por libra más ó menos.

Enseguida se dedicaron á la faena, la labradora y una chiquilla su sirvienta, hábil en andar entre los caballones como una pajarita de las nieves.

No habían trascurrido cinco minutos, cuando se escucharon unos gritos desgarradores.

Juanito que al llegar había descubierto un carnero atado á un tronco seco á la espalda del corral, quiso lucir sus aficiones tauromacas, y dispuso soltarlo.

El bicho que estaba enseñado á topar por los trabajadores, enfiló al muchacho, y del primer empujón lo sentó de espaldas en una pileta, bebedero de las gallinas, donde tomó un magnífico baño de asiento. Como no era cosa de desnudarlo, ni menos de tenderle en las trévedes de la cocina, fué menester ponerlo en postura supina contra un poyo, para que el sol hiciera con sus rayos, lo que un hacecillo terminara en pocos minutos.

Mientras, Diego, que desde su llegada no había quitado la vista de un cerezo enano, plantado en lo alto de la vereda, con ramas próximas

al suelo, quiso probar la fruta, y al subirse al tronco, un garrancho mal cortado, le rompió la blusa y la manga del camisón del brazo derecho, dejándolo al desnudo como un fontanero cuando actúa en los cauchiles de la ciudad.

Hubo la consiguiente sofocación en el matrimonio y regaño á la fámula que juraba y perjuraba no ser suya la culpa, sino de la travesura de los párvulos, aunque á decir verdad, se había entretenido en sabroso diálogo con un labratín, conocido suyo, que estaba poniendo tomates detrás del salve de la derecha.

Más antes de sosegarse la disputa, ocurrió el último de los acontecimientos.

Clarita se había ido con la muchacha cogedora, á ayudarla en su tarea, y como es consiguiente, la soga marchó tras del caldero.

La joven miraba un gordo fresón, en otro trance de tierra separado por la acecolilla, y el galante militar, al conocer el deseo de su adorada, se lanzó con botas y espuelas á cogerlo.

El cantero estaba recien regado, y mi hombre se hundió hasta los muslos, siendo necesario que al par de sus juramentos acudiera un mozo de labranza con un azadón, á abrirle camino entre el barro.

Un cuarto de hora estuvo ráspándose con un cuchillo de cocina, mientras la casera apuntaba la indemnización en la cuenta del consumo.

D. Ruperto en vista de tantos percances, la echó de autoridad por vez primera, ordenando que se sentasen todos en derredor de la mesa,

disposición oportuna, y que coincidió con la llegada de la fresa á su destino.

Fué saludada con grandes aplausos, y una cesta con honores de canasta, colocaron sobre los manteles.

—Cecilia, dijo doña Candelaria. saca la azúcar y que empiece el reparto.

La criada fué á su talega, exhibiendo cuatro cartuchos, pero se notó enseguida que los terrones habían sido saqueados por mano profana.

Culpas de Juanito y de Diego.

La fortuna es que distrajo la atención la fruta recibida.

Doña Candelaria no se contentócon un plato.

—Yo necesito más ración que los restantes, que me traigan una fuente y honda.

La casera le llevó una de la que servían para el gazpacho en la siega, y en ella se sirvió doña Candelaria.

—Ruperto, dijo á su marido; he sentido balar una cabra, y quisiera mezclarla con leche recien ordeñada. Dícelo á Manuela.

Obediente D. Ruperto, obtuvo el ordeñamiento, y su señora colmó del líquido unas cuatro libras que holgadamente cabían en la vasija.

El militar, desdeñando los adherentes, pidió vino para revolverlas. Fué necesario enviar a ventorrillo próximo por dos botellas del blanco de la Costa, y la mezcla que verificó no fué de fresas con vino, sinó de licor de Baco con aquellas.

La criada á quien pusieron en una mesilla aparte, creyó que aquellos comestibles eran gar-

banzos tostados, y se los tragaba á puñados sin necesidad de excitantes ni de confites.

A poco rato, la cesta se iba concluyendo.

Fué necesario segunda cogedura, que la chicuela conociendo los parroquianos tenía casi preparada.

Doña Candelaria embaulaba como un buitre.

No se descuidaba ninguno, y hasta don Ruperto se excedía, menos Clarita, que al ver que su dios Marte no se cuidaba más que del vinillo de la Costa, demostraba honda tristeza en su rostro.

Después de la segunda entrada, á la que hizo honores regios D.ª Candelaria, pidió la cuenta el complaciente esposo, y entre comestibles y perjuicios, subió á una suma que nunca pudo imaginar.

La satisfizo con firme propósito de que no hubiese más meriendas, y antes que las tinieblas entoldasen el horizonte, tomaron el camino «de las Casillas de Pradas.»

Doña Candelaria no se sentía bien. Se agarró del brazo de su marido, pero faltaba contrapeso al lado derecho.

Fué menester un nuevo Cirineo. El militar, que iba ya calamocano, dando satisfacciones á Clarita, tuvo que prestar auxilio á su futura suegra, mientras la sirvienta y los muchachos, tampoco en normal estado, recorrían los callejones, molestando á los transeuntes.

No pudieron rezar las ánimas con devoción.

La señora por un lado y la maritornes por otro, sufrían un terrible cólico.

Clarita, con el pretexto de cuidar á su madre, no quiso de enojada, bajar á la reja, y el teniente, harto de esperar en la esquina, se refugió en una taberna cercana, donde durmió una mona que ni las del mismísimo Tetuán.

Amaneció, pero seguía el cataclismo y los lamentos.

Y como decía muy compungido D. Ruperto:

—El señor ha echado sus luces, pero ni mi mujer ni la criada, han podido aún hacerlo de lo que comieron de más ayer por la tarde.

CASAMIENTO Y MORTAJA...

I.

—Señora casera,—yo me voy al quince,—porque en este cuarto—me comen las chinches.

Esta despedida se la daba cantando Manuela la planchadora á la señora Casilda, mujer ya entrada en los sesenta, y que se ocupaba en el *reducido* de cuartos á plata, desde que unas calenturas malignas le arrebataron á su esposo Crispiniano el zapatero, la que incómoda le respondía:

—Víboras habían de ser las que te picaran, revoltosa. Yo no soy casera, ni esta morada es de vecinos, como los corrales que se estilan por allá abajo, sino la encargada por el dueño, mi señor don Felipe, el Sacristán mayor del Salvador, con quien tengo mis cuentas y á el que pago todos los meses muy cabales.

—¿Y cómo puede figurarse otra cosa?—añadía la joven.—Si es un cantar que viene ahora de molde. Aquí habitamos dos familias, que con la suya hacen una Trinidad sin paloma; pero si el acólito...

—Sacristán y mayor,—la interrumpía furiosa la Casilda.

—Conforme, arzobispo si usted quiere—continuaba Manolilla.—Pero si este señor supiera que

su «representanta» en este palacio de la calle de la Tiña ha blanqueado dos veces las salas del ve cino de arriba, y no ha tenido un brochazo para la vivienda de abajo, diría que pagando y adelantado, tiene que marcharse á escape, porque esas preferencias indican algo no regular; y ya el vecindario se escama y dice que aquí anda el mundo al revés, y que las mujeres se declaran á los hombres; y lo demás que falta puede preguntárselo al sereno, que cuando da la vuelta, canta: «Las doce y media y yo... viendo.»

Y con una maliciosa carcajada se entró la jóven en su cuarto, salió enseguida con un azafate de camisas, echando á correr hacia la Cruz Verde.

Tal coraje acometió á la Casilda, que no pudo murmurar palabra en un rato, hasta que enronquecida gritó desde la puerta:

—Acude, Dolorica, hija mía, que hay que dar parte al señor Comisario de asuntos de tu honra.

II.

La casa calle de la Tiña, número 8, hoy trasformada en una morada á la moderna, era por aquel entonces un caserón muy á la antigua, aunque sólido.

Constaba de tres habitaciones. A la entrada un portalón amplio, que se alumbraba de noche con un farol encendido todas ellas, á costa del dueño, ante una deteriorada imagen de Jesucristo Crucificado.

Dentro se veía un patio con algunas columnas

árabes, que sostenían los corredores al descubierto.

En medio una alberquilla con bordes de mármol blanco, que servía de lavadero, acabando de destrozarse así aquel magnífico vestigio; y en el ángulo del sol saliente, arrimado á la pared foral, un frondoso naranjo, que era la admiración de todo el barrio.

A la izquierda, en el bajo, estaba la vivienda de la Manolica. En ambas se descubrían en las puertas zapatas del más delicado gusto morisco, y en el arco de la entrada labores en yeso con inscripciones del Corán.

Unas escaleras de distinta época conducían al único piso alto, que lo ocupaba Andresillo el santero, con su madre, bastante anciana y casi impedida.

Para su industria, muy en boga en aquella época, necesitaba todos los corredores, á donde ponía á secar los infinitos muñecos, niños Jesuses, San Antoñicos y Padres curas, que con toda clase de Vírgenes formaban el núcleo de aquel ejército de figuras de á diez maravedís.

Muchas veces sucedía que los chiquillos traviesos entraban por sorpresa en el patio, y por coger un santirulico, tiraban varios chinazos para derribarlos, lo que producía más bien una hecatombe, y el salir el Andrés con moldes viejos para apedrearlos.

El mozuelo era todo un hombre de bien. Tratándose con gente devota, tenía que serlo; más su genial lo daba además de sí.

Quería mucho á su madre, y gozaba en asistir á las funciones de iglesia. No era mal parecido, aunque simplón y afeminado, y enemigo de usar pelos en la cara.

Con estas cualidades, la Casilda lo apetecía para yerno, pues le constaba que en las Ferias y en los «Nacimientos» sacaba pacotilla para comer en los restantes meses del año.

Así lo esperaba la Dolores en el umbral y lo entretenía con impertinentes diálogos, sin lograr de él la apetecida declararación.

III.

Vamos á la cambiadora.

Quedó viuda á los treinta y cinco años, de un grande discípulo de Baco, teniendo por único vástago á la Dolorcillas, que era el tipo contrario de su madre.

Ésta, activa, habladora y amiga de voces y querellas, contrastaba con su hija, que además de no haber sido muy favorecida por la naturaleza en la parte física, en la intelectual estaba en bastante descenso.

La apodaban en el barrio *La Suspensa*, porque tardaba en responder de un día para otro. Así es que los mozos huían de su ventana, y no era el que menos, como llevamos dicho, el Andrés, á pesar de las facilidades que á todas horas recibía.

El autor de los ángeles de barro suspiraba, aunque en balde, por la vecina del piso bajo, y de ahí la malquerencia de la Casilda.

Ésta bajaba todas las mañanas al salir el sol á ejercer su oficio. y se colocaba en la puerta de la que antes fué «Carnicería pública,» y estaba á la izquierda del también derruído «Arco de las Cucharas.»

Una mesilla cubierta con un enrejado de alambre grueso, para defender las pilas de cuartos que simétricamente colocaba la cambiadora, y una silla con honores de banqueta, le servían de trono y de púlpito. pues no metía la lengua en paladar en las cinco horas que duraba la centinela. Las criadas de servicio eran su más constante tertulia, pues la plata que sus amos las entregaban se *reducía* allí en calderilla, previo el abono de una pieza de dos cuartos, que era el precio fijo en el mercado, quizás desde el tiempo de los Reyes Católicos. á los duros de plata de ley. que tampoco hoy existen en circulación.

No pasaba día sin alguna pelotera con los que trataban de cambiarle alguna moneda falsa. que la Casilda descubría al vuelo, y aquí de llamar al alguacil de la *Romanilla*, y los comentarios que sobre esto se sucedían.

Afirmaban envidiosas, que también guardaba las sisas de algunas Maritornes. y que prestaba á los vendedores pequeñas sumas á diez y siete maravedises por peseta cada mes.

Lo cierto es. que al dar la una de la tarde ella levantaba el campo, guardaba su dinero en un bolso con honores de mochila, y depositaba mesa y banqueta debajo del mostrador de un tablajero, su compinche, con quien solía tomar á la ida

y á la venida alguna que otra copa de aguardiente de hierbas, refrigerio saludable para el estómago.

Con ocho ó diez reales de ganancia llegaba á su casa á ocuparse de las faenas necesarias, y á murmurar de camino de todo bicho viviente.

No era de la que menos de la Manolilla.

Ésta sí que merece punto y aparte.

IV.

Contraste de *La Suspensa*, era vivaracha, limpia y hermosa. Morena clara, pelo castaño, y unos ojos garzos que semejaban luceros. El talle esbelto como el que más, y sus andares, los del barrio de la sandunga y de la gracia. Huérfana de padre y madre, la recogió una tía carnal, de quien fué después la providencia. Pues aquella mujer, de bastantes años, apenas podia manejarse, y sin Manuela hubiera concluído en un hospital. Pero no era esto sólo. Como poseía un corazón de oro, recogió también á una pobre ciega que se quedó sin familia, colocándola en la habitación de su parienta, á la que ayudaba á hacer medias, faena en que se ocupaban de continuo ambas mujeres, no sin disputar cuando la cieguecita equivocaba los puntos, que tenía que corregir su compañera.

Para todo daba Dios; y si no lo supérfluo, nunca faltaba el pan de Alfacar, ni en los días festivos alguna libra de carne, aunque fuera comprada de matute.

La Manuela era la planchadora de más fama entre las de su oficio, y en las camisas de chorrera, una especialidad.

De las principales casas de Granada le subían las mandaderas ropa á montones, á la que no podía dar abasto, y eso que era en su trabajo larga como ninguna.

Así es que estas condiciones, unidas á una honradez sin tacha, le ganaron el afecto del vecindario, y las declaraciones amorosas de todos los mozuelos.

Pero á nadie daba oídos, no por gazmoña, sino que replicaba que ella se había casado con sus dos ancianas, y no podía contraer otras obligaciones.

Advirtiendo que la muchacha era de armas tomar. Una mañana, un aspirante á contrabandista que pretendía cobrar el barato en San José, le dió una broma algo inconveniente, y lo que tardó en decirla fué el tiempo que medió en recibir una plancha en mitad de la frente.

Por supuesto que desde el señor Cura hasta el último alcalde de barrio aprobaron su acción, y pusieron al atrevido unos días en el arresto.

¡Pobre del santero, que suspiraba noche y día empèñado en afirmar que las Vírgenes que moldeaba tenían toda la cara de la Manuela!

Hasta Casilda después de las peleas se ablandaba y disponía que le gobernaran el hornillón del planchado, única cosa que sufría detrimento, pues lo restante de la casita lo tenía como un espejo.

V.

Entre los parroquianos más asiduos, y que siempre le pagaba doble del precio acostumbrado bajo el pretexto de socorrer á las enfermas, se contaba don Lucas de Villanueva, mayorazgo desempeñado, sin familia, solterón, y ya pasado de los cuarenta.

Era refractario al matrimonio, porque tuvo un hermano que fue muy desgraciado en su enlace. y porque además pecaba de egoista.

Se daba muy buen trato, y comía con un poquito de gula.

Estaba muy grueso, y el rostro le relucía como la calva, que era de primer orden.

Vestía bien, aunque recargado de sortijas y alhajas; y sobre todo, extremado en la limpieza, se mudaba de camisa á diario. Así se explicaba el contínuo trabajo que daba á la planchadora.

Dicharachero y jovial, sostenía que no había nacido de madre la mujer que lo llevara á él á los altares.

Y efectivamente no se le conocían relaciones femeniles de ningún género.

Una mañana, la mandadera que hacía los recados de la calle, le presentó una bandeja con camisas que parecían de manos de ángel.

Mucho las celebró don Lucas, pero la sirvienta á quien había cautivado Manuela, como á cuantos la trataban, le dijo:

—Si usted, señorito, conociera á la joven que

las avía, se quedaba con una vara de boca abierta.

—Aunque fuese la misma diosa Venus, para mí no hay peligro en sus encantos. Mujer y basta.

—Permita Dios que algunas vez caiga de su burro. Se va usted haciendo viejo, y no le vendría mal quien lo cuidase dentro de algunos años.

—Bueno: mas guarda tus reflexiones para cuando te pida consejo. Pero como eres la persona de mi confianza y te tolero esas libertades, voy á probarte mi entereza. El lunes subiré á casa de esa primorosa planchadora, y sus enfermas no perderán con el viaje, ya que he de examinarla para responderte.

La mandadera se retiró murmurando:

—Otros castillos más altos he visto yo por los suelos.

VI.

Efectivamente, el día anunciado, y después de comer, subía don Lucas la cuesta de la Calderería, ataviado de gala, y con un alfiler de diamantes en la pechera que relucía como un reverbero.

Entró en el portalón de la casa de la calle de la Tiña, y lo primero que se encontró fué á la cambiadora.

—¿Está la joven Manuela?—preguntó.

—Creo que sí, aunque conozco muy poco sus operaciones,—contestó aquélla agriamente. Pero si el señorito quiere descansar, tengo siempre un asiento en mi casa para las personas principales. Dolorcicas, saca una silla con su almohadón.

La vista de la alhaja pudo tanto en su ánimo, que hubiera tirado la casa por la ventana.

—Muchas gracias, buena mujer; ¿será en la puerta de enfrente?

—La misma es,—le respondió desde los corredores el santero, siempre en acecho y contentándose con ver á la muchacha.

Don Lucas empujó, entrando en la aseada habitación, que servía de taller y de recibimiento.

—¿Se puede entrar?—añadió aquél.

—Si ya lo ha hecho, excusada es la pregunta, —replicó alegremente la joven.—No recibo visitas de caballeros; mas por las señas que me dió la mandadera, usted debe ser quien socorre á mi cieguecita; y al menos, que ésta le dé personalmente las gracias.

—Dios se lo pague, señor,—le dijo la anciana, levantándose.

—Quietas, quietas; que yo no incomode. Mi venida es para expresar lo que estimo su esmero en mis camisones. Tengo esa manía, y causo con ella la envidia de mis conocidos. Tienes unas manos primorosas.

—Es una santa, señorito,—se apresuraron á añadir las dos ancianas.

—Que no vayais á ponerme colorada. Se hace lo que se puede, y la Virgen nos saca adelante. ¿Pero gusta usted de un asiento?

Don Lucas se había quedado atónito ante aquel cuadro tan sencillo como encantador.

Las viejecitas en su faena de hacer calceta, y

Manuela con un rimero de ropa blanca preparada para el planchado.

Mi hombre no quitaba la vista de la Manuela.

Una mariposa ardía delante de una imágen de la Virgen de la Esperanza, colgada en el testero principal, y debajo un velador de pie de aguja, donde un florero con un ramo de dobles alhelíes perfumaba el ambiente, que respiraba bienestar y sosiego.

Mas avergonzado de su debilidad, rehusó el sillón, y dejando en las manos de la ciega varias monedas de plata, se marchó casi sin despedirse.

A la salida, la cambiadora y su hija repitieron sus ofertas, mas no lograron resultado favorable.

—Es raro este caballero,—dijo Manuela cuando aquél se alejaba,—pero es caritativo, y además ha hecho una visita de médico, con lo cual no molesta ni dá que decir.

VII.

A la mañana siguiente Josefa la mandadera preguntó á su amo.

—¿Dió el señorito el viaje?

—Y que me cansé bastante en la cuesta,—le contestó.—La chica es bonitilla, y todas me parecen gentes de bien.

—En eso son la mapa. Así lo afirma el vecindario.

—Me alegro; por lo mismo que hay tanto malo en el mundo.

—¿Y cuándo se va á repetir la visita?

—¡Yo! Pues no faltaba más sino que me ocupara en semejantes fruslerías. Si acaso en el mes que viene, para preguntarla si puede encañonar unos encajes de mi oratorio para el día del Corpus.

La mandadera guardó silencio, y don Lucas se entró en su despacho.

Pero no habían trascurrido cuarenta y ocho horas, cuando éste aparecía por el paredón de San José.

Llegó frente á la ventana de la Manuela y dió las buenas tardes, siguiendo la calle arriba.

Esta no quiso ó no tuvo tiempo de invitarle, y se contentó con hacer notar á su tía la ocurrencia.

VIII.

Al día siguiente hubo gran diálogo entre el amo y la criada.

—Mira, Josefa, ¿te ha contado la planchadora que la saludé ayer tarde?

—¿Esas tenemos? ¿Conque subió usted antes del mes que me indicara? Pues nada me ha dicho, y eso que, como habito cerca y la quiero mucho, no dejo de hacerla mi visita cuotidiana.

—Me alegro, no fuera á creerse que yo le hacía la ronda. Para mujeres estoy. Cada vez me hallo más contento de no querer á ninguna. Pero dime,—añadió, cambiando de tono;—¿la planchadorcilla tendrá su *requeleque* como todas? Algún novio artesanote, que luego la cuente con el palo las costillas.

—¿Qué está usted diciendo, don Lucas? Es notorio que no ha tenido ni tiene conversación con pobre ni con rico. Y no porque le falten pretendientes, que un señor boticario con el riñón bien cubierto quiso casarse con ella, y recibió unas solemnes calabazas.

—¡Sería un adefesio!

—No, señor, de la edad de usted, no tan acicalado y lustroso, pero con un talego muy bien repleto de oro.

—¿Pero tú qué edad crees que tengo, habladora? De seguir mis estudios se me cayó el pelo; mas estoy más ágil que un muchacho de veinte.

—¡Quién lo duda! Pero como usted me pregunta, tengo que responderle.

—Corriente. Dejemos eso. Hoy voy á echar un nuevo paseo. Me ha dicho el médico que el ejercicio me hará beneficio, y que así lograré mejor la digestión y conciliaré el sueño. ¿No sabes, Josefa, que llevo unas cuantas noches de estar en vela?

La mandadera se sonrió para sus adentros, contestándole.

—Nada, señorito, obedezca usted al señor médico. Su salud es la que á todos nos importa.

IX.

Don Lucas, con el bocado en la boca, pilló el camino, entrando en la casa de la planchadora.

Llevaba los bolsillos atestados de bizcochos y confites para las dos ancianas, amén de su rega-

lo en metálico; pero Manuela proseguía en sus planchas, y hasta se iba con una chicuela, su aprendiza, á repartir ropa, dejándolo solo.

Tan repetidas visitas hicieron su efecto en la lengua de hacha de la cambiadora.

En conciliábulo con la madre del santero, acordaron llamar á D. Lucas á su habitación y decirle que perjudicaban á la buena reputación de la planchadora sus entrevistas; y después ir con idéntico cuento á la muchacha.

Lo que movieran con sus idas y venidas y sus hipócritas arengas, se da á conocer en el siguiente diálogo.

X.

Una de las tardes en que como de costumbre entró D. Lucas casa de Manuela, ésta le dijo:

—Estamos muy agradecidas á sus bondades. Pero como es necesario no sólo ser buenas, sino parecerlo, sus visitas perjudican á mi reputación, y le suplicamos cese en ellas. En adelante, esa puerta tendrá la llave echada para usted.

D. Lucas se quedó viendo visiones. Afirmó, como era cierto, que en nada se había excedido, que ni sus pensamientos ni intenciones había comunicado á nadie.

Pero fueron inútiles sus protestas.

Por último añadió:

—¿Y para que se descorra esa llave, qué es necesario?

—Puesto que es usted un solterón recalcitran-

te y no ha de casarse nunca, le diré algo por no aparentar descortesía. Venir con el señor Cura pidiendo de rodillas mi mano.

D. Lucas salió huyendo como gato escaldado ante aquella proposición tan á boca de jarro, y entró en su morada murmurando lo mismo que por todo el camino:

—¡Qué disparate, qué disparate!

XI.

Andrés, á quien los celos iban poniendo como una oblea, al notar que el caballero á quien conceptuaba su rival faltaba en hacer sus asíduas visitas, quiso aprovecharse de la ocasión, y aguardando á la Manuela, le pidió permiso, como vecino, para celebrar con ella una entrevista.

Fué una escena merecedora de quedar consignada en los archivos de la época.

Entró en la habitación ataviado de día de fiesta, todo de negro, con una corbata que parecía un ceñidor, y lo primero que hizo fué ofrecerla una imagen de Santa Rita, en cuya fabricación había puesto sus cinco sentidos.

—Manuela,—la dijo;—cuando modelaba este barro, pensaba en sus milagros, y hasta me temblaba el pulso, figurándome si hiciera el que tantas veces le he pedido de que ante la Santa Madre Iglesia me concedieras tu amor y tu mano.

—¿Y es este el objeto de tu venida?—contestó Manuela con desabrimiento—Ya sabes, Andrés, que me parece no estoy predestinada á casarme.

Por lo tanto, de hoy en adelante te ruego te ocupes de la Dolorica ó de alguna otra, que no faltan; más no te acuerdes del santo de mi nombre. Me gusta estar en armonía con quien habita bajo mi techo; pero te pido que no me pongas en el caso de negarte la palabra de Dios.

Y devolviéndole la figura, le enseñó la puerta de la vivienda.

A Andrés se le saltaron las lágrimas, y las ancianas, testigos mudos del sucedido, exclamaron en coro:

—¡Si creerán se ha hecho la miel para la boca del asno!

XII.

La cambiadora que estaba en acecho y le chocó grandemente aquella visita inesperada, lo agarró de un brazo entrándolo en su cuarto.

Con grande maña le sonsacó lo ocurrido, y al escuchar las negativas que el santero recibiera, experimentó grande satisfacción.

—Era de esperar, hombre, te lo estoy diciendo. A Manuela no le gustan los artesanos, y tú tienes los ojos ciegos para no ver quien te estima y lo que te conviene.

Y señaló á Doloricas, que desde un rincón alargaba la mano para recoger la imagen de Santa Rita.

—No será de nadie, y la entregaré en la parroquia, para que otros fieles consigan lo que yo no he alcanzado,—contestó Andrés.—Mi voca-

ción está decidida, si antes la pena no acaba con mi existencia.

Corridas quedaron madre é hija, conviniendo vengarse, y oponer todos los obstáculos posibles á cualquiera relación amorosa que pudiese entablar la planchadora, y sobre todo espantar para siempre al mayorazgo.

XIII.

Tres días después se dirigía don Lucas á oir misa, bastante alicaído y descuidado en su traje, cuando en la puerta de la iglesia se le acercó una mujer de mal aspecto, diciéndole:

—Los buenos sentimientos que usted tiene para con los pobres, me hace cumplir con un deber de conciencia.

Le participo que no debe volver á casa de la planchadora, pues si ésta le recibe mal, es por que un pretendiente que la ronda la ha prohibido que usted la visite, celoso de sus merecimientos y nombradía. Parece que quiere contraer matrimonio en la semana próxima, para marchar en seguida á un pueblo cercano, donde aquél tiene buenas tierras y repletos graneros. Si quiere convencerse de la verdad que le cuento, suba mañana al sonar las ánimas, y verá por la reja al galán favorecido.

Y dicho esto, desapareció sin aguardar á más razones ni respuesta.

Si con un puñal le hubiesen atravesado el pe-

cho, no hubiera experimentado un dolor más terrible.

Apenas pudo dar paso, y apoyándose en el bastón, entró en el templo cayendo sobre un escaño, no sin extrañeza de la gente de la sacristía, á donde siempre llegaba minutos antes, obsequiando á todos con excelente picadura de la Habana, y regocijándolos con su franqueza y buen humor.

No era don Lucas ni por temperamento ni por educación hombre de armas tomar.

Pero el demonio de los celos es de los peores satélites de Lucifer, y este se apoderó por completo del mayorazgo.

Agarró un grueso bastón de estoque, y antes de sonar las ánimas ya estaba oculto detrás de la esquina desde donde se descubría la casa de Manuela.

Con mucho tiento fué asomándose, y se puso rojo de ira al contemplar un bulto de hombre pegado á la reja de la planchadora.

Era una verdad la denuncia hecha por la mujer desconocida.

De suerte que había sido rechazado porque la joven tenía otros amores; y á él, señorón de casa solariega, le pusieron de patitas en la calle por quienes no eran dignas de cambiar siquiera una frase con los de su riqueza y abolengo.

El orgullo de sus antepasados le cegó; y sin pararse á meditar las consecuencias, se acercó á la reja, descargando un tremendo bastonazo contra el afortunado pretendiente.

¡Caso admirable!

Sin responder siquiera á la contundente interpelación, el bulto cayó al suelo sin exhalar un ¡ay! siquiera. Antes por el contrario, como si fuera un cuerpo añadido, se deshizo, yendo á parar á los pies del mayorazgo, una cabeza formada con trapos y una máscara, pues el supuesto amador era una especie de Juan de las Viñas.

Don Lucas suspiró como si le hubieran quitado de encima del pecho una pesada losa, y descubriendo el engaño, se acercó á la ventana, que estaba herméticamente cerrada, y sin verse siquiera luz por los intersticios.

Manuela era inocente.

¿Pero después del desaire sufrido iba á insistir en su pretensión?

Satisfecho ya de no haber sido postergado á ningún otro amante, volvió á sus anteriores resoluciones, jurando para sus adentros que el lazo del matrimonio no tenía que anudarse á su garganta.

Pero el hombre propone y Dios dispone.

IV.

Pasaron dos semanas sin que el mayorazgo hablase con la mandadera ni paseara por las alturas.

Pero tanto ésta como sus sirvientes notaban que iban enflaqueciendo y desmejorándose.

Así es, que nadie se atrevía á interrogarle.

Mas Josefa, confiada en las consideraciones que le guardaba su amo, entró en la habitación

con una camisa, cuya pechera era el primor de los primores.

Verla y arrojar un profundo suspiro, fué obra de un momento.

—Josefa,—la dijo,—se cumplieron tus pronósticos. O me muero, ó viene á ocupar mi mansión y mi tálamo la autora de ese camisolín; que ha cautivado mi corazón. Subiremos juntos, y hágase la voluntad Suprema.

Y efectivamente, don Lucas llegó á la morada del párroco, le contó sus cuitas y entre él y la mandadera penetraron por la puerta de Manollilla, diciendo:

—Aquí estamos para que se descorra la llave. Es menester que seas la Mayorazga de Villanueva.

La joven, al mirar el estrago de la ausencia en don Lucas, y como su alma era virgen á toda impresión amorosa, sintió también la flecha de Cupido en su pecho, y contestó:

—Soy pobre, pero nadie puede tacharme en lo más mínimo. Si usted me favorece con su nombre, sabré corresponderle eternamente.

XV.

¡Y qué rabia sufrió la cambiadora! Hasta le pasaron piezas facciosas y pesetas columnarias de plomo.

Pero Manuela no se vengó de ella, aunque se opuso á que el azahar del patio sirviese para la ceremonia nupcial.

Don Lucas adquirió la casa como recuerdo de su dicha, y la dejó viviendo en ella, pero sin lograr que el santero cargase con su Doloricas.

Al contrario, bajo la protección del Mayorazgo se hizo cura de misa y olla, con lo que se acabó la factura de las figuras de barro.

No por gozar de mejor fortuna dejaron las ancianas de hacer sus labores. Sólo que todas ellas eran dedicadas al nuevo matrimonio, que llenó un baul en muy poco tiempo.

Este continuaba en sus excursiones los domingos á saludar á los vecinos, y don Lucas, que se había vuelto más dadivoso con su felicidad, era el ídolo de los pobres de la parroquia.

Pero el golpe de efecto fué cuando al año escaso subió á presentar á las buenas mujeres el varón que dió á luz Manuela, que había de sucederle en sus apellidos y caudales, y que según su padre le parecía hasta en la calva.

Por poco enloquece de felicidad.

En la primera cuesta se lo quitó á la nodriza, llevándolo en brazos, y apenas lo miraba cualquier transeunte, decía envanecido:

—¡Es mi hijo, Luquitas, servidor de Dios y de usted!

Unos le daban la enhorabuena, y otros se quedaban parados sin saber qué responderle; pero él seguía impertérrito sudando con la carga hasta que pisaba los umbrales de la antigua habitación de su esposa.

Las crónicas afirman que hubo mayor número de sucesores, y que los apuros del padrazo se mul-

tiplicaron al no poder llevar también á cuestas al tercero de los varoncillos. Hasta quiso colgárselo á la espalda como las pasiegas, de lo que con suma gracia lo disuadía la Manuela, expresándole que era fácil tropezara con el peso y se produjera una catástrofe.

La mayorazga siguió planchando los camisones de su marido y las sobrepellices y ropa de altar del señor Cura, á quien siempre le vivió agradecida.

Don Lucas riñó con sus antiguos cofrades, que le reconvenían de las peroratas que pronunciaba en pro del celibato, sosteniéndoles que el lazo nupcial era lo mejor del mundo, pero que había de esperarse á que se cumpliera el adagio de que,

Casamiento y mortaja
del cielo baja.

OBRA DE UN ÁNGEL.

I

—Ni ahora ni luego, ni nunca te dejaré que pises los umbrales de mi puerta.

Eres *Juan el perdío* y no tienes ni capa.

Pero el muchacho seguía cantando desde la calle:

«Soy pájaro zorzalero,
me meto entre los zarzales,
y no me meto en tu casa
porque no quiere tu madre.»

Doña Sebastiana redobló su coraje y dando un pellisco retorcido á Clarita que lloraba en un rincón de la chimenea, agarró un lebrillo de agua de fregar, dirigiéndose al balcón para bautizar al atrevido.

Pero éste esquivó la lluvia, diciéndole con burla.

—Voy á dar parte al señor corregidor para que la multe en dos ducados por infracción del bando de buen gobierno.

II

Esta escena ocurría en el primer tercio del siglo actual, y delante de una casa de buena apa-

riencia en la placeta del Almés, parroquia de Apóstol San Pedro.

La habitaban la ya dicha, madre de una jovencita de mediano aspecto físico, pero muy bondadosa y honesta. Clara quedó huérfana de padre quince años hacía; sosteniéndose decorosamente con la pensión que le enviaba un tío carnal suyo, hermano de doña Sebastiana, canónigo de la Santa Catedral de Toledo. Además cosían en blanco muy bien, y como ambas eran hacendosas y poco callejeras, tenían sus ahorros y muy decente mueblaje.

Pero como no hay felicidad completa, la niña conoció en un bautismo de una vecina á Juanillo, y desde entonces la antes tranquila morada se convirtió en Campo de Agramante.

No porque Juan fuera despreciable. Su figura era de las más distinguidas, su edad cinco lustros, y su gracejo y soltura proverbiales.

Se trataba con los principales de la ciudad, gracias á las manos que el Señor le concediera para tocar la guitarra.

No tenía padre ni madre, que fueron unos honrados menestrales, dejándolo casi niño, al cuidado de su ama de leche, que lo adoptó y cuidaba con esmero. Su único defecto era la ninguna afición al trabajo. Por más que lo solicitaban para que diera lecciones, era inútil. Alternaba en las diversiones de los ricos, que lo regalaban cumplidamente; asistía á las fiestas sin hacerse de rogar, pero despues tardaban bastante tiempo en echarle la vista encima.

Tenía casa y comida segura y para su traje bien modesto, pero aseado, le sobraba con los obsequios que recibiera.

La bondad de la Clara lo sedujo, más que la buena posición que para su clase tenía, y á descuido de la madre tirana y por mediación de la mandadera llegaron á entenderse, y el cariño, especialmente en la joven, fué de los inextinguibles.

Doña Sebastiana al enterarse se opuso con toda su autoridad materna. Enumeró los defectos de Juan, su flojera y conducta libertina, pero fué predicar en desierto.

Ella hubiera querido casarla con el hijo de un acomodado mercader de sedas, pero á la primera entrevista Clara declaró que primero que volverlo á ver se echaba en la tinaja.

Se consultó al tío canónigo, quien dispuso la encerraran en un convento, pero la madre no aceptó la propuesta; pues siendo única no quería quedarse en la soledad.

Redobló su vigilancia; pero una copla cantada por Juanillo que poseía una voz de ángel, disipaba sin obstáculo, todas las reflexiones y consejos de la anciana.

Y así estaban las cosas, cuando la escena del cantar y del conato de nuevo bautismo.

III

La madre tuvo al cabo que echar sus cuentas. Clara no cesaba en su llanto, y estaba á pique de

enfermar. Por más que la regañara, era su ojito derecho. Se encomendó á Santa Rita, abogada de los imposibles, le hizo una novena, pero le salió contraproducente. Los muchachos cada vez más firmes.

—Cásate con ese tronera, la dijo una tarde. En el pecado llevarás la penitencia. Que haga la petición en forma, y que jure no separarte nunca de mi lado para que pueda vigilarte.

Henchida de alegría Clara, besó á su madre, y dos meses despues se verificó la boda, más bien en silencio que con solemnidad.

Los amigos de Juan quisieron apadrinarle. pero él les manifestó que se había sometido á la voluntad de la suegra, y esta no quería muchos testigos de que había tenido que dar su brazo á torcer.

Las primeras semanas, todo fueron júbilos y satisfacciones.

Eso sí, el recien casado, no tuvo nunca un mal modo, ni una palabra inconveniente, pero al concluir la luna de miel, agarró de pronto la guitarra, recogióse á deshora; y á los regaños de la madre y á los suspiros de la hija no respondía una frase, mas tampoco se enmendaba. Y si no en infierno, al menos en purgatorio, volvió á convertirse la tranquila mansión.

El tío canónigo, desaprobó terminantemente el enlace, y aunque envió una decente suma para regalo de bodas y continuó dando con puntualidad la mesada, no volvieron á ver su letra.

Ellas se esmeraban en mandarle ropa blanca,

y dulces granadinos á que era muy aficionado, pero sin conseguir que cediera en su enojo.

IV

Lo primero que viene en los matrimonios es el fruto de bendición.

A los diez meses Clara dió á luz un robusto y hermoso varoncito, que recibió la abuela loca de alegría.

Juan no había vuelto desde que salió por la mañana, aunque eran las altas horas de la noche, y cuando regresó al apuntar el alba se encontró con la novedad.

Si impresión le causó la palidez de su esposa, y la vista del recién nacido, más le produjo lo que le dijo D.ª Sebastiana:

—¡Lástima de niño, que tenga semejante padre!

Juan respondió.

—Madre, (era la primera vez que así la llamaba) me ha atravesado V. el corazón como con un puñal afilado, con ese dicho. Pero mi castigo será verla á cada instante arrepentirse de ello.

La mandadera le había dispuesto un catre en una habitación contigua, pero Juan manifestó que no se acostaba. Abrazó á su esposa, besó al niño, y no se separó de la alcoba. Antes bien, insistió cariñosamente en que la abuela se retirase á descansar.

Como era en todo tan listo, no hubo mejor enfermero.

Estuvo tres días sin pisar la calle.

Las mujeres y vecinos se hacían cruces de su transformación.

Puesto que el niño estaba tan saludable, rogó que no se hablase de bautismo hasta que él lo dispusiese.

Al concluir la semana, dijo que tenía que salir, pero prometiendo regresar en breve.

Así lo verificó, y acercándose á su esposa que estaba levantada, la puso en la mano un puñado de monedas de plata, añadiendo:

—Me he comprometido á dar cuatro lecciones de guitarra á otros tantos señoritos que me la solicitaron antes en balde. Me han pagado muy bien y adelantado; y desde hoy, aunque madre siga siendo el ama de la casa, yo abonaré todos los gastos que en ella se causen, y me perdonareis si antes no he sabido cumplir con mis deberes.

A doña Sebastiana se le saltaron las lágrimas, y Clara se colgó á su cuello.

Juan quiso que el bautismo fuera de toda ceremonia, por madrina la abuela, y el señor cura, en nombre del canónigo, por compadre.

Su ama de leche lo llevaría á la pila, y de testigos tres caballeros, uno de ellos titulado, que se prestaron con el mayor gusto, haciendo á la madre valiosos regalos.

Fuera de leer la carta que escribió al canónigo en que rebosaba su claro ingenio.

El resultado fué enviar una fuerte suma, dar las gracias por haberle puesto el nombre de Fer-

nando, aceptar el padrinazgo, y decir que todos los gastos del recien nacido, incluso su futura educación, corrían de su cuenta.

Aquello parecía un milagro. Se volvió á reanudar la correspondencia, y hasta en una carta indicaba que á quién le parecía la criatura.

Fué menester contestarle que á don Fernando. Y en efecto, por lo pronto tenía un hoyo en la barba como aquel.

Juan era otro hombre. Cuando terminaba de dar sus lecciones, más numerosas cada vez, ya no salía á la calle. Los días festivos á misa con madre é hija, y despues á tener en brazos al chiquitín.

A ratos solía escaparse con él á la placeta de la Victoria, donde sus conocidos celebraban al chico, que hablando en justicia era hermosísimo.

—Vaya una guitarra que te has echado, Juanillo; á lo que respondía.

—Sí, señores; pero las cuerdas de ésta no se escuchan con los oídos, sino con el alma.

V

Una mañana entró en la casa un cosario, con tres mulas cargadas de jamones, aves, y muchos otros presentes.

Le acompañaba una misiva de D. Fernando, noticiándoles que, habiendo fallecido la antigua ama de llaves que lo cuidaba, iba á instalarse aquí con su familia y ahijado, en virtud de permuta con otro canónigo de esta Catedral.

El júbilo en todos fué inmenso. Nunca habían podido lograr que viniera ni por una corta temporada, y ahora era para siempre.

Al otro viaje, nueva epístola, para que se mudasen enseguida á una espaciosa y cómoda vivienda que había adquirido en la calle del Angel, y cuyos títulos de compra les acompañaba.

Cada día resultaba una bendición sobre aquellas gentes.

Fernandito vestido de corto, daba tales saltos y gritos cuando veía al padre, hasta que este lo tomaba en brazos, que las mujeres fruncían el gesto, envidiosas de tan notoria preferencia.

Y que en razón se la merecía.

Era el hombre más de bien de todo el barrio.

Aseguraban que el muchacho lo había hechizado.

VI

Llegó una tarde el Canónigo: un señor, aunque de edad madura, muy saludable de cuerpo, y con grande bondad retratada en el rostro.

Al cruzar sus miradas con las de Juan, simpatizó con éste como ocurría á cuantos le trataban.

Al mirar á todos contentos y felices, los estrechó cariñosamente, diciendo tan sólo:

—Habeis hecho muy bien en casaros, y yo en venirme á vivir con vosotros

El chicuelo colmó el vaso. Como si lo hubiera visto siempre, le echó una sonrisa y se dejó tomar sin protesta.

Era de ver á tan respetable sacerdote con un muñequillo sobre la sotana.

A los pocos meses de instalarse, parecía que siempre habían estado juntos.

Don Fernando rogó al sobrino que dejase las lecciones para cuidar de un extenso cortijo que asimismo había comprado, pues le acompañó en su regreso un bolsón de onzas de oro de toda ley, que reducido á plata hubieran podido llenarse muchas talegas con su importe.

Es más, quiso conocer la habilidad de Juan en la guitarra, y á poco de escucharlo lo declaró como á uno de los más famosos tocadores.

¿Y qué dirían los que pudieran presenciar lo que pasaba en una de las habitaciones más interiores del magnífico caserón?

Don Fernando que tenía su prurito en cantar una misa como el mejor sochantre, á los sones del melodioso instrumento de Juanillo, se arrancaba con sus coplas de fandango y de boleras, y sorbiendo unas copitas de Málaga añejo, pasaba la siesta como un bienaventurado. A las mujeres les estaba prohibida la entrada en el aposento, pero no al chiquillo que con sus tiernas manecitas parecía aplaudir los cantos de su padrino.

Cuando algunos curiosos que nunca faltan querían profundizar el motivo de aquel cambio en la conducta de todos, decía Juan muy satisfecho señalando al rapaz.

—Esta es su obra.

La Virgen de las Angustias.

I

¡Qué alegres sonidos lanzan á los aires las campanas de la Iglesia de nuestra Patrona!

De gozo se ensancha el corazón al escucharlos.

Tocad á rebato, echadlas á vuelo, traviesos monaguillos de la Parroquia.

Que sepa todo el mundo que esta tarde recorrerá las calles, la excelsa Virgen, el amparo, el consuelo y la gloria de Granada.

Á vitorearla, sin distinción de clases ni edades, á rendirla el culto que merece la Reina de los cielos y de la tierra.

II

Los cohetes voladores hacen encabritarse á los caballos del piquete, y sirven de primera señal.

La tarde es tranquila: hasta los elementos quieren tomar parte en la solemne fiesta.

La multitud se agrupa en la *Carrera* y especialmente frente á la puerta principal.

De pronto se abre ésta; desfilan los fieles y las Corporaciones y ante los acordes de la marcha real, aparece en el átrio la divina imágen; y entonces un grito unánime se escapa de todos los

labios, un viva ensordecedor que expresando los sentimientos piadosos de este noble pueblo atraviesa las nubes, y llega á depositarse á los pies del Supremo Hacedor.

III

En la Puerta Real, redoblan las aclamaciones; todas las fachadas de los edificios públicos y particulares, ostentan vistosas colgaduras, y docenas de palmas reales cruzan el espacio.

Y llegan al Mercado, y allí las vendedores, de quienes fué siempre el paño de lágrimas, mezclan las suyas con las frases más amorosas y la acompañan hasta la entrada de la Metropolitana, donde la espera el ilustre cabildo á tributarla el debido homenaje.

IV

¡Y qué escenas tan conmovedoras se reproducen que inundan de júbilo el alma!

Una joven agraciada levanta en sus brazos á un hermoso niño, y acercándolo á la Virgen, exclama:

—Haced, gran Señora, que vuelva mi esposo sano y salvo de la guerra, siquiera porque este inocente no quede sin padre.

Más lejos, una enamorada pareja, hincada de rodillas se dice:

—Ante su altar nos uniremos mañana, para

siempre, que sea la estrella bienhechora que nos guíe á seguro puerto.

En la esquina opuesta un artesano grita, lo que en labios más cultos fuera una blasfemia, y en los suyos el colmo de la expresión de su pensamiento:

—«Viva la Virgen y muera tóo Dios.»

¡Bendita seas Religión Católica!

V

Alegre Plaza Nueva, todos los años solicitas y obtienes el privilegio de que la procesión dé la vuelta á tu ámbito.

El vecindario prepara vistosos fuegos artificiales; y la Virgen se detiene, y parece que los bendice, y como que goza en aspirar el áura que baja por la cuesta de Gomerez, impregnada de los perfumes de los adarves moriscos, ya cristianos desde que la Cruz del Redentor, al enarbolarse en la Torre de la Vela, terminó para siempre la epopeya de nuestra inmortal reconquista.

VI

Las hermosas calles de los Reyes Católicos y de Mendez Nuñez parecen soles resplandecientes. Miles de luces de Bengala las alumbran, y las Redacciones de los periódicos que en aquellas situan, dan gallarda muestra de sus sentimientos piadosos.

VII

Y el delirio acrece al comienzo del *Emboveda-do*. La Cámara de Comercio y el Casino Principal hacen disparar tan crecido número de palmas reales que semejan una batalla, que por fortuna es sin sangre y sin lágrimas.

Un foco de luz eléctrica dirigido á Nuestra Señora, hace resaltar las bellezas de su divino rostro, y prorrumpir en ecos de inefable ternura á aquella multitud que se agita en incesantes oleadas, y que no se cansa de adorarla.

VIII

Á la entrada del Arrecife, la saluda como hijo cariñoso, el Liceo Artístico y Literario. No puede olvidar esta renombrada corporación, que todos sus poetas, desde Enriqueta Lozano, Salvador de Salvador y tantos otros, cantaron las glorias de la excelsa Patrona con todo el fervor de sus liras cristianas.

IX

Ya penetra la Virgen en su casa. ¿Quién contiene al vecindario? Hombres y mujeres, ancianos y niños caen de hinojos pidiéndola una vez más consuelo en sus pesares, realidad para sus esperanzas.

El cielo cubierto de estrellas, denota que prin-

cipia su curso una de esas deliciosas noches de Septiembre.

El viento murmurando en los frondosos árboles de los paseos contiguos, repite los últimos vítores del pueblo, católico entre los primeros, y yo, con los ojos humedecidos por el entusiasmo que aquellos cuadros me inspiran, me despido cantando,

La Virgen de las Angustias,
la que vive en la Carrera,
esa Madrecita sabe,
si yo la quiero de veras.

Anda, que te caes de blanda.

I

«Por San Antonio, maduran las brevas», pero se entiende que son las de la Costa.

No obstante, los vendedores pregonan «brevicas de Graná, y qué mauras», y les pasa lo del cuento del compadre; que ni son de aquí, y están medio verdes.

La novedad y la golosina hacen que tengan compradores, por más que sus consecuencias sean desagradables, y figuren en la estadística de los casos de colerina.

«Sobre las brevas agua no bebas», este es un refrán, que no olvidan los borrachos, que con toda solemnidad compran media libra para beberse un azumbre del tinto, mirando por su salud, que es el sostén de la familia, como afirman á manera de evangelistas, aunque después no entreguen ni un céntimo del producto de sus jornales.

Esto de las brevas, no es mucho para escrito, porque los maliciosos lo interpretan todo torcidamente.

Así como otras frutas se prestan á comparaciones poéticas, la de que nos ocupamos, no es de seguro de las que presentan en los festines del

Olimpo, por más que la higuera fuese consagrada á Baco y á Mercurio, dos divinidades de lo peorcito de la casa.

Para significar una cosa antigua, la breva; y cuando alguna beldad cincuentona se enternece demasiado, hasta el punto de causar empacho, se pone como una de las más aplastadas y chorreosas.

Su sabor es muy agradable, pero necesita de estudio para comerla.

Los dedos se tiñen al menor descuido, y después las servilletas hacen la desesperación de los camareros que encuentran fotografiadas las falanges, y algo más, de los comensales, en el lienzo, de tal manera, que cuesta grande trabajo devolverle su blancura.

Los más pulcros, la dividen en cuatro cascos, separando la carne con la punta del cuchillo; pero suele ocurrir que el pezón en que se afirman para la operación, se balancea y se rompe, y entonces no hay otro remedio que echar las cinco uñas; ó que el sirviente se lleve el plato, sin haber satisfecho el apetito.

Los pezones de las brevas, salva sea la comparación, tienen símiles diferentes, unos llamativos y otros molestos.

Si hay globos trasparentes y duros como el cristal, manzanas de color nacarado, limoncillos de un pajizo suave, primera manifestación de árbol que se estrena, y que su hermosura hace que todos digan, «quien pillara esa breva», algunos encantos femeninos pasados ya en autori-

dad de cosa juzgada, se motejan con palabras de que yo no procuro acordarme, aunque también salen á relucir las cualidades de la fruta.

II

Los hortelanos que son siempre muy precavidos, reducen los regalos que hacen, desde el día del milagroso Santo de Padua, hasta el del amo de las llaves del cielo, á grandes fuentes de vedriado de las ollerías, con las brevas de menos aguante, cubiertas con grandes hojas de la clase de las que afirman sirvieron á Eva de delantal en el paraiso.

Y son tan pródigos en sus donativos con sus dueños ó personas de su conocimiento, porque saben que en cuanto el sol de julio las calienta, en pocos días están de cogerse; y que entre los pájaros, grandes peritos en coger las «rayadas», y las ratas que desde las acequias inmediatas suben por los troncos, para hacer su cuotidiano desayuno, no dejarían ni una para muestra del frondosísimo árbol que para reproducirse necesita que lo tale un loco.

En la política tiene aquella también un epíteto significativo.

Cuando algún recomendado «de barbas menores», alcanza un destino en los que se cobra y no se trabaja, dicen que le ha caido una breva, aludiendo a lo fácil de saborear esta clase de manjares.

Esta comodidad de usarlas, se aplica á los *cucos,* que sin esfuerzo quieren realizar sus deseos. y que no admiten negocios que no se caigan como ellas, «por su propio peso.»

Como señal de flojera, se cita el caso de aquel sacristán que se tendía bajo de la higuera breval del huerto de la iglesia, y que no podía dar los repiques de ordenanza, hasta que le cayeran en la boca, que conservaba abierta, las que de blandas son una pura almíbar.

Pero le ocurrió acometerle el sueño, y al despertar tenía el rostro lleno de semillas y pellejos, que los pájaros se habían encargado de esparcir.

«Brevas de Graná y qué frías», vocean los berceros, que conociendo lo ardoroso de la mercancía, quieren darle á su género la condición de sorbete, para avivar el apetito de los consumidores.

Y entiéndase que no todas las higueras son brevales. ¡Que si fueran! Entre madres é hijos ¡qué ruina de estómagos. y qué apetitos tan desordenados engendrarían!

Bien hizo Venus en salir de la espuma de las olas, en traje más ó menos honesto, porque entre cubrirse con una hoja capaz de infundir calentura de cuarenta grados, á mostrarse después de un baño en las playas del mar de Chipre. esparciendo olores de sales marinas del Mediterráneo, combinados con los de las rosas y jacintos que traían las Gracias y los Céfiros para coronarla, hay tanta distancia como del cielo á la

tierra, ó de la más vulgar prosa al más espiritual de los poemas.

Y concluyamos con el cantar:

«Debajo de tu ventana
quiero plantar una higuera,
para que puedan coger
tus manecitas las brevas».

Ahora lo que no se sabe es, si el galán que las sembrara, tendría que decir en su tiempo y sazón, yá á la breva ó á la novia, ó ambas á la vez, lo que pronuncia á menudo el pueblo:

«Anda, que te caes de blanda».

LAS CÉDULAS

I

D.ª Tomasa Montesinos, á quien el barrio denominaba con el apodo de la «Señora Quirotecas», era una persona muy afecta á las costumbres antiguas.

Como tenía seis hijas casaderas que colocar, con doble motivo daba en su modesta casa reuniones nocturnas, ó lo que se decía en aquellos tiempos, una tertulia de confianza.

El esposo, don Roque Canalejos era administrador de loterías, y cada vez que en su oficina se acertaba alguna cinquina ó un tresillo, el hombre suspiraba pensando á quien endosaría la jugada de aquellos vástagos cuyos nombres no salían nunca en la lista de los números premiados.

Muchos años han trascurrido desde que tuvieron lugar aquellas escenas, y no las olvidan los que las oyeron referir á sus mayores.

Doña Tomasa dispuso celebrar á San Silvestre con la tradicional velada para echar las cédulas.

Constituyó á la concurrencia en el comedor que era una sala anchurosa con una enorme chimenea de las llamadas de campana, y á cuyo alrededor bien cambian una docena de personas.

Invitadas especialmente las de mayor confian-

za, para tomar parte en la solemnidad, fueron entrando dadas las oraciones, y ocupando los sitios designados.

Dos enormes sillones de baqueta, como los de barbería de aquella época, estaban en ambos lados del fogón donde ardía una buena lumbre y el resto del enorme tronco de encina, que entonces se llamaba el noche-bueno.

El de la derecha fué para la tía Isabelica, que nunca permitió que la llamasen doña, y que era una viuda acomodada con una huerta propia en lo mejor de los callejones de Gracia. Tenía además un solo vástago, de nombre Perico, más conocido por Pericote, poco avisado, pero trabajador y hombre de bien. Le gustaba Manuela, la mayor de las niñas, y por este doble motivo lo recibían en palmas.

El de la izquierda era el trono de la «Quirotecas». A su lado formaba la compañía femenil, pues entonces no se acostumbraban estas mezclas de ambos sexos que hoy se forman en las reuniones.

En la punta, por un favor especial, Perico terminaba la fila al lado de su adorada.

Enfrente, y á regular distancia se acomodaban los del sexo masculino, «Petaquilla» un pasante de escribano, más listo y decidor de lo que era menester, se puso junto de la viuda, después don Lesmes, un jubilado de Hacienda, gordo y alegrote, cuya esposa doña Pepita le echaba unas miradas furibundas cada vez que se permitía pronunciar algún chiste de color subido, y que lle-

naba de indignación á don Rogelio, otro contertulio, que por su cargo de cantor de la parroquia, la echaba de beato, y á fuerza de pisotones quería contener la facundia del hacendista.

Últimamente José y Pepe, dos primos hermanos, oriundos de Castilla la Vieja, y que eran dependientes ó «fatores», como les denominaban, de una tienda de comercio del Zacatín, cerraban el cuadro teniendo en medio á Calixto, más barbero que sangrador, pero hábil en puntear una malagueña en su guitarra.

Don Roque, como él afirmaba era ambulante. Tenía que cuidar de la puerta, y hacer los honores á los que llegaban.

—Frasquito, dijo á Petaquilla, traerá usted el papel que le encargué, y muchas ganas para escribir nombres y regalos.

—Media resma, Sr. D. Roque, y ya tengo concertadas las plumas de esos almacenistas, que no siempre han de esgrimir las varas de medida ni usar de los delantales de palo.

Los aludidos hicieron señales de asentimiento, mirando á la vez á la tercera y quinta mozuelas por cuyos encantos suspiraban aquellos futuros Cresos.

—Pero antes, saltó doña Tomasa, entretendremos la noche, que es bien larga, haciendo unas rosetas con sus correspondientes tostones.

—Y yo añadiré una cantimplora de aguardiente á quien sobra el anís, exclamó D. Tomás, á quien no le disgustaba la bebida blanca.

—Con mil amores, contestó don Lesmes, pero

á mi esposa dárselo aguado, que sinó ya se acabó el dormir en toda la noche.

—Desvergonzado, le replicó la cónyuge, tirándole el abanico, eso quisieras, cuando no haces más que roncar, como un cerdo de la feria.

—Paz entre los príncipes y reyes cristianos, repuso el amo de la casa, entregando la sartén á su costilla.

La tía Isabelica, que era maestra en el oficio de desgranar, reunió en un momento en su falda más de un celemín de las panochas que llevaba á prevención, y Pericote gran atizador de lumbre, cubrió con un enorme azafate el guisado.

A cada crujido del maíz, las niñas hacían como que se asustaban tapándose la cara, y los mozuelos acudían á favorecerlas, lo que no agradaba mucho al anfitrión que ponía orden á pellizcos y atestones.

Doña Tomasa, deseando dar término á los cohetes, se atrevió á levantar la tapadera, saltándole una gota de aceite á un carrillo, que se le puso encarnado como un tomate. Calixto quiso echarla de médico, pero la dueña de la casa, se opuso, y con un trozo de patata cruda, se adornó la parte dolorida.

Pocos minutos tardaron en comerse las rosetas celebrando su factura y su punto de sal, así como la fuerza y aroma del anisado alpujarreño, y sin más incidente que la alegría producida por el alcohol, pidió la concurrencia que se pasara al verdadero objeto de la reunión.

II.

Púsose de pie Petaquilla. Trajeron una tabla donde llevaban al horno á coser el pan amasado, y tapada con un cobertor, la colocaron á lo largo haciendo de mesa, poniendo encima el tintero, y tres pucheros vedriados, para contener los nombres de ellas, de ellos y los regalos.

El curial guiñó á los comerciantes, arrimóse el rapista y se dió principio á la tarea.

—Que no hagan ustedes trampas, ordenó doña Tomasa, á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga, y sepan que á pesar de mi contratiempo, no quitaré ojo de sus manos.

—Quiere usted callar señora, le contestó el escribiente. A buen oficio pertenezco, para que sea capaz de chanchullos ni componendas.

—Ahora de lo que se necesita es de silencio: repuso don Roque.

—Que no se les olvide echar el nombre de la burra de Balaam, añadió don Lesmes, mirando al sochantre.

—Usted descuide, dijo el rapista, ahora acabo de escribir el del bruto de Babilonia.

La operación duró poco rato. Tales eran las plumas que la confeccionaron.

—Otra rueda de anís antes de empezar los pregones, propuso don Roque que iba pintándose.

—Se acepta, exclamó el coro.

Llenáronse los pucheros y Petaquilla se asig-

nó el de los regalos. José el de los nombres femeninos, y Calixto el de los masculinos.

Don Roque dijo:—Dése principio y yo como lotero sacaré una, y ustedes continuarán después.

Así lo hizo.

—Doña Rita Verdolaga.

—¡La tendera de la esquina! ¿Con quién? ¿Con quién?

—Don Jacinto Mala-paga—leyó el rapabarbas.

—¿Y el regalo?

—Petaquilla, dijo:

—Pues le regala muy fino.
las orejas de un pollino.

Grandes risoteadas en el auditorio.

Fueron saliendo nombres insignificantes, ó al menos de poco interés para la tertulia.

Tosió el escribiente y José cantó.

—Manuela Canalejas.

—La mayor de las niñas de la casa, veamos su pareja, murmuró Don Lesmes.

—Perico Seso-vano; habló Calixto. ¡Qué coincidencia! No dirán ustedes que ha habido farulla. Es que la soga vá siempre tras del caldero. ¿Y qué le regala?

—Pues para salir de apuros
una docena de duros.

—Y doscientas más, dijo Perico poniéndose de pie, y echando en la falda de su futura todo el dinero que llevaba en el bolsillo.

Manolita se puso como una grana.

—Hija, salió doña Tomasa, devuelve el obse-

quio á Periquito. De todos modos se agradece.

—De ninguna manera, replicó la tía Isabelica. mi hijo lo ha hecho de buena voluntad, y tengo yo una media de lana llena de esas medallas para reponer la falta.

Grandes aplausos acogieron estos rumbos de la hortelana.

—Siga la ópera, dispuso don Roque que se acababa de echar otra copita.

—Don Lesmes de Monteagudo.

—Doña Tomasa Montesinos.

—¡Jesús! yo con un hombre casado! dijo la aludida.

—Regala en prueba de amor
un enorme soplador.

—Vaya y guárdese el obsequio. en esto ha habido trampa.

—Oiga usted señor Frasquito ó señor Petaquilla, ó como se llame, yo don Tomás, su esposo, no permito que se regalen á mi prójima instrumentos de aire ni cosas por ese estilo. Prosiga el cuento, que después se verá despacio la exactitud de los letreros.

Tocó al nombre de la viuda.

Su año fué Petaquilla.

El regalo,

—Regala al dulce embeleso
el más cariñoso beso.

—Que se lo dé, que se lo dé. clamaron los comerciantes y el barbero.

—A mi madre no la besa nadie en el mundo.

más que yo, exclamó Pericote poniéndose de pie; y sinó que trate de hacerlo y se queda sin narices.

—¡Pero si es la fuerza del consonante!

—Pues vaya con las retóricas á su portal, ó há de ver lo que pesan mis puños.

Se iba echando á perder la fiesta, porque las ruedas de aguardiente menudeaban, y en vez de calma producían borrasca.

Pepe el menor de los del comercio, como no había tocado parte activa en la representación, aprovechando un descuido se acercó al número quinto, que era su adorada y quiso decirla un secreto al contento.

Preo en mala hora lo descubrió el padre que estaba más que templado, y le arrimó un cogotazo con tal mal acierto, que chocó con la chica, haciéndose ambos unos chichones colosales. Los chillidos aturdían al concurso; la tía Isabelica al acercarse á socorrerlos derribó la tabla, se rompieron los pucheros, y las cédulas restantes alfombraron el pavimento.

Petaquilla, contrariado en sus propósitos, ideó otra diablura. Echó el gato en la lumbre, que al salir de ella dando terribles maullidos, se entró por las faldas de doña Tomasa, la que prorrumpió en gritos desgarradores, desmayándose á seguida.

—Aquí está el diablo mayor del infierno, clamaba don Rogelio con su voz de bajo profundo. Estas son las consecuencias de estas diversiones paganas.

Don Tomás apareció con el retaco. Petaquilla temeroso de ser descubierto, derribó los velones, y como un rayo bajó la escalera. La llave de la puerta de en medio estaba puesta, echó dos vueltas, dejándolos á todos encerrados.

La confusión, el vocerío que allí se moviera, fué indescriptible. Hubo que arrancar la cerradurra, y tardóse más de media hora en que recobrara la calma aquel campo de agramante.

No á todos sirvió de disgusto el lance. Los dueños de la casa no permitieron que la tía Isabelica ni su hijo, se fueran á la huerta, y sin duda Perico y la Manuela tuvieron ocasión de hallarse más á solas, pues el caso es que le pareció tan agradable la diversión al mozuelo, que quiso quedarse todas las noches, por lo que fué menester casarlo.

¿Escarmentó la señora Quirotecas?

¡Qué humanidad tan olvidadiza!

A los cuatro días siguientes, ya preguntaba á su marido, que si no opinaba por convidar á los amigos á echar *estrechos* en la noche de los reyes.

Como el Rosario de la Aurora

—¿Por qué me cantas esta copla, Pepetillo? ¿No ves que es subversiva, y que está el alcalde de barrio don Nicomedes, deseando de echarte el guante?

—¿Y qué he dicho, Nicolasa? La pura verdad.

«Pasa el rey con su corona
y no me quito el sombrero,
pasa una moza bonita,
y lo tiro contra el suelo.»

Pues como este viejo me pretende, y mi madre le ayuda, porque tiene una tienda de comestibles, la mejor del barrio, y cuando ella pide un cuarterón de tocino le da media libra; dice que he de casarme con él, por encima de todos los mozalvetes, y de los cariños sin fundamento, porque aquello, «de contigo pan y cebolla,» era en tiempos no más de sus abuelos, y ella tiene ya cumplidos los tres duros, conque figúrate.

—Pues mientras tú, Colasilla, me correspondas, ni ese fantasma con todas sus pringues y semillas, ha de salirse con la suya, que yo aunque pobre, soy ya oficial de carpintero, y gano mis diez reales diarios, y lo mismo trabajo en fino que en basto, y no voy á la taberna, ni fumo, y tengo una moneda de á cuatro duros del rey Carlos III que me regaló la madre Sor Teresa,

cuando le arreglé la urna de su Antoñico, y con ella te he de comprar un pañuelo de seda, de los que traen del campo de Gibraltar, que te cubra el corpiño con unas rosas que les dé vergüenza de tus mejillas.

Y por si no le ha gustado aquella, allá va otra.

«Cuando paso por tu puerta
compro pan y voy comiendo,
porque no diga tu madre,
que con verte me alimento.»

Esta escena pasaba en un portalón de la calle de Bocanegra, á principios de este siglo. Celebraban la fiesta de la Ascensión del Señor, que era uno de los cuadros que en lo antiguo se veneraban en toda casa de vecinos, no faltando guitarras y panderos, y una flauta en que entonaba las malagueñas el sacristán «Almejilla» (de apodo), á quien ni los sermones del señor Cura, ni las reprimendas de los mayordomos de Ánimas, podían encaminar á que se ordenara de menores. Y eso que ayudaba una misa, pronunciando el latín, que ni los ángeles.

—No te arrimes, Pepetillo, le decía la novia. Mira que mi madre me ha dejado venir bajo la promesa de que tú no asistirías, y así que le diga don Nicomedes que te has entrado, á tía Dolores y á mí, nos va á poner las orejas coloradas.

—Pues que tenga paciencia, que ha llegado una orden de Lucifer para que todas las suegras se vayan á los infiernos, que hay revolución en-

tre los condenados, y hacen falta perros de presa.

¡Y qué portal aquel!

Sobre la puerta de entrada al patio interior, se veía un nicho con la estampa de la Virgen, adornado con claveles de todos colores, y dos velas encendidas en los costados, además de un gran farol, que sujeto á un cordelillo en su garrucha, para subirlo y bajarlo, se surtía de aceite por los devotos del barrio.

De las paredes colgaban guirnaldas de flores, y el piso barrido y aljofifado, relucía como si hubiesen untado barniz en los ladrillos. Sillones y bancos en derredor, completaban el adorno, y en medio el espacio libre para los bailadores.

¡Qué parejas y qué muchachas! Cada cantar formaba un poema.

Apareció una rubia, cimbrando el talle, como una palmera del desierto, y el tunela del sacristán, le cantó:

«Navegando por los mares,
se me quebraron los remos
y á la orilla me sacaron
unos rubitos cabellos.»

—Que á mi no me gustan los hombres con enaguas, le respondió la aludida.

—Pues sentaré plaza, y vendré á verte, con mi gorrilla de cuartel. Y tiraré tiros, y haré el ejercicio en once voces. Y seré cabo segundo porque entiendo de letra.

—Tonto, le dijo al oído la joven. Si antes y después te quiero y te requiero, y si nos casamos,

raparemos juntos la cera y hasta el caldo de las lámparas.

El sacristán se entusiasmó tanto, que hizo un zapateado en el aire, que arrancó unánimes aplausos.

¡Y cuando salió la Dolorcillas con Periquito el tejedor, que tenían proyectada la boda para el Corpus!

Los tocadores apretaron en el rasgueado, porque el señor Manuel, padre del Perico, era dueño de cincuenta telares, y había llevado una bota de vino, de á arroba, afirmando que era muy devoto de la festividad, porque

«Tres jueves hay en el año
que relucen como el sol.
Jueves Santo. Corpus Christi,
y el día de la Ascensión.»

Y el novio la entonaba,

«Eres el mejor capullo
de los cármenes del Dauro.
cortado con el rocío
por la mañana temprano.»

En esto se presentó don Nicomedes con su bastón de borlas. y su capa de paño de Castilla, aunque la estación no lo requería. Le acompañaba el alguacil del Juzgado de Abastos. muy su amigo, pero sin á qué, ni para qué, en aquella reunión en la cual de todo había menos pesos ni medidas. Lo colocaron en el sillón presidencial y le brindaron con un trago, que no despejó su mal humor al contemplar á Colasa y al mozuelo.

Un adulador le suplicó que cantara y con voz agria y temblorosa lo hizo.

«A mí me llaman si queda,
y yo digo que primero,
plato de segunda mesa,
que lo sirvan á mi abuelo.»

Empezaban á notarse en la atmósfera aires de tempestad.

Como los mirones habían columbrado que el alguacil traía en una cesta buen surtido de salchicha y queso de la Mancha, con seis botellas de aguardiente alpujarreño, le hicieron coro, y se rompían las palmas de las manos celebrando sus ocurrencias.

Don Nicomedes tomó alpiste, y enderezó con otra:

«Eres bonita en extremo,
pero tienes una falta,
que en el campo hay varias flores,
y tú también eres «varia.»

No pudo sufrir las alusiones la Nicolasa, y dispuesta á todo le contestó:

«No me pegue tanto, madre,
que yo mi gustillo haré,
con la cuchara que escoja,
con aquella he de comer.»

Los partidarios de Pepetillo se volvían locos celebrando la ocurrencia.

Aquel quiso remachar el clavo:

«La niña que tiene novio
y se acuesta con su madre,
el cuerpo tiene en la cama,
y el corazón en la calle.»

Pero no contó con la huéspeda.

La tía Salvadora penetró como un energúmeno, y agarrando á su hija por un brazo, la dijo:

—Bien sabía yo que Dolores y tú no sois de fiar. A casa, que te voy á tener encerrada haciendo calceta hasta que se te rompan los pulgares.

Los demás concurrentes se amostazaron; pero la presencia de don Nicomedes los contenía.

Este, que prefirió su autoridad á sus amores, calmó á la suegra feroz, y se repartieron los obsequios.

Pepetillo se puso en el opuesto rincón de donde estaba Nicolasa. aunque guiñándola cada vez que la ocasión se presentaba.

Pero el vino y el aguardiente, no tienen entrañas, y don Nicomedes que lo sorbía como si fuera agua con azúcar, se puso más que alegre. y se le ocurrió cantar mirando á la chica.

«El pañuelo que me distes
con puntillas de alamares,
yo pensé que eran firmezas
y salieron falsedades.»

No pudo callarse la muchacha.

—Oiga usted. señor Mono Rancio. que se acor-

dará de cuando hicieron las Torres Bermejas; ni yo le he dado nunca pañuelos, ni esas narices de pico de loro se merecen que mis manos se ocupen en hacerle despabiladeras.

Los jóvenes de ambos sexos soltaron la carcajada; pero la madre, como una tigre furiosa, la cogió del moño, llevándosela á la calle con promesa de acogotamiento, del que la puso á salvo su tía Dolores, metiéndola en la habitación de enfrente y cerrando la puerta.

Quiso volverse al portal á seguir la quimera con Pepetillo; mas en tan mala hora, que saliendo la gente á empujones huyendo de la chamusquina que se había movido dentro, la tiraron al arroyo y la pisotearon, haciéndole jirones la vestimenta.

¡Podían oirse sus exclamaciones y amenazas!

Don Nicomedes y el alguacil, á quienes los vapores del vino sacaron de sus casillas, trataron de echarla de autoridad prendiendo al mozueto; pero éste y sus amigos, los hartaron de pescozones, quebraron la insignia haciendo seis bastones de uno, llegando los gritos de las mujeres hasta la guardia de prevención de la Cárcel Audiencia.

Se formó el correspondiente sumario, pero como no hubo sangre, ni lisiados, y los curiales no iban á escribir de balde, cargaron en costas á don Nicomedes, el cual hubo que vender para abonarlas una partida de jamones añejos, por cuya pérdida lanzaba unos suspiros que eran la diversión del vecindario.

Y cada vez que los guitarristas pasaban por

delante del mostrador, con mucha sorna le cantaban en coro:

«Toma una peseta y guisa,
pero solo bacalao,
que las magras de otras veces
se las comieron los gatos.»

Nicomedes les tiraba las pesas, y eso buscaban los condenados, que recogiéndolas á la carrera, las vendían después por hierro viejo en los baratillos de Bibarrambla, saboreando con su importe algunas copas de anisete, que dejaban un sabor á Matalahuva, cuyo perfume les duraba más de una hora.

DE MI TIERRA

¿Con qué te lavas la cara
que te hace el cútis brillar?
Me lavo con agua clara
de la acequia de Alfacar.

Y aquí tenemos con esta copla, otro capítulo más que añadir al libro que refiere las excelencias de aquella riquísima agua, del no menos famoso nacimiento.

Cuyo manantial si perteneciera á otra nación, qué digo, á otra provincia, sería conocido y admirado de propias y extraños, y tendría su fonda en un ángulo, y su ferrocarril para visitarle cómodamente, y guías que enseñasen la cueva del Agua, de allí no lejana, y prácticos en la fragosa sierra que posee puntos de vista admirables, y es frondosa y apetecible para la caza; y en verano tan frescachona como su vecina, á la que da nombre el Veleta.

Y habría sus mercaderes de vasos de transparente cristal para beber las puras linfas de aquel líquido que bulle y brilla entre las arenas, que tampoco se remueven lo conveniente, para que los veneros no se cieguen é inutilicen.

Pero hay que conformarse con lo que la suerte nos tiene destinado, aunque ahora algunos abrigan ilusiones sobre la conducción de aque-

llas clarísimas corrientes por tuberías de hierro, para que los cristianos vecinos de esta Granada sin granos, disfruten por arte de la ciencia y del progreso, lo que siglos hace les sobraba á los moros que tenían los jardines de los Alijares y del cerro del Sol, con líquido abundante para sus riegos y en donde hoy se nos muestran secos pelagartares.

Y que les sobraba no cabe duda, cuando de la renombrada Aydanamar, se surtía el espacioso estanque llamado «el Albercón de las Damas», para celebrar en él náumaquias y combates sobre las ondas, en solaz y recreo de las damas moriscas, que se embarcaban en ligeros esquifes, cuyos remeros eran los más bravos capitanes fronterizos.

Por lo tanto, es preciso que de aquellos tiempos á los presentes el Sol haya aumentado en calórico para evaporar el líquido, que en el verano se gana en los barrios á puñalada limpia; ó que los actuales acequieros y guardianes sean menos pulcros en el cuidado de sus ramales, que aquellos labradores musulmanes que tenían en cada uno de sus huertos un trasunto del paraiso de Mahoma.

Y que el sabor del agua «de la Fuente Grande» no admite comparaciones con las demás de la población cuando se bebe en verdaderas condiciones higiénicas, es sabido y confesado por todos.

Ella es la que dá ese punto á la masa de los panes alfacareños, de Viznar y de otros pueble-

cillos comarcanos, que ni en lo antiguo ni en lo presente han podido imitar todos los adelantos de la industria. Así es que los panaderos que matinalmente llegan á la ciudad á la usanza de siglos hace, continuan sin interrupción en su tarea de padres á hijos, sin que hayan podido derrocarla ni los mastrenes, ni todas las máquinas habidas y por haber.

Agua de Alfacar, pan del mismo nombre, y carne de los borreguillos de la dehesa, sacan á mayo florido y hermoso. y dan colores de grana en las mejillas y fuerza en las caderas, sin necesidad de acudir al amílico que perturba la razón y los sentidos.

Y habrá algún malicioso que pregunte:—¿Es esa el agua que se bebe en el barrio del Albaicín?

Pues. sí señor, si ahí es donde duele paciencia y barajar. Desde el repartimiento «del Manflor» debieran estar todas las tinajas rebosando, pero como se la chupa el campo, y viene turbia y escasa, de ahí las desazones continuas y que el paraje que por su orientación y topografía, en otros países formara un ramillete de fincas de recreo, hoy se le nombre con un dejo compasivo que entristece.

Pero los prodigios que hace el agua, esos no los quita ni el mismo gallo. Una toalla blanquísima mojada en aquel líquido que contiene una zafa de vedriado fino, hace con un pequeño restregón, dado en el rostro. que aparezcan los colores del arco iris y los matices que Flora combi-

naba para recreo de los ojos de las diosas del Olimpo.

El agua de Alfacar no necesita de anises. Es sabrosa por esencia y potencia; y muy útil para digerir las suculentas tortas que en los hornos se amasan y que con su espolvoreo de azúcar legítima (nada de remolacha), dejan en mantillas al más pulido pan de bizcocho, por más que le borden con hilos de huevo mol, coronas blasonadas ó águilas imperiales.

Y que prestan poesía y encantos sus ninfas. de eso no hay que dudar.

Las niñas desdeñadas por falsos amantes, cantan:

Me voy á la fuente y bebo
el agua y no la aminoro,
que las corrientes se aumentan
con las lágrimas que lloro.

Otras las hay más felices, y su adorador les entona la siguiente:

Por encima de tu frente
baja un pulido canario.
y quiere apagar la sed
bebiendo el agua en tus labios.

Dejémonos de los deshielos del Genil muy puros si no los encharcara el calenturiento río de Aguas Blancas; de los nunca claros del Dauro á quien por la vecindad venero, y porque de sus filtraciones nace la poética fuente del Avellano, ya sin sus famosas revueltas, convertida en un

paseo de coches sin carruajes; y no hablo del Beiro, torrente sin agua, cauce de tormentas, enemigo eterno de aquella parte de la Vega, y vengamos á postrarnos de hinojos ante los productos del precioso *nacimiento*, pues brotan de su movedizo suelo, efluvios de salud y de vida para la Sultana de Occidente; que pese á todas las contrariedades humanas, es y será la estrella de ventura y copia exacta del mitológico jardín de las Hespérides.

RETRATO AL ÓLEO.

¿Quién es esa?

Pues Luisilla, la pelinegra, la que con sus rizos en la frente, el pañolito al talle, y tres capullos de Alejandría sobre el corazón, atraviesa la Plaza Nueva, con una chiquilla de la mano, dejando estupefactos á cuantos la contemplan.

Para eso, si al saltar la cuneta, enseña un poco de la media listada, y todo el zapato de orejilla, entonces se mueve un tiroteo que ni el de los rurales.

Y son las siete de la mañana, pero salió el sol, en cuanto ella se puso en su ventana para alisarse.

Vá á un taller de modistas, donde le dará á la aguja y á la lengua.

«Parecen las costureras
cuando van á su taller,
manojitos de claveles
acabados de coger.»

Aunque la sala en bajo está húmeda, y las paredes sin adornar, como sobre la agujereada tarima, se colocan aquellos fanales de flores, llenando el espacio con sus cantos y donaires, parece el sitio, en vez de cuarto de labores, una Avellanera del río Dauro, donde los pájaros ena-

morados gorjean, y los murmullos del agua quieren hacer coro al rumor de la brisa, y al ruido de las ramas que tan dulcemente se entrelazan.

¡Qué de cuentos, de chistes, de donosuras, brotan de aquellos labios de carmín, entreabiertos con la hermosura de los quince abriles!

Porque de los veinte para arriba, ya no se estilan oficialas.

Ó se han casado, ó se han metido á servir..... aunque sea de adorno, ó se han marchado á esa emigración constante que se lleva al Brasil y Buenos-Aires, tantos preciosos retoños de los rosales andaluces.

La maestra entra siempre riñéndolas. Pero ellas hacen el mismo caso que los gorriones de las voces.

Las madres las llevan el almuerzo. Este es bastante frugal, pero les da ocasión para un momento de descanso, y de cambiar algunas frases sobre las ocurrencias del día anterior.

—Ha escrito Lucas, desde la Habana, le dice la madre, y está Lola con la carta que no cabe en el pellejo. Ya se figura casada, y con los galones del sargento, en las mangas del camisolín.

—Pues si en la que escribió el González aseguraba que á su primo le cosía los pantalones una negrita.

—Eso no le hace, querrá juntar los colores.

—¿Sabe usted, madre, que la Francisquina tiene vómitos contínuos?

—Lo ignoro, pero como sois tan habladoras, ya lo achacarán á que le ha pegado la enferme-

dad el empleado de la diputación, que la ronda. Tengo ganas de que trabajes por prendas, y te quites de esta jaula de grillos.

Y en estas y las otras, viene la aprendiza gritando:

—Luisa, que te llama doña Carmen, que si son caracoles menudillos con los que te desayunas.

—Dila que son sesos de mosquito.

—Así la diera el cólera, añadió entre dientes.

Se marchan las portadoras de las viandas, y vuelven á reunirse en el salucho todas las mozuelas. Y dale á la aguja, y copla, y á una pulla de aquella, le sucede una indirecta de la otra.

«Viudita, viudita,
aunque bien te sienta el luto,
si nos casamos los dos
Dios perdone á los difuntos».

—Esto lo ha cantado Sinforosa, por tí, Juanela, que hace tres meses que te mataron al Paco, en el *Tejaillo*, y ya te ronda «el Pipaire», el corredor de granos de la Alhóndiga.

—Pues si es por eso, mejor para mi capote. Me fué bien de casada, y quiero la repetición. Y las mocosas que no tienen quien las diga «por ahí te pudras», que penen y repenen, y le enciendan una vela á Santa Rita, que es muy milagrosa.

Más de cuatro pares de tijeras se enristraron contra la farfantona, y por aquello que decía el gitano, enseñando las de esquilar, «once de es-

tas, veintidos de las otras», la colisión podría ser temible.

Doña Carmencita acudió á las voces con la vara de medir; y fué el tridente de Neptuno en el alborotado mar de olas de indiana y de percalina.

Poco antes de obscurecer, pues las veladas son cortas, y estas no más que en vísperas de Corpus ó de Pascua, abandonaron las jóvenes el taller ya en parejas ó en grupos.

En la esquina de la calle, había siempre mozalvetes esperándolas.

¡Qué de burlas á los mocitos de la *biribomba!*

Por lo común no son las chicas aficionadas á *llevar rabos,* cuando van en alegre consorcio con sus compañeras, como bandada de pajarillas que revolotean entre los salves.

Alguna que otra, porque en toda regla hay sus excepciones, y las que en vez de madres, tienen parientas, de la clase de las que decía Quevedo:

«Dame nuevas de *tu tía,*
aquella águila imperial,
que asida de los escudos
en todas partes está».

Se dejaban obsequiar por los pretendientes, con unas copas y una tira de jamón añejo en *el Rey Chico,* ú otro ventorrillo análogo, lo que causaba envidia, murmuraciones y comidilla sabrosa durante una semana en el taller.

Pero aparte de esto, hay que verlas subir por las *Siete calles,* moviendo las enaguas, y jugueteando con los delantales.

Dan ganas de arrancarse los botones de la levita, y suplicarlas de rodillas que los cosan.

¿Mas para qué?

Si cada puntada en vez de dar en la ropa, penetra en el corazón y hay que decirlas:

«Manojitos de alfileres
me parecen tus pestañas;
cuando tus ojos me miran,
me los clavas en el alma».

UN ALTO DE AGUJAS

I.

Ya habían venido los franceses á quitar la lápida de la Constitución; y se había puesto otra vez de nuevo, porque empezaba el progreso á hacer de las suyas, aunque el donoso gas no difundía aún sus rayos en «un taller de aparado de botas», que el célebre *Maestro Medidas,* tenía en la parroquia de San Miguel el bajo, y en la famosa cuanto antigua calle del Gallo del Viento.

Un postigo de escasas dimensiones, morisco puro, servía para entrar en el edificio, del que nadie sospechaba lo anchuroso de su interior.

Al abrirse aquél, se descubría un cenador cubierto á teja vana, y con tabiques separatorios de una vara de altura, que servía de pieza de repartimiento.

A la derecha una escalera inverosímil daba acceso al piso principal y único.

Al frente una puerta de mal unidas tablas, que comunicaba á un huerto con más honores de corral que otra cosa, conteniendo un granado, un peral, una higuera y un enorme sauco que cubría todo un frente, por aquello de que la mala yerba, mucho crece.

En un extremo, un desvencijado parral servía

de cobertera á medio pilón enclavado en un poyo de mampostería; lavadero y recipiente de las aguas que llenaba dos limpias tinajas, pues todo el líquido era poco, para refrescar aquellas sirenas de secano.

En el opuesto ángulo, un atajadizo de cañas, gallinero á todos vientos, donde se encerraban por el día, las aves del propietario.

A la izquierda del portalón, sin más separaciones que un escaloncillo, y dos cortinas agujereadas por el tiempo, se hallaba el taller de las aparadoras, cada una sobre un redondelillo, una mesa diminuta por delante, y sentadas en una silla sin respaldo, especie de trono de aquella oficialidad juvenil.

El tabique divisorio del corral, estaba como hemos dicho, al descubierto, y á escasa altura, y solo en los meses más fríos del invierno, se cubrían los claros con unas esteras, que en lo restante del año se quitaban; guardándolas en el hueco de la escalera de enfrente, depósito tambien de lo sobrante de la faena, pues las muchachas tenían singular empeño en la limpieza de *su Salón,* como irónicamente lo llamaban.

Es más, por los votos de la mayoría no se colgaran nunca los esterados, pues era tal la viveza de su sangre, que cuando caían más copos de nieve asaltaban el corral á formar pelotas, y á rascarse despues los sabañones que aquellas diabluras les producían.

El *Maestro Medidas,* que para mayor zapateril encomio, se llamaba Crispiniano, quedó viudo y

sin hijos, dedicándose á la perfección de su arte con irresistible monomanía; y á servir además todos los cargos de la Parroquia, donde era tan indispensable como la manguilla.

Lo cuidaba una comadre de la difunta, vieja y sorda, que hacía las veces del angel malo de las muchachas, quienes se vengaban en lo posible de sus delaciones y regaños.

Así es, que siempre había guerras civiles en el edificio, y hasta *gallinicidios*, pues siendo las aves el ojito derecho de la sorda, procuraban saltárselo, y siempre despues de una regañera ó despedida del maestro, aparecía una víctima, que al hacerle la autopsia la viejezuela, sacaba del buche un puñado de alfileres menudos. Y como la gallina no tenía pañuelos que sujetarse, claro es, que se los habían introducido sin su consentimiento.

Calmaba las iras el maestro, compraba otro bicho al ama de llaves, amonestando á las oficialas y aprendizas, con no repartirlas tarea, de seguir con sus malvadas intenciones.

Ellas juraban y perjuraban de su inocencia, y algunas humedecían sus ojos, dando ocasión con ello á que la vieja dijese al maestro, que reparase en que era el llanto del *Crocodrido*.

De la fruta no hay que hablar. Toda se consumía verde, y se probaba hasta la evidencia que las más jovenzuelas eran las autoras de las rapiñas, pues una vez se dieron tal entrada de higos isabeles, sin que les hubiera llovido, que como cada uno era un cáustico, los labios de todas

ellas nada tuvieron que envidiar en una semana, á los de un negrito de Guinea.

Pero como hay que puntualizar la escena, describiremos únicamente lo ocurrido la víspera de San Antonio, fiesta onomástica de nuestro notabilísimo *Medidas*.

Este era bondadoso á carta cabal y cristiano viejo, pero tenía sus reglas absolutas en el taller, y la principal consistía en no permitir en él la entrada á más calzones que los suyos.

Decían las malas lenguas, que por llevarle la contraria su mujer, admitía en su casa á chirinola á todos los oficiales, que eran bastantes, pues tenía parroquianos en abundancia, merced á su formalidad y exactitud en los encargos.

Así es, que les tomó tal aborrecimiento, que no permitía la más pequeña interpretación á sus mandatos.

Se obedecían, y lo que es raro, con gusto, pues se hallaban mejor á solas, que asediadas por *los mocitos de la biribomba*, que concluían por embriagarse, dando que hacer á los por aquél entonces muy respetados señores alcaldes de barrio.

II.

Tenía por costumbre el *Maestro Medidas*, de en el señalado día de San Antonio, festejar su Santo, llevando una confitería y muchas botellas de aguardiente y licores para consumirlas en el taller.

Pero solo á sus dependientas, pues ni á las madres ni á las familias les permitía la entrada, afirmando que para viejas bastante tenía con la tía Salvadora la sorda; y sobre todo, que él era el monarca y único señor en su domicilio.

Y á pesar de ser tan devoto, echó á la calle á los acólitos que quisieron tomar parte en el bateo, y hasta á un teniente de cura, que por proceder de los capellanes de ejército era menos escrupuloso, y cantaba unas sevillanas piadosas con voz de tenor, manifestándole que las sotanas son incompatibles con los delantales y vestidos de percal.

Gustaba mucho de las coplas, y premiaba las agudezas de las mozuelas con algún escapulario que le regalaban las monjas Tomasas, ó con dedales de plata de ley á que las impías profesaban aún mayor estimación.

Para que tocase la guitarra, llevaba el Maestro alquilada una mujer poco favorecida por la naturaleza, de voz hombruna y de costumbres similares, muy habil en rasguear los tonos cantables, y que se volvía loca de júbilo, al contemplarse entre un plantel de tan lozanos y frescos capullos.

Al aproximarse el 13 de Junio, había una semana de treguas con la Salvadora. Aquel año hasta una clueca que sacó catorce pollos, fué respetada por todas, y con obsequios de las migajas de sus almuerzos.

Les constaba que el Sr. Crispiniano satisfecho de su conducta, iba á añadir unas tijeras al premio del dedal consabido, y cada una anhelaba obtenerlo á todo trance.

No sosegando ni un minuto, y farullando un poco el cosido, las chicas concluyeron bien temprano su tarea.

Daban los rayos del sol que se disponía á ocultarse, sobre aquél manojito de rosas y azucenas, limpias como los chorros del agua, y de las que ninguna había cumplido los cuatro lustros.

Estaba Paquilla la trigueña, con un lunar en el carrillo izquierdo, que daban intenciones de ser antropófago para comérselo.

Y Anita la rubia, cada cabello como un rayo de sol, y Soledad la del pelo castaño, con unas caderas que cuando iba al aljibe, los dos cántaros de reluciente cobre, tenían en ellas un asiento como si fueran en amugas; y la aprendiza la Bolincha, redonda como una bola, pero tan ágil, que en tres brincos se subía desde el taller á los árboles del huerto.

Y hasta catorce más, todas guapas y robustas, presididas por la contra-maestra, María la viuda, que aun sin cumplir los diecinueve era muy trabajadora y habilidosa.

Tuvo la desgracia de casarse con un tejedor de la Lona, borracho á todas las horas del día, y que empleaba las de la noche en reñir y golpear á la mártir de su esposa, despues que lo vestía y daba de comer con el producto de su trabajo.

Como de los escarmentados nacen los avisados, temía á los hombres como á fieras indomables, y ayudaba á *Medidas* á espantar á los muchos gorriones que acechaban los granos de oro que se encerraban en el portalón.

Formáronse en corro, y la viuda se puso en medio, diciendo:

—Descansen por hoy las agujas; y á ver como aguzais el ingenio inventando las coplas que se han de cantar en el certamen de dedales á que mañana nos convoca el Maestro. No irse ninguna á verdores, pues sabeis que no le gustan los pimientos picantes, y que tiene el paladar muy delicado.

—Ni tampoco las santurronas, saltó la Bolincha, que nos tiene dicho que los padres nuestros en la Iglesia, y las *Aves*...

—¡Cómo no se te olvida la última á que le distes torniquete! Cállate el pico, y tú, Paquilla, da principio.

—Allá vá, dijo la aludida.

A Sevilla me he de ir
á querer á un sevillano,
que los mocitos de acá,
mucha paja y poco grano.

—Otra, que esa no vale, añadió la Maestra, pues huele á *celosía* de barbero.

El que cría un pajarito,
y de las manos se vá,
si le ha tomado cariño,
con qué pena vivirá.

—Y siguen las quejas; ese corazón tuyo, no está sano; mucha flor de azahar, hija mía. Hable ahora la de las soledades.

—Mi corazón tú lo tienes,
y el tuyo me lo has de dar:
el que roba corazones
con el suyo ha de pagar.

—Que no me gustan las ternezas, ni más corazón que el de carnero. Continúa á ver si te mejoras.

Amor mío, vienes tarde
y luego te vas temprano.
has de saber que no quiero
visitas de cirujano.

—Esa será tu opinión, pero yo hubiera deseado en mi costilla que su vuelta fuera la del humo. Hable la Anita.

Quisiera que me probaras,
vieras una cosa rica,
tengo yo mejor jarabe
que venden en la botica.

—

Arrímate á mi telar,
verás una tela fina,
tiene la gracia de Dios,
quien á mi telar se arrima.

—Que no vale señalar, Anita, y luego dicen que las rubias son terrones de nieve. No te dará el canutero el maestro, antes bien hará la señal de la cruz al escucharte.

—Vaya, que no es tan fiero el león como la gente lo pinta, pues si usted hubiera querido se-

gundas nupcias, la sorda estaría ya en lo ancho del rey.

La viuda se puso encendida como una amapola, y desentendiéndose de la alusión, indicó á otra oficiala que continuase.

—En el bazar hay un vaso,
en el vaso una bebida,
en la bebida una rosa,
y en la rosa una María.

—Gracias, Rafaela, pero yo no soy ya rosa, sino espina, con las espaldas señaladas de verdugones. Venga otra invención. Cayetana.

La luna se vá; se vá,
déjela usted que se vaya,
la luna que á mí me alumbra
está en aquella ventana.

—Esa no se ha cocido en tu puchero, sino en el de Pepillo el albañil que te ronda. Asegúrate antes, no sea que con tanta luna, te deje á la de Valencia.

Le tocó el turno á la Sacristana.

Esta era una chiquilla colorada, y con la nariz como un pestiño, pero de unas formas que ya las hubiera querido pillar un escultor, para modelar una Venus.

Era bastante descocada, y salió con la siguiente:

Si el querer que puse en tí,
lo hubiera puesto en un fraile,
ya me lo hubiera pagado,
en sermones por las tardes.

Chata para que seas buena. Guárdate tus cantares, que el Maestro es capaz de tirarte el cartabón.

—No se enfade usted, Maestra, sé otra que no habla de gente de Iglesia:

Me enviaste calabazas
me las comí con tomates,
los abrazos que te he dado,
que te los quite tu madre.

Todas se echaron á reir, pero decidieron que la chatunga cerrase el pico en la competencia.

Tocó el turno á una joven hermosa, pero con la falta de ser algo quebrada de color. Se atribuía esto á amores contrariados, pues su tía, vendedora de berzas en la Plaza, estaba por casar á su sobrina con un tercenista, mientras ella se desvivía por un estudiante pobre, pero con unos tufos rizados de nacimiento, y unas palabras de azúcar que daban la hora. Así es, que tuvo esta inspiración:

No hay corazón como el mío,
que calle y sienta su pena;
corazón que siente y calla
no se encuentra donde quiera.

—

Quitarme de que te adore
es quitarme la salud,
que así á la calla callando
la culpa la tienes tú.

—Todo pasa con el tiempo, Manolilla, le res-

pondió la Maestra, déjate de ternuras, come bien, y ya te saldrán los colores. Mira que por burla se canta:

La niña que no ha tenido
amores con estudiantes,
no sabe lo que es canela
ni tampoco chocolate.

—Y ten en cuenta que se concluyen los exámenes, y se marchan al pueblo á requebrar á su prima, con la que luego se casan, porque esto de los primos es un parentesco, en que siempre tercia el diablo.

—¿Pero y los de nuestro oficio? interrumpió Rosenda, con una boca chiquita y unos dientecillos de nácar.

La mujer que no ha tenido
por esposo á un zapatero,
no sabe lo que es fatigas
ni tampoco andar en cueros.

La Bolincha se deshacía porque no la llamaban á explicotearse.

Por fin, le tocó el turno, é improvisó:

Á servir al rey me voy
y no tengo escarapela,
dame una gota de sangre
de tu corazón, morena.

—Y vuelta á los corazones, cuando digo...

—Calle usted, Maestra, que hay más:

El que se retira y vuelve,
no tiene ningún delito,
que un águila se remonta
y luego vuelve á su nido.

—Tampoco me gusta.

—Pues escuche la tercera:

En el mirar solamente
conocerás que te quiero,
y también conocerás,
que quiero hablarte y no puedo.

—Cállate ya, que vamos de mal en peor. Eres muy chica para esos distingos, y he de avisar á tu madre. Los quintos con la guitarrilla, te tienen sorbido el seso.

—Si no soy yo la que invento esas coplas. Es que Luquillas el aserrador cantó anoche á mi vecina:

De qué le sirve á tu madre
quererte tanto guardar,
si te has de venir conmigo
por la puerta principal.

—De seguro que para tí, no son los dedales.

—Déjela usted, María, y en vez de regañarle, díganos una siquiera.

—Lo haré, y será la última:

Cuando un hombre está queriendo
todos son lirios y flores,
y luego así que se casan,
palizas y maldiciones.

—Cómo resuella por la herida la Maestra, dijo la Bolincha á la Paquilla. Aún se acuerda de los pescozones del tejedor. Yo si me caso, como en una hora será, si me alza la mano, lo araño.

III.

Estamos en el día de San Antonio.

El Maestro *Medidas* parecía un brazo de mar. Hasta la sorda ostentaba un pañuelo de huevo y tomate, que parecía un revoltillo.

Las muchachas averiguaron que bien temprano, recibió el Maestro bastantes azafates y unos paquetes voluminosos.

A las ocho de la mañana, el taller estaba barrido y aljofifado, y en vasijas de barro de las Tinajerías, estaban infinidad de varas de azucenas, que prestaban á los rincones, buen olor y agradable aspecto.

No faltaba ninguna muchacha, con sus delantales nuevos, zapatos recién estrenados, y un jardín en cada una de las cabezas.

La Paquilla llevaba tres claveles rojos, de los que regaló uno á la Maestra.

Esta se lo puso en el rodete, mas luego desapareció de su sitio, murmurándose de si estaba en un vaso de cristal tallado, en la mesa de la sala del maestro.

Apareció aquél, y la sorda de Cirineo, con una salvilla de licores, y un cestón de dulces de todas clases.

Se apiparon de lo lindo, y se dió comienzo al certamen.

El Maestro con una sonrisa satisfactoria, oía todos los cantares, pero sin conceder á ninguno especial aprobación.

Las mozuelas fruncían ya el hocico, y se iban concluyendo los bizcochos y el aguardiente.

Medidas, alegre ya con tanto brindis, pronunció este discurso:

—Agradezco, niñas mías, vuestra buena voluntad, pero ninguna de las coplas merece el premio. Yo he pensado en esta, que es mejor que todas, y por ende me lo adjudico.

Oid con la mayor atención:

—Si la Carrera de Darro
la sembraran de mozuelas,
y yo fuera el jardinero,
qué buena cuenta que diera.

Celebraron la ocurrencia, pero no les pasaba de los dientes adentro.

Por fin, al hablar de retirarse, el Maestro bajó unos paquetes, y desliándolos, regaló á cada una un dedal y unas tijeras del más fino acero, compradas en la mejor tienda de la Alcaicería.

A la viudita, el regalo fué de plata sobredorada lo que privadamente motivó sus hablillas, y la Bolincha que se atrevió á decir por lo bajo:

El viudo y la viuda,
se dicen que no hay de qué;
y esto se llama hacer ascos,
cuando hay gana de comer.

EL DÍA SEIS

I

Amaneció uno tan espléndido y alegre como suele ofrecerlos Marzo, estando de buen humor, que no es muy á menudo que digamos, pero cuando quiere, sabe darle quince y raya á las mañanas del encopetado mes de las rosas.

Porque el sol calienta y no fatiga, y el azul del cielo es purísimo, y el ambiente que se respira ensancha el pecho; y dá fuerzas para subir á las alturas á bendecir al Señor contemplando sus obras.

Es día seis, y los granadinos y habitantes de los pueblos comarcanos, tienen que ajustar sus cuentas con el bendito San Nicolás, que celebra su fiesta cada mes en igual fecha y que es uno de los más milagrosos santos, al par que venerados por los fieles.

Porque el tal podrá ser *de Bari*, y de todas las ciudades que se quiera, pero este es de nosotros, legítimo albaicinero, y el principal de todos los que se veneran en aquel populoso barrio.

Y sinó, pregúntesele por quien á ello se atreva, y responderá, si á bien lo tiene, que no cambia su preciado templo, ni aquella pintoresca *ante-sala*, donde se postran ante la *efigie legítima*,

llena de milagros y promesas, por las mejores catedrales extranjeras, y las capillas más doradas y suntuosas.

¡Cómo no hay más que dejar las *Vistillas* que llevan su nombre!

Si no se picara San Cristóbal, á quien también respeto como se merece, diría que éstas son más superiores, siquiera porque la plazoleta, con su templo, su aljibe, sus escaleras, sus árboles, y su circuito de piedra, asientos gratis, siempre ocupados por el pueblo, forman un marco primoroso de que las otras carecen, cuando ambas son el más bellísimo observatorio, para admirar la hermosura de este paraiso, de la que fué perla de Occidente, y de la que hay que exclamar con su cantor al asomar á aquel balcón de la gloria:

Granada, ciudad bendita,
reclinada sobre flores,
quien no ha visto tus primores,
al nacer debió cegar.»

II

El reloj de la antigua Chancillería suena las doce. Es la mejor hora para el viaje.

Empecemos por el «Pilar del Toro».

Sin agua las más veces, y cuyas cariátides distan mucho de representar al más arrogante animal de la creación. Y vamos la Calderería arriba, en cuya acera derecha estaba la casa de *los Peregrinos,* llamada también de *las Cadenas,* hoy establecimiento báquico; que el progreso

dispone que haya uno nó y otro sí en cada vivienda.

Y se llega á *San Gregorio el bajo* convertido de nuevo en Iglesia, purificando así tantos deslices como en su ámbito se cometieron por los partidarios de Momo y de Terpsícore. Aquel sitio de baile donde la policía cosechaba á menudo, mozas de partido y truhanes, es pacífico convento, donde las Virgenes del Señor piden á todas horas, por la salvación de las almas. Y más arriba, el nicho ó tribuna donde el *rostro del Señor* se adoraba por el vecindario, encendiendo luz por las noches, como en los tiempos de la reconquista.

Y después se llega á *la Cruz Verde* con su antiquísimo aljibe, que los moros querían igualara al de *Allagiab* ó de *María la miel*, calle que recorremos para salir al carril principal, desde donde se empieza á descubrir el famoso panorama.

Y quitémonos el sombrero antes de entrar en la Iglesia.

Los ojos, en lo que allí frente se contempla, más el pensamiento, en el Ser todo poderoso que habita sobre la bóveda celeste.

Y veremos, á la izquierda en primer término, *la Casa roja* de Alhamar, el palacio de nácar y oro, que aun habitan las hadas nazaritas ocultas á las miradas de los mortales.

Bosques de álamos seculares lo rodean, donde ya empiezan á anidar los ruiseñores, mientras las violetas en los bordes de los arroyos que fer-

tilizan los adarves, anuncian la primera, y aunque ocultas entre la naciente hierba, las descubre su penetrante perfume.

Al lejos, la sierra Nevada, cuyos copos blanquísimos llegan á las primeras hazas de la vega, que con su espacio dilatado cubierto de verdura, forma la esperanza de los labradores, que aguardan que las corrientes del Genil y del Dauro sean copiosas, cuando principien los rigores del Estío.

«Año de nieves, año de bienes», y *el Solair*, al presente, parece ser un venero inagotable.

Que más, no es necesario recurrir á las sierras alhameñas, porque en el cerro de *Monte vive*, hay una capa de blancura, que aún no han derretido las reverberaciones de la volcánica sierra de Elvira, que se divisa á la derecha, con su árabe atalaya, que parece avisar una algarada de los cristianos, para que á combatirlos salga el legendario Muza Eben-Gazul, tan noble como el Maestre de Calatrava, y tan valeroso como su rival en proezas el Marqués de Cádiz.

No es amor patrio.

El que no crea en Dios, que se asome á «las Vistillas de San Nicolás» y cuando su Mahoma, su Vichnou, ó cualquier cocodrilo egipcio, ú otro Jupiter de mentirijilla, hayan creado una cosa semejante, entonces hablaremos, porque mientras, tienen que hincar la rodilla en tierra, y pedir un rayo de la eterna misericordia.

III

¡Qué señorita tan elegante y agraciada penetra en la portada del templo, y aguarda vez para entrar en la capilla!

Lleva en la mano un ramillete de jacintos azules y de lirios blancos. Los primeros de su jardín. Va á ofrecerlos al Santo. ¿Qué le pide? Como en los asientos de piedra hay quien también se ocupa de murmurar de la concurrencia, dicen que su prometido está en la guerra, y que promete subir tres años seguidos como aquel escape de los peligros de esa Isla, Circe de tan diabólicos encantos, y vuelva sano y salvo, con otra estrella, no la solitaria, que el Señor maldiga, sino de las españolas que se ganan con el valor y el sufrimiento.

Después acude una guapa forastera, con un pequeñuelo en sus brazos. Aún lleva cubiertos los ojitos con un pañizuelo. Pero debe haber recobrado la vista, cuando ostenta un milagro de plata, que se empeña en colgar aunque no hay sitio, en aquellas paredes tres veces cubiertas.

Y la sigue un caballero entrado en años, al que acompaña un servidor con dos cirios de á seis libras. Los murmuradores afirman que es un viudo rico, á quien la mujer arañaba á diario, y que interesa del Santo, que no se la encuentre ni aún en el día de la resurrección de los muertos.

Mujeres y hombres andan las naves de rodillas.

Se recogen ofrendas, en cera, aceite y dinero,

y no cesa la gente ni aún al sonar la campanada de las Animas, ni al apoderarse el frío de aquellas alturas.

Antes se han retirado los puestos y las vendedoras.

Aquellos vasos de agua del aljibe, que parece que tiene azúcar cande y los bollos de aceite, y los típicos roscos de garbanzos, con las castañas mondaderas y pilongas, se han vendido la mayor parte. Mas ¡ay! lo moderno nos invade.

¿Quien diría que en aquel terreno, y en la antiquísima romería, hubiera rosquillas de baño blanco, y algún dulce de calabaza. resíduo de las ferias de los pueblecillos?

Mucho me temo que en otro *día seis*, me encuentre alguna expendeduría de polvos de arroz, y de horquillas invisibles.

FÍN DE LA OBRA

ÍNDICE

de lo contenido en este tomo.

ARTICULOS DEL AUTOR

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Momentos de ocio; colección de poesías, 1 tomo.
Fiestas del Jenil; colección de poesías serias y humorísticas, 2 tomos.
A orillas del Dauro; novelas, artículos y leyendas, 2 tomos.
Las noches del Albaicín; leyendas, tradiciones y cuentos granadinos, 2 tomos.
Fiestas populares de Granada; colección de artículos, 1 tomo.
Los días del Albaicín; leyendas granadinas en verso y prosa, 1 tomo.
Tradiciones y leyendas; 1 tomo.
Cosas de Granada; leyendas y cuadros de antiguas y modernas costumbres granadinas, 1 tomo.
Del Veleta á Sierra Elvira; leyendas y cuadros de costumbres granadinas, 1 tomo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

El laberinto; comedia en 3 actos.
La estrella de la esperanza; comedia en tres actos.
La pensionista: zarzuela en 3 actos, música del maestro Luján.
Corte y cortijo; comedia en 1 acto.
Antiguos y modernos; comedia en 1 acto.
Farinelli; zarzuela en 3 actos, música de D. Mariano Vázquez.
Tres damas para un galán; comedia en 3 actos.
La Nochebuena; apropósito cómico en 1 acto.
El Alcalde Vinagre; zarzuela en 2 actos, música de D. Antonio Segura.
El bufón de D. Juan II; drama en 3 actos.
Glorias de Granada; loa en colaboración con D. Francisco Manzano Oliver.
El Liceo en escena; apropósito lírico, música de D. Francisco de P.ª Valladar.
Los Contrastes; zarzuela en 1 acto, música del maestro D. Celestino Vila.
Aurora; zarzuela en 2 actos.
Los Inocentes; apropósito cómico lírico.

EN PREPARACIÓN.

Tipos granadinos; colección de romaces, con grabados.

ENTRE BEIRO Y DAURO

POR

Antonio Joaquín Afán de Ribera.

Esta obra consta de un tomo que contiene los capítulos siguientes:

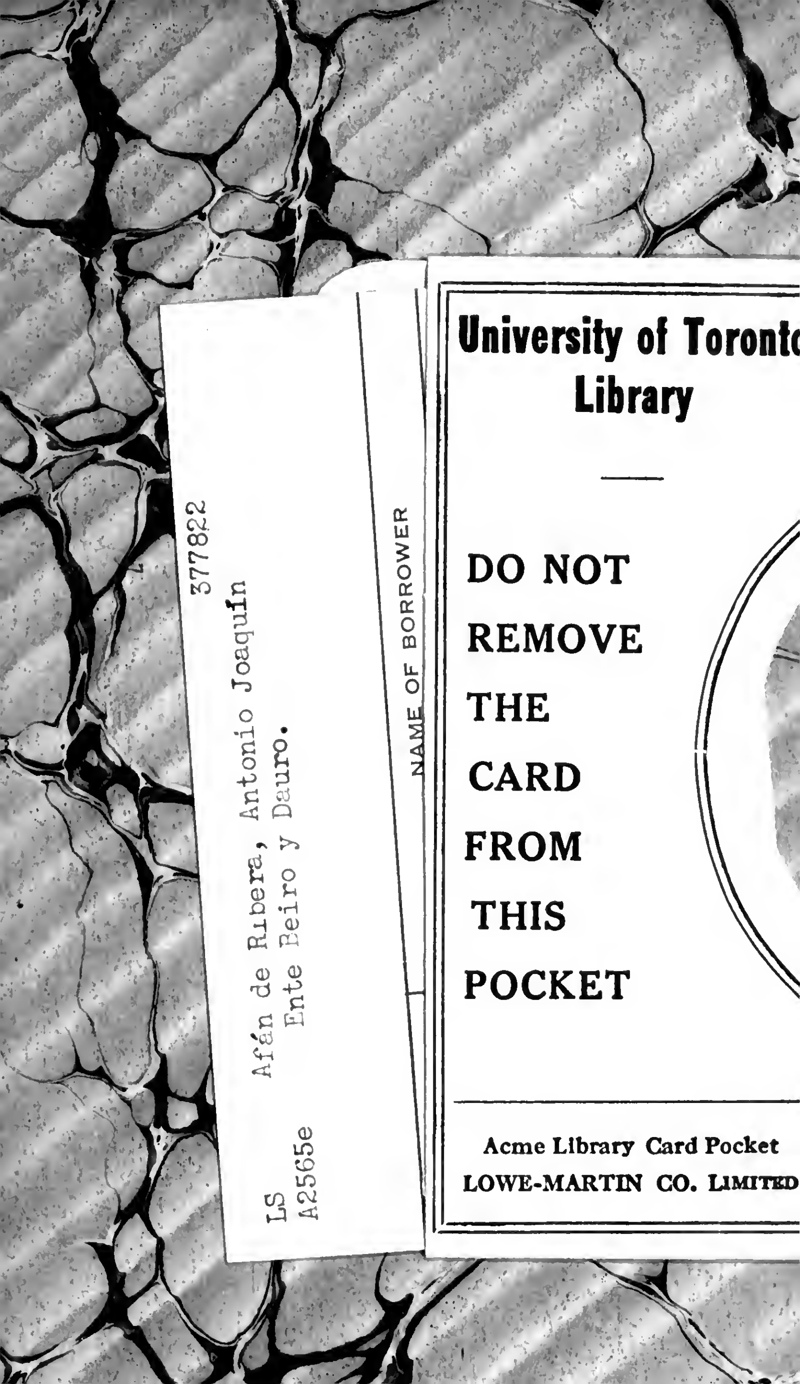
Introducción, por *D. Francisco Seco de Lucena.*—Carta-prólogo, por *D. Francisco de P.ª Valladar.*—Entre Beiro y Dauro, por *D. Matías Méndez Vellido.*—Carta, por *don Fabio de la Rada y Delgado.*—Otra, por *D. Francisco Javier Cobos.*—Poesía, por *D. Aureliano Ruiz.*—El rival de la Alhambra, por *D. Nicolás M.ª López.*—Carta, por *don Francisco de P.ª Villa Real.*—Otra, por *D. Elías Pelayo.*—Inscripciones árabes del Huerto las Tres Estrellas, por *D. Antonio Almagro Cárdenas.*—Un granadino, por *D. Miguel Gutiérrez.*—Mi opinión, por *D. Juan de Dios Vico y Bravo.*—Al cantor del Albaicín, poesía, por *D. Felipe Tournelle.*—Al veterano de la legión literaria, por *D. Antonio González Garbín.*—Para su libro, poesía, por *don Francisco Luis Hidalgo.*—Juicio sin juicio sobre un libro, por *D. José Ventura Traveset.*—Soneto, por *D. Salvador Montoro.*—Carta, por *D. Gabriel Ruiz de Almodóvar.*—Recuerdos del tiempo viejo, por *D. Indalecio Ventura.*—Carta, por *D. Diego Marín.*—Afán de Ribera y la poesía popular, por *D. Miguel M.ª de Pareja.*—Carta, por *don Angel Ganivet.*—Otra, por *D. Leopoldo Eguílaz.*— La descentralización literaria, por *D. Amando Castroviejo.*—Carta, por *D. Manuel Alderete González.*—Otra, por *D. Luis Sansón.*—Otra, por *D. Casimiro Arroyo.*—Otra, por *don Miguel Garrido Atienza.*—Testimonio de admiración, por *Antonio Guglieri.*—Carta por *D. Francisco Camps*—Poesía, por *D. Luis Aguilera Suárez.*—Carta, por *D. José Sánchez de Molina.*—El Liceo, copia del acta.—En la Antecámara, por *D. Rafael Gago.*

Artículos del Autor.

A los ríos.—Mis claveles—La verbena de San Juan.—El día del Santo—El sandiar.—A las mollares.—Otro gazpacho.—Una procesión.—Espejo del alma.—Las ligas de mi morena—Higos y vendedores.—Tiempos pasados.—Casamiento y mortaja.—Obra de un ángel.—La Virgen de las Angustias.—Anda que te caes de blanda.—Las cédulas.—Como el rosario de la aurora.—De mi tierra.—Retrato al óleo.—Un alto de agujas.—El día seis.

Se vende al precio de TRES pesetas cada ejemplar, en la librería de los editores Sres. Viuda é Hijos de P. V. Sabatel, en el Salón de *El Defensor de Granada*, en la portería de El Liceo, en la tienda de D. Rafael Calisalvo, Zacatín, y en las principales librerías. En Madrid y provincias, casa de los corresponsales de los editores.




377822
Afán de Ribera, Antonio Joaquín
Ente Beiro y Dauro.
LS
A2565e
NAME OF BORROWER
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

